

Viaje a las islas **Canarias**

JUAN CRUZ RUIZ



© 2012, Juan Cruz Ruiz

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos 6, 28760 Tres Cantos (Madrid)

Tel. 917 44 90 60

www.elpaisaguilar.es

Fotografía de cubierta: © Carlos A. Schwartz

ISBN: 978-84-03-51286-3

Depósito legal: M-3.212-2013

Printed in Spain/Impreso en España



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com) <<http://www.conlicencia.com/>> ; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

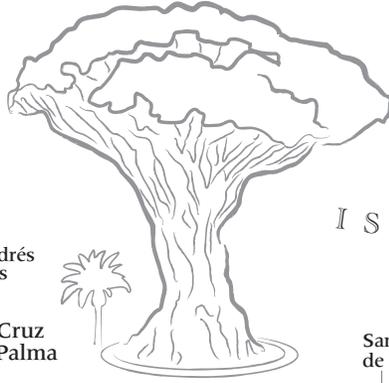
CONTENIDOS

Antes del viaje.....	9
La comida de la tierra.....	15
¿Y de dónde venimos?.....	33
La isla de Cristóbal Colón	41
Descubrimiento de la bruma.....	57
Irse, volver, el destino del viajero insular	79
La mirada del otro.....	91
La imagen del valle	101
La isla de los lagartos dormidos	113
Las islas apetecidas.....	139
El hermoso desierto	151
La maldita curva. César visionario	175
Una isla bajo las nubes	187
La primera visita a La Laguna. Un homenaje.....	221
Un alto en el camino	225
La isla en el cielo	229
La playa en la ciudad.....	243

Para **Oliver Arenas Cruz**. Bienvenido a la Tierra



LA PALMA

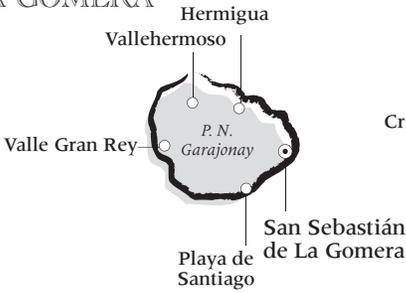


ISLAS

TENERIFE



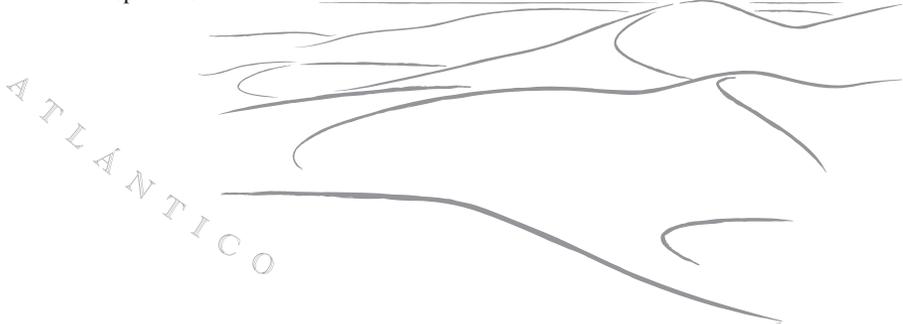
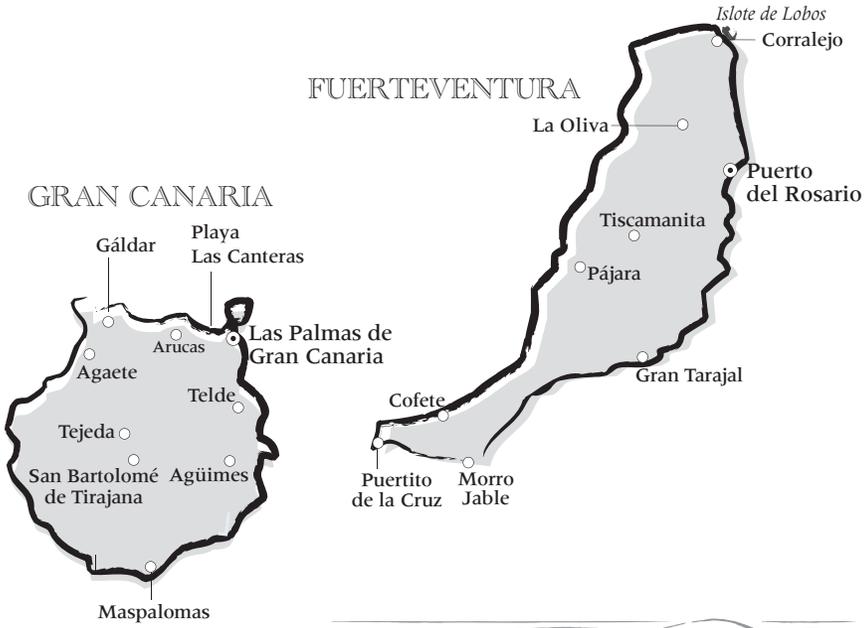
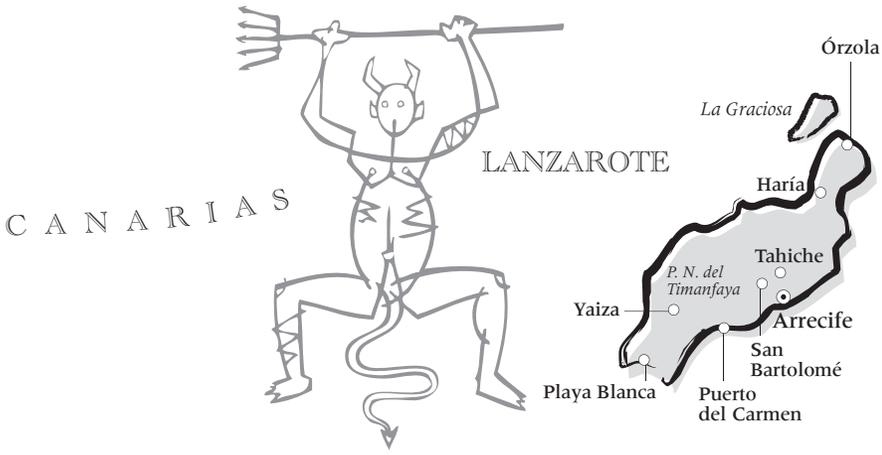
LA GOMERA



EL HIERRO



OCEANO



“A veces me escribe la infancia una tarjeta postal: ¿Te acuerdas?”

Michael Krüger.

Previsión del tiempo

Antes del viaje

Hace sesenta años el escritor vasco Ignacio Aldecoa viajó a las islas Canarias en busca del paraíso que le habían contado. Escribió un libro, *Cuaderno de godo*, que la editorial Arión publicó en la colección *El peregrino en su patria*.

Descubrí ese libro muchos años más tarde, en una librería de libros antiguos, en Madrid. Compré muchos ejemplares, tantos como quedaban de esa antigua edición; me empeñé, por otra parte, en procurar una reedición del volumen, e incluso hice que un grupo de jóvenes cineastas, con Miguel García Morales al frente, llevaran a cabo la idea de filmar un documental a partir de esa excursión sentimental de Aldecoa por lo que él creyó después que en efecto era un paraíso.

Entretanto, Peter Mayer, el editor a quien yo había conocido al frente de Penguin, me habló en Madrid de la posibilidad de que yo hiciera un viaje parecido a éste. Él no conocía el libro de Aldecoa, ni le hablé entonces de ese libro que con tanta pasión como gratitud yo había leído algún tiempo antes de que él me lanzara su propuesta. Lo cierto es que desde que me habló de ese viaje canario tuve una idea fija: seguir la excursión que hizo el propio Aldecoa, visitar los lugares a los que él acudió, reencontrarme, en la medida de lo posible, con esos espacios que anduvo con el afán de vivir perdiéndose en el paisaje de las islas.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Las notas de lo que me dijo Peter Mayer que quería de mi excursión por el sentimiento de las islas quedaron olvidadas en un taxi, pero no en mi memoria. Él no quería, me dijo, una historia, ni una geografía, ni un libro para turistas; lo que él quería era un libro de mi memoria de las islas, lo que estuviera en mi retina de sus paisajes, lo que estuviera en mi sentimiento del alma de su gente, de mis antepasados o de mis contemporáneos. No quería tampoco un libro erudito. Quería un retrato sentimental de Canarias. Un viaje sentimental, eso es lo que yo entendí que él quería.

Las notas quedaron en una moleskine que yo había abierto para recoger lo que me dijera Peter. La tarea era apasionante y extraña a la vez; es muy difícil apresar en un solo viaje, en una sola mirada, un territorio tan fragmentado. Canarias son siete islas (y dos islotes grandes, dos islitas) situadas en una parte estratégica del Atlántico, junto a África, a cuyo continente pertenecen como trozos desagregados por la naturaleza de la geología; están camino de América, o de Europa, según se mire, y tienen mucho de todos esos destinos: de África, de América, de Europa. Pertenecen, desde el siglo xv, a la Corona española, y por tanto a España, a la historia y a la cultura (y a la lengua) de España. Su relación con América (y sobre todo con Suramérica) ha sido esencial para su desarrollo y también para el desarrollo de su lenguaje, de su cultura, de su sentimiento y de su pensamiento. Y, cómo no, la relación con Europa, a través del turismo y de otros contactos humanos, ha sido sustento de su desarrollo.

La región canaria, que en un tiempo estuvo dividida en dos provincias y que ahora forma parte del entramado autonómico de la España democrática, ha sido visitada por escritores, científicos, artistas, políticos, gente de toda condición; los escritores, en concreto, en distintas épocas, han visto aquí espacios surrealistas, extraordinarios espectáculos telúricos, metáforas de la tierra y del mar, y los artistas se han quedado admirados por la variedad del paisaje. Y han escrito o dibujado o pintado o esculpido aquí, o a partir del viaje, las impresiones que han dejado en sus retinas y en sus corazones estos peñascos bañados por el Atlántico.

Pero no han sido muchos los que hicieron como Aldecoa, ni siquiera entre los viajeros canarios; pocos, en efecto, al menos que yo conozca, han realizado ese viaje circular, hacia adentro y desde fuera, que les permitiera ver las islas para contarlas en su totalidad. El libro de Aldecoa, medio centenar de páginas en su primera edición, es, en ese sentido, excepcional, y es una guía, verdaderamente, para aquellos que quisieran hacer este viaje insólito a lo largo, a lo ancho, a lo alto y a lo menudo, de este archipiélago.

Si no hubiera sido por la propuesta de Mayer (ver todas las islas, contarlas todas, con la mirada de hoy, pero sin despreciar las miradas del pasado) yo no hubiera emprendido nunca esta excursión. Hace años, cuando Julio Cortázar publicó el resultado de su viaje sentimental, con su mujer, Carol Dunlop, por la autopista que va de París a Marsella, *Los autonautas de la cosmopista*, quise imitar al gran autor de *Rayuela* y emprendí un viaje circular, hacia adentro y desde fuera, por la isla de Tenerife, que es mi isla natal. En la primera jornada, acompañado por mi mujer, Pilar García Padilla, llegué a un hermoso paraje, Masca, en la parte sur de las montañas de Anaga, en el municipio de Teno, cerca de Buenavista. Un hermoso paisaje que ahora he vuelto a visitar con la intención de describirlo para este libro que tienen ustedes en las manos. Pero en aquella ocasión unos ladrones, que entonces estaban al acecho en esa zona de la isla para desvalijar a turistas desprevenidos, me robaron todo lo que llevábamos en el coche, y suspendimos la excursión. Ahora esta excursión que al fin he realizado, y no sólo por Tenerife sino por toda la región, tenía en el fondo el mismo propósito: ver de cerca, tan al fondo como fuera posible, la mitología física de la que está dotado el archipiélago, empaparme de la tierra para contar, o tratar de contar, cómo es su alma; ir de su paisaje verde a su paisaje tectónico, tratar de dialogar con la piedra y con el mar y con los montes, mirarlos para contarlos.

Ha sido un viaje muy laborioso, pues no se trataba de manejar mapas, referencias ya dichas o escritas (o no tan solo), sino que en el propósito dictado por Mayer y asumido por mí se trataba de dar noticia personal, extremadamente personal, debo decir, de lo que había encontrado.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

¿Y qué he encontrado? El tiempo ha pasado desde que Aldecoa escribió el resultado de su pesquisa poética por todo el archipiélago. Entonces hubo islas a las que él no se pudo acercar, porque había temporales y los barcos no se atrevieron a atracar. En aquel tiempo, en los años cincuenta del siglo pasado, no había aeropuertos en todas las islas, y el Atlántico es bravo y traicionero. Le resultó extremadamente difícil atracar en El Hierro, y La Gomera también se le resistió. En este tiempo ya todas las islas son de mucho más fácil acceso, aunque el Atlántico siga siendo bravo; han mejorado las embarcaciones, que son más rápidas y seguras, y ya todas las islas tienen aeropuertos en pleno funcionamiento. Aquella región que visitó el escritor vasco era una región semifeudal, cuya supervivencia dependía casi en todas partes de la actividad agrícola; el turismo no había hecho su explosión, y las costumbres que él descubrió eran muy distintas a las que ahora se pueden comprobar en las islas que habitamos casi dos millones de personas, muchas más de las que poblaban el archipiélago cuando viajó él.

Así que Aldecoa viajó a unas islas y en cierto modo yo viajé por otras. ¿Son tan diferentes porque haya pasado el tiempo y éste las haya señalado con sus nuevas improntas o sensaciones? Creo que no. En la base del sentimiento insular (aislado, la naturaleza marca muchísimo esta circunstancia) sigue habiendo aquella melancolía (la magua le dicen en Canarias) que él descubrió, y que estaba en mis padres, en mis hermanos mayores, en los campesinos y en los pescadores que ahora te cruzas por los poblados que siguen siendo la marca indeleble de la raíz de la tierra.

Este es un viaje sentimental; lo inicié (o lo reinicié: este viaje tiene los antecedentes de otros viajes que hice a lo largo de mi vida por las mismas islas) en La Gomera y lo he acabado en Gran Canaria, dos islas parecidas en la contundencia de su apariencia, dos puñetazos que nacen del mar. Pero no es viaje isla a isla, esa no ha sido la intención; como la memoria, las islas a veces se mezclan, pues unas y otras tienen muchos parecidos. Así que de vez en cuando un elemento isleño me lleva a recordar otros materiales físicos o sentimentales propios de otras zonas del archipiélago.

El pintor Pedro González me dijo, cuando le conté que le estaba dedicando mucho espacio al mar en este libro, algo que quise anotar porque en cierto modo figura como una marca o un leitmotiv de mi excursión por estas orillas: el mar es el horizonte del canario; y, como el mar, me decía el gran artista ante un vaso de vino tinto, en la calle de La Carrera de su ciudad de La Laguna, el horizonte del canario cambia constantemente, es abrupto o suave, te abraza o te expulsa, te rompe el corazón o te reconforta. El mar es nuestro punto común, nos encierra y nos define, nos alarma y nos alerta. Nos hace.

En este viaje he querido más a mis islas porque me las he explicado, he estado más cerca de su horizonte acaso porque ellas mismas se me han propuesto como un horizonte.

Mientras escribí necesité algunas muletas para seguir viajando; muletas sentimentales, palabras que me siguieran estimulando a recorrer senderos que sólo se pueden recorrer a partir de la memoria de lo que ya han dicho algunos sabios. Y, además del libro de Ignacio Aldecoa, me sirvieron mucho a este efecto dos textos singulares. Uno es el *Viaje a las islas Canarias*, de Alexander Humboldt, que estuvo en las islas (y sobre todo en la de Tenerife; otras, las islas orientales, las vio al pasar) a finales del siglo XVIII, viajando hacia América. Es un libro extraordinario en el que el científico viajero se detiene no sólo en las piedras del Teide, la gran montaña volcánica isleña, que son su pasión y el objeto de sus investigaciones, sino que trata de manera muy minuciosa del carácter de los canarios que lo acogen o a los que ve por las calles... Y el otro texto es de mi maestro Domingo Pérez Minik, un autodidacta muy lúcido que vivió los dramas de la guerra civil española del lado de los perdedores, formó parte antes del comité que recibió aquí al pope surrealista André Breton y tiene una vibrante conferencia sobre la condición humana del insular, de la que en este libro ofrezco algunos fragmentos que me parecen ilustrar muy hondamente lo que sigue marcando la manera de ser de estos isleños atlánticos.

Mi sensación al final del libro, cuando lo acabé, es la de haber abrazado, o la de haber intentado abrazar, la esencia de un archipiélago cuya visita depara tantas sorpresas como esos ho-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

rizontes que el mar regala a los canarios. Antes de dejarles a ustedes con lo que vi en La Gomera y en el resto de las islas, yendo y viniendo de un tiempo a otro, deteniéndome en mi memoria sentimental y también en la memoria de los otros, quisiera agradecer a Peter Mayer un encargo cuya importancia sentimental para mí él no tenía por qué vislumbrar; y quisiera agradecer a mi muy querida acompañante, Pilar García Padilla, la mirada con la que prolongó mis propios sentimientos mientras anduve de nuevo por estas geografías en las que Aldecoa buscó el paraíso y yo he reencontrado mi horizonte. Ella, Pilar, además corrigió lo que escribí, le dio sensatez a la expresión de muchas sensaciones y puso lógica donde antes había extravío o suposiciones. Con permiso de Peter, fue la primera editora de este libro, que va dedicado a Oliver Juan, que es como se llamará el nieto que aún no ha nacido, en estas fechas, enero de 2011, y que aún alberga en su vientre nuestra hija Eva. En cierto modo, para Oliver Juan y para Eva este libro es como si fuera una carta. Una carta que también me ayudaron a escribir, en cierta manera, Yolanda Delgado, con sus inteligentes correcciones, Ulises Ramos, Marian Montesdeoca, Carmelo Rivero y Leoncio González, que me proporcionaron materiales literarios enormemente nutritivos para entender cómo los extranjeros se aproximaron a estas islas.

Al final de estas líneas recuerdo el nombre de la colección, *El peregrino en su patria*, en la que Ignacio Aldecoa publicó su *Cuaderno de godo*. Y me doy cuenta de que eso es lo que he sido todo este tiempo recorriendo las islas, un peregrino en mi patria, en busca de un horizonte que nunca es el mismo, que aparece y desaparece como la isla misteriosa, e inexistente, de San Borondón.

La comida de la tierra

Juana, la mujer que atiende este comedor de altura, en el monte del Cedro, en Garajonay, le ha servido la misma mezcla de comida, en Semana Santa, a la canciller alemana Angela Merkel. Llamaron a Juana, una gomera de ojos claros y pelo ya grisáceo, desde los servicios de seguridad del Gobierno alemán, aclararon con sus helicópteros la zona, y de pronto apareció allí, con sus botas altas, y con su marido, la mujer que manda más en la Alemania unificada.

Era un día claro de abril; la señora Merkel comió papas con carne (papas dicen en Canarias y en América, y en una parte de Andalucía occidental también; patatas dicen en el español peninsular), también Juana le sirvió almogrote (que es una mezcla muy sabrosa de queso, tomate, ajo y pimiento) y aún tuvo estómago la mandataria alemana para unas cuantas papas arrugadas, que son una especialidad que distingue a la cocina canaria y que se logran (en el mejor de los casos) guisando las papas (o patatas) en un caldero de agua hirviendo con sal gorda.

Cometió una herejía la buena señora en ese almuerzo de tanta altura, y tan canario, o tan gomero: regó los manjares, todos ellos altísimos en sal y probablemente también en calorías, con un zumo de naranja, eso sí, natural. Y por muy natural que fuera, beber zumo de naranja con semejante comida es en las islas un sacrilegio que produce, al menos, estupefacción. Esa comida

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

hay que regarla con vino; de cualquier clase, pero si es vino de la tierra, áspero o suave, mejor; esta tierra, en las cumbres, reclama vino; abajo se puede beber el agua de las cumbres, pero las cumbres canarias están hechas para beber vino.

Así que podía haber bebido vino, que aquí, como en la mayor parte de las islas, es bastante bueno, y natural, y que en siglos pasados tuvo incluso fama literaria, pues William Shakespeare se lo dio a beber a Falstaff. Pero, no, Merkel sólo tomó zumo de naranja. Pudo haber bebido vinos de las buenas marcas que han ido surgiendo en las islas, podía haber bebido el vino que tiene Juana: un vino popular que se queda en el gaznate como pidiendo más comida. En medio de la bruma, vino, de cualquier clase. Vino alemán, incluso, pero vino.

Angela Merkel almorzó a unos pasos de donde me encuentro este mediodía de agosto, en pleno verano, cuando en San Sebastián de La Gomera hacía treinta y dos grados bajo un sol tórrido y los gatos y los perros se refugiaban en la sombra escasa de los viejos tejados de esta villa por donde entró Cristóbal Colón a la isla antes de descubrir América, en 1492. Muchos años más tarde, en *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez vislumbra la isla; la ve entre nubes, las nubes que cubren también el Teide, la montaña mítica de Tenerife. Entre aquel descubrimiento de Colón y las otras ensoñaciones, la isla ha seguido ahí, intacta como una roca parda. Ahora miras, desde que Colón la vio, y la encuentras escarpada y seca, es verano; pero sabes que en cuanto llueva algo este aspecto de sequía que ahora la distingue será otro paisaje, un vergel hecho de barrancos verdes como el color del Garajonay en el que comen los alemanes bebiendo zumo de naranja natural.

Cuando Ángela Merkel comía allá arriba, el día estaba claro, el sol entraba por los intersticios que dejan los árboles de este tupido bosque de Garajonay, casi cuatro mil hectáreas de naturaleza pura, el diez por ciento de la superficie insular, y se podía caminar entre los riscos y los riachuelos perennes que adornan los matorrales con un ruido sibilante y adormecedor.

Y era abril, plena primavera. Pero este día de agosto en que Juana pone sobre la mesa los mismos manjares que nutrieron aquel

día a la única mujer que (entonces al menos) mandaba en Europa, la temperatura afuera debe ser de cinco grados, llueve a ratos, y a ratos el agua de los riachuelos se vuelve tempestuosa, y los excursionistas que comparten con nosotros este refugio que llaman La Vista se secan con las mismas formalidades con que se entra en una casa. Vienen tiritando de frío y, aunque el calendario marca pleno verano, la naturaleza ha dado un vuelco y aquí estamos en pleno invierno. Los turistas, con sus esclavas veraniegas, buscan aquí un refugio que el vino resuelve en seguida. En casa de Juana. Juana es una mujer robusta y saludable, que no hace distingos entre los visitantes ilustres y los visitantes que sólo tienen carnet de identidad: y ese es un rasgo de los campesinos canarios: hay como una actitud democrática ensamblada en su alma civil, así que todo el mundo recibe el mismo trato; es decir, un buen trato, pero nadie se siente ni más ni menos, todo el mundo es igual en el campo, y la lluvia, además, nos moja a todos por igual.

Es su casa, la casa de Juana. Antes de llegar, para cualquiera que nunca se haya adentrado en las profundidades boscosas de Garajonay, la posibilidad de entrar en un sitio así se parece a un sueño después de la pesadilla de la oscuridad o del desierto. Pero ahí está Juana, se abre la puerta como si se llegara a un refugio, y la neblina se disipa, parece que entra uno en un paraíso caliente en el que apetece cualquier cosa que ella ponga sobre la mesa. Ante todo, apetece ese vino raspón que la Merkel no ha querido probar; ella se lo pierde.

Y lo que pone Juana sobre la mesa de madera que lleva aquí décadas soportando los codos de los turistas es la tradición gastronómica de la isla (y de la mayor parte de las islas). Eso que nos pone, papas, almogrote, carne, papas arrugadas, se parece a lo que yo comía en mi casa, una casa humilde del Puerto de la Cruz, en el norte turístico de Tenerife, la isla de enfrente, que es de donde hemos venido a caminar por la isla de los múltiples senderos, la isla que despidió a Colón, que aquí comería, imaginó, lo mismo que Angela Merkel.

Mis padres hicieron la casa junto al barranco de San Felipe, por donde en un tiempo, los tiempos de mi infancia, las aguas

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

embravecidas del invierno se llevaban todo, desde las cumbres hasta el mar; yo veía desde la azotea de la casa las cañas, los muebles, hubo alguna vez muertos arrastrados por la torrencera. “¡Corre el barranco!”, gritaba la gente, y aquel espectáculo cruel y maravilloso a la vez incitaba a los niños a mirar; yo me crié mirando esas maravillas terribles con que la naturaleza castigaba a los habitantes de las riberas de los barrancos. En esa casa viví, y ahí aprendí a comer de lo que había: papas, sardinas frescas o saladas, carne con papas, huevos fritos, papas fritas, plátanos, gofio..., la comida que ilustró nuestros sabores y nuestros estómagos. Ahora que he entrado en la casa de Juana (mi madre se llamaba Juana también) retorné a los sabores de mi casa; no se lo dije a Juana, no se lo dije a nadie, uno viaja con los sabores que tuvo, y siempre hay un disparo sentimental que te hace regresar a esos gustos, que no son sólo olfativos: son los gustos que la vida te reserva para cuando resulte oportuno...

Mi madre nos hacía comer cada día lo que había en su despensa, que era la despensa de una mujer pobre, con pocos recursos, acostumbrada por las hambrunas a hacer cualquier cosa con la escasez. Pero todo sabía de maravilla. Ella guisaba las papas con sal gorda, que mi padre compraba a kilos en los mercados del pueblo; mi madre sólo nos ponía carne los domingos, y la combinaba con garbanzas y con pimentón, de modo que el conjunto adquiriría esta misma textura entre marrón y roja, como de tierra caliente, que tiene la que ahora sirve Juana, aderezada en este caso, también, con zanahorias y otras verduras de la tierra, que yo no acierto a descifrar. Imagino que aquí hay bubangos, chayotas, algo de cebolla roja, un poco de cilantro; el cilantro es fantástico, le da un sabor especial a las cosas que condimenta, como si en lugar de una hierba fuera la combinación de todas las hierbas, el Atlántico y el Mediterráneo a la vez combinando los potajes, las carnes, el pescado, las ensaladas... En Garajonay, Juana, la Juana gomera, ha echado de todo: es la costumbre: cuando no había nada, las mujeres echaban de todo en el guiso. Y el guiso crecía desde la nada hasta convertirse en un manjar inolvidable. Tan inolvidable

que medio siglo más tarde regresa a mi paladar como si fuera una palabra dicha por mi madre en la infancia más recóndita. La infancia de los sabores.

Pero esa carne que nosotros estamos comiendo un miércoles de agosto, en el invierno impuesto por la climatología peculiar y prehistórica de Garajonay, se comía en casa sólo los domingos, ya digo. La economía doméstica de entonces (los años cincuenta de una posguerra civil que en Canarias fue particularmente larga para las familias de recursos débiles) imponía esas dietas, que durante la semana se componía de productos más endebles, pero a nosotros todo eso nos sabía como una exquisitez.

Por ejemplo, mi madre solía comprar pescado salado, que era el más barato y el que se conservaba mejor. Íbamos a las ventas, aún hoy existen, son tiendas de la escasez y la abundancia al mismo tiempo, tienen de lo que hay que tener, pero de todo hay poco; ahí compraba mi madre, o ahí comprábamos lo que mi madre ordenaba... Pero, quizá debo contar qué íbamos comiendo, o qué se iba comiendo en casa para saber por qué Juana nos estaba poniendo tanta comida, y tan sabrosa, este miércoles invernal de agosto.

Mi padre desayunaba muy temprano, tan temprano como le permitía la luz indecisa de la madrugada. Se levantaba solo. Prepararse el desayuno era la única tarea entonces obligatoria para el otro sexo, así que mi padre se preparaba un enorme tazón de café con leche; la leche era de la cabra que había frente a casa, en un montículo que tiene para mí, y lo contaré en seguida, una historia singular.

A la leche mi padre le añadía sal y gofio. ¿Sal? Sí, él no utilizó azúcar jamás, odiaba el azúcar, y de hecho nunca vi que él comiera dulces, ni siquiera le recuerdo trayendo dulces a casa; compraba fruta; cuando las naranjas estaban baratas, compraba cestos enormes de naranjas, que luego mi madre repartía entre los parientes y entre los vecinos; mi padre no tenía medida para las cantidades, y tampoco tenía medida para el dinero: no lo tenía, y cuando lo tuvo lo entregó como si fuera rico... Él era un

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

hombre recio, un campesino, porque además de ser un campesino recio era un hombre sentimental y lunático que no creía en la existencia de la muerte.

Por eso vivió tantos años.

Pero vayamos a su dieta, que era, como él, una dieta peculiar.

Se tomaba ese inmenso tazón de café con la leche de la cabra y le ponía varias cucharadas de gofio, antes de afeitarse delante de un espejo minúsculo en el que se veía la cara por partes, como en las películas del Oeste americano. Iba en silencio hacia el espejo, y a veces le decía cosas al espejo, se dirigía a sí mismo como aquel coronel del relato de Gabriel García Márquez; en realidad, las islas eran como los descampados de García Márquez, o como las fincas ubérrimas de Macondo, y mi padre estaba allí, afeitándose, hablándole al personaje que veía en el espejo, como si le trajera un recado desde los sueños que se le habían interrumpido a las cuatro en punto de la madrugada. No era consciente de que jamás vendría la carta que tendría que salvarle, como el coronel de García Márquez, pero, a diferencia de éste, él no esperaba ya ninguna carta. Quizá una carta de Venezuela, pero sabía que a él no le tocaría esa carta que tocó en otras puertas: la carta de la emigración, que resolvió (en parte) la vida de muchas familias canarias en los años de las hambrunas posteriores a la guerra civil española...

A mí me gustaba verle afeitarse. Yo estaba despierto, estudiando bajo la luz de una bombilla solitaria que a él también le servía para verse mejor en el espejo. Y le veía afeitarse por partes, mientras se tomaba el café con leche que ya era un producto sólido con el que se sentía aliviado del ayuno de la corta noche. Leche, gofio, sal. Ese era su saludo a la madrugada, cuando se ponía en marcha en el silencio profundo de la noche. Imagino que en todas las casas habría los mismos rituales: la lucha por la vida empieza despacio, sin ruido, en las madrugadas pegajosas, en torno a los patios oscuros. Había otros espacios, sin duda, pero en un espacio así empecé a saber yo qué era la vida y de qué sonidos estaban hechas las madrugadas junto al barranco mientras cantaban los gallos y se escuchaba, muy suavemente, el sonido del viento contra las hojas de las plataneras.

La leche, digo, era de la cabra, una cabra inquieta que golpeaba el suelo como llamando a los dueños, o como dirigiéndose a un subsuelo de risco y de lava, el suelo del valle de La Orotava, tan generoso que tú lanzabas una semilla sobre aquella tierra y salía un árbol; yo planté un aguacatero: dejé caer la pipa del aguacate en la huerta de plataneras, y allí nació, algo después, un arbolito, que fue árbol y finalmente fue el aguacatero que nos dio aguacates hasta que mi padre lo cortó para tender allí la pista de un garaje... Se acabó la huerta, en cierto modo este fue un símbolo de las cosas que se acababan, una metáfora, por otra parte, de la trayectoria que siguió el modelo productivo de las islas: de la huerta al asfalto...

Pero dejemos eso de momento. Volvamos a la leche de cabra, de la que bebíamos todos... A veces la leche era de las vacas, pues en mi casa hubo toda clase de animales, como en muchas de las casas de los canarios, entonces. Había cabras, cerdos, vacas, gallinas, y había también conejos, gallos, pollitos que corrían delante de mi madre como si hubieran sido víctimas de un incendio, piando; el rumor de aquella granja fue el sonido de mi infancia, antes de que a mi casa llegara la radio y, con ella, el mundo entero. Cuando mi padre llevó la radio a casa mi madre escuchó el sonido y dijo:

—Ahí dentro está el diablo.

Y quiso expulsar la radio, como quien expulsa al diablo; pero luego le gustó el diablo, por decirlo así, y en la quietud de las tardes escuchaba conmigo los seriales, las fantasías que nos hacían creer que el mundo era más grande y no aquella casa al borde del barranco...

Los animales también hacían la siesta; todos los animales, un Arca de Noé completa que mi madre cuidaba como si fueran sus otros hijos... Éramos cuatro hermanos, y los animales, todos los animales que uno pueda pensar; había lagartijas también, pero esas no eran domésticas; las atarjeas estaban llenas de lagartijas que salían a tomar el sol limpio de los mediodías de mi pueblo, el sol que surgía entre nubes insistentes pero al fin domadas por ese sol bravío que ahora sigue siendo refugio de los turistas que, cuando llegan a mi pueblo, piensan que han ido a

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

un puerto de nubes... Como si fuera un destello, el sol surge entre la niebla y ya el Puerto de la Cruz es un solar lleno de luz... En fin, estábamos con los animales. Digo yo que esa costumbre de tener tantos animales en la casa vendría de la época de las hambrunas, que desde la prehistoria occidental de estas islas africanas asolaron, como las más diversas epidemias, estas tierras pardas y disímiles, tan atractivas como defensivas. Si se hubiera producido entonces una guerra, si la isla se hubiera quedado doblemente aislada, en casa habría habido materia prima para subsistir un año, o casi, y además teníamos platanera, y por tanto plátanos, y tomates, y lechugas; la huerta era un tesoro, decía mi madre, y ellos la regaban como quien conserva una joya. Había verdura: bubangos, chayotas; había cebollas. Mi padre estaba por ahí, esperando la carta que no sabía que tuviera que llegar, recolectando pinocha en los montes, para fabricar estiércol, que vendía a los terratenientes, y mi madre estaba allí, al borde del barranco, dándole de comer a los animales para que comiéramos luego nosotros, para que comiéramos potajes, para que bebiéramos leche... Era una economía de subsistencia. Años después, en lo alto del Garajonay gomero, aquellos sabores olorosos de la comida que nos hacían en casa seguían siendo los condimentos de nuestras mesas...

Mi madre era la que ordeñaba la cabra; mi padre prefería la leche de cabra porque, según él, era tan salada como la sal que le ponía a la leche, y tan salada como el gofio. El gofio era como fue siempre el gofio, desde que lo inventaron los antepasados guanches, o los antepasados romanos, o los antepasados fenicios, o los antepasados cartagineses, o los antepasados franceses, o los antepasados genoveses, o los antepasados andaluces, o vascos, etcétera, que de todo eso hay en el origen debatido de las islas Canarias. Los antepasados son todos los antepasados, y vinieron de todas partes: las islas fueron horizontes de paso, el mar es concéntrico en las islas, es Atlántico pero es también cruce de caminos perdidos; hubo piratas a nuestro alrededor (el almirante Nelson quiso piratear Tenerife, aquí lo hirieron, le arrancaron un brazo, pero luego lo cuidaron como

los isleños cuidan a la gente; le dieron queso, y él nos dio cerveza) pero también hubo amigos, gente que vino en son de paz a descubrir las islas como un territorio desde el que hacer otros descubrimientos. Es el caso de Cristóbal Colón, el almirante que hizo pie en La Gomera para hacer el mundo más grande, descubriendo América...

El gofio, mi padre poniéndole gofio a la leche de cabra. En este caso el gofio tenía un origen más cercano, casi inmediato. El origen era este: el millo (el maíz, que vino en el viaje que hicieron Colón y los suyos de vuelta de América) se llevaba a los molinos, y en los molinos se trituraba hasta convertirlo en una harina tostada y muy fina que yo probaba mientras salía de las tolvas, como si estuviera probando un helado o cualquier otro manjar cuya exquisitez estuviera también en su finura. Mi madre nos mandaba a la molienda; allí nos juntábamos todos los chicos, veíamos al molinero cubierto de harina de arriba abajo; el sonido sordo del molino, el olor seco del millo tostado, y de pronto de las tolvas salía aquel manjar que podías tomar con leche, con queso, con plátanos, con vino... La materia prima de la vida, el símbolo más corriente de las mesas humildes de los isleños. El "conduto" del que hablaba el filósofo Miguel de Unamuno, que fue desterrado a Fuerteventura en los años veinte del siglo xx y que halló allí, en ese manjar que se parecía a un esqueleto, la metáfora mayor de aquella isla solitaria y, por extensión, del propio espíritu, austero, esencial, de los canarios. El gofio. Pella de gofio, isla en esqueleto.

Pero no debía probarse solo, ni mucho menos solo y en grandes cantidades; el gofio se hizo para mezclarlo con agua, con azúcar, con leche, con plátanos... Los plátanos, que se instalaron en Canarias en una glaciación económica muy precisa, cuando fracasaron otros cultivos, como la cochinilla, son unos frutos que la gente (fuera de Canarias) relaciona con los postres, pero que en Canarias, o por lo menos en mi casa, relacionamos con la comida propiamente dicha: los tomábamos con huevos fritos, con arroz, con gofio... Con gofio: mi madre los amasaba con gofio garujado (es decir, combinado con agua), y con la pelota resultante me esperaba al volver de la escuela. No era ni

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

un postre ni un plato específico ni nada: era la merienda, y durante muchos años yo pensé que merienda significaba plátanos amasados con gofio.

El gofio de la molienda era una de las diversiones de mi casa, y de mi barrio; íbamos los hijos (de todas las familias) a buscar el resultado de la molienda, y bajábamos (o subíamos) a nuestras casas con un cargamento que luego iba a ser esencial en la dieta de la casa, y de las casas. Familias enteras, durante siglos, o al menos durante decenas de decenas de años, han vivido en Canarias pendientes del resultado de la molienda, que ha servido para todo, para combinar con todo.

El gofio ha sido el combinado universal.

Y ha sido una de las curiosas exportaciones canarias. A Cuba, a Argentina, a Venezuela, a Uruguay... Allá adonde ha ido un canario, en las emigraciones sucesivas de los siglos XIX y XX, allá ha ido el gofio, a condimentar la vida propia y la vida de los otros, una especie de tarjeta de identidad racial, campesina, concreta, de los isleños por el mundo.

Hace unos años, en Montevideo, la capital uruguaya fundada por trece familias canarias, un joven descendiente de isleños me ofreció queso al gofio, una variante no tan peculiar de nuestro tan tradicional alimento, y me lo ofreció como un invento naturalmente uruguayo. Lo saqué de su error, pero no me saqué del mío: no debía ser tan canario (o tan prehistórico) el gofio, si nosotros lo habíamos hecho de millo y el millo nos vino de fuera, de la América descubierta por Colón.

Es cierto que antes de ese gofio, los canarios llegaron a alimentarse de las raíces de los helechos, cuya pasta, tras ser triturada, tiene un gusto ancestral a gofio.

Pero esa es otra historia.

Estábamos en el montículo donde pastaba la cabra que ordeñaba mi madre y cuya leche servía para el madrugador desayuno de mi padre; además, el gofio era el alimento que le empujaba a afeitarse y a proseguir un día que entonces, para aquella gente, era aún la continuación de una época oscurecida

por la miseria de la posguerra y, en general, por la miseria económica en la que nos había dejado una historia que parecía, también, una tradición: la tradición de la escasez, la costumbre del hambre.

En ese montículo residía la esencia de la economía de supervivencia de la casa; ante la cabra, que era dócil durante la noche, y que balaba como si estuviera bajo tortura desde que la despertaban los gallos, estaba la granja de los animales que aseguraban el porvenir de la casa... Bebíamos la leche de las cabras; la leche de vaca, que era más cara, se vendía; había grandes recipientes metálicos, los hombres venían, los cargaban al hombro, y allí se quedaban las vacas con sus ojos llenos de melancolía... Mi madre decía estos versos: “Las vacas miran con ojos/ llenos de melancolía/ porque saben que a su leche/ le echan agua cada día...”

Así que mis padres vendían la leche de las vacas, que era mucho más apreciada, o por su calidad nutritiva o porque era más abundante, y para el uso doméstico reservaban la leche de la cabra, ese animal nerviosísimo que balaba desde el amanecer. Yo escuchaba desde mi cuna (y después desde mi cama) el sonido del hilillo de leche cayendo sobre los calderos que mi madre utilizaba para ese menester. El ruido siempre era el mismo, como si viniera de un sueño, o como si prolongara el sueño, y cada día sin embargo era distinto: era el ruido de lo que nacía, una novedad constante a pesar de que siempre era la misma leche, el monótono sonido de lo que nos regalaba la ubre de la cabra.

Esto de fijarme en los ruidos, en los sonidos que había alrededor, marcó el universo con el que se fue haciendo mi infancia. Todos los ruidos tenían un significado, siempre mucho más metafórico que real. Yo recuerdo haber salido con mi padre en busca de reparaciones para su camión y recuerdo haber buscado en mi imaginación infantil todo tipo de razones para los ruidos que venían de los talleres mecánicos en los que él se metía a buscar remedios para su medio de transporte, que era también su medio de vida; y cuando escuchaba los ruidos con los que acompañaban la conversación a gritos, dentro del taller,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

creía, siempre, que habían inventado un nuevo método de tortura para martirizar a mi padre, hasta que éste salía sano y salvo, y yo volvía a hacer como que me amodorraba en la cabina. El primer libro que leí en mi vida, un libro de Julio Verne, lo leí junto a una cañería, escuchando el silbido del agua subiendo (o bajando), y toda mi vida he asociado el gesto de leer al sonido del agua bajando (o subiendo).

Así que la cabra mandaba en la casa. Su leche, el sonido del ordeño, sus balidos.

Mi madre me contaba muchos cuentos, y en casi todos había una cabra. En uno muy famoso, el de Genoveva de Brabante, que salvó a su hijo gracias a la leche de una cabra, mi madre hallaba el hilo para muchos otros cuentos, en los que las cabras también hacían de salvadoras de niños en inminente peligro de desastre.

¿Cómo no iba a tomar leche de la cabra, parecía decirme, si las cabras salvan a la humanidad?

Hasta los animales del pesebre cristiano eran cabras, en su imaginación y luego en sus palabras.

Muchos años después, aquí, en La Gomera, donde estoy iniciando este viaje sentimental por mi propia tierra, escuché un balido seco, como desesperado, de una cabra sola, en un monte del cual tengo el recuerdo; era muy cerca de donde esta Juana gomera nos pone este día invernal de agosto el gofio que ha desatado todos estos recuerdos sentimentales, y la cabra debía estar perdida, algún campesino la debió dejar atrás, y ya se habían extinguido los silbidos que pudieron haberla atraído al redil.

Yo estaba arriba, en lo alto del monte, y escuché esos balidos como si fueran una voz humana llamándome, pero, claro, la cabra apelaba a otras manos y a otros silbidos, buscaba un olor familiar, el amo, el hombre capaz de salvarla de esa soledad que la convertía en el ser más desdichado de la tierra; la cabra bala como si fuera el ser más desdichado de la tierra, esa voz telúrica pero animal que tanto se parece a la voz de una herida. Hasta

que llegaba el silbido del dueño, y la cabra balaba como si se hubiera salvado de un terremoto. Y entonces ya guardaba silencio, dócil, camino del redil donde se debía sentir segura.

Asocio las islas, estas zonas de las islas donde las cabras aún viven sus peripecias de soledad y de balidos, al sonido del silencio: como si todo estuviera adormecido, hasta que de pronto el cielo se rasga porque ha gritado algo o porque suena como un martillo el repiqueteo de un grillo. Un silencio nítido, especial, que en La Gomera, además, se rompe porque alguien silba llamando al ganado o llamando a algún vecino separado de él por los abundantes barrancos.

Silbidos. Salió la palabra. La Gomera, este lugar, tiene muchas peculiaridades, y Garajonay es sólo una de ellas, acaso la más grande, o en todo caso la más hermosa, la metáfora más fiel de las contradicciones que tantas veces vive la geografía: es frondoso ese monte, y donde acaba el monte la isla presenta desembocaduras gigantes, tierras pardas, barrancos inamovibles, simas extraordinarias por las que sólo pueden bajar (o subir) gigantes poderosos u hombres muy arriesgados.

Pues esos gigantes no existen, pero sí hay hombres muy arriesgados, que a lo largo de los siglos han subido y bajado esas montañas sirviéndose de cayados que se han ido perfeccionando: de palos muy rústicos a cayados muy sofisticados que se afirman al terreno como si fueran pezuñas de tigres o de leopardos. Y esos hombres suben y bajan con sus ganados desde los tiempos prehistóricos hasta ahora mismo, defendiendo su subsistencia en medio de terrenos a veces yermos o a veces extraordinariamente fértiles, pero siempre difíciles como la vida misma.

Así que aquella cabra me recordó la cabra que había en casa, sus balidos y su soledad vespertina, cuando dormitaba como dormitaban (y dormitan) los perros domésticos que se quedan solos. La cabra, de todos modos, era la reina de la casa; como era el sustento más seguro (una especie de ser privilegiado que nunca se quedaría seco, siempre tendría leche para procurar el bien doméstico) tenía también asegurada su supervivencia.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Ni los cerdos ni los gallos ni las gallinas ni los conejos tenían asegurada la supervivencia. La cabra y los pollitos eran los únicos que sabían, como si los animales supieran de estas cosas, que nos resultaban necesarios, que de momento iban a seguir con nosotros. La cabra celebraba la presencia de mi madre como un jolgorio, y los pollitos seguían los sonidos de sus pasos como si estuvieran jugando a esconderse de ella. Si alguien me preguntara qué es la felicidad yo diría que la felicidad es recordar esos instantes de mi madre corriendo detrás de los pollitos.

La cabra sólo moriría de muerte natural, siempre que diera leche; y los polluelos cuando su destino de gallina (o de gallo) los hiciera útiles para la matanza, el caldo o la carne asada o guisada. Era una vida difícil, en todo caso, pero de ese sufrimiento de los pollos los niños no sabíamos nada.

La cabra estaba ahí, en su sitio; fue, en Fuerteventura y en El Hierro, sobre todo, un animal totémico, o casi, y ahora ya se puede saber por qué: probablemente porque en esas islas pasaba como sucedía en mi casa. A fuerza de ser necesaria, la cabra era intocable; era el sustento de la casa, el tótem, como la vaca en la India, como la llama en Perú. Una presencia inevitable, una necesidad perentoria.

Y un animal sujeto a leyendas, también. Mi madre contaba que en los años finales del siglo XIX (hay alguna foto en casa: la casa de los padres de mi madre era como la casa de una colonia latinoamericana, ahí había fotografías de lugares tan excepcionales, como de las selvas americanas, y en medio de esas selvas que no lo eran viví yo mi infancia, como dentro de una fotografía) un hermanastro suyo de nombre Domingo había viajado a Cuba en busca de un tesoro que, según un sueño que había tenido, se escondía bajo el montículo donde pastaba una cabra. Era un sueño, nada más, pero él le dio crédito; agarró un día el barco que surcaba el océano, y se plantó en Cuba. Ella lo contaba con todo detalle.

En realidad, ella me contó esa historia como me contaba otras, tan solo para tenerme entretenido. Pero ésta en concreto tenía ciertos aires de verosimilitud. Parecía verdadero que en aquellos años en que ella fabricaba la historia tuvo un herma-

nastro que viajó a Cuba, y era evidente que las primeras grandes emigraciones canarias (de todas las islas) tuvieron como objetivo Cuba; los emigrantes, como aquel hermanastro, viajaban en pos del señuelo de un mundo nuevo lleno de tesoros, de comida y de trabajo. Cuba era como una prolongación de las islas, y no era tan sólo una prolongación mental, un espacio en el que vivíamos otras vidas sintiéndonos en la misma tierra, sino un lugar físico, en el que los isleños nos trasplantábamos sin dolor ni melancolía. Nuestro sitio.

Hubo otros destinos, como Argentina o el propio Uruguay, a cuyo desarrollo contribuyeron tan decisivamente los canarios, o Estados Unidos, cuya ciudad de San Antonio de Texas fue construida con la fundamental contribución insular. Pero ese destino de Cuba fue el más mítico y, casi, el más natural. En las emigraciones de los años cincuenta del siglo xx se decía que había una brújula natural: en determinados meses del año, si ponías un barco en Canarias éste iba directamente a Cuba; y si lo ponías en otros meses del mismo año, el barco tomaba rumbo a Venezuela. Por esa regla natural se habían arbitrado las emigraciones del siglo xix. Unos a Cuba, otros a Venezuela. O a Argentina.

Cuba es una isla; sus características climáticas se asemejan, en general, a las que vivimos en las islas, allí también hay esa humedad de la que huimos los asmáticos, pero también abunda la vegetación desértica en la que nos refugiamos, y sobre todo estaba nuestra lengua, que sigue siendo, entonces y ahora, tan próxima al acento que domina el modo de hablar de los canarios. Suave, cadencioso, lleno de giros peculiares, de palabras que vinieron de allí a aquí (o viceversa) y que germinaron en un lugar y el otro sin hacer, de momento, otros viajes...

Así que no tenía nada de particular que un insular de Tenerife, del valle de La Orotava que, como Cuba, tanto había impresionado a Alexander von Humboldt, quisiera viajar en busca de lo que entonces era sueño común: el sueño de que en Cuba había muchos tesoros que podían colmar la dicha de cualquier paria, o de cualquier aventurero, o de cualquiera que quisiera correr el riesgo de comprobar por sí mismo que lo que decía Calderón de la Barca es cierto: que los sueños, sueños son.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Guillermo Cabrera Infante, el escritor cubano, hijo de madre tinerfeña, de San Juan de la Rambla, me contó una vez que él conocía historias de muchos canarios que se creyeron la historia (soñada o dicha) de los tesoros ocultos en montículos ignotos sobre los que pastaba una cabra.

Si hubiera habido tantos tesoros probablemente las islas serían hoy multimillonarias.

Y no lo son. Fueron muy pobres; ahora no son muy ricas, ni mucho menos. Pero fueron paupérrimas; no eran ricas ni en sueños.

Este pariente, Domingo, fue, pues, a Cuba, creo que a Santiago de Cuba.

—¿Y qué pasó, madre?

Esa pregunta, reiterada tantas veces como ella me contó el cuento, siempre tuvo por parte de mi madre una respuesta evasiva, como si no hubiera respuesta o ésta fuera un desengaño doloroso también para un niño.

Así que durante toda mi vida me quedé sin saber qué había pasado con aquel hermanastro de mi madre que había ido a Cuba en busca de un tesoro custodiado por una cabra desde la altura sinuosa de su montículo. Mi madre no sabía: el hombre se había evaporado, no se supo jamás si había encontrado el tesoro o éste había sido hallado por otro; no se sabía nada, y ella no sabía nada. Y yo tampoco, claro.

Hasta hace poco.

Hace poco, escribiendo un libro sobre mi padre y la posguerra española, que él sufrió aunque no hiciera la guerra, pude intuir qué había pasado en realidad con el hombre del sueño.

Creo que mi deducción, aunque destruya aquel hermoso sueño cuya solución nunca conocí, se parece más a la realidad que la leyenda en que lo envolvió mi madre. Ella calló cada vez que le pregunté por el paradero del hermanastro y por el tesoro que se guardaba bajo la sombra de la cabra.

El montículo del que ella me hablaba, y la cabra a la que ella hacía referencia, eran en realidad el montículo y la cabra que había frente a casa. Había inventado la historia, acaso la había inventado como mi padre inventaba otras vidas cuando se

miraba al espejo, de madrugada, imaginando que era otro al que alguna vez le llegaría una carta que le salvara de todas las miserias... Aquellos canarios siempre tenían un sueño al alcance de la mano... El poeta José Luis Pernas, de Las Palmas de Gran Canaria, tiene un verso: "Comprendo entonces que hay que buscarse una esperanza para seguir viviendo". Esa esperanza no se basaba en realidad alguna, así que construían palabras, como castillos en el aire; hacían literatura oral para calmar la evidencia de que el horizonte no era exactamente el futuro sino un muro, una pared que sólo podía derribarse con sueños...

Lo de mi madre era, pues, literatura oral, invenciones para tener entretenido al hijo asmático, y sus referencias estaban muy cerca, se podían tocar con los dedos, sólo había que asomarse a la calle: la cabra era su cabra, el montículo era aquel sobre el que ella ordeñaba a la cabra, debajo estaba el suelo arriscado, la lava pura del valle, este no era el suelo de Cuba, ella estaba inventándolo todo. Probablemente no había existido ni siquiera el hermanastro; esa imagen que yo me hacía del campesino abordando el barco, mientras ella me contaba la historia de Domingo, era una leyenda más de las que inventaba mientras pensaba qué contestar cuando yo la acribillaba a preguntas...

En realidad todo estaba cerca como ella misma lo está ahora de mí mientras almuerzo, en este hermoso Garajonay, una comida igual a la que ella hacía los domingos, y el mismo potaje de berros que ella guisaba los inviernos, o casi todos los inviernos. Ahora aquí nos ponen el gofio, yo le pongo agua, lo amaso ligeramente, sé que estoy haciendo algo que aquí se hace desde muchos siglos atrás, eso hace invencible la sensación de placer que se transmite del agua y el gofio a las manos, estamos amasando un sabor, como quien escucha una vieja música. Una folía, por ejemplo. "Folías sí, quieres tú, quieres tú que cante yo, las folías de mi tierra son alegres y muy tristes de cantar..." En la versión de Los Sabanderos, que nacieron en La Laguna, Tenerife, hace casi medio siglo, y que reconstruyeron la melancolía del folklore isleño cuyo epicentro es esa melodía que proviene de la tristeza telúrica de los portugueses y de los gallegos que dejaron aquí, en su viaje hacia América, la sensación de que

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

todo es alegre y a la vez triste como lo que queda de los recuerdos de la vida...

Todos esos sentimientos, y también ese sentimiento que provoca la folía, alegre y triste a la vez, toda esa memoria personal y a la vez colectiva, porque la memoria de un canario es la memoria de muchísimos canarios a la vez, se me despertaron cuando entré en La Vista, este mesón campestre de Juana la gomera, que tanto me recordó a aquella otra Juana tinerfeña que fue mi madre...

¿Y de dónde venimos?

Lo que quiero decir es que allá arriba, en aquel altísimo comedor de Garajonay, sentí que si algo define a mi tierra es la comida, la manera de comerla, la manera de hacerla, el modo en que se produce ese rito de suministrarse de ella para seguir viviendo. Desde luego, esa comida, la costumbre de hacerla, la costumbre de compartirla, pues la comida canaria es colectiva, como es colectivo el zurrón del gofio, o el porrón del vino, o la olla de carne con papas, o el puchero, o la sopa de pescado, o el gofio, viene de los ancestros, aunque nunca se supo muy bien de dónde vienen los ancestros. ¿De dónde somos? ¿Somos de aquí? Es evidente que no, aquí nacimos, pero nuestra historia viene de muy lejos; quizá de muy cerca, de los montes africanos, de los cruces de caminos, de las más diversas razas, del paso de los portugueses y de los gallegos, de las emigraciones castellanas a América... Somos canarios, eso no cabe duda, pero en nuestra identidad hay tantas razas como amarguras, o como alegrías. Somos como las folías, un cruce de sonidos, una poesía penetrada por multitud de poesías o sonidos; somos como las islas, idénticas en melancolía pero muy distintas en orografías... Una isla (Tenerife, por ejemplo) es muchas islas a la vez, no se sabe jamás en qué recodo acaba una isla y empieza otra... En Icod de los Vinos (Tenerife) puede estallar el sol sobre el Drago milenario, y unos kilómetros más allá, en la cumbre de Erjos, uno puede estar traspasando un

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

mar de nubes que precede, como un zarpazo, al cielo más limpio y duradero, el cielo del sur, que es como el verano perenne más allá de las cumbres del norte... ¿De dónde somos? De la vida, en realidad, con su multitud de viajes y de virajes...

Para escribir este libro me he documentado con lo que han escrito historiadores españoles, canarios y extranjeros, de este siglo que pasa y de los siglos que pasaron, prácticamente desde que los castellanos mandados por Alonso Fernández de Lugo (y por otros) les ganaron sus batallas, a veces muy sangrientas, a los primitivos pobladores de las islas, y nadie se pone de acuerdo sobre el origen de los canarios, que en el principio de los tiempos se llamaron guanches (los de las islas occidentales, excepto los de La Palma que eran benahoaritas) y que provenían, según los más autorizados estudiosos, de los montes Atlas del norte de África.

Antonio Tejera Gaspar, de quien me fío bastante, porque fue compañero mío de pupitre y lo vi estudiar y pensar, dice en *Los guanches de Tenerife* que sobre la procedencia de los isleños “se han discutido hogares diversos y algunos de ellos exóticos, como los inexistentes habitantes de la mítica Atlántica, o de los germanos”, y “no ha sido menor la diatriba sobre su filiación cultural”.

En efecto, a los guanches (y a los isleños de las otras islas) se les ha emparentado “con poblaciones paleolíticas europeas o con las del mesolítico capsense norteafricano”.

Lo cierto es que nosotros siempre escuchamos que los guanches (y, repito, los habitantes de las otras islas) eran de origen bereber, y esta fue la especie más extendida entre los que, como Tejera Gaspar, empezamos a estudiar cuando estaba tácitamente prohibido decir (en la España de la dictadura de Franco) que Canarias formaba parte insular del continente africano. Racismo de entonces, xenofobia de siempre: a la burguesía franquista de las islas le gustaba más sentirse parte de Europa que parte de África, como si la tierra pudiera cambiarse de sitio tan solo negando la realidad de su evidente vecindad. Canarias es geográficamente África; otra cosa es que por su territorio, por su historia y por su cultura se hayan cruzado aquí los caminos de Europa y de América.

Pero fue parte de África, y es África, a todos los efectos, aunque a Franco y a los conservadores de la época no les gustara esta proximidad. Fue tierra de destierro y tierra de conquista, o viceversa, y la conquistaron los españoles de camino a América cuando se obstruyeron fuentes de financiación española y los Reyes (Católicos entonces) tuvieron que financiar viajes de conquistadores para ampliar el radio de sus diezmos.

Canarias era apetitosa tan solo porque estaba en el camino a la tierra de infieles, pero su posición era, como se dice hoy en día, geoestratégica, una posición que hoy adquiere una importancia política que entonces era económica o simplemente de influencia religiosa o cultural.

Los españoles tuvieron apetito de Canarias, pero primero la rozaron otros. Según este libro de Antonio Tejera Gaspar, las pretendieron (cuando no se sabía si eran siete o cinco o tres) los romanos, y luego los franceses, y así sucesivamente hasta que los españoles las pusieron bajo su mando. Y todavía vinieron los ingleses de Nelson a “llevarse” Tenerife; no pudieron, y dieron ocasión a un hermoso espectáculo bélico: el espectáculo del perdón al invasor...

En un tiempo, además, las islas fueron foco de atención del idealismo de Platón, que situó aquí su manera de ver el Edén. Es fascinante, para un isleño de hoy, o de antaño, sentirse parte de esa Atlántida idílica que pensó Platón, y que más adelante creyó ver Plinio, pero desde lejos, porque, como Platón, por cierto, jamás estuvo en las islas. ¿O sí estuvo? Las brumas del pasado permiten decir una cosa y su contraria.

Veamos lo que dice mi compañero Tejera Gaspar de aquella noche ideal de los tiempos. Según su resumen histórico, lo que José de Viera y Clavijo (sacerdote ilustrado del siglo XVIII, responsable, entre otros, de que la Ilustración llegara a las islas y de que se fuera acabando la Inquisición) había dicho “que los canarios eran los descendientes de la desaparecida Atlántida de Platón, transformó de manera radical lo que hasta ese momento había sido considerado como verdadero”.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Hasta el momento, “Canarias había sido relacionada tradicionalmente con las islas míticas de la civilización grecolatina, que se ubicaban en el mar exterior, en un lugar lejano en donde se ponía el sol y habitaban las almas de los Bienaventurados”.

Nosotros, los canarios, descendientes o no de los guanches o de sus congéneres isleños, nos lo creímos, y nos lo hemos seguido creyendo: hemos creído ser parte de un archipiélago que fue, en su día, y por qué no hasta ahora mismo, “el jardín de las Hespérides, las apacibles Afortunadas que los romanos imaginaron primero, y que más tarde identificarían; y de manera muy especial, porque con ellas se asoció siempre la vista y no vista isla de San Borondón, el mito insular por excelencia de las creencias medievales”.

Las creencias medievales formaban parte de los cuentos de los niños: a mí me durmieron diciéndome que había venido de San Borondón; forma parte, esa isla inexistente, de la mitología canaria, y en cierto modo, como toda mitología, de una esperanza: hay un lugar bello, probablemente soñado, en el que los hombres son como alguna vez se imaginó que era el mito de la vida feliz en las Islas Afortunadas.

Plinio lo había dicho cuando comenzaba la era cristiana; las Afortunadas están ahí, cerca de la provincia africana antes llamada Mauritania, y que llegaba entonces a Marruecos y a Argelia, y cerca de Cádiz, en la esquina sur de la península Ibérica. Él las fue nombrando: Ombrios, las dos Junonia (maior y minor), Capraria, Ninguaria, Canaria, que la historia posterior fue nombrando como La Palma, La Gomera, El Hierro, Gran Canaria, Tenerife, que están (eso dice Plinio) más acá de las Purpurarias, islotes que están frente a Essauria, en Marruecos...

Y venían del norte de África. ¿Cómo vinieron? Algunos dicen que no conocían, esos primeros habitantes de las islas, las técnicas de la navegación, y que por eso prefirieron vivir contra el mar, refugiados en las montañas y en las cuevas, que era de donde vinieron. Y entonces la deducción que han adoptado muchos historiadores (propios y extraños) es que fueron arrojados aquí como castigo (verdaderamente cruel) de los romanos, dis-

gustados porque estos bereberes (si eran bereberes) no aceptaron rendirse a su civilización...

Los arrojaron, pues, a este erial, y en este erial que debía ser entonces el archipiélago se dispersaron y se adaptaron a unas condiciones de vida en las que sobrevivieron, se imagina uno ahora, porque eran unos héroes de la resistencia.

¿Lo eran?

Vinieron como Noé con su barca. Entre las cosas que trajeron, dice la historia, había “parejas de cabras, ovejas, cerdos, perros, semillas”, y si eso era así, concluye Tejera Gaspar, aquello se transformaría “en una auténtica colonización”, realizada por personajes que, en contra de la otra tesis, sabían bastante qué mar se traían entre manos, o, por decirlo aún más gráficamente, sabían nadar y guardar la especie.

La guardaron. Desde luego, si lo que traían en sus probables (o improbables) embarcaciones es lo que dicen los historiadores que había en esas barcas, ya vinieron influyendo decisivamente en lo que nosotros, siglos después, y ya mucho más ilustrados también gastronómicamente, seguimos poniendo en la mesa, en Garajonay o en cualquier casa de vecindad, en mi propia casa, por cierto, y no sólo en la época en que mi madre nos cuidaba, sino ahora mismo, cuando sus bisnietos abren los calderos a ver qué dejaron en ellos sus padres....

Pero ¿y si vinieron obligados, abandonados a su suerte, echados al mar como un castigo? Un historiador canario, y también sacerdote, Abreu Galindo, narró de manera espeluznante la certeza de esta última, y muy cruel, posibilidad: “Teniendo Roma sujeta la provincia de África, y puestos en ella sus legados y presidios, se rebelaron los africanos y mataron los legados y los presidios que estaban en la provincia de Mauritania; y que, sabida la nueva de la rebelión y muerte de los legados y presidio en Roma, pretendiendo el Senado romano vengar y castigar el delito e injuria cometida, enviaron contra los delincuentes grande y poderoso ejército, y tornárola a sujetar y reducir a la obediencia. Y, porque el delito cometido no quedase sin castigo, y para escarmiento de los venideros, tomaron los que habían sido caudillos principales de la rebelión y cortáronles las cabezas, y otros

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

cruelles castigos; y a los demás, que no se les hallaba culpa más de haber seguido el común, por no ser destruidos, por extirpar en todo aquella generación, y que no fuesen por ventura causa de otro motín, les cortaron las lenguas, porque do quiera que aportasen no supiesen referir ni jactarse que en algún tiempo fueron contra el pueblo romano. Y así, cortadas las lenguas, hombres y mujeres e hijos los metieron en navíos con algún proveimiento y, pasándolos a estas islas, los dejaron con algunas cabras y ovejas para su sustentación. Y así quedaron estos gentiles africanos en estas siete islas, que se hallaron pobladas”.

Las cabras otra vez, ese sonido con el que convivió nuestra infancia y, por decirlo así, la infancia de las islas. Terrible antecedente. O sea que, si lo que refiere Abreu Galindo es verdad (y es tan verdad como otras interpretaciones porque los historiadores, como bien dice Tejera Gaspar, a este respecto sólo tenemos preguntas), los canarios que primero poblaron las islas de su nombre fueron arrojados aquí, diezmados y heridos, producto carnal de una rebelión que sólo se sofocó con violencia pertinaz y cruel. Vinieron con las lenguas cortadas. Para cualquier civilización este es un cimiento bárbaro, que marcaría una actitud y un futuro, y que quizá lo ha marcado. Pero, como bien dice también Antonio Tejera Gaspar, a estas alturas de la historia “las culturas no son sólo lo que fueron en un tiempo lejano del origen, sino más importante que eso es lo que han llegado a ser en el desarrollo espaciotemporal”.

Procedieron del norte de África, es evidente, dice Tejera, “pero dos mil años más tarde se transformaron en culturas de las islas Canarias”.

Ahora ya no hay discusión, es decir, tan solo hay pasado. El siglo xx de Canarias ha sido una amalgama de sucesos que han configurado, acaso como si se hubieran descubierto de nuevo, el porvenir de las islas: vivieron las hambrunas de principios de siglo, convivieron con la emigración, con divisiones provinciales que generaron un enorme conflicto (sentimental y político) entre las islas mayores, Tenerife y Gran Canaria, fueron testigos

del levantamiento fascista de Franco, pues el que iba a ser longevo dictador comenzó aquí, en Tenerife, y en su espléndido Monte de la Esperanza, su andadura; conocieron las dificultades innumerables desatadas por la posguerra, que obligaron a una nueva emigración, sobre todo a Venezuela; acogieron desde los años sesenta un turismo cada vez más masivo, que salvó a las islas de la crisis agrícola en la que la competencia caribeña situó a los agricultores del plátano; y se lanzaron, en la democracia, a construir como región lo que siempre fueron siete islas muy difíciles de juntar no sólo porque la mar las dispersó sino porque cada isla es un universo que vive por su cuenta... En medio, en el ámbito cultural, las islas vivieron un apogeo que giró en torno al surrealismo de André Breton y a la revista *Gaceta de Arte*; ese esplendor tuvo efecto en los años treinta del siglo, antes de la guerra civil española (que un canario, el historiador y ensayista Juan Marichal, exiliado en América, catedrático en Harvard, llamó “guerra incivil”) y de la guerra mundial... Ese fue un momento espectacular de la vida cultural canaria, y de ese momento arrancó un modo de concebir las islas como cruce de culturas de vanguardia, hasta que vino la contienda entre españoles; esa contienda llevó a la muerte y a la cárcel a algunos de los protagonistas de ese instante precioso, y aunque fue incapaz de acabar del todo con la raíz de esa vanguardia, que siguió teniendo sus faros bien puestos, sí sumió a las islas en la misma temperatura desgraciada que vivieron otras regiones de España, acosadas por el miedo y la amenaza de la barbarie fascista... En los años sesenta, gracias al turismo, Canarias recuperó cierta luz cosmopolita, hasta que la democracia abrió de nuevo las compuertas. La historia se rehizo, se está rehaciendo.

La isla de Cristóbal Colón

Y aquí estamos, este es nuestro sitio. Un lugar, pues, de romanos, de africanos, de españoles, de genoveses, de franceses... ¿Y somos, aun así, una raza especial, un mundo aparte?

Decía antes que en pleno franquismo estaba muy mal visto que los canarios dijéramos que formábamos parte de África, al menos en lo que tenía que ver con la geografía física. Por un atavismo imperial que no ha cesado prácticamente, las islas, incluso las más orientales, aquellas que están más cerca del continente vecino, han mirado hacia otro lado, sin duda por razones económicas, pero también, en el pasado más inmediato, por razones culturales o políticas. Pues África no ha sido una solución, aunque ahora se estime que su mercado crecerá, que lo que antes era desdén u olvido será en algún momento necesidad o porvenir.

Canarias ha sido (y esta es una expresión muy del estilo de lo que se decía durante el franquismo) “una avanzadilla española en América Latina”, un lugar que viaja en el Atlántico como aquella balsa de piedra de José Saramago, por cierto habitante de Lanzarote en los últimos veinte años de su vida, y foco de muchos visitantes (Susan Sontag, Günter Grass, Álvaro Siza, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes....) que vinieron a ver por qué había elegido esta isla como el lugar donde seguir escribiendo su obra una vez que fue expulsado por la política y por la

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

censura de su país, donde había escrito, para escándalo de los que pensaban hacia atrás, *El Evangelio según Jesucristo...* En cierto modo, Saramago formaba parte, en las islas, de ese símbolo de la avanzadilla que supone Canarias en el viaje a América, él mismo era un cruce de caminos y de visiones...

Pues bien, esa avanzadilla tuvo su origen en 1492. Y fue en este suelo en el que ahora piso, donde pisa Juana y donde pisan aquellos excursionistas franceses que en el momento en el que nosotros íbamos a comer se estaban calzando las botas y poniéndose los chubasqueros con los que controlar la lluvia pertinaz que tanto contrastaba con el sol tórrido que había en San Sebastián. Y en San Sebastián, en esta rada pacífica, bajo el farallón que recuerda el Pan de Azúcar de Río de Janeiro, ante una playa de arena gris y de guijarros prehistóricos, fue donde, precisamente, atracó Colón cuando se iba, con algunos marineros y otros tantos golfos o delincuentes redimidos por su viaje, camino de las Indias que soñaron los Reyes Católicos para ser más ricos y más poderosos.

Vino a San Sebastián de La Gomera, a este puerto tranquilo y recogido cerca del cual estoy escribiendo en este instante, por donde vienen ahora turistas de todas partes, especialmente alemanes, como la señora Merkel, y canarios, sobre todo de Tenerife, la isla que ha resultado prolongación afectiva y económica de La Gomera. Aquí se encuentran con la misma vegetación que vio Colón, durante años estuvieron aquí las mismas calles de tierra, yo las pisé, aquí está el mismo castillo humilde en el que se conservan escasas reliquias de aquel paso, y el mar es el mismo, claro, un mar que se riza al abandonar la punta del muelle pero que aquí es como un remanso en el que ahora compiten para buscar sitio barcos de todas partes... Uno de ellos, *Never Ready*, lleva en su nombre irónico, una definición aproximada del carácter isleño, industrial, sin duda, pero siempre a punto de acabar de cumplir sus objetivos, nunca listo, ready, del todo...

El de San Sebastián de La Gomera es un puerto tranquilo, recogido, en una bahía que, como muchas de las radas naturales

de las islas, está protegida por un enorme farallón que aquí, como aquel de Río de Janeiro, está presidido por una imagen del Corazón de Jesús.

Colón llegó aquí, como la Virgen de Guadalupe, que es la patrona de la isla, con su grupo de descubridores, y aquí se encontró con doña Beatriz de Bobadilla, esposa de Hernán Peraza El Joven, y ella y el agua que la isla le proporcionaría, además de otras vituallas, constituyen el atractivo por el que la isla se convierte ya habitual en sus escalas en viajes posteriores. En uno de esos viajes, que Colón consigna, figura también la isla de Gran Canaria como punto de recalada del navegante. Por razones propias de la riña insular, que no tiene sólo este punto de conflicto, esa dualidad de las preferencias de Colón —La Gomera, Gran Canaria— ha sido objeto de discusión durante siglos, aunque en los últimos tiempos las certezas de los historiadores y el cansancio de los materiales polémicos ha dejado paso a otros asuntos igual de cansinos pero acaso más succulentos política o periodísticamente; es curioso que las islas se hayan disputado esas primacías, cuando hubiera sido bueno para estas dos islas, y para todas, que Colón hubiera estado en ellas, convirtiéndolas en protagonistas privilegiadas de la aventura más famosa de la historia. Así son las cosas entre nosotros, o han sido: restar ha sido mejor que sumar, y acaso eso ha hecho a las islas más chicas de lo que son, sometidas a sus propias mezquindades para tratar de achatar sus grandezas...

Pero, en fin, aquí estuvo Colón. Una de estas tardes fui a hacer su recorrido, desde la casa de Beatriz de Bobadilla (lo que ahora se llama la Casa de Colón) a la Torre del Conde, que en realidad fue la prisión de doña Beatriz cuando se descubrieron sus infidelidades y otros rasgos nefastos (para otros) de su carácter.

En ninguno de esos lugares colombinos vi un especial entusiasmo por hacer que el recuerdo del navegante fuera algo más que la memoria que se escribe en los carteles turísticos; en la Torre del Conde había expuestos algunos mapas insuficientes de distintas épocas de la historia de La Gomera, desde la antigüedad hasta nuestros días, y en la así denominada Casa de Colón había algunas exposiciones precolombinas o de arte abstracto.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Aún así, lo que es cierto es que esta isla parece hecha, vista ahora mismo, con sus farallones y sus huertas, y su extraordinario, beatífico monte Garajonay, este Iguazú de las islas, como un portalón a la exuberante América que Colón descubriría animado por las aguas y por las caricias de doña Beatriz, la mujer que le decía adiós antes de la aventura. Como si aquí se hubiera fabricado un Macondo avant la lettre, una especie de selva rodeada de riscos atrevidos e inigualables, como si la soledad húmeda y umbrosa que abrigaba América fuera ya soñada desde aquí, La Gomera se establecía, se establece, como una avanzadilla al revés. Parecía que el destino estuviera arrancando de aquí, de esta isla suramericana, tropical y tranquila, y no del sur español (Huelva, Palos de la Frontera, el atlántico andaluz) desde el que venía Colón a inquietar las aguas de la geografía y de la historia. La isla es como un punto, un enorme punto en medio del mar, una sugerente y poderosa piedra rodeada de verde, rota como una mano en dedos que son barrancos, un lugar tan inmensamente rocoso como el fondo del mar. Una isla que se parece al fondo del mar; en uno de sus lados hay una vasta extensión de rocas que simulan un órgano, y si se rodea a la isla un mediodía, mirando cómo las sombras van dibujando esos dedos del sonido, es probable que uno vea a la vez la isla y los sueños que encierra.

Ante el mar de Hermigua, que Colón no debió ver, porque está en la parte norte de la isla, sometido a las neblinas que vienen de Garajonay, me hice algunas de estas reflexiones sobre el viaje de Colón y sobre lo que pudo encontrar (o perderse) si no se hubiera tropezado, en su ruta marina, con este puerto lento, casi doméstico, en el que las aguas entran quietas, como si el mar hubiera perdido viveza y hubiera ganado melancolía. Como si el mar fuera la esencia misma de la folía, subiendo y bajando como suben y bajan los humores de las llegadas y de las despedidas... Y no fue a Hermigua: no podía. Hermigua, esta mar alta y encrespada, hubiera sido un alto, no un lugar de paso. Aquí se habría parado, sus barcos no habrían resistido estos embates, imagino, mirando cómo sube y baja la marea, con una intensidad bravía...

Si Colón hubiera venido por Hermigua... Primero, no tendría por qué haber venido, porque él venía a ver, precisamente, a Beatriz de Bobadilla, y esa era una razón poderosísima de su ruta (aunque paradójicamente, como me apunta Tejera Gaspar, Beatriz no estaba en la isla cuando él llegó. Cosas de las leyendas...). Y, en segundo término, no podría haber atracado sin grave peligro de sus tres embarcaciones.

Aun está así ese mar; claro, es eterno, como este paisaje, y a no ser que la naturaleza de los hombres lo desfigure así será por los siglos que han de venir. Nosotros bajamos hasta Hermigua desde Garajonay porque la naturaleza te lo va mandando. Cuando estás arriba, en ese monte magnífico que parece una metáfora de un monte, después de haber cruzado los senderos de agua y de monteverde y de laurisilva, y cuando tu mirada se ha llenado de la visión reiterada de troncos inmensos de árboles prehistóricos y de brumas, la carretera te ofrece dos posibilidades, y una has de escoger. Si vuelves atrás, harás la misma excursión entre matorrales, hacia el sur seco que parece inverosímil que surja después de esta inmensa, exquisita, forestación inusitada, o hacia el norte suave, lleno de plataneras y de casas viejas, arregladas por los alemanes o por los isleños, que baja en pendiente hasta el mar, como si una mano verde se estuviera extendiendo para contarte, en primera persona, de qué vivió La Gomera durante tantos años: de qué iba a ser, de la umbrosa cercanía del Cedro, del que partieron canales de agua limpia que regaron huertos e hizo de este vergel un misterio de silencio y arbolado. Y, de vez en cuando, una palmera, altiva como un picacho.

Y nosotros optamos por seguir hacia el norte, hacia la Hermigua verde que está presidida por un silencio animado por los riscos endiablados que le dan a la cumbre que va bajando un aire ilimitado de misterio. Desde arriba, Hermigua es ese verde singular, absoluto, casi vertiginoso, y el mar. El mar es el contrapunto; su oleaje —la fuerza de su oleaje— se intuye, va viniendo como —precisamente— olas majestuosas pero inaudibles, hasta que vas llegando al límite de las huertas y de las terrazas plantadas, de las plataneras ubérrimas, de las tomateras, de las viñas que un día fueron no sólo fértiles sino el principal elemento de

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

la vida comercial de la villa. El vino siempre asomando como una luz de la tierra, las viñas humildes de los caminos canarios.

Ni que decir tiene que, como ocurre tantas veces en esta tierra y en tantas tierras, Hermigua es, con respecto a San Sebastián, el yin —o el yang, si San Sebastián fuera el yin—; y lo es, no sólo por razones lógicas de rivalidad local, sino porque en efecto aquí, entre el sur de la capital y el norte de esta otra villa se halla dividida la propia existencia de Canarias, un archipiélago que tiene su norte y su sur como si tuviera dos almas, dos conductas, dos maneras de ser. El norte espléndido, lleno del colorido de las huertas, de los caminos y las veredas húmedas, y el sur arisco, una caricia apenas del mar le da agua, pero el resto es un secarral intenso sobre el que, en las islas mayores, la codicia ha construido apartamentos, hoteles, chalets, autopistas, para convertir lo que era un amago de desierto en un poblamiento continuo y en gran parte desorganizado. Aquí, donde estoy ahora, bajo la niebla de Garajonay, en Hermigua, se ha conservado un estimulante equilibrio: el mar y las huertas, y las casas viejas, y este silencio en el que la voz más queda parece una ofensa para los grillos y para los gallos.

Y el alma de Hermigua está en el mar, ese que no pudo cruzar Colón, porque lo hubiera detenido; este mar es mucho más fuerte que Colón.

El mar convierte este paraíso chiquito —dice una placa, al entrar: “Hermigua, donde tenemos el mejor clima del mundo”— en un paréntesis natural; tú miras hacia el mar, y lo ves inquietante y majestuoso, épico; se sube hasta las rocas más altas, y ahí, en la costa de Hermigua están, acaso, las rocas más altas del archipiélago, y luego baja como espuma rabiosa, la espuma de un gigante o quizá la espuma de un animal prehistórico, y ahí se convierte en una especie de espectáculo lírico, tremendo y sobrecogedor.

Esta es una isla, como otras del archipiélago, como La Palma, como Gran Canaria y como Tenerife, singularmente, constituida en torno a barrancos muy profundos, pero aquí, en La

Gomera, es donde son más profundos, y donde ha sido más dramática la división norte-sur, el yin y el yang canario. Esa orografía endiablada que los antiguos pobladores llevaron como pudieron pero que los descendientes de la conquista (unos, los aborígenes que quedaron, y otros, los españoles que vinieron) llevaron con resignación cristiana. Hasta que las palas mecánicas y las grandes máquinas excavadoras hicieron que la isla tuviera más a mano el norte, o el sur; la isla de los grandes barrancos se ha achicado.

Es esa orografía la que obligó a los gomeros a comunicarse silbando, una singularidad que se perpetúa aun a pesar de las líneas telefónicas y del teléfono móvil, y a pesar de la mayor movilidad gracias al transporte terrestre. El silbo gomero, que es patrimonio inmaterial de la humanidad y que ahora se enseña en las escuelas, para que no se pierda, es una tradición antiquísima, desde los ancestros africanos, pero es también una necesidad, no es un artilugio, es una invención natural del hombre gomero para salvar las distancias impuestas por la orografía, y se ha conservado no por empecinamiento local sino porque ha sido, hasta que vinieron los teléfonos móviles y otros artefactos de comunicación, la única posibilidad de alertar a otros sobre cuestiones relativas al ganado o a otros elementos de la vida cotidiana. En estos parajes cruzados por barrancos enormes o menudos escuchar el silbido no sólo es una alerta sino que produce un estremecimiento, una señal de vida que viene desde lo más profundo de la historia de la tierra. Ahí están los hombres y las mujeres, con sus dedos grandes dentro de la boca, ensayando lo que es un grito telúrico, la voz de un auxilio indispensable. Una manera prehistórica de comunicar que cruza hasta este instante como una señal que el tiempo sigue haciendo imprescindible.

Digo que se van borrando las fronteras entre el norte y el sur, el agua, las carreteras, los puentes de mil ojos, han convertido la tierra en un continuo... Pero la evidencia de que así no fue siempre, de que el norte y el sur fueron geológicamente irreconciliables, aquí y en muchas de las islas, tiene en Hermigua,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

y en los pueblos que la siguen, su metáfora más arriscada. Así que había que comunicarse con ella, desde San Sebastián y desde otras islas, por este mar embravecido que nos ha recibido como si roncara en esta tarde de agosto, cuando veníamos de comer en la generosa vecindad del refugio ordenado por doña Juana. Las falúas llevaban a los viajeros de un lado al otro de la isla, desde San Sebastián a Hermigua, con mala mar y con mar buena, en un transporte que ahora se antoja primitivo, pero que fue así hasta anteayer, por así decirlo.

Para comunicarse con Hermigua los hombres fabricaron un pescante, una especie de puerto artificial, robado al mar y a su furia y construido sobre lo que ahora es una piscina natural entre riscos. Cuando estuve viendo, otra vez, este espectáculo de sal rabiosa, el cielo estaba, como muchas veces en este norte melancólico, nublado, cerrado a piedra y barro sobre nuestras cabezas, y esa nube ayudaba a consolidar el aire de una fantasmagoría; éramos súbditos del mar y de la bruma, y estábamos allí sobrecogidos por lo que parecía una invasión perpetua del sonido más indiferente y más poderoso, envolvente, despiadado, el sonido del mar.

Como si ese mar del norte quisiera hacerse presente también como símbolo de su victoria, las olas batían y superaban los restos del pescante, unas columnas poderosas pero viejas de las que sobresalían, aún, los hierros vanos de su estructura. Un chico me señaló el sitio hasta el que podían llegar las olas cuando el mar estaba verdaderamente embravecido, y yo me sobrecogí aún más, porque estábamos, en aquel farallón, a más de seis metros de altura sobre las olas incesantes. Y abajo, decía el muchacho, aún hoy se baña la gente, a pesar de la tremenda violencia de las olas, a pesar de la voluntad depredadora, despiadada, de este mar con el que, por lo menos aquí, no se hubiera atrevido Colón.

Casas viejas, silencio, plataneras, el pescante. Hermigua es una sucesión de símbolos, de La Gomera y de las islas, acaso porque, quién sabe, La Gomera adquiere el carácter de metáfora de todas las islas. Se dice —e imagino que eso se dice de

todos los lugares del mundo que son islas; se dice de Inglaterra, por ejemplo— que las islas Canarias son continentes en miniatura; pues si cada una de las Canarias es un continente en miniatura, La Gomera es el continente mismo, y es miniatura por lo que mide (369,76 kilómetros cuadrados), pero debe ser un continente en serio por la longitud exultante de sus barrancos perpetuos, que no han podido ser rotos, nunca, por la mano de puentes que le ha echado el hombre. Una isla autosuficiente, autosostenible, como era en aquel entonces, en la posguerra española, el propio patio de la casa donde nació. Pobre pero autosuficiente, desafiando al hambre, protegido por el bosque de la belleza.

Ahí está Hermigua, constituyéndose en el elemento central de toda esta metafórica presencia física del alma del norte de las islas. Yo anoté en mi cuaderno, nervioso ante los desfiladeros: “El agua lechosa acariciando violentamente unas rocas perfectas, como prehistóricas”, rocas como aquellas piedras que García Márquez contemplaba junto a la fábrica del hielo, en Aracataca. Pero luego se fue acercando el ojo, y ya vi las terrazas uniformes, diseñadas por la imperiosa casualidad de la perfección, como las que se ven yendo al sur, en Valle Gran Rey, o como las que veía Humboldt cuando se asomó al valle de La Orotava, en Tenerife, una orografía mucho más amable, casi acariciadora, o como las que en Gran Canaria se ven por Bandama o por Tejeda... y es que el hombre, desde que empezó a cultivar la tierra en las islas, ha podido con la naturaleza como si se confundiera con ella, o como si fuera su cómplice, su modo de arañarle al hambre la violenta herida de miseria.

Pero el hombre no ha podido con el mar, con ese no ha podido, y ahí lo ves (dicen mis notas), “rocas negras y el rocío blanco cubriendo hasta el infinito este mar violento”. Cuando me fui volví a ver el pescante, que es, ahora, como una escultura de Eduardo Chillida o de Tony Gallardo, de Martín Chirino o de José Abad (estos tres últimos, escultores canarios), una escultura violenta, o violentada, cuatro enormes columnas resistiendo un embate que aún, mirándolo con la memoria, me sobrecoge. Y vi, encima de una de las columnas hercúleas, una

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

gaviota sola, paseando entre los restos agrestes del pescante, como una paloma sobre un hombro de Hércules.

Ignacio Aldecoa no pudo entrar en La Gomera; su falúa no se atrevió con estos mares, y dejó escrito en su impar *Cuaderno de godo*: “La Gomera es una vaga noción de valles para el godo que quiso verlos y no pudo, por achaques del motor de la falúa en que navegaba. Vio su perfil y oyó hablar de sus magníficos valles”. El godo: es el peninsular no aclimatado aún a las islas, no es todavía un ciudadano adaptado a las costumbres; se dice godo por molestar. Y cuando se dice peninsular ya no se molesta, ya se espera que el visitante sepa qué terreno está pisando: Aldecoa se llama a sí mismo godo, en esa condición está mirando. Pero no pudo entrar, el mar no le dejó, lo trató, por decirlo así, como un godo todavía... Añade aún el escritor vasco sobre su contemplación de la isla desde lejos: “[El viajero] tuvo que regresar a Guía de Isora-Alcalá, donde le esperaban atentos los viejos del mar, los siete viejos de la leyenda del sur de Tenerife que pescan el atún en solitario. Van a remo hasta la línea del horizonte, y más allá, donde la gran mar. Anzuelan para los grandes atunes que viven en el mar de La Gomera. Navegan guiándose por el Teide, por la cabeza plateada del Teide, que despierta al sol tempranamente. Los viejos van a la mar con la primera luz de la montaña, vuelven con la última. Los viejos pertenecen a la mar; puede que mueran con los remos en las manos, los aparejos fugitivos llevados al fondo por los grandes peces, por un golpito de viento que les tuerza la cabeza como un pabilo; pero ellos, los siete, están ahí, al sur de Tenerife, frente a La Gomera, para que uno lo pueda contar”.

El mar que acoge, el mar que expulsa. Y pensar que yo venía de la tierra, y ahora aquí todo es mar, un mar invasivo que viaja como una gaviota hacia la América que desde aquí buscó Colón.

Arriba estaba la tierra, con todo su misterio de cuento de hadas, recovecos extraños en los que los hombres y los pájaros habían hecho los nidos con los que sueñan, una naturaleza dominada y tranquilizada, asombrada de la lluvia en verano;

y aquí, en este mar singular, infinito, es como si el sonido fuera de árboles que arrancan su ruido de las profundidades.

No he podido olvidar Hermigua, pero no sé si sé explicar por qué.

Y ahora que Hermigua es un recuerdo húmedo, la evidencia de las altas mareas, el recorrido verde de sus huertas como patios o como jardines, he recorrido el suroeste de la isla, he bajado los grandes barrancos que distancian a San Sebastián de La Gomera del otro valle, uno de tantos, pero acaso el más exótico, el más profundo, el valle que alberga la playa de Santiago, al final de un paseo escarpado de palmeras y de cardos en el que de vez en cuando se escucha el balido solitario de una cabra que se ha desprendido de su manada. Y al final de ese balido, como si esperara el tiro de una piedra para despertar, un océano tranquilo que dormita lanzando un zumbido como de árboles marinos o de grillos que no se atreven a alzar su voz.

Es un desierto, pero sus dunas son infinitas, altísimas, y están hechas de piedra, como labradas por la mano de un escultor poderosísimo, empeñado en dividir la isla en pedazos, como si la hubiera esculpido con saña pero para construir en su suelo una belleza. Esas piedras enormes, rocas que a veces adquieren las formas de las casas, los leones o los brazos, se alzan para ofrecer al espectador la sensación de que está en un bosque vacío, habitado tan solo por fantasmas que luego han de venirle en los sueños o en las pesadillas. Aquellos que tengan el vértigo entre sus inconvenientes deberían pensárselo antes de adentrarse en este incalculable fenómeno de curvas y de sorpresas. La palmera, o el pino, y los cactus que festonean la carretera sinuosa, son tan solo altos en un camino que a veces parece alegoría de la sed.

Es una tierra para la soledad, y por tanto un desierto habitado por el sonido de los solitarios, por el silbido y por la melancolía. Estos días no he escuchado el silbido, pero ahí está, como un lenguaje ancestral que inventó aquí el hombre para eliminar las distancias, para hacerse entender por los hombres y por los animales. No está el silbido, no lo escuché, pero están

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

los barrancos que lo hicieron necesario. Han hecho túneles, pero no han podido con esas montañas sucesivas, y ojalá no puedan, porque en ellas reside la cambiante fisonomía de una isla que, acaso porque hubo y hay barrancos, sigue siendo como un milagro que se puede enseñar a los hombres para saber cómo fue alguna vez la fisonomía intacta del planeta.

Pero no se podía quedar quieta la mano del hombre, tenía que despojar a esta isla hasta de los símbolos del desierto de piedras enormes e incesantes, y tanto hizo hasta que consiguió tratar de sustituir el mar por el aire, e hizo un aeropuerto. ¿En vano?

Acaso en la zona menos abrupta de esta isla de enormes precipicios, el hombre se decidió al final, pues, a extender una pista y poner un aeropuerto que más bien parece un refugio de campaña en medio de las calamidades más amables del desierto. Los barrancos se opusieron, pero aquí las aplanadoras al fin lograron encontrar un sitio.

Pero no es un refugio; es un aeropuerto como Dios manda, está abierto desde el amanecer hasta la media tarde, y acoge vuelos interinsulares; la gente va a verlo como si fuera una reliquia del futuro, pero también lo ven, o lo vemos, como una reliquia del pasado, el último intento, el más moderno y el más arriesgado, de hacer que La Gomera se incorpore, desde su silencio ancestral, a todos los ruidos contemporáneos, también al ruido de los aviones.

El aeropuerto, fabricado aquí hace once años, vino a romper, por tanto, la larga distancia que alejaba a esta isla de todas las islas; desde 1974 esa distancia la acortaron los barcos, que se hicieron cada vez más frecuentes y más rápidos; ahora un barco puede tardar media hora entre Los Cristianos, en Tenerife, y San Sebastián de La Gomera; en la historia más lejana, los barcos llegaban a aquel pescante de Hermigua, esa reliquia cuyos restos están guardados por las gaviotas que ahora siguen simbolizando la lejanía sideral de La Gomera; y en los tiempos más contemporáneos, los barcos comunicaban Tenerife con San Se-

bastión de La Gomera desde el puerto de Santa Cruz, la capital tinerfeña. Eran correíllos envejecidos en los que los visitantes pasaban la noche, en medio de los alimentos u otros utensilios que eran imprescindibles para abastecer esta isla entonces alejadísima, aunque clave o brújula de la aventura americana de Cristóbal Colón.

Yo vine en esos correíllos, y la primera vez fue en 1968, cuando por aquí pasaba, camino de México, la antorcha olímpica que habría de desembocar primero en las Olimpiadas y luego en el escándalo mayúsculo de Tlatelolco, cuando el Gobierno mexicano ordenó disparar contra los estudiantes que se manifestaban en su contra en plenos preparativos para las Olimpiadas de aquel año 1968 en que temblaron todos los cimientos del mundo, desde París a Pekín pasando por Tlatelolco...

Pero aún no había ni Olimpiadas ni Tlatelolco. La antorcha venía en el Juan Sebastián Elcano, un barco-escuela español, comandado entonces por un descendiente de Cristóbal Colón, de nombre asimismo Cristóbal Colón, y paró en San Sebastián de La Gomera como recuerdo de aquel viaje tan importante del almirante que descubrió América.

Vimos sacar la antorcha ardiente del barco, y vimos a unos atletas locales subiendo hasta el pebetero que habían construido en uno de los montículos menores de la que se llama playa de La Cueva, donde ahora está el Club Náutico de San Sebastián de La Gomera. Recibieron a los que veníamos en aquella expedición las numerosas autoridades locales, que entonces eran autoridades nombradas por Franco, y la isla se engalanó para el que era su acontecimiento más importante desde que otro Colón arribara para propósitos que en ese instante parecían similares: descubrir el mundo, recorrer el mar para llevar una luz distinta, ni mejor ni peor, otra luz. La antorcha de ahora parecía una metáfora de ese pasado.

Encendieron la antorcha, pusieron a La Gomera en los destinos del mundo, otra vez, y luego hicieron juegos florales, se recitaron poesías de homenaje al Nuevo Mundo, y el Juan Sebastián Elcano siguió rumbo dejando el pebetero aún caliente por el fuego de la antorcha, y la plaza de los grandes árboles, la

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

gran plaza de La Gomera, donde se hace aún la vida común, donde la gente se reúne a resumirse las noticias y los cotilleos, y donde los artesanos o los agricultores de la isla, muchos de ellos emparentados ya con extranjeros, vendían, hasta hace poco, sus productos o su labia.

Ahora he pasado por el pebetero, lo he visto arriba, enhiesto, sus hierros están fríos, la llama americana sigue en el alma de La Gomera, cómo no, pero el fuego no se ve, yo no lo he visto, al menos la antorcha ya no está encendida, la gente no recuerda desde cuándo.

Así que La Gomera, que fue la más importante flecha de la navegación moderna, sancionada por Colón como el lugar al que había que arribar (como la antorcha) para seguir rumbo a lo desconocido, fue, en la contemporaneidad más rabiosa, hasta entrado el siglo xx, la única isla canaria desprovista de conexión aérea, y aún hoy esa conexión sigue estando insegura, pues no está claro que sea rentable o que incluso sea deseable que un lugar tan escarpado, tantas islas dentro de una isla, deba tener una pista de aterrizaje para el pasaje corriente.

En aquel entonces, cuando veníamos en los correíllos, la llegada era un acontecimiento; se juntaban en el viejo muelle, remozado después, los gomeros de todas las edades, y la isla, que parecía un decorado de cine, se ponía en movimiento; en cierto modo, esa movilidad que la isla adquiría al llegar los barcos se asemejaba a lo que pasa hoy en la ciudad colombiana de Cartagena de Indias, que también parece un decorado que se pone en movimiento, en este caso, cuando llegan los aviones con turistas, y entonces parece cobrar una vida que de pronto se detenía hasta que llegaba el otro barco, y así sucesivamente. No es como Cartagena, pero a veces se parece a Macondo, los viejos que esperan que pase el tiempo viendo el mar en calma recibir y despedir los barcos de pasajeros y los barcos de contenedores.

Había un viejo en la plaza de los grandes árboles, llamada De los Descubridores, que se sentaba allí a contar viejas historias de los viejos gomeros, y decía refranes y chascarrillos, y se

parecía a aquellos viejos que nombraban las cosas en *Cien años de soledad*, cuyo autor, Gabriel García Márquez, nació en Aracataca, un poblachón del norte de Colombia que a mí me trajo a la memoria, con su sudor y su viento y su clima desapa-cible pero fructífero, a algunos recónditos lugares de esta isla también sujeto de mitología.

Entonces no eran turistas los que llegaban a San Sebastián y escuchaban a aquel hombre ponerle nombre a las cosas; eran viajeros, y venían cargados con lo que le convenía a la isla, se quedaban aquí unos días, eran funcionarios o mandaderos, eran conocidos, no eran godos, como se llamaba a sí mismo Aldecoa, no venían a tomar el sol en las playas difíciles o hermosas, ni a consumir hash o marihuana, o a producirla, ni a reunirse en hoteles o en grupos. Eran viajeros, formaban parte de la isla. La Gomera producía una agricultura difícil y sabrosa, sus frutales (mangos, plátanos, todas las frutas...) fueron siempre codiciados, su ganadería fue hosca pero fértil, sus quesos eran buenos (“To-mada, pues, agua y leña y otras provisiones, quesos en especial, los cuales ay muchos y buenos”, ya lo decía Colón), podías dejar a La Gomera sin conexión con el mundo y la isla seguiría fun-cionando, hasta cierto punto, porque los gomeros habían aprendido, dentro de estas islas que constituyen la isla, en esta super-ficie de barrancos que dividen a la isla en muchas islas, a sobrevivir sin la ayuda externa. Y desde hace siglos.

Pero ahí está el aeropuerto; quienes viven en esta zona de la isla (por ejemplo, los habitantes o visitantes del hotel Tecina, la instalación más importante del parque hotelero gomero) se ahorran la distancia que los barrancos siguen imponiendo en el desplazamiento del puerto de San Sebastián a este territorio escarpado; pero los restantes habitantes de la isla siguen prefiriendo el viaje en barco, una tradición que convive con la isla de La Gome-ra y que es, en definitiva, una seña de identidad, y muy duradera.

Además de todo eso, de lo que significa económicamente y desde el punto de vista de las facilidades del viaje, el aeropuerto me pareció ahora, cuando lo he visto otra vez, como si fuera un pala-cio insular, un símbolo que acentúa la imagen de esta isla peque-ña que encierra tanta historia y, quizá por eso, tanta melancolía.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Ese aeropuerto subraya la lejanía connatural de la isla; esa lejanía está ya en la piel y en el alma de La Gomera, se toca con las manos, se palpa en el aire.

La Gomera es lejanía. La acentúan sus barrancos y la acentúa esa sucesión de palmeras que parecen evocar el final o el principio de un desierto.

Mientras bajaba esos terrenos que el sol del verano convirtió en la escarpada evidencia de la sed, estuve contemplando el suelo y la consistencia pétrea de la lejanía; y allá a lo lejos, bajo el Teide que desde este lado de la isla se ve como desde ningún lugar de Canarias, la cordillera de Tenerife parecía una prolongación natural de la orografía gomera; como si una isla se juntara con la otra y dibujaran ambas un solo continente que no estuviera dividido por un mar pertinaz.

Y, sin embargo, el mar, ahí a nuestros pies, como un sordo testigo de tanta melancolía.

La melancolía nace allá arriba, en Garajonay, desde ahí se distribuye. Dicen los geólogos que la isla está dormida, que ese inmenso pulso de hierba que tiene La Gomera albergó un fuego que se apagó hace tres millones de años, y este reposo que sigue es provisional, se puede acabar algún día. En medio de aquellos lechos de agua y de musgo cuesta imaginar un despertar abrupto, y en general cuesta imaginar fuego entre las brumas, aunque estos montes, desgraciadamente, han sido testigo de incendios pavorosos, causados por la mano negligente del hombre, que a veces prende una llama sin necesidad o sin querer, y luego la brasa ocasiona desgracias como la que hace treinta años devastó una zona de Garajonay y acabó con la vida de veinte ciudadanos, entre ellos el gobernador civil de Tenerife, Paco Afonso, mi amigo de la infancia.

Descubrimiento de la bruma

Cuesta imaginarlo entre tanta niebla. La niebla es un factor del monte, y creo que cuando los historiadores hablan del carácter de los gomeros (y de muchos canarios) como un carácter ensimismado y melancólico tienen en cuenta el efecto que esta bruma tiene sobre el alma de la isla. El director del Parque Nacional de Garajonay ha estudiado el fenómeno de las nieblas y resume las conclusiones: “Durante gran parte del año, especialmente en primavera y verano, las islas están afectadas de lleno por los vientos alisios procedentes del anticiclón de las Azores, vientos superficiales de componente nordeste que se cargan de humedad en su recorrido por las relativamente frías aguas que rodean el archipiélago, aportando frescura y bonanza climática”.

Bonanza climática y melancolía, ese placer que tiene el habitante de las islas Canarias de imaginar que el suyo es el mejor clima del mundo.

Según una cronología de Canarias que he usado para contarme a mí mismo la historia de las islas, desde siempre se dijo de las Canarias, aun cuando no había mapas, e incluso cuando se creía que además de las existentes había otra, que jamás se descubrió porque no existe, la isla de San Borondón, eran Afortunadas, por su situación, por su clima, porque sí. Y la primera vez que se dijo fue en los años 188 ó 186 antes de Cristo; el comediógrafo romano Plauto lo escribió en su obra *Las tres*

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

monedas; después, ya con Cristo en la tierra, el geógrafo griego Estrabón “cita (y yo me sirvo de la citada cronología canaria) unas islas de los Bienaventurados en su *Geografía* que con toda seguridad se refieren a las Canarias”. Y ya en el siglo II de la era cristiana fue cuando Plinio el Viejo “realiza la primera descripción más o menos fidedigna de Canarias en el libro VI de su *Historia natural*”, que, de acuerdo con la reiterada cronología, debió aparecer en torno al año 70 después de Cristo.

O sea que desde entonces Canarias no sólo se toca con la ficción o con la historia sino que recibe el nombre que con más frecuencia subraya ese clima “de bonanza” que está en el fondo y en la superficie de sus valores turísticos.

Y si es tan feliz su clima, y si son tan afortunadas, ¿a qué viene la melancolía?

Porque esa melancolía que se adjudica a La Gomera como uno de los factores del carácter de sus habitantes se distribuye por todas las islas, y más o menos se asienta en todas, como un desconsuelo, como una desesperanza. La notó Alexander Humboldt cuando llegó a Santa Cruz y después buscó en las llanuras del valle de La Orotava la esencia orográfica de tanta belleza, la percibió, con más humor, el paisano Viera y Clavijo cuando describió la historia ensimismada y perpleja de los guanches asaltados en la ingenuidad de su pereza por unos conquistadores bien pertrechados, y la vio Miguel de Unamuno, el filósofo y poeta, cuando el dictador Miguel Primo de Rivera, que precedió a Franco en el ejercicio de una dictadura en España, eligió Fuerteventura para que cumpliera su destierro por díscolo.

Lo que Unamuno vio en Fuerteventura fue una prolongación del desierto africano, una isla desventurada, una isla “sin ventura”, azotada por el sol y por el viento, en el que una humanidad diezmada miraba hacia el mar como si éste fuera a proporcionar un milagro. En los poemas que escribió Unamuno de aquella experiencia de cárcel abierta, que él convirtió en un seminario de poesía o de filosofía, el gran escritor vasco ahondó en el alma majorera (Maxorata: ese fue el primer nombre de Fuerteventura, majoreros se llaman sus habitantes) y descubrió en ella lo que era la isla en sí, “ruina de volcán esta montaña/ por

la sed descarnada y tan desnuda/ que la desolación contempla muda/ de esta isla sufrida y ermitaña”.

Basta con asomarse a la isla, con recorrer sus planicies desprovistas de vegetación, de un simple arbusto, para imaginar esa desolación siempre, hasta ahora mismo; y cuando la desolación no miraba al mar, Fuerteventura era además como el abismo seco de un barranco. Se cuenta que, en cierto modo, Unamuno fue el primero que descubrió para Fuerteventura la felicidad del sol y las posibilidades extraordinarias del mar. Pero, claro, esa es una leyenda que se basa en unas cuantas anécdotas.

Se dice que el adusto filósofo cristiano, que en cierto modo era enjuto y desolado como el propio espíritu de la isla, fue el inventor del nudismo público, en Fuerteventura y en cualquier latitud española, en aquellos años veinte en que España no se decidía a ser moderna; al mediodía dejaba a sus amigos de la tertulia intelectual que fue capaz de fabricar en Fuerteventura, y acudía a la azotea del departamento en el que vivía, a tomar el sol tal como Dios lo dejó en el mundo. Sin escándalo ni provocación alguna, sólo como si fuera un gesto poético y por tanto saludable, el autor de *Por tierras de Portugal y España* desafió así la habladuría y también la percepción de que el sol no era la maldición que aislaba a la isla de la humedad y de la vida, sino que era la vida misma. El sol como emblema del futuro, como señal de la salud de la isla; el sol vino a ser, con el paso de los años, el garante de su supervivencia: si no fuera por el sol, qué hubiera sido de las playas de Fuerteventura.

Unamuno fue también el descubridor de uno de los mejores y más codiciados frutos del mar, los percebes, que en esta zona son alargados y sabrosos, y tan difíciles de agarrar como los percebes que pueblan las costas atlánticas del norte de España. Él, como vasco de Bilbao, conocía muy bien que el sabor del mar, es decir, su olor, se concentraba en esos crustáceos que parecen de musgo, y que tienen el tamaño del pene en reposo (así se dice, al menos en gallego: “do carallo de home”), y halló que aquí, en la costa de Fuerteventura, igual que en la costa vasca, Atlántico al fin y al cabo, se podían encontrar en abundancia. Y convenció a los pescadores para que no desdeñaran

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

esos mariscos aquí llamados (hasta que Unamuno los llamó de otra manera) “patas de cabra”; los lanzaban al mar, les producían asco o superstición, consideraban que era la escoria que el mar les devolvía, con otras basuras que igualmente arroja...

Yo comí esas “patas de cabra” en Gran Tarajal, una de las playas de arena negra de Fuerteventura, sentado ante el océano, que aquí, en Gran Tarajal, viene alto y como ceñudo, enfadado acaso de tanta distancia, oscuro como la memoria de las piedras. Eran más largos que los percebes vascos o gallegos, y eso lo atribuían nuestros anfitriones a que venían de África, y de hecho algunos años después los comí, en Madrid y muchos sitios, como los que venían de África (y probablemente venían, y esta no es una contradicción, pues hablamos de África, de Fuerteventura).

Así que descubriendo el sol y los percebes, Unamuno descubrió para la poesía el alma de Fuerteventura, que está al otro extremo de La Gomera, en la parte más cercana a África, y siendo una y otra las más alejadas (de España, de América, del mundo, por decirlo con el dramatismo con que los canarios solemos hablar de nuestra propia lejanía), las dos comparten ese grado de melancolía que viene por un lado de las brumas y por otro lado de su ausencia; en este secarral que el sol ha hecho habitable se vive la otra cara de las islas: en La Gomera habita lo verde, y aquí habita lo seco, el yin y el yang de un territorio fragmentado, un archipiélago que aquí halla su luz y su sombra, y no necesariamente la luz es toda la luz y no obligatoriamente la sombra es toda la sombra.

En ese poema, el decimosexto de su colección *De Fuerteventura a París*, Miguel de Unamuno hace esta descripción “de esta isla sufrida y ermitaña”: “La mar piadosa con su espuma baña/ las uñas de sus pies y la esquinada/ camella rumia allí la aulaga ruda,/ con cuatro patas colossal araña./ Pellas de gofio, pan en esqueleto,/ forma a estos hombres —lo demás conducto—/ y en este suelo de escorial, escueto,/ arraigado en las piedras, gris y enjuto,/ como pasó el abuelo pasa el nieto/ sin hojas, dando sólo flor y fruto”.

Ese paisaje esencial del que habla Unamuno (que era vasco, y bastante castellano, un hombre en sí mismo enjuto) es casi

su propio paisaje, pues él era así, un esqueleto puro, como si fuera la definición primitiva de un hombre en lucha, un agónico, como le gustaba decir sobre su agonía por la vida, utilizando ese vocablo griego, agonía, una de las lenguas con las que animó su cultura. En las notas que acompañan la edición que manejo de esos poemas, hermosos y duros como una pella de gofio, vienen algunas de las explicaciones que hacen de tal descripción no sólo una ronda por el paisaje de Fuerteventura, tan lejos de La Gomera, pero tan cerca de su alma, por cierto.

Dice la nota que explica ese canto XVI a Fuerteventura: “Los campesinos majoreros o fuerteventurosos viven principalmente de gofio, harina de maíz o trigo —o mezcla de ambos—, tostado primero y luego molido en molino de viento. Lllaman conduto —antiguamente en castellano se decía conducho— a lo que acompaña a ese fundamental manjar: pescado seco, higos secos, queso, etcétera, para hacerlo pasar. La aulaga es un esqueleto de planta; la camella es casi esquelética y Fuerteventura es casi un esqueleto de la isla”.

La descripción (la del poema, la de la nota) corresponde al pasado, pero la precisión con la que Unamuno desarrolla su propia impresión desolada araña el alma de lo que aún es hoy la esencia de esa isla, su profunda raíz melancólica, que arranca de su propia historia, que es una historia física, natural, abrasada por el sol hasta en las cumbres.

Yo he estado en esas cumbres, y desde arriba el sol proyecta la sombra de los barrancos como si se estuvieran abriendo por primera vez, rompiéndose lentamente para dejar que el mar se vea.

Y mientras tanto, mientras no se ven ni el sol ni el mar, cuando es de noche y en esas cumbres sólo se escucha el tintineo desolado de las cabras, Fuerteventura parece un camello perdido en la soledad total, sin una luz que le indique el camino en el desierto.

En ese camello quise perderme tras la huella de Ignacio Aldecoa, que en los años cincuenta del siglo xx, como ya he contado, recorrió las islas buscando refugio, Aldecoa recaló en La Graciosa, una isla especial, maravilloso islote alejado del

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

mundo por una mano de mar inclemente y poderoso. En ese camino, Aldecoa dijo de Fuerteventura, y aquí lo transcribo: “Sobre quebradas y barrancos, sobre cauces de regatos que fueron y hoy no son sino cristalizaciones, como las de los copos de nieve, a vela y raque vuelan las gaviotas. De vez en cuando un oasis, un punto verde. El rojo violento de la tierra dispara el verde hacia el cielo”.

Y sigue Aldecoa en la excursión que he querido imitarle: “En Puerto del Rosario —hasta anteayer Puerto Cabras—, viento y polvo rojo. Paisaje solar. Solar Castilla, donde don Miguel de Unamuno cumplió destierro, reencontrando su amor castellano, su amor por la tierra crisol en los yermos sedientos majoreros”.

Anduve por esos andurriales, en busca del monumento que conmemora el destierro del filósofo castellano. Su estatua ahora se confunde con el color de la montaña Quemada donde lo incrustaron cuando la piedra de su imagen todavía era blanca. A la montaña Quemada, a cuyos pies descansa aquel poeta agónico, se llega a través de los pliegues sinuosos de esta isla sensual, acaso la más sensual de las islas Canarias; es la isla de la soledad y la isla de los ecos; arriba, en Betancuria, entre estatuas horrosas de guanches improbables, enormes, poderosísimos como quiere la mitología, se escucha el balido insistente de las cabras que pastan, indiferentes, entre la hierba reseca de una iglesia abandonada del siglo xvi en cuyo frontispicio se lee “Diego García Herrera (Conquistador), 1485”. Es una iglesia ahora inútil, espartana, un paisaje arquitectónico que evoca a Castilla, como decía Aldecoa, es decir, es una iglesia vacía, llena si acaso de una luz humilde que acaba cuando acaba el día, la luz del sol, que es en cierto modo la luz del viento; luego he visto las imágenes filmadas de esa iglesia: había como pavor en esa luz, suso, lejanía, la acumulación de sentimientos que produce aquella Betancuria colgada de la luz del mundo.

En el trayecto que luego me lleva a don Miguel de Unamuno (a su imagen), hay árboles vencidos por el viento, higueras que le dan a este espacio desértico el aire de las viejas ciudades griegas, atormentadas y blancas; dentro de la iglesia que

no tiene nada he visto una misteriosa hornacina que parece, por su color y por la sensación de mutilación que ofrece la imagen que alberga, un cuadro de Antonio López, el pintor castellano; como si la iglesia de pronto se convirtiera en un museo, distingo también aquí evocaciones que la naturaleza ha ido haciendo caprichosamente para que las paredes olvidadas sean a veces trozos de Fontana o destellos de Brancusi; aquí todo parece que se ha quedado a medias, que la ruina ha hecho su trabajo para que parezca de veras que ha pasado el tiempo, muchísimo tiempo.

Un árbol verde, de pronto, revela que aquí hay vida y no sólo historia sepultada. Me agarro al árbol, es la sombra con la que quiero caminar.

Dice Aldecoa, como Unamuno: “Fuerteventura es una tierra sin ventura. Buena tierra, pero sin agua”. Sed, y hambre. Lo siento, siento hambre y siento sed, así que me voy a comer un bocadillo de buen pan (el pan de la isla) con el queso entre duro y blando, entre salado y seco, que distingue a la isla como uno de los lugares de mejor queso en España. Como enfrente de un molino de viento, cerca de las palmeras de Betancuria, antes de seguir viaje. El camino que alentó a Aldecoa me hace pasar delante del llamado Molino de Tefía; toco en la puerta del molino, sus aspas soñolientas ya no dicen nada, ni nadie responde, claro; toco como si estuviera llamando al pasado, y ya no existe el pasado, ni hay eco, ni hay molienda. El molino es un símbolo, me siento a su lado como quien va a visitar a un antepasado. El pasado, aquel pasado de hambre y de agricultura que aquí vieron sucesivamente Unamuno y Aldecoa, es el pasado sellado de estos secarrales al fondo de cuyo eco siempre se oye el canto de un gallo, a cualquier hora, o de un grillo humilde, pugnando por quitarse de encima la sombra menuda de un guijarro.

El sol es como las piedras, rugoso, contundente, y mientras escribo en medio de este aire humilde pero milenario, moscas indecentes me recuerdan que este no es sólo el idilio del cielo con la tierra, sino el lugar en el que la tierra almacena también sus detritus. Pero el ruido de la zavorra al fin ahuyenta las moscas, y en algún momento esto parece de veras el desierto al

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

mediodía, donde las palmeras parecen manos que impiden el fuego del sol que viene a la vez del cielo y del infierno.

Las paredes del Molino de Tefía tienen ya la tierra de siglos, ahí está, superpuesta, disuelta, sobre la primitiva piel blanca con la que lo inauguraron para la función que ya no ejerce. No es raro que aquí sienta que he viajado de veras al pasado al que también pertenecen estas moscas que vuelven porque ya no hay ruido; he dejado de caminar, la zahorra no emite sonido alguno, estoy sentado otra vez, apoyado en el pasado de Fuerteventura.

Es curioso, en este viaje que me trae hasta la tierra que vieron como tierra sin ventura tanto Aldecoa como Unamuno, aquí siento la cercanía de México, de donde vengo ahora. Como allí, como en aquellos desiertos calurosos, aquí percibo también ese clima de muerte e indiferencia que tienen los paisajes aztecas, y siento que quizá Aldecoa vio aquí, como vio Juan Rulfo en sus propios páramos, esa sombra que persigue a los hombres cuando identifican el suelo con la pesadilla. Por aquí, desde luego, Ignacio Aldecoa paseó sus soledades. Le estoy suplantando, por así decirlo, durante un instante. Recuerdo esas palabras suyas sobre los mismos riscales: “Buena tierra, pero sin agua. La Oliva, con sus almiarés y su casona —Quinta Roja—, es uno de los pueblos de la isla más afectado por la falta de agua. La Oliva es un pueblo del páramo gótico. Una desesperanza y una miseria. Una miseria que, como el guirre, ave de presa de la isla, amenaza desde las almenas de piedra o de lava del paisaje”.

Ha pasado el tiempo, claro; ya ni el hambre ni la miseria sirven para describir el paisaje, ni escasea el agua tan dramáticamente. Pero lo que persiste en ambas miradas poéticas (la de Unamuno, la de Aldecoa) es la ansiedad con que tocaron este suelo de escorial dos vascos, uno de Bilbao, el otro de Vitoria, dos vascos tan acostumbrados a lo verde mirando las mismas piedras del destierro.

Unamuno era rabioso, y aquí hay rabia, en este paisaje interior e íntimo, y Aldecoa escribía a zarpazos, como si diera brochazos a las piedras de un molino; Unamuno era de Kierkegaard, por así decirlo, tenía esa melancolía nórdica, y Aldecoa

venía de Hemingway, o de Albert Camus, escribía como si quisiera arañar la piel de los hombres, cegarlos con la luz despiadada de sus verbos. Vengo de Unamuno, voy a Aldecoa, Fuerteventura es así, te lleva de un símbolo a otro, te maneja como te maneja el viento de Morro Jable, o como maneja el viento esas aspas negras que hallo por el camino.

“Más al sur, el desierto”, como escribía Aldecoa. “De Puerto del Rosario, a La Oliva. Pasado La Oliva, a la derecha. No tiene pierde”. Es Corralejo. Es lo que buscaba aquel viajero vasco, es lo que yo mismo voy buscando hasta encontrarlo, al borde del mar, entre las dunas, su mar vivísimo rompiendo contra las rocas dóciles de la orilla.

Ahora voy anotando, como hacía Unamuno, nombres propios, lugares de eufonía inolvidable: Ampuyenta, Almacigo, Tuineje, Tiscamanita, Antigua... Por ahí llego a los Palmerales de Gran Tarajal, que parecen la zona de reposo de esta soledad. Estoy en el desierto de Tiscamanita, en los Arrabales. Ahí están los remolinos de viento, danzando entre los colores briosos de la zahorra. Una palmera solitaria le da sentido al paisaje, que aquí es metáfora, en su soledad inmensa, de la intensidad telúrica de Fuerteventura.

Es impresionante el paisaje que veo en este desierto. En La Gomera siente uno esta inmensidad en verde, y aquí los colores son los de arena, la zahorra, la piedra y la soledad. Aquí, ante esta inmensidad, lo que se siente es que la huella del hombre, visible sin duda algo más allá, en Tiscamanita, es apenas un rasguño, nada, el aire de un coche que pasó hace décadas, el sonido de una mosca que ha de morir algo más allá, de calor, de sed o de aburrimiento. Debe ser inmenso el aburrimiento de las moscas en Fuerteventura.

Lo que hay en este espacio pedregoso de los Arrabales es el alma de la que hablaba Unamuno, precisamente: escorial, nada; y esta no es una nada miserable: en esta nada sobre la que el viento edifica su metáfora es donde está el aire que el pensador y poeta vasco identificaba con la difícil felicidad (con la desventura) de la isla. Estar aquí es aceptar que el hombre vuela,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

o que vuelan sus cenizas. O vuela la isla como si nunca estuviera quieta esta isla orgullosa y tan solitaria.

Estoy rodeado de montañas, como en el medio de un gran cráter atormentado, aquí hay monolitos naturales, pero esta geografía física no es sino la parte visible de Fuerteventura. En realidad, estamos sentados sobre un esqueleto y a éste lo hace vibrar el viento.

Cuando me bajo del promontorio desde el que he visto este desierto que movió a Aldecoa y a Unamuno en distintos tiempos de la historia del siglo xx me pregunto qué música de entonces, o de después, le vendría bien a la memoria que ellos se llevaron y que yo me llevo ahora. Y llego a la conclusión de que aquí sonaría bien, y a todo volumen, lo que compusieron The Doors o Pink Floyd, así que me voy tarareando, después de haber escrito en mi libreta:

“Este es el fin del mundo. Es decir, el principio”.

Y como escribí eso, me senté otra vez, entre los peñascos, y anoté esto, como si estuviera reproduciendo un sueño de tierra y de música a la vez:

“Aquí cualquier rumor, incluso el ruido, parece el resultado de una composición, de la exigencia natural de la armonía. En este ámbito el viento que nos lleva parece también una caricia, un abrazo que nos empequeñece como empequeñece el aire a los pájaros...”

Hay al fondo, cerca de Tiscamanita, detrás de la palmera solitaria, una montaña que parece un hueso maternal, una mano abierta, y también un rostro, como una boca que pidiera auxilio. La luz va convirtiendo esa visión en múltiples visiones sucesivas. La naturaleza habla, no me cabe duda. Y pienso que esa es la voz de Canarias, la naturaleza que habla aquí, en esta inmensidad solitaria que el viento le regala al suelo.

Y atrás aún, a mi espalda, una montaña negra, arañada por el hombre, enhiesta; digamos que en su vientre se ven las huellas de la codicia, alguien creyó que las montañas albergan tesoros, y las desventran, en las islas hay muchas montañas des-

ventradas, durante años viví frente a una de ellas: fue la mansa montaña de la niñez, hasta que la desventraron, y pusieron encima un hotel que la zahorra se encargó de tumbar varias veces, hasta que ya le pusieron los cimientos que convierten en impresionante ese establecimiento que sustituye el paisaje con el que me crié...

Pero estoy en Fuerteventura, ante esa montaña negra y rasgada; esta también es la metáfora de la tierra. Del hombre sobre la tierra, y no sólo la sombra del viento que cae sobre la tierra. El viento es más benévolo; permite que la tierra siga, la barre pero la respeta. El hombre la hurga para herirla.

Pero el hombre no la puede destruir.

Canarias es un ejemplo de supervivencia telúrica, en lucha con los volcanes, hecha por los volcanes.

Y Fuerteventura alberga esa experiencia.

Aquí estoy sobre estas piedras que parecen rocas de hielo en un iceberg fantástico, que se incrusta en la memoria de la mirada como un regalo de la tierra. Me siento aquí, en Los Arrabales, y estoy feliz ante este vértigo; es como si aquí, en medio de esta lava violenta, hubiera descubierto el alma de la tierra en la que nací, no importa que fuera de sombra o de sol, este es el alma de Canarias, aquí la he sentido; qué sería del hombre si la tierra no le diera tanto.

Y el sol.

El sol es mítico, como un animal agónico ante el final, arrastra el fuego como una de sus maravillas; ahora, aquí, es un sol inclinado, las sombras de las montañas son sinuosas insinuaciones negras de la noche.

Ante este paisaje sólo siento vértigo, como si aquí el aire fuera la antesala de la nada; es decir, el miedo.

Silencio.

Fuerteventura. Ventura de viento. Fuerte ventura.

Aquí llegué. Dan ganas de gritarlo y dejar que la noche haga del sol su último refugio. Toco las piedras aún calientes; es posible que estén aquí desde el principio de la historia de las

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

islas, e imagino que la eternidad debe ser, también, una piedra. Como el tiempo, acaso como el amor.

Vengo de México, decía; allí me decía el escritor colombiano Fernando Vallejo, que todo desaparecería de inmediato; yo le dije que quizá eso ocurriría en décadas, y él me replicó:

—No. Será ahora mismo.

En este espacio tan tremendo que tengo delante y en el que la soledad es una roca me atrevo a decir que quizá subsistan —cuando ocurra lo que teme Fernando Vallejo— lugares así, estas piedras que el hombre no podrá dominar y que tampoco serán jamás dominadas por el viento.

Sigo andando; tengo la sensación de que estoy en una isla sin hacer, Fuerteventura; a lo lejos veo Lanzarote, a la que iré más tarde. En mi memoria reciente es lo contrario, es una isla hecha; Fuerteventura parece un burro joven y un poco cansado, un burro recién lavado al atardecer. Fuerteventura, una isla tal como se hizo, incompleta, silenciosa, firme pero asustada.

Voy a Lobos, desde aquí, la pequeña isla que podría ser San Borondón si no persistieran sus riscos; el agua sube y baja, las playitas aparecen y desaparecen; estás en el agua del mar y de pronto ya no hay agua del mar en los charcos. Pero aún estoy en Fuerteventura, ya llegaré a Lobos.

Yendo a Lobos (“Isla brava”, tituló), escribió Aldecoa: “A la isla de Lobos se llega en cuarenta minutos de falúa desde la playa de Corralejo, en Fuerteventura. La isla de Lobos es una isla brava del estrecho de la Bocayna. El estrecho separa Lanzarote de Fuerteventura, enfrenta dos cabitos: Punta Gorda, en Fuerteventura, y la Punta del Papagayo, en Lanzarote”. Está al lado, a tiro de piedra como quien dice, el mar es un brazo minúsculo pero lleno de peligros, y aunque la distancia es corta daría la impresión de que entre la costa de Fuerteventura y la breve costa de Lobos se desarrollan un mundo y un misterio. Ahora la falúa es de goma, es más rápida, llega en unos minutos tan solo, sorteando los riesgos del mar, sobre todo sorteando el Calafate, ese risco que aparece y desaparece y pone en riesgo siempre al navegante poco avisado. Se diría que es como la misteriosa isla de San Borondón, que no exis-

te pero que aparece y desaparece en medio de las brumas de las leyendas.

Aquel era el descubrimiento de Fuerteventura, sus desiertos, el alma que vio Unamuno, la tierra que descubrió Aldecoa. Es curioso que una isla tan desértica se haya cruzado con mi experiencia de La Gomera, la isla ubérrima, como si la mirada hubiera viajado antes que el cuerpo. El yin y el yang de las islas: La Gomera, Fuerteventura.

Pero mi memoria sigue viajando, y llega a Lobos, en efecto. Las gaviotas perezosas están acostumbradas a la soledad de la isla; aquí no hay nada; cuatro (o veinte) casas incrustadas en la piedra, confundidas con la piedra, veraneantes del verano, algunos pescadores que ya se han cansado de pescar, un puerto minúsculo al que se amarra nuestro barco como si se detuviera para comprobar que la isla existe aún; tuvo un faro, allá está, enhiesto y cerrado, a lo alto de la más alta de sus montañitas; venimos con sed, y en este restaurante único en el que te ofrecen paella y ensalada te dan una botella enorme y fría que te abre el apetito de los senderos. Es la vida despojada, no hay nada, es vida, tan solo, y eso es lo que buscaba aquí Ignacio Aldecoa, en busca de estos paraísos emprendió una huida que dio de sí no sólo aquel libro sobre la visión del godo sino también uno muy especial, muy raro, *Parte de una historia*, la narración de un naufragio en una isla (La Graciosa) donde todo está por descubrir...

Pero volvamos al descubrimiento que Aldecoa hace de Lobos, que hoy sería un descubrimiento muy parecido. Ya he visto Las Lagunitas, y ya he contemplado, como si fueran inmóviles, esas gaviotas impávidas que sólo se moverían si a la isla la sacudiera un terremoto; la lancha, que se mueve precisamente como se movería la isla a causa de un terremoto, nos ha llevado a los Roques, que están cubiertos de cangrejos rojos y soportan en algún sitio un nido de águilas que se confunde con la oscuridad de la piedra... Es un nido de águilas, pero hay un águila tan sola; la esperamos, aguardamos su llegada como si

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

estuviéramos buscando el rayo verde, pero no vienen ni el águila ni el rayo verde...

Pero leamos lo que Aldecoa escribió en su librito: “La isla de Lobos tenía lobos marinos y tiene faro, arrecifes peligrosos, serrados, ensenadas en tecnicolor y un roque vigilante, llamado del Calafate. A la ensenada donde se asienta el poblado de Lobos —poblado de invierno— se arriba con alguna dificultad si hay marejada. Si hay marejada, el hacerse a la mar es difícil. Y si la marejada se transforma en rifa, que proclaman los pescadores, el llegar hasta el Papagayo o el regresar a Punta Gorda ya no es dificultad sino lotería de agosto, entre que te ahogas y te da el patatús del miedo. Los naufragios de la Bocayna son menos aparatosos que los de cualquier otro estrecho, que los de otra cualquiera latitud. Hay un cielo azul intenso, y parece que la vista de las islas cobija un tanto. No hay que fiarse”.

No hay que fiarse. También pasé miedo, sumido en lo más profundo de la lancha motora, salpicado por el agua vivísima del Atlántico, persiguiendo la estela del mar y comprobando cómo los riscos que denuncia Aldecoa enseñan sus dientes como tiburones. Vi el Calafate, una amenaza para los navegantes poco avisados, o poco avezados; y sí, pasé tanto miedo en la travesía que parecía que ese miedo era un aviso, un apercebimiento de que algo iba a ir mal. Y fue. Pero todavía no, todavía no debo contarlo. Me alivió saber que Aldecoa, que era tan intrépido, también tuvo la misma agonía. Tuvo miedo, y luego lo contó serenamente, describió la sombra negra de Lobos, también como un presagio de isla: “Desde que se aporta a Playa Blanca, con ‘rebozo’ o resaca, Lobos no es más que una sombra negra, una nube de tronada en el atardecer claro. El sol cae por las vertientes del Océano, entre Punta Pechiguera y Punta Tostón. Por las vertientes del desierto Océano. Nace la calma”.

La calma nace para mí cuando ya piso tierra firme, cuando ya los bípedos nos hallamos en el medio ambiente para el que fuimos concebidos. La mar es de los peces, y aquí, entre Fuerteventura y Lobos, la mar es de los peligros. No hay que fiarse; percibí la cercanía de las islas, pero sobre todo percibí la naturaleza del miedo a la traición real y azarosa del mar. Ante mí

“Lobos no es más que una sombra negra, una nube de tronada en el atardecer claro”, pero también una lejanía contundente, una piedra grande y oscura a la que quiero llegar tan solo para agarrarme a algo firme, lejos de este mar que de lejos parece una caricia y que, cuando estás subido a su lomo, es igual que un potro salvaje y traicionero.

Así que fue un alivio sentarme en Lobos, mirando a Fuerteventura. Luego, cuando regresé a Fuerteventura, supe que el peligro también está en tierra. Al viajero le robaron todas sus pertenencias, y también el ordenador en el que escribía y las notas que tenía tomadas sobre estas visitas a las islas... El mar me dio miedo, pero la tierra me quitó parte de la memoria, y no fue en cualquier sitio, fue en la consigna del hotel majorero donde había dejado esos papeles y esos materiales que ahora ya son parte del basurero del mundo... Pero estaba otra vez en Fuerteventura, esa es una suerte, al menos.

La isla, Fuerteventura, parece a lo lejos una sucesión de montañas superpuestas, sombreadas por un sol que ahora está en su esplendor, este mediodía. Lobos es una prolongación animal de ese suelo que abandonamos. Y la estela que deja el barco al surcar el mar es como un pañuelo arrojado al vacío.

Lobos es una sucesión de senderos que se bifurcan; en algún lugar la anatomía de la isla se transforma en un laboratorio de biología marina, las playas de arena blanquísima parecen una réplica de las playas del sur de Fuerteventura; pero todo eso está y no está, depende de la frecuencia de las mareas; de modo que, cuando entras en el mar y no haces pie, entras en un mar provisional que minutos después, muy pocos minutos después, ya no es mar sino arena pura y blanca, arena prehistórica como la que, vi un día en las míticas islas Cíes de Galicia, arenas tan blancas que te dañan la vista o que te hacen soñar con otras visiones que sólo se ven después de las pesadillas...

La Graciosa, a la que se va desde Lanzarote, desde el puerto de Órzola, es mucho más firme que Lobos, como si ésta fuera una isla aprendiendo y la otra ya hubiera hecho todos los

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

cursos; tiene panadería, oficina de correos, escuela. Lobos no tiene nada. La Graciosa ya es una isla muy poblada, ha dejado de ser aquel lugar desértico al que Aldecoa vino buscando la paz, la soledad, el alimento de su melancolía. Mientras viajábamos, ahora no en una falúa como él a mediados del siglo xx, sino a lomos de un barco más potente, repasé lo que escribía el navegante vasco. Su visión, antes de embarcar, era idílica, parecía que viajaba a lo que él consideraba una metáfora de isla: “La Graciosa está al otro lado del Río. El Río es el brazo de mar que separa Lanzarote de la primera de las tres islas del Norte. Lanzarote tiene una punta que rasga como una daga el mar, una punta llamada Fariones. Frente a la quilla de Fariones se curvan dulcemente las playas de La Graciosa”.

Él llegó en falúa. Cuando embarcamos, en el verano de 2010, habían pasado sesenta años de su descubrimiento, y en Órzola había este cartel: “Queremos bañarnos donde lo hicieron nuestros abuelos y padres”. Eso es porque ya La Graciosa (como Lanzarote) se ha masificado, las playas están siendo obstruidas por las urbanizaciones, y la gente quiere hacer regresar la apariencia de sus territorios a lo que fueron los paisajes idílicos de los abuelos y de los padres... El trayecto, sin embargo, se puede imaginar como el trayecto que hicieron Aldecoa y tantos antes y después de él... Aquí están aquellos riscos, ahogados ahora entre las construcciones blancas que marcan la punta de la isla de Lanzarote, en el viaje hacia La Graciosa. El mar es nítido, un poco oscurecido aún por las nubes de la amanecida. Y hace frío en cubierta, donde un borracho ameniza el amanecer quizá como ocurría en las falúas que utilizaba Ignacio Aldecoa. Esta vez hay paz en el mar, o casi, no está, como decía el escritor vasco, “el Río alborotado”. “A veces”, añadía Aldecoa, “no hay quien le pase a uno el Río”.

Desde el mar, mientras la travesía abandona Los Fariones, en medio del Río, frente a la playa de Famara, en Lanzarote, la isla de La Graciosa es una prolongación, una mano más de la isla en la que soñó, para rehacerla, César Manrique, la isla de Lanzarote. Pero a medida que el barco se acerca La Graciosa adquiere su verdadera dimensión. A mi izquierda Lanzarote es una

pared y al frente La Graciosa es una figura, quizá de mujer, en posición de descanso. Allí vamos; al llegar siento que su tierra me produce la emoción de la primera vez que uno pisa una isla, como si llegara a un lugar en el que el misterio siempre reserva una aventura. El sonido es distinto; es peculiar la música de los sitios cuando se llega a ellos en barco, es como si pisaras por primera vez la tierra, y sólo hace veinte minutos que dejaste de pisar la otra tierra firme, allá por Órzola donde aún estaba amaneciendo. Aquí la gente ya hace la cola para comprar el pan, y nosotros descendemos del barco como Paul Bowles y su gente descendían de los viejos navíos que les llevaron a Tánger cuando aún se soñaba en el mundo que la aventura era viajar...

Pero, antes de seguir, antes de volver los ojos a tierra alguna, déjenme estar unos minutos en un paisaje de nadie que seguramente hubiera sido también el paisaje de Paul Bowles si hubiera parado aquí: las salinas, que en Lanzarote son un territorio especial. En Canarias hay aún vestigios o realidades de veinte salinas, y en Lanzarote las salinas del Janubio son las más bellas e interesantes de las islas. Cipriano Martín y Alberto Luengo, que las han visto con los ojos de la ciencia y de la arquitectura, lo cuentan así en su libro *El jardín de la sal*: “sus valores paisajísticos y ecológicos, sumados a la originalidad y complejidad arquitectónica e hidráulica del conjunto, podemos considerarlas, sin lugar a dudas, como uno de los ingenios salineros más importantes a nivel mundial. El conjunto de obra de piedra de los cocederos y tajos, rampas y muros cortavientos, forman un paisaje de extraordinaria belleza arquitectónica.”

El cultivo de la sal combina los cuatro elementos fundamentales de la antigua alquimia: el agua del mar que riega las salinas, la tierra representada por el barro necesario para mantener impermeables las láminas de agua, el fuego del sol que hace cristalizar la sal y los vientos suaves y cálidos que favorecen la evaporación. “Para Aristóteles era ‘tierra quemada’, un compendio de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el fuego y el viento”.

Las labores de recolección de la sal marina guardan una estrecha relación con el mundo agrícola, “en todas las salinas

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

canarias, la estación hábil de la sal abarca de marzo a octubre, época de zafra, reservando para la temporada baja las labores de mantenimiento y ampliación”.

Las salinas son una obra de arte. Tengo en mi retina esa salinera del Janubio, cerca de Yaiza, como si fuera el espacio de una pintura de Turner, o de Rothko, o de Cy Twombly, o como una escultura de Brancusi. Fantasmal, espectral, el suspiro de una nube en la tierra. Mi amigo Eduardo Manrique, el escultor, sobrino de César Manrique, le hizo una escultura, que es una puerta, a esa obra de arte, y ahora ahí reside mi imagen de esta maravilla natural que no está en los mapas y que ahora forma parte de los símbolos más hermosos de mi tierra...

En la primera mitad del siglo xx había en las islas (sobre todo en Gran Canaria y Lanzarote) treinta ingenios salineros. A finales de los años sesenta del siglo pasado, cuando el turismo empezó a ser el pan nuestro de cada día, empezó la decadencia de estos ingenios, lo que convierte ahora sus vestigios en un símbolo decadente y bellísimo del territorio que la sal del mar le ha ganado a la tierra. César Manrique, el hombre que reinventó Lanzarote, explicó su fascinación en aquel prólogo de la obra de Martín y Luengo, *El jardín de la sal*: “Siempre me ha impresionado la visión de una salina. Las de Lanzarote me han llamado la atención por su lineal belleza y por su cegador colorido”... La pervivencia de las salinas es una bendición que las islas le deben a la casualidad con la que prospera la belleza. Lanzarote tiene otros atractivos tangibles, otros milagros que César subrayó con la energía con que la reinventó la isla desde el pedregal que parecía. Pero entre las maravillas que quedan en mi retina, cuando hablo de Lanzarote una vez lejos, las salinas son las que me parecen el espectáculo más perfecto, la construcción pictórica más poderosa de esta isla que es negra y blanca gracias a la cal del mar.

He dejado atrás los farallones que apuntalan el mar abierto, y aquí, en estos bares que le dan a La Graciosa el aire de la costa mediterránea, quizá de una isla griega, me da la impresión de que no sería desdeñable la idea de estar aquí días y días

esperando que suceda algo. Como Aldecoa y como estos pescadores.

Pero ya no es un poblado marinero, que es lo que buscaron aquí en otro tiempo sus descubridores; ahora es un poblado turístico lleno de jeeps que transportan a viajeros soñolientos a través de caminos que antes eran sendas polvorientas en las que, en efecto, podían imaginarse novelas de misterio, de amor o de pasiones rotas, como *Parte de una historia*, la novela de Ignacio Aldecoa. Está intacto el salitre, la orilla, acaso la memoria de su misterio, pero ya es una isla más, lo está siendo. Ha perdido definitivamente la fisonomía que le dibujaba Aldecoa. Ahora La Graciosa es una prolongación de la costa que tiene enfrente, un espejo de Lanzarote, con sus casas agrupadas, mostrando ese aire colectivo que tienen los pueblos contemporáneos, obligados sus habitantes a respirar juntos y a tener horarios.

Ahora bien, el olor de su muelle es el olor de los muelles de las islas chicas, su sonido es el de las islas solitarias que siguen esperando aventureros, lugares por donde es bueno entrar en un archipiélago, como si uno abordara una antología de todos los territorios.

Lo que se oye es, por decirlo así, el sonido de los pueblos inaugurales; y cuando entramos en la isla, cuando pisamos su arena, pues todo el pueblo, o casi todo, conserva la arena en sus caminos, los hippies están preparando sus tenderetes, se suceden las colas ante la panadería recién abierta y una vieja nos obsequia con un pescado salado y seco que ella misma come en el cobertizo de su casa. Yo tomé el pescado en mis manos, lo contemplo; de alguna manera ella ha puesto ahí el misterio que heredó cocinando, y me siento obligado, a pesar de que aún no es tiempo de comer salado, de deglutirlo lentamente, como ella misma hace, exhibiendo al tiempo su entusiasmo por comer lo que sus hijos han pescado.

Las gaviotas son habitantes privilegiados de La Graciosa; su graznido desagradable, de paloma extraviada y cruel, debió ser lo primero que escuchó Aldecoa al poner pie en tierra. A mi alrededor, en el café, hablan sin parar unos ciclistas aficio-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

nados de Cataluña y unos profesores de Pamplona, que acaban de llegar, como yo, a la soledad de La Graciosa. Hay un colegio que lleva el nombre de Ignacio Aldecoa, y hay una parroquia que fue bendecida en 1945, y sale el sol, esta sí que es una buena noticia, porque a la isla se le puso encima la panza de burro que a veces ataca a las Canarias y parecía que íbamos a estar todo el día bajo ese manto que da migraña o locura... Cuando se disipa la panza de burro el cielo es nítido, virginal, y dan ganas de tocar el mar que se beneficia de ese color insuperable. Cuando dejamos el muelle y los bares y la panadería y el jolgorio de los ciclistas la isla se sume en un silencio casi milagroso que me acompaña hasta el cementerio.

Aquí ya hay más tumbas; la vida se resuelve en más vida y en más muerte; y aquellas dos que vio Aldecoa son ahora decenas de tumbas. Los cementerios son la crónica especular de la vida, cuanto más vida, más muerte, las estadísticas no engañan; creció La Graciosa, y crecieron sus muertes. Aldecoa lo vio así, cuando aún era difícil morir en La Graciosa: “La Graciosa tiene un cementerio con sólo dos tumbas, porque coincidieron la muerte y el galernazo y los pescadores no pudieron llevar sus muertos a enterrar en Haría, ciudad de Lanzarote. Este cementerio playero, este camposanto con dos inquilinos, supone casi el veraneo de ultratumba. Es un gran lugar para la espera de la resurrección de la carne la playa de La Graciosa, con la mar en las tapias y el ruido de la mar en las caracolas que ha sembrado la naturaleza surrealista por la arena, con las barcas a la puerta y los vientos en las velas, en las grandes velas angélicas que fabrican las mujeres de los pescadores”.

Así era, esa visión idílica es la que se llevó en la retina, y por tanto en la literatura, Ignacio Aldecoa. Ahora ya no es así; ya son multitudes hasta los muertos; pero la arena de la playa sigue teniendo el poder vivificador e idílico que Aldecoa vio y que también se percibe en otras grandes playas de las islas, como Las Canteras en Gran Canaria, como Famara en Lanzarote, como El Médano en Tenerife, como La Barca en Fuerteventura...

Aquí estoy, varado en esta isla, sentado junto a un jeep polvoriento que viene de la playa más solitaria, y más esponjosa. El hombre me dice:

—Ya no pueden construir más. Ya no tienen permiso. Se acabó.

Se quedó callado y al cabo de un rato dijo más:

—Se acaba la pesca, por cierto.

Entonces le dije:

—Si se acaba la pesca se acaba La Graciosa.

Él me respondió:

—La Graciosa no se acaba nunca. Es un imán.

El imán de Aldecoa.

El que me habla se llama Orlando; fue marino mercante, aún es joven. Me ha llevado al cementerio. Ahí escribí, en mi cuaderno: “En el cementerio marino. Como aquel cementerio misterioso que vi en la arena de Cofete, Fuerteventura. Espectral, del color de la tierra, con sus lápidas ya ilegibles, acaso como las vidas ya vacías a las que dieron nombre. Pero en este cementerio, al contrario de lo que sucedía en aquel cementerio de arenas y olvido, la vida no se detiene; siguen viniendo muertos, marcando el ciclo natural de La Graciosa, donde ya hay muchos más vivos, y muchos más muertos también”.

Orlando me señala su jeep, con nostalgia y con arrogancia: “Ahora este es mi barco”. Me lleva hacia una montañita: “Las Agujas, 267 metros de altura sobre el nivel del mar. Es nuestro Teide”, dice con orgullo. Y añade: “Es uno de los pocos parques de España que no tiene asfalto”. Desde la playa a la que nos lleva (“por la M-30 de La Graciosa”, explica, aludiendo a la pista por la que vamos transitando, que ya parece una autopista en la islita) vemos los islotes: Alegranza, que parece una ballena, Montaña Clara, Roque del Este; aquí se concentra una de las potentes reservas marinas de Europa. Está delante de nosotros, abrigada por las aguas nítidas de este Atlántico que aquí engaña con su remanso. Es una playa perfecta, piso descalzo sus arenas y es como si viajara en un barco inseguro que se arrulla y que me mueve seduciéndome; tengo aquí la misma impresión que tuve en Famara cuando la visité por primera vez: una playa que reju-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

venece, que excita, aunque aquí en La Graciosa se vive otra sensación, como si además la playa estuviera en el fin del mundo, una playa que anunciara otro universo u otra época, el lugar perfecto para un naufragio misterioso. Pues en este lugar misterioso situó Aldecoa esa novela, *Parte de una historia*, en la que el naufragio ocupa un lugar tan importante.

Irse, volver, el destino del viajero insular

Demasiado pronto me fui de un lugar a otro, como si las islas dispusieran de una gran autopista sobre el mar. Como si pudieras ir de Garajonay a Betancuria a lomos de un burro supersónico, como si pasaras de La Gomera a La Graciosa, o a Lanzarote, lanzando piedras que viajan contigo a la velocidad que tienen las piedras al volar.

En realidad, mientras veía todos esos espacios telúricos de mi memoria canaria me estaba yendo de La Gomera, asistiendo por última vez a la expresión casi religiosa de sus montañas, que en la lejanía parecen templos o figuras que fueran trasplantadas allí desde la leyenda; y delante está otra vez Tenerife, omnipresente como una memoria. Por Vegaipala, en La Gomera, sentí una sinfonía extrañísima de barrancos, valles, riscos y palmeras, y silencio, y en mi imaginación sobresale una sensación parecida en las montañas de Tejeda, en Gran Canaria, o en Vilaflor, en Tenerife, o en Betancuria, en esa tierra amarilla y desolada de Fuerteventura, un solar altísimo, una isla que parece un burro o un camello quieto al final de un desierto, indeciso y perdido, escuchando el rumor de un viento que es como el que escucho en la costa sur de Tenerife, en El Médano.

El viento, menudo asunto, qué propiedad tan diluida, qué vendaval melancólico no le da el viento a la música del sur de

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

las islas, en Gran Canaria, en Fuerteventura, en El Hierro de las sabinas, en El Médano desértico de Tenerife...

Aquí, arriba, en Antoncojo y en Lo del Gato, en este viaje gomero, esa sinfonía que a veces es de viento y que aquí es de tierra, es también la del color pardo casi perenne que convierte La Gomera en un perro grande y a la vez humilde, echado bajo un sol insistente y perezoso; Fuerteventura es un burro, o un camello confundido con la tierra; y La Gomera es un perro, aullando de rabia o de melancolía, perdido entre los riscos. Un perro grande que mira a un lagarto: porque La Gomera parece ese animal inquieto, y lo que se observa enfrente, la cordillera sur de Tenerife, parece el lomo de un lagarto dormido; eso es lo que se ve a lo lejos, al pie del Teide, una cordillera que parece una arriesgada y colérica cola de lagarto gigante.

No sé por qué siempre asocio la apariencia de mi tierra con la elegancia sutil de los saurios, personajes del monte o de los desiertos, perplejos animales que se esconden de la sombra y sólo aparecen cuando tienen asegurado el sol.

Vuelvo a La Gomera, me voy de La Gomera, siempre estoy yéndome y volviendo, La Gomera es como la isla-imán que Lezama veía en Cuba, la isla que repele y abraza, la dulce Gomera de los bosques y la terrible Gomera de los barrancos, yin y yang de una isla perfecta que se despereza bajo un sol hecho de bruma. Me voy en barco, el océano es la mano que dice adiós.

Cae un sol intenso sobre mi cabeza, yo me estoy yendo de la isla de La Gomera, a la derecha está el pebetero de 1968, vacío y seco y olvidado, y un poco más allá está la Plaza de los Grandes Árboles donde este mediodía he tomado un café asaltado por los sonidos casi marítimos de esa clemente, inquieta arboleda. La gente camina despacio, como si ya hubiera hecho todos los viajes; llegar a una isla es verla en movimiento, irse es verla quieta, como si detrás de ti se quedaran sólo las figuras, los hombres, las mujeres, los niños, los perros, los lagartos, sumidos en el letargo en el que tú los encuentras al volver... El sol de agosto alimenta esa sensación que sólo se da en las islas

chicas, de que la vida no es tan urgente, es tan solo un pasadizo que uno atraviesa mejor si lleva consigo las luces de la paciencia.

A la luz de la tarde del verano, desde la cubierta del navío, la isla suaviza sus montañas, y las terrazas cultivadas (o secas) con que concluyen llegan a parecer, a esa hora, templos mayas, mágicos lugares acaso más misteriosos aún por la soledad en la que los pone la lejanía.

Esa luz vespertina le da a la despedida la sensación del inicio de un viaje nuevo, acaso una ruta hacia otra melancolía.

De pronto, después de los avisos en español y en inglés a los pasajeros del barco, la compañía introduce el silbo, para avisar de lo mismo. Es casi una canción, la oigo como una canción. Durante siglos no fue una música sino una necesidad, que ahora simboliza, también, la soledad a la que La Gomera estaba destinada. Escucho el silbo y recuerdo, de manera instantánea, un atardecer en Valle Gran Rey, después de la sucesión perfecta de palmeras, una palmera sola, una ventana abierta, y el sol que se cuele por ahí, como si de pronto esa memoria fuera una postal, una metáfora de luces y de árboles de esta isla cuya contemplación recomiendo como si recomendara el tacto del paraíso...

Este barco en el que siento esa visión de la isla como metáfora me devuelve a la isla en la que nació, Tenerife; he llegado al sur, a Los Cristianos, a la playa de arena finísima en la que viví en los años en que descubríamos el amor porque descubríamos las caricias, las propias y las ajenas, y esa arena, ese mar acariciado por la nobleza de los riscos que siguen ahí, ahora repletos de construcciones que hacen irreconocible el lugar, fue el escenario de todos los descubrimientos. Es por ahí por donde llego de La Gomera, que fue mi primer destino en esta reconstrucción de mi memoria de las islas, pero no quiero comenzar aquí, en esta playa de Arona, tan al sur, y antes aún más al sur, cuando Tenerife no tenía la autopista de la que ahora dispone, este viaje de vuelta que emprendo desde hace muchos años a mi tierra.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Quiero empezar por donde lo empezó Alexander Humboldt, que fue un excelente guía, acaso el extranjero que mejor narró lo que dicen las piedras de la isla.

Lo primero que vio Humboldt, no cabe duda, fue el enorme farallón de Anaga; en este viaje en el que ahora se reconstruye esa visión se lo señala el botánico Wolfredo Wildpret, tinerfeño de origen suizo, al escritor alemán Hans Magnus Enzensberger, que recorre la isla como si fuera su célebre compatriota, apasionándose y por tanto preguntando. Enzensberger ha editado en Alemania toda la obra de Humboldt, veinte tomos, incluido su célebre (para nosotros) *Viaje a las islas Canarias*, que durante algunos años ha sido para mí mismo un libro de cabecera, la explicación del genio que el botánico tenía para ver de manera instantánea lo que la tierra le indicaba. Pues allí estamos, en Santa Cruz, por donde llegó el botánico. A este lado, le dice Wildpret a Enzensberger, está el parque rural de Anaga, una enorme reserva de monte verde; y a este lado están los contenedores. Sí, están ahí, la isla ha evolucionado y se ha cargado de ese fardo contemporáneo que tanto obsesionaba al naturalista lanzaroteño César Manrique, que adivinó que un día habría más contenedores y más coches que árboles. Todavía eso no es así, le dice Wildpret a su compañero de viaje, pero vamos camino de ello... Debajo de ese enorme farallón de Anaga, Las Teresitas y San Andrés, la playa y el pueblo, un pueblo de pescadores, con su castillo roto y sus calles estrechas, como de zoco africano, sus pequeños restaurantes (El Túnel, una delicia) donde el pescado sigue siendo el emblema de la comida popular. Y la playa de arena reciente, traída de otras playas, pero ya arraigada aquí como si hubiera estado toda la vida... Detrás de estos parajes, Benijos, Taganana; no fui con ellos, Wildpret y Enzensberger tenían otra ruta, pero cuando estuve ahí, en esos espacios, redescubrí ese Tenerife oculto tras los macizos, una isla natural emergiendo de sus sueños surrealistas, espacios abiertos, mares infinitos sobre los que el sol posa una mano entusiasmada, como nosotros mismos...

Wildpret le explica a Enzensberger algunos hallazgos de Humboldt. Por ejemplo, éste anotó que hay 460 especies botá-

nicas en Santa Cruz; que en la época de Humboldt los pobres iban en burro y los ricos (los caballeros) iban a caballo; que el naturalista alemán se entretuvo entre las viñas y apreció el clima mediterráneo que hay por Tacoronte, donde tan bien se dan los cítricos; que por los mismos lugares que transitó Humboldt estuvieron muchos años más tarde (en 1935) los surrealistas André Breton y Óscar Domínguez “descubriendo esta agricultura de orfebrería”... Breton escribió, al volver a París, de su viaje isleño: “Al llegar a Tenerife me he lavado las manos, con jabón común que semeja el lapislázuli. Me he lavado las manos de toda Europa. Y primero, de Francia, desde donde venía”. Y por ese camino, sin haberse lavado las manos de Europa, Humboldt descubrió, cuando aún contenía “todos los colores del verde”, el valle de La Orotava... Sirviéndose de una famosa película de John Ford, Wildpret le dijo a su huésped: “Qué verde era mi valle”. Porque aquel valle ante el que algunos dicen que se arrodilló Humboldt (algo que jamás ocurrió) ya no es la sombra del que él vio (“en ningún sitio he hallado tanta paz como en este valle”, eso sí lo dijo): las construcciones han proliferado, las huertas de platanera han sido diezmadas por el progreso incesante de las viviendas, y ni siquiera el mirador que rinde tributo a su paso estaba en funcionamiento cuando Wildpret y Enzensberger hicieron su excursión (en la primavera de 2010).

¿Y cómo lo hubiera contado el propio Humboldt? En la edición que manejo de su ahora célebre viaje insular (que tan solo duró seis días, sin duda muy productivos para este gran trabajador...) se cuenta lo que dijo de la capital de la isla: Santa Cruz “es un gran parador, situado en el camino de América y de la India”; es un lugar tan estratégico que “casi todas las relaciones de viajes comienzan con una descripción de Madeira y Tenerife”... Aquí tomó contacto con ilustrados canarios que le conducen (como Wildpret a Enzensberger) por la zona de la isla que lleva hasta el Teide y hasta La Orotava, donde halló una sociedad muy inquieta a finales del siglo XVIII. Dijo que en La Orotava se había encontrado “con personas que tienen el gusto por las letras y la música y que han trasplantado en estos lejanos climas la amenidad de la sociedad de Europa. En este sentido,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

y con excepción de La Habana”, prosigue Humboldt, “las islas Canarias se asemejan poco a las demás colonias españolas”. Y añade, en otra carta al barón inglés De Forell: “¡Qué cultura, qué apostura! Uno se creería transportado a Londres, si los platanales, los cocoteros no nos recolocaran en las Islas Afortunadas”. Está maravillado de lo que hace Alonso de Nava y Grimón, marqués de Villanueva del Prado, por el Jardín Botánico de La Orotava, y, añade el editor del volumen, Manuel Hernández González, “queda gratamente admirado por la hospitalidad, amabilidad e interés por la ciencia presente en las personas con quienes se relaciona”.

Pero su entusiasmo, el entusiasmo del naturalista, se entrena cuando divisa el Teide, desde la espesa bruma que domina la isla; lo vislumbró seguramente desde donde lo vio el personaje de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* o desde donde lo vislumbró Colón camino de América, pero a él se le resistió el pico que tanto trabajo habría de darle en su recorrido minuciosamente científico. “El 19 [de junio de 1799] por la mañana descubrimos la punta de Naga (Anaga o Nago); pero el Pico de Tenerife permaneció invisible. La tierra se delineaba mal; todas sus formas las arropaba una bruma espesa. A medida que nos aproximábamos a la rada de Santa Cruz, observamos que esa bruma, empujada por el viento, se nos aproximaba. El mar estaba fuertemente agitado, como siempre lo está en estos parajes”. El barco fondeó en medio de la espesa niebla, pero “cuando empezó a saludar la plaza, se disipó totalmente la bruma”. Y entonces “El pico del Teyde se mostró en un claro por encima de las nubes, y los primeros rayos del sol, que para nosotros no había salido todavía, iluminaron la cumbre del volcán”.

Esa maravilla que vislumbra Humboldt es en realidad la máxima atracción de la isla, y es un accidente natural majestuoso que enorgullece a los tinerfeños; desde allí se ven todas las islas, y desde muchas islas (es espectacular la visión que se alcanza en invierno desde la montaña sagrada de Tindaya, en Fuerteventura) se ve su pico, nevado en invierno, seco y nítido en verano, un volcán dormido que permanece como un tótem a

sus 3.716 metros de altura, en la parte más alta de Las Cañadas, el parque natural al que da nombre y sobre el que mantiene una autoridad indiscutida.

Humboldt sabe que está aproximándose a una bahía histórica, pues aquí, como él recoge en su minucioso relato, “fue donde dos años antes de nuestra llegada, en el mes de julio de 1797, una bala de cañón cercenó un brazo al almirante Nelson, en el desembarco intentado por los ingleses”. El científico alemán arriba, y se coloca en la ciudad como un periodista, o como un sociólogo; se sienta, si se me permite hacer esta suposición anacrónica, donde mucho tiempo después estaría el bar Atlántico, donde en 1970 el poeta chileno Pablo Neruda, luego premio Nobel de Literatura, se sentó a tomar cervezas con sus amigos los surrealistas canarios, con los que había tenido correspondencia antes de la guerra civil. Neruda no quería bajar del barco que le llevaba a su patria, a colaborar con Salvador Allende en lo que sería después el triunfo de la Unidad Popular; el poeta decía que nunca descendería a un territorio en el que mandara el dictador Franco; pero alguno de nosotros, los que fuimos a verle al barco, le recordamos que había bajado ya en la escala que hizo en Barcelona, para pasear por el puerto con su amigo Gabriel García Márquez; entonces el poeta se resignó y bajó, habló y bebió en aquel bar en el que quiero situar las primeras horas de Humboldt en la ciudad de Santa Cruz. Un bar, por cierto, presidido por un enorme cuadro que representa el Teide, pintado por el pintor isleño del siglo xx Martín González.

Ahí el naturalista alemán anotó: “La posición de esta ciudad se parece mucho a la de La Guayra, que es el puerto más frecuentado de la provincia de Caracas. El calor es excesivo en ambos sitios y por las mismas causas, pero el aspecto de Santa Cruz es más triste. Sobre una playa estrecha y arenosa se hallan casas de una blancura resplandeciente, con techos planos y ventanas sin vidrieras, adosadas a una muralla de rocas negras escarpadas y desnudas de vegetación. Un hermoso muelle construido con sillares y el paseo público plantado de álamos, son los únicos objetos que interrumpen la monotonía del paisaje”. Por no tener delante, se queja Humboldt, ni siquiera tiene el Teide,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

que se verá mucho mejor desde el Puerto de la Cruz, entonces Puerto de La Orotava.

¿Exagera el alemán? ¿Era tan triste Santa Cruz? Era, como ahora, una ciudad de comerciantes, ensimismada, pero abierta a los extranjeros, que aquí recalaron y se hicieron isleños, como sus anfitriones; y de hecho a Humboldt lo reciben así, como un huésped muy bien venido a quien el cansancio del viaje le hace sentirse también refractario a los encantos tranquilos de la capital tinerfeña. En la calle, lo primero que le llama la atención “fue una mujer cenceña, atezada en extremo y mal vestida, a quien llaman La Capitana. Seguíanla otras mujeres cuyo vestido no era más decente; y todas solicitaban a empeño el permiso de ir a bordo de la *Pizarro* [el barco en el que viajaba Humboldt], permiso que naturalmente no se les dio”. El alemán está bravo, no entiende tanta permisividad en las costumbres, y anota: “En este puerto, tan frecuentado por los europeos, el desarreglo de las costumbres toma las formas del orden. La Capitana es un jefe escogido por sus compañeras, sobre las que ejerce una gran autoridad. Impide cuanto puede perjudicar el servicio de los bajeles: intima a los marineros a regresar a bordo a las horas que se les han señalado. Los oficiales se dirigen a ella cuando se abrigan temores de que alguna persona de la tripulación se ha ocultado para desertar”.

Así que la impresión con la que inicia Humboldt un viaje que sería tan importante para él y para la imagen de la isla no podía empezar peor. Pero el naturalista va reconciliándose; “Santa Cruz es una ciudad bastante linda”. Lo es. Ahora, donde él veía a La Capitana, sigue estando “ese famoso monumento de mármol de Carrara, de treinta pies de alto, dedicado a Nuestra Señora de la Candelaria, en memoria de la milagrosa aparición que en 1392 hizo ella en Chimisay, cerca de Güímar”, pero además hay una intervención arquitectónica (polémica e interesante) de los arquitectos suizos Herzog y de Meuron, que han tratado de quitarle relevancia al monumento que el franquismo levantó ante el Cabildo tinerfeño en honor a los caídos de su parte en la guerra civil española. Además, ahí arranca la vitalidad comercial de la ciudad, que circula por la calle del Castillo y hace

un alto en la imponente plaza de Weyler, ante la que durante años fue Capitanía General de Canarias. Más arriba aún discurre una de las más hermosas ramblas de las islas, la Rambla de Santa Cruz, que en la Primera República se llamó del 11 de Febrero, luego fue Rambla del General Franco y finalmente se llama como queda dicho, Rambla de Santa Cruz. En esa Rambla, en los años setenta del siglo xx, y en el Parque García Sannabria, que fue recientemente remodelado, tuvo su escenario una singular exposición de Escultura en la Calle que reunió a gente de la relevancia de Martín Chirino, Joan Miró y Óscar Domínguez... Y aquí mismo, por donde se sentó Humboldt a contemplar lo que él consideraba “la ciudad triste”, durante decenios discurrieron y discurren los carnavales isleños que desafiaron, en tiempos de la dictadura, la estricta moral franquista.

De modo que el científico alemán se precipitó ahí un poco, o al menos no tuvo en cuenta que es arriesgado tomar notas cuando uno está preso del cansancio de los viajes. En cualquier caso, ahí queda su adjetivo, “linda ciudad”, en todo caso atada en su configuración y en sus terrenos a lo que, en su convicción geográfica y geológica, le resultó en seguida evidente, “que este grupo de islas pertenece a África, y aún a la parte más árida de este continente”.

La naturaleza lo fue confundiendo; cuando subió a La Laguna, al día siguiente, ve lo que cualquiera aún puede comprobar: que esta ciudad, llamada también de los Adelantados, es la réplica, aún más, el fundamento, de las poblaciones que habrían de crearse en América Latina; trazada con la precisión de los matemáticos, alberga la Universidad (la primera que hubo en las islas durante muchísimo tiempo) y el Instituto de Enseñanza Media, iglesias de alto valor, conventos de clausura, el Obispado, calles de gran belleza natural, como el Camino Largo, tabernas, edificios históricos en cuyas paredes húmedas se residencia una extraordinaria historia de hombres y de leyendas... Una ciudad fantástica, realmente, acaso la ciudad canaria o del mundo preferida por el que ahora escribe, tantos años después de Humboldt, estas líneas de apasionado recorrido por Canarias... Aquel científico acalorado que se enfada con Santa Cruz

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

encuentra que “a medida que nos aproximábamos a La Laguna sentíamos bajar gradualmente la temperatura en la atmósfera. Es tanto más suave esta sensación cuanto el aire de Santa Cruz es muy sofocante”. Para entender ese calor, el humanista acude a la ciencia geológica: “El calor que agobia al viajero al entrar en Santa Cruz de Tenerife o en La Guayra debe por consiguiente atribuirse a la reverberación de las rocas a las que estas ciudades están arrimadas”. Pero La Laguna... ah La Laguna. “Es el frescor perpetuo que se depara en La Laguna”, concede Humboldt, “lo que hace que se la mire en Canarias como una mansión deliciosa”. Ahora es otra cosa, claro, La Laguna ha crecido a lo largo de su perímetro, ha subido a los montes (La Esperanza, Las Mercedes), ha cubierto zonas que antes eran huertos, bosques “de laureles, arrayanes y madroños”, beneficiados por las lluvias frecuentes; ya no es, naturalmente, la ciudad que vieron los contemporáneos de Humboldt pero sigue teniendo, también en los meses del verano, un atractivo singular, cuya belleza y quietud es ponderada por los propios y por los ajenos. Cada año, y varias veces al año, muchos peregrinamos a La Laguna como si en ese espacio urbano se centrara lo que uno cree que es la ciudad ideal.

Acaso la contemplación de La Laguna es la que hace que en un momento determinado de su viaje breve e intenso exclame el reticente visitante alemán: “Tenerife (...), situada por decirlo así a la entrada de los trópicos, aunque a pocas jornadas de navegación de España, participa de las bellezas que la Naturaleza ha prodigado en las regiones equinocciales. Ya desarrolla ahí la vegetación alguna de sus más hermosas formas y más imponentes, la de los bananeros y palmeras”. Y sigue Humboldt, rendido ya: “El hombre sensible a las bellezas de la Naturaleza encuentra en esta isla deliciosa remedios aún más potentes que el clima. Ninguna otra mansión me parece más propia para disipar la melancolía y devolver la paz a un alma dolorosamente agitada que la de Tenerife y la de Madeira”.

Observa Humboldt un aspecto que entonces es reciente, está a la vista, y ahora se antoja del pasado remoto: “No son efecto estas ventajas de la belleza del sitio y de la pureza del aire; se deben sobre todo a la ausencia de la esclavitud, cuyo aspecto

es tan chocante en las Indias y dondequiera que los colonos europeos han llevado lo que ellos llaman sus luces y su industria”.

La excursión de Humboldt tiene hoy un atractivo especial, pues aunque la isla ha evolucionado mucho desde que él la miró con ojos a veces irritados y a veces admirados, su trazado y sus paisajes responden a sus sucesivos descubrimientos. Y no sería inconveniente que hoy un extranjero siguiera esa ruta que es, en el caso de los canarios de Tenerife, una ruta sentimental, un camino que se hace con cierta devoción naturalmente chovinista.

La mirada del otro

Alexander von Humboldt me ha llevado a pensar en los otros, en los que nos han visto mientras se iba haciendo nuestra propia mirada, mientras discurrían los siglos y las aventuras que nos tuvieron como escenarios.

Agatha Christie nos situó como lugar estratégico de algunas de sus intrigas, como hizo Julio Verne, que vio este territorio fragmentado como un continente roto; André Breton nos creyó un territorio surrealista; Miguel de Unamuno creyó ver aquí rasgos de su propia patria vasca; Daniel Defoe frustró sus intentos de entrar en territorio insular porque sintió la sombra cierta de los piratas sobre las huellas de Robinson Crusoe.

La literatura en la que Canarias, y sobre todos las dos islas más importantes, Gran Canaria y Tenerife, aparece como protagonista es abundante, tanto en la ficción como en la no ficción. Su sitio es estratégico, las islas están en medio de un viaje, y en algunos siglos ese viaje ha sido difícil, asediado por la pillería internacional, alentada a veces por la glotonería colonizadora...

A Shakespeare le llegaron noticias de nuestro vino, García Márquez sabía de nuestros pájaros, y en las obras de uno y de otro, en siglos tan distintos, el xvi y el xx, el vino y los pájaros sustentaron algunas metáforas de ambos escritores tan sobresalientes. Nosotros hemos visto esto, este interés que suscitan las

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

islas en otros, como un factor estimulante, porque las islas, como Narciso, aman su propio espejo...

Y aquí he querido traer algunos fragmentos de esos espejos que tanto acariciamos, antes de proseguir camino, de la mano de Humboldt, a mi propio valle, el lugar donde nació, el valle de la Orotava.

Hemos mirado, pues, los libros en los que aparecían nuestras islas como si estuviéramos buscando nuestra esencia vista por los ojos ajenos, como si la identidad estuviera derramada en textos casuales de gente que pasó por aquí, halló que este era un territorio extraordinario y lo dijo. De algunos me sorprendí, y otros me parecieron, leídos con los ojos de hoy, gente que quiso mucho a las islas y dejó huella de un amor exagerado. Otros no las quisieron nada, y algo de eso hay en ciertos testimonios.

En primer lugar, los pájaros. Hay un hermoso trozo de *Cien años de soledad*, esa novela tan atlántica y tan nuestra de Gabriel García Márquez, en el que el novelista de Aracataca se ocupa de los pájaros que iban a repoblar Macondo, su territorio mítico: "... La jaula de canarios demostraba que esos propósitos no eran improvisados. Recordando que su madre le había contado en una carta el exterminio de los pájaros, había retrasado el viaje varios meses hasta encontrar un barco que hiciera escala en las Islas Afortunadas, y allí seleccionó las veinticinco parejas de canarios más finos para repoblar el cielo de Macondo. Esa fue la más lamentable de sus numerosas iniciativas frustradas. A medida que los pájaros se reproducían, Amaranta Úrsula los iba soltando por parejas, y más tardaban en sentirse libres que en fugarse del pueblo. En vano procuró encariñarlos con la pajarrera que construyó Úrsula en la primera restauración. En vano les falsificó nidos de esparto en los almendros, y regó alpiste en los techos y alborotó a los cautivos para que sus cantos disuadieran a los desertores, porque estos se remontaban a la primera tentativa y daban vuelta en el cielo, apenas el tiempo indispensable para encontrar el rumbo de regreso a las Islas Afortunadas".

Los pájaros vuelven, los isleños vuelven. No soportan el cautiverio, son libres, esa es su vocación. Los canarios siempre hemos identificado esa denominación, canarios, que para otros

viene de perros, canes, con la leve presencia libérrima de los pájaros. García Márquez nos hace ese honor, se lleva de aquí los pájaros, pero los pájaros vuelven, no soportan la presión de ningún cautiverio... Hermoso símbolo de nuestra presencia en la tierra.

Los pájaros, los nidos: las obsesiones de la infancia habitaban donde habitaban los pájaros, esas bandadas que Amaranta Úrsula no pudo dominar. Las islas han sido territorio tranquilo, poblado por árboles altos, y nosotros hemos vivido la infancia cuando aún los niños cuidábamos pájaros en sus propios nidos. Quizá existan nidos aún, pero el tiempo de la infancia pasó para siempre; creo también que pasó el tiempo de los nidos.

Los pájaros y el Teide. El poeta Francisco Brines escribió, como Rafael Alberti, como Vicente Aleixandre, todos ellos poetas españoles, acerca del pájaro del Teide, un mito que entra en la poesía y entra en la leyenda por su rareza, porque es imposible hallarlo. Acaso porque es el pájaro más libre, el que no existe. En cierto modo, el Teide, el volcán que preside la orografía de las islas, y también su mitología, es un pájaro contundente, un pájaro raro, un volcán que cesó de amenazar a las islas y ha calmado sus alas de fuego... Hay un texto del cubano Alejo Carpentier, el autor de *El siglo de las luces*, que ilumina el carácter mítico que tiene el Teide en su imaginario y en el nuestro. Está en su libro *El Camino de Santiago*: "En aquel amanecer la sombra del Teide se ha pintado en el cielo como enorme montaña de niebla azul. El barbado, que viaja como cristiano, dándose las de borgoñón pasado a las Indias con licencia del Rey (y se ha comprometido a demostrarlo a la llegada), sabe que sus andanzas terminarán muy pronto. Como la Gran Canaria tiene comercio con gentes de Inglaterra y de Flandes, y más de un capitán calvinista o luterano descarga allí su mercancía, sin que le pregunten si cree en la predestinación, ayuna en cuaresma o quiere bulas a buen precio, sabe que le será fácil perderse en la ciudad, viendo luego cómo escapar de la isla y pasarse a Francia. Dirige a Juan una mirada entendida, por no hablar de lo que saben ambos. Por lo pronto, hay ya el contento de haber vuelto a encontrar, en la lenteja y el salpicón, el queso y la salmuera,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

sabores que se añoraban demasiado, allá en el palenque donde quedaron, más llorosas por despecho que por duelo, la Doña Yolofa y la Doña Mandinga, que casi se tenían por damas castellananas ante las otras negras, al saberse las mancebas del hijo de algo tan grande como debía serlo un Escudero”.

El Teide, un faro que atrae al extraño. Daniel Defoe quiso venir, y su *Robinson Crusoe* cuenta qué le sucedió: “En este viaje padecía terribles desgracias y ésta fue la primera: mientras nuestro barco avanzaba hacia las islas Canarias, o más bien entre las islas y la costa africana, fuimos sorprendidos, en la penumbra del alba, por un corsario turco de Salé, que nos persiguió a toda vela. Nosotros también nos apresuramos a desplegar todo el velamen del que disponíamos o el que podían sostener nuestros mástiles, a fin de escapar. Más, viendo que el pirata se nos acercaba y que nos alcanzaría en cuestión de pocas horas, nos pertrechamos para el combate; para esto, nuestro barco contaba con doce cañones, mientras que el del pirata tenía dieciocho”.

Intento fallido, pero visión hermosa, atrayente, de ese pico que vislumbró Carpentier en su ficción y de la que dice Defoe en su *Robinson Crusoe*: “Una o dos veces, durante el día, me pareció ver el Pico de Tenerife, que es el pico más alto de las montañas de Tenerife en las Canarias. Me entraron muchas ganas de aventurarme con la esperanza de llegar allí y, en efecto, lo intenté dos veces, pero el viento contrario y el mar, demasiado alto para mi pequeña embarcación, me hicieron retroceder, por lo que decidí seguir mi primer objetivo y mantenerme cerca de la costa”.

Paul Bowles sí entró, como Lawrence Durrell. Durrell le dedicó este poema a Tenerife, isla a la que configura como mu-
jer, “piedra de raras aguas”:

“Emplazada, a propósito, en el final exacto
de estos barrancos de agua,
una disposición que ella misma ha escogido,
fijada por ideas que surgieron
de pasiones vividas —¿quién lo sabe?—,
un deseo, tal vez, de unirse al infinito,
el hastío del mundo o la impaciencia,

sigue siendo mujer, sin duda, Tenerife,
hecha a tales metáfora, piedra de raras aguas,
verde muestra de climas,
sabiendo como sabe ella en su madurez,
su experiencia vital, cómo los hombres
rechazan la certeza en el amor: si quiere retenernos,
trágicamente debe velar su ser auténtico”.

Bowles encontró esta atmósfera y la narra en su relato *A cuatro días de Santa Cruz*; es su visión de un territorio de paso, a mediados del siglo xx, en una ciudad que no deja de ser oscura a la vez que afroamericana:

“Es agradable caminar de noche junto al malecón de un puerto extranjero, con la brisa de otoño empujándote levemente por detrás. Ramón no tenía prisa; se detuvo delante del café a escuchar las guitarras y los gritos, sin permitirse, en cambio, que los retuvieran las mujeres que lo llamaban desde los portales más oscuros. Como había tenido que limpiar la cocina después de una comida extra servida a sesenta trabajadores que acababan de desembarcar allí, en Santa Cruz, con destino a América del Sur, había sido el último en dejar el barco, y por eso estaba buscando a sus camaradas de abordó. En el Café del Teide encontró a varios de ellos sentados a una mesa, compartiendo una botella de ron. (...) Al día siguiente rodearon la isla, no lo bastante cerca para ver la costa, pero sí a la vista de la gran montaña cónica, que permaneció todo el día al costado, claramente recortada en el aire de la distancia”...

De entre los viajeros españoles creo que es Miguel de Unamuno el que de una manera más apasionada se adentra en el alma de las islas. Su visión de Tenerife coincide, en cierto modo, con la primera impresión que tiene Humboldt al llegar, cuando descubre la insoportable lentitud de los isleños. Dice el filósofo y poeta vasco, que aquí consigna a su manera unos versos famosos de Nicolás Estébanez, militar y poeta de origen canario que, entre otras batallas, tuvo que ver con la guerra de la independencia cubana: “Nada he de decir de Santa Cruz de Tenerife. Sólo que ya allí empezó a impacientarme la lenti-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

tud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé a sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce modorra del aislamiento... Me apresuré a subir a la ciudad de La Laguna, a la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de don Nicolás Estévez, y junto a ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso. Pues él cantó diciendo: “mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España; mi patria es una choza, la sombra de un almendro...”, etcétera. ¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse de él.

En La Laguna, cuenta Unamuno, “un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma. En el cielo bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera, más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura tronchada. Acá y allá casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos, tras de los cuales se adivina a la dama que espera, que espera desde hace siglos; a la misma dama de los tiempos del Adelantado. En algunos tejados el verode, una planta que parece un pequeño pino (...) Dicen que La Laguna parece una ciudad castellana, y algo hay de esto: algo también de castellano, pero de la Castilla montañesa, tiene el campo sereno que la rodea. Pero hay, sin embargo, un tono especial que no es precisamente el de las viejas ciudades castellanas. Aquellas calles espaciosas y rectas, aquel despejo, aquel aire de rigodón romántico, algo de ceremonioso, todo aquello en que se adivina una creación señorial del siglo xvii, la diferencia de las rudas viejas ciudades castellanas en que alzan su cabeza indómita torres románicas, donde tal vez persiste algún trozo de muralla romana, donde hay algo de los siglos de la Reconquista, algo que nos dice de una fe ingenua armada de tizona de combate. La Laguna está vestida de casaca, o de hábitos de fraile, si queréis”.

De La Laguna fue el poeta a Gran Canaria, y le buscó el fondo a la isla: “Y lo interesante aquí, en esta isla de la Gran Canaria”, escribió, “está en el interior, en las dos grandes calderas de este enorme volcán apagado hace siglos. Subí a Teror, un pueblecito de singular sosiego, que me recordó alguno de los

pueblos del Miño portugués. Si no fuese por las palmeras, ese árbol litúrgico que parece un gran cirio de quieta llama verde, si no fuese por los plátanos, si no fuese por otras plantas tropicales, esto recordaría a las veces Galicia. Pero allá, en Teror, a cerca de 600 metros sobre el nivel del mar, el aspecto varía. El frondosísimo castañar de Osorio me recordaba más de un rincón de mi nativa tierra vasca. Y allí, en aquel castañar de Osorio, me tendí a la caída de la tarde hasta ver acostarse las colinas en la serenidad del anochecer. Es algo siempre nuevo, algo que siempre parece llevarnos a la fuente de la vida, algo que nos invita dulcemente a confundirnos con la madre tierra”.

Y después Unamuno se fue a Tejeda, esa maravilla en la que él encontró la paz de la piedra al tiempo que se encontró con lo dantesco: “De mañana emprendimos la marcha a caballo para ir a visitar el valle o barranco de Tejeda, una de las dos grandes calderas volcánicas de la isla. El camino va por entre barrancas donde a trechos cubre el suelo el humilde codeso, en hondonadas alzan sus cabezas frondosas el castaño y el nogal, y en calcinadas vertientes o entre rocas volcánicas prende tal cual miserable tabaiba. Hicimos alto en Valleseco, un pueblecito tendido en la falda de la montaña y que estaba engalanado por hallarse de fiesta. Pasando senderos cortados a pico en abruptos y escarpados derrumbaderos, dimos vista al valle de Tejeda. El espectáculo es imponente. Todas aquellas negras murallas de la gran caldera, con sus crestas, que parecen almenadas, con sus roques enhiestos, ofrecen el aspecto de una visión dantesca”.

Jorge Luis Borges pasó por Las Palmas, en barco, de vuelta a América. Y escribió de viaje este soneto dedicado a la ciudad:

“En la ruidosa punta de veinte singladuras
supo alisar con arte sorprendente la noche
ese alivio de mares, ese manso reproche
a las olas derechas y a las tormentas duras.

Después en mi conciencia dejaron grabaduras
Entre zangoloteos bruscos de carricoche
El mercado y la torre, serenísimo broche
Juntando calles quietas y celestes alturas.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Algunos caserones pintarrajeados de ocre,
Unas cuantas plazuelas, orondas como altares,
El palmar cuya cima la suave noche encierra,
Alcores que altivecen la población mediocre...
En ese sitio el alma, quebrantada de mares,
Recobró la caricia familiar de la tierra”.

Y Julio Verne vio así, desde la prosodia de la ficción de su novela *Agencia Thompson y Cia*, esa misma ciudad que Borges construyó como un imaginario poético: “Edificada a la salida del barranco de Guinguada, en una sucesión de terrenos muy desiguales, la ciudad ofrece un aspecto totalmente oriental. (...) Las Palmas es una ciudad bien construida, con calles estrechas y sombrías, pero en la cual la naturaleza del terreno convierte el paseo en una perpetua subida, a la que sigue un perpetuo descenso. Fuera de la catedral, de estilo renacimiento español, posee pocos monumentos interesantes. En cuanto al aspecto morisco de la ciudad, vista desde el mar, suscita esperanzas engañosas, pues mirada de cerca el encanto se desvanece. Nada menos morisco que las calles, las casas, los habitantes, ofreciendo estos últimos a la admiración pública elegancias exclusivamente europeas, hasta francesas”.

Y Shakespeare. No fue, no vino a las islas, pero hasta él llegaron las leyendas del vino de malvasía. En *Enrique IV*, Parte II, Acto II, Escena IV, dice la Posadera:

“A fe mía, corazoncito de mi alma, me parece que estáis ahora en un buen y excelente temple; vuestro pulso late tan extraordinariamente como el corazón pudiera desearlo y os aseguro que vuestro color es tan intenso como el de una rosa. Pero, en verdad, habéis bebido demasiado de Canarias y ese es un vino maravilloso y penetrante que os perfuma la sangre antes de que podáis decir: ¿Qué es esto? ¿Cómo os encontráis?”

Y el príncipe Enrique exclama, en la misma obra, acto II, escena I: “¡Bellaco! Hace diez y ocho años que te robaste un frasco de Canarias y desde ese día, sorprendido in fraganti, cubre tu cara color de púrpura. Teniendo ese fuego a tu disposición y a más la espada, has disparado como un gamo; ¿qué instinto te impelía?”

Falstaff, en la misma escena de la misma obra, grita también poseído por el efecto del vino seco de Canarias (“sack” se dice en el original; alude al vino malvasía): “¡La peste se lleve a todos los cobardes, digo! ¡Ojalá les apretaran el gañote! ¡Amén, pardiez! Dame una copa de Canarias, muchacho. Antes que continuar esta vida, prefiero hacer calceta, zurcir medias y hasta pisotearlas. ¡La peste se lleve a todos los cobardes! No hay ya virtud sobre la tierra. Dame una copa de Canarias, pillo. (Bebe)”.

Bebamos, pues, paremos un rato en el mismo sitio en que dejamos a Humboldt, busquemos sus huellas, que no son huellas de lágrimas sino, quizá, de malvasía.

La imagen del valle

Escribo ante la montaña de mi infancia, en mi pueblo, el Puerto de la Cruz, en la costa del valle de La Orotava; aquí, ante este valle, dicen que se arrodilló el científico alemán que andaba buscando bellezas por el mundo.

Aquí cayó rendido, según la leyenda.

Hoy pasaría, extrañado de lo que han hecho del valle de sus (supuestas) lágrimas de alegría.

Pero aquí estoy, reiniciando un relato que tiene que ver con Humboldt y con Canarias, porque en efecto aquí habitó una de las grandes bellezas de las islas y hoy habita la consecuencia de su desarrollo.

Atrás quedan algunas expresiones de otros que miraron por vez primera algunas de estas islas solitarias, en las que Julio Verne creyó ver los vestigios de “un continente desaparecido” y donde Gabriel García Márquez buscó los pájaros que irían a repoblar el territorio mítico de Macondo.

Los que somos de aquí hemos visto estos territorios sin tanta mitología; pero el tiempo y la distancia nos han ayudado a entender esas visiones que confunden las islas con apariciones extraordinarias, con pájaros de fuego, con puñetazos surrealistas en el aire del Teide.

El valle de La Orotava, por ejemplo, fue para Humboldt la expresión de un territorio virgen cuyo verde infinito realzaba el

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

misterio volcánico del Teide. Pero para nosotros ese era el territorio en el que vivíamos; ni la literatura ni la leyenda pueden transformar la visión cotidiana que tenemos de este lugar. Era sitio de trabajo, de sudor, de aires viciados en una época difícil y miserable de España, los años cincuenta del siglo xx. Mirabas la belleza pero veías la vida.

En esta tierra están nuestros pasos, nuestra respiración, nuestros recuerdos. Señalas el valle, este sitio en el que nací, y señalas de hecho una cuna, una casa, un camino, una plaza, un patio de juegos, un banco junto al muelle, el silencio de tus padres, su lucha por seguir camino, ves un sendero que va a la escuela, recuerdas las huellas de un cementerio.

Este valle, que fue umbroso y verde como un bosque de plátanos y de frutas, es ahora un conjunto multiforme de habitaciones. Hoteles, residencias, apartamentos: la vida se mueve y en algún momento halló aquí su cobijo. Y los constructores fueron insaciables, hasta tapar con sus edificios lo que había deslumbrado a Humboldt.

Cuando él vino no estaba ni el Hotel Taoro, que fue el lugar donde residieron Winston Churchill y Agatha Christie, atraídos por el glamour británico de esta ciudad; pero desde principios del siglo xx el Puerto de la Cruz ejerció una enorme atracción sobre los británicos que querían viajar, y después de ese hotel vinieron otros, y el desarrollo desaforado de la construcción convirtió en lamento actual la antigua admiración de Humboldt por lo que veía.

Pero así son las cosas, y ahora las ve un insular del Puerto de la Cruz con una melancolía inútil, porque ya estas cosas no se pueden cambiar. Son así, y así y todo conservan un encanto que sigue siendo imán de turistas y melancolía de los que aquí nacimos, polo de sosiego y también lugar en el que uno se abastece de los olores (el salitre, el viento, la humedad, los árboles de la plaza, el muelle) que le hicieron su infancia.

No se puede cambiar, el Puerto de la Cruz ya es así. Las cosas son como son. Pero sí se pueden describir tal como fueron, o tal como uno las recuerda, pues nada es como lo recuerda otro sino como uno mismo lo recuerda.

Para llegar aquí, por aquella ruta de Humboldt, y para hacerlo tal como fue cuando yo mismo nací, no estaría mal recoger otra vez el viejo libro de Ignacio Aldecoa, *Cuaderno de godo*. Dice el escritor vasco: “De La Laguna al Puerto de la Cruz hay que pasar nombres célebres, toponímicos, nacidos de batallas. La Matanza de Acentejo (...), y La Victoria de Acentejo (...). Después, el valle de La Orotava. La carretera se retuerce entra las plataneras, entre los eucaliptus y las rojas flores de Pascua. El valle no es propiamente un valle, sino una vertiente hacia el mar cubierta de plataneras escalonadas, que al alto sol del mediodía hieren con un vivo esmeralda, que acaba en el festón blanco del Atlántico, rompiendo contra las rocas y las lavas de la costa”.

Si uno compara esa descripción sucinta con lo que sucede ahora mismo, concluye que está casi todo, lo que ha variado es la carretera. Ahora las carreteras son como flechas que apuntan al Puerto, por el Botánico o por Las Arenas, donde está mi barrio, por cierto, el sitio donde nací, junto al barranco. Pero la carretera lo condicionaba todo; ahora la autopista del Norte y la carretera del Botánico son caminos rápidos, direcciones veloces que han disminuido forzosamente la belleza floral que tanto gustó a Aldecoa cuando hizo la ruta... Están los eucaliptos, aunque son menos, y están las flores de Pascua, amenazadas de todos modos por el fragor de la carretera. Pero la autopista ha condicionado el paisaje; el lanzaroteño César Manrique no quería tantas autopistas para las islas, porque iban a variar el paisaje. Los que le contradijeron y siguieron construyendo tenían que haberse fijado en este paisaje para no repetir el mismo atentado en otras localizaciones.

Entonces, a principios de los años cincuenta del siglo xx, cuando vino Aldecoa, en muchas de las casas viejas que aún se pueden ver desde donde ahora miro no había luz eléctrica, y los servicios eran escasos; se vivía en Canarias el peor momento de la posguerra civil, y el hambre y la miseria contrastaban con la herencia de un señorío feudal que duró aquí más que en la mayor parte de España.

El turismo vino a salvar a la población, en parte, de esa miseria, colocó a España en el mapa del mundo, y aquí, en con-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

creto, comenzó a vivirse una etapa de prosperidad que, con altibajos, nunca ha dejado de existir.

Pero, claro, este lugar al que miró Humboldt sorprendido de que fuera tal vergel ya no es el mismo, ni lo será de nuevo jamás. La montaña que veo enfrente, por ejemplo, fue la montaña de mi infancia; está situada en una zona llamada Las Arenas; presidía entonces mis sueños y en todo caso mi paisaje sentimental; estaba coronada por unos árboles de pelambreira desordenada que siempre me parecieron la caricatura de un filósofo enloquecido, por ejemplo Miguel de Unamuno.

Esa era la montaña. Empezaron a horadarla para sacarle zahorra de su vientre, y la horadaron tanto que en algún instante terminó pareciendo un esqueleto de lo que fue. Esas dentelladas a la montaña parecían hechas por los colmillos del desarrollo y del tiempo, así que su progresivo deterioro parecía inevitable, una maldición del destino. Y como el destino no cesa en su maldad, un día los hombres decidieron colocar allí donde estuvieron aquellos árboles filosóficos y alocados un hotel de cinco o seis plantas.

Ahí se produjo la venganza de la montaña, que al cabo de un tiempo hizo zozobrar el hotel dentro de su vientre; un intento de resucitar el hotel fue inútil, pero como el hombre es contumaz y malvado, ha habido un tercer intento de construcción de otro hotel, y ahí lo veo, sobresale de la montaña como un desafío contra la belleza tranquila y estupefacta que una vez tuvo.

Y al otro lado de este valle de llanuras, plataneras, árboles y veredas, veo otra montaña, la que había a espaldas de mi casa, hacia el norte extremo de la isla de Tenerife, sinuosa y dúctil como las montañas sagradas que amaba el escultor vasco Eduardo Chillida.

Eduardo Chillida, por cierto, soñaba con una montaña como esta. Un día me pidieron unos arquitectos, que sabían que yo trataba al artista vasco, que le llevara una idea que a él le podría interesar. Se trataba de horadar la montaña de Tindaya, un montículo sagrado de Fuerteventura, en la parte oriental del archipiélago. Le llevé la idea a Chillida, que quería

convertir el vientre de la montaña en una habitación del sol, y el artista fabricó un proyecto que escandalizó a los ecologistas y a otros naturalistas, porque ponía en peligro el carácter sagrado de la montaña. Lo que Chillida quería era hacerla más sagrada. No lo entendieron. Él se murió con esa melancolía: su sueño se fue con él, y detrás quedó el ruido sobre los supuestos sacrilegios. Ahora, varios años después, el gobierno canario quiere llevar a cabo este proyecto.

Estas montañas de mi pueblo no tuvieron la suerte de esta defensa que hicieron sobre el carácter sagrado de Tindaya. Esta segunda montaña que fue también el paisaje de toda mi infancia, presenta ahora, en el lado más visible, un edificio entero que, de lejos, parece hecho de nichos mortuorios, y de cerca es, inequívocamente, un conjunto de apartamentos. En lo alto, que está intacto, sigue estando una vieja ermita blanca que reconcilia este tiempo con un pasado que convoca una inútil melancolía. Siempre estuvo ahí, lejana, como el ojo de Dios, por decirlo así, vigilando desde lo alto un barrio que ha vivido todos los colores del tiempo, desde la miseria a la promesa de una vida llena de bienes gracias al turismo que ha ido y ha venido.

¿El resto del paisaje? De niño, a finales de los años cincuenta del siglo xx, yo paseaba por estos caminos y por estas veredas en medio de plataneras, atarjeas y matojos, y ahora circularía en medio de urbanizaciones y de garajes. En mi barrio, que está al pie de ambas montañas, había un solo teléfono, el de mi padre, que era camionero y albañil e iluso, y un solo automóvil de turismo, el de un alemán refugiado aquí huyendo de su pasado nazi. El hijo de éste, rubio y descuidado, conducía el automóvil, un Volkswagen, a través de los caminos sin asfaltar, y en días de lluvia aceleraba cuando circulábamos los chicos del barrio para mojarnos de arriba abajo. Nosotros no sabíamos qué eran los nazis, pero de ese modo tan infantil y rudimentario tuvimos noticia de sus métodos; los extranjeros eran habitantes suaves y generosos de nuestras veredas, pero ese nazi convirtió la infancia en un martirio; aun antes de saber que existía el fascismo, porque de eso no se hablaba ni en las casas ni en la prensa, ese hombre lo trajo a la puerta de la casa.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Sin embargo, junto a mi casa vivieron unos suecos bohemios, gente fantástica que, a sus veinte y algunos años decidieron hacer el camino al sur y pararon en las islas Canarias, con su hija de tres años, Tamara, y una especie de caravana que había hecho la guerra mundial... Alquilaron una casa junto a nosotros, frente a la huerta, detrás del barranco por el que circulaban a toda velocidad las peligrosas torrenteras; él, a quien llamábamos Oso, era pintor, y aún vive, a los ochenta y ocho años, en Estocolmo; y ella, Anne, que vive también en Suecia, en Lund, y aún no ha cumplido los ochenta años, era escritora. Mi madre cuidaba a la hija, y asistía atónita al espectáculo que ofrecían estos bohemios al regresar del Casino de Taoro cada noche: el joven pintor vaciaba sus bolsillos y dejaba la casa regada de monedas que entonces representaban, a los ojos de mi madre, una sorprendente riqueza; de ese matrimonio, que se separaría más tarde en Suecia, nació otro hijo a quien llamamos Gofio.

Los cuatro regresaron a su país, y antes nos hicieron regalos y una fotografía, que en casa siempre llamamos la foto de los suecos; aún está, y no sólo eso, ahora es el título de un libro que escribí sobre algunos de los recuerdos de mi barrio, sus calles de tierra y el barranco... El primer juguete que hubo en casa fue un coche rojo, marca MG, que me regalaron Oso y Anne, y el primer libro que hubo en nuestra casa fue de Anne, con fotografías de Tamara, y se titulaba en sueco *Trulsa ös mormor*. Jamás lo olvido, porque fue también mi primer contacto con extranjeros en aquellas veredas por las que transitaron mi infancia y mi ahora ya antigua vocación de conocerlos... De conocer a los extranjeros y de conocer aquellas veredas que ahora transito de nuevo.

Ya esos recorridos son imposibles y, sin embargo, el valle, este que estoy viendo mientras escribo, y lo veo desde el Parque de Taoro, donde estuvo aquel hotel famoso, conserva un encanto especial, una especie de paz sombreada que seguramente vinieron a buscar aquí los primitivos turistas, aquellos a los que nosotros perseguíamos para pedirles dinero.

Nosotros creíamos (a pesar del nazi y de su hijo perverso; y a pesar de que ya habían estado allí los suecos, nuestros vecinos)

que todos los turistas eran ingleses, porque muchos eran ingleses. Se aposentaron aquí, sobre todo, en el Puerto de la Cruz. Nosotros los abordábamos en las calles y en los caminos, mientras paseaban apoyándose en cañas o en bastones, en busca de los rayos cicateros del sol, que muchas veces se ocultaba tras las nubes blancas pero densas del valle. Les gritábamos: “Penny! Penny!”. No recuerdo ya si eran generosos o no, pero lo que sí es cierto es que poco a poco ellos fueron acomodando la economía del valle hacia el desarrollo turístico, y lo que nosotros pedíamos como chiquillos terminó siendo una demanda también de los adultos. Penny, penny. Vivíamos pendientes de los pennies. Sigue siendo así.

Vivimos del turismo, y ese sigue siendo el cultivo principal del norte de la isla de Tenerife; del norte, del sur, y del norte y del sur de todas las islas. El turismo ha marcado la fisonomía, y no sé si marcó el carácter.

Esta zona que ahora contemplo llena de casas, de carreteras y de urbanizaciones, y en la que aún se destacan algunos bosques, ciertas plazas frondosas y algunas zonas de plataneras, oscurecidas por la abundancia de construcciones, conserva el vigor romántico que siempre tuvo para los que nacimos aquí. Esta mañana, cuando me he despertado, he abierto las ventanas y he visto en el cielo las nubes de mi infancia, he escuchado el trino vertiginoso de los pájaros y he escuchado a lo lejos los ladridos de los perros desesperados por la pereza de sus dueños.

Pero, sobre todo, he percibido esa nube pertinaz que convirtió mi pueblo, siempre, en una geografía dubitativa y gris que se salvó por “el yodo perfecto del Atlántico”, como decía César Manrique. Esa niebla que a veces rasga un sol decidido y firme, atlántico, es acaso la que atrajo aquí, en busca de un clima respetuoso y pacífico, a aquellos ingleses de finales del siglo XIX. Quizá.

La colonia inglesa, que ha dejado aquí lugares y señuelos, nombres propios y leyendas, tiene hasta su cementerio, que es la mejor manera de definir una dependencia: los pueblos que dejan a sus muertos en tierra extraña es que ya no la consideran tierra extranjera; y este cementerio está aquí, en mi pueblo, des-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

de muy temprano en el siglo xx, y se entrañó tanto en la población insular que éste le puso su propio nombre, La Chercha, una contracción popular de la palabra Church. La Chercha está bajo mis pies, junto al lugar donde escribo estas páginas, en el Parque del Taoro, muy cerca de donde nació; mi casa se ve desde aquí, entonces era una casa sola en medio de las plataneras; delante estaban los caminos que a mí me parecían de otro mundo, y arriba estaba la montaña. Ahora este es un desfiladero de construcciones, que yo vislumbro desde aquí como si me contemplaran los sesenta años que han pasado desde aquella primera infancia hasta este instante en que mi escritura trata de recuperar los olores perdidos.

Ahí abajo está también la Iglesia anglicana, en cuyos prados, frondosos y tranquilos como los de un diminuto pueblo inglés, hallaron el cadáver de un ex miembro de la OAS francesa, refugiado aquí después de múltiples aventuras de pistola y espionaje, y de terrorismo antiargelino. Nunca se supo quién lo asesinó. Este hombre, que desarrolló aquí turbios negocios turísticos, situó matones en la puerta de su discoteca; yo denuncié en la prensa los modos de esos matones, y él no encontró mejor manera de desmentirme que reclamándome una indemnización que, por fortuna, el juez consideró no sólo excesiva sino improcedente...

Ahí está, pues, La Chercha, que es un monumento retrospectivo al respeto con el que en mi pueblo se vivieron las ideas ajenas y la presencia de los extranjeros desde que la tierra tiene memoria. Por aquí, por este valle, entraron en las islas, y mucho antes que en el resto de España, las ideas de la Revolución Francesa, las ambiciones intelectuales del enciclopedismo y del libre pensamiento. Es curioso que fueran traídas por un cura, el historiador José de Viera y Clavijo, que es, además, el autor de una *Historia de Canarias* que figura como la más fiel entre todas las que aquí se han hecho sobre el pasado de las islas.

Pero antes de que Viera y la vida nos mande por otros derroteros, déjenme que les siga describiendo el lugar en el que

me encuentro. Hacia abajo, a mi espalda, completando el panorama que nos dibujó Humboldt, está la costa atlántica, que aquí se llama Martiánez a un lado y Punta Brava al otro. Es una costa oscura y escarpada, salvaje; el hombre la ha tratado de dominar situando en lugares inverosímiles hoteles que no han llegado a sucumbir, como el de la montaña que vi desde la ventana de mi infancia, pero que han desafiado de manera sorprendente y arriesgada a esa naturaleza que sin duda hubiera estado mejor si no la hubiera tocado nadie.

En esos mares me he bañado, con la prudencia del caso, a veces asistido por neumáticos negros, como los que se usan para las ruedas de los grandes camiones, y en todo caso he contemplado a otros atletas de la natación luchando contra olas gigantes que terminaban en espumas rapidísimas su bellísima excursión sobre arenas negras, casi azabaches. Y en la orilla he contemplado también esa humedad de yodo y de cielo gris aun en los meses más tórridos del año, y he dejado que pasara el tiempo como si la juventud fuera de piedra, o de arenas negras, y para siempre.

Es el sitio de mi infancia y de mi juventud. Ahí está, aún, la ermita de San Telmo, y la primera piscina pública que hubo en la isla, adonde fueron a almorzar, por este orden, la vieja Agatha Christie, que aquí situó algunas de sus intrigas, y el viejo, y ya reliquia de sí mismo, Winston Churchill, que salía de los lujosos automóviles fumando un habano que seguramente le habrían traído de la isla de La Palma, patria del tabaco y de los dulces. Estuvo por aquí, pero no vino a almorzar, Bertrand Russell, el filósofo de los ojos vivaces.

Esa zona de San Telmo que aún tiene el recuerdo de esas viejas fotografías de ilustres visitantes culmina en el que es para mí el mejor paraje natural del Puerto de la Cruz, mi pueblo: la Punta del Viento. El escritor gallego Gonzalo Torrente Ballester tiene una hermosa novela, *Donde da la vuelta el aire*, que forma parte de su trilogía *Los gozos y las sombras*, sobre las relaciones entre la poderosa burguesía gallega y el proletariado

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

en tiempos del caciquismo. Ese volumen de la serie, *Donde da la vuelta el aire*, es un título que le vino por una casualidad. Andaba por la calle y escuchó la conversación de unos obreros. Uno le pedía al otro un material de trabajo: dónde está, inquiría, determinada pieza de esta máquina. Y el otro le respondió con esa bellísima descripción que ahora parece una metáfora: “Está donde da la vuelta el aire”.

Pues ahí, en la Punta del Viento es donde para mí da la vuelta el aire... Es la combinación de viento y de salitre que me devuelve a los primeros días de la adolescencia, cuando uno busca en la naturaleza la prolongación de su deseo, y cuando la naturaleza se parece, en su vigor, a su propia naturaleza. Ahí están el viento y el salitre que son naturales a la alta mar, y ahí, en la Punta del Viento, está el resultado de esa combinación que en un momento se hace agua, oleaje, pureza total de las olas: el olor del mar.

Por otra parte, como el hombre no puede dañar al mar más de lo que ya lo ha dañado, aún están ahí los charcos y los riscos que fueron los charcos y los riscos que siempre distinguieron esa parte aún salvaje de la costa de mi pueblo, allí donde da la vuelta el aire.

Ahí querría estar siempre, en ese lugar cuyo nombre acierta, como un verso de Octavio Paz o como una metáfora de un ilustre hijo de este pueblo, el surrealista Agustín Espinosa, con la descripción precisa del sitio: La Punta del Viento.

Hasta ahí llegó Humboldt; pero empezó en Santa Cruz, ese fue su lugar de observación, nada más atracar el barco que lo llevaba a América, de la población burguesa de la capital de la isla. Gente muy ensimismada, decía, preocupada sobre todo por sus negocios, centrados generalmente en el comercio, dependientes por tanto del movimiento de aquel muelle provinciano tan estratégico en el océano Atlántico. En Santa Cruz se sentó, en lo que luego sería un bar llamado Atlántico, al que llegaron gente como Pablo Neruda, pero ya casi dos siglos más tarde.

Mucho tiempo después, el vasco Aldecoa prolongaba la experiencia de Humboldt en mi propio pueblo: “Pasado el Valle

está el Puerto. Pasado el Puerto están los dos Realejos: el Alto y el Bajo. Luego toda una geografía volcánica y una carretera en cornisa. Icod de los Vinos guarda un drago en una plaza hecha para el silencio”.

Volveremos a esos espacios, pero escuchemos a Aldecoa ponderar el clima, la riqueza más difusa pero más evidente de las islas: “Tenerife abarca las cuatro estaciones. Tiene el invierno en el Teide, el otoño en los grandes y cerrados bosques de sus montes, la primavera en La Orotava y el verano en el Puerto de la Cruz. Es una tierra para los descubrimientos. Descubrir la luna en los cráteres o descubrir el polo en los nevados, da igual. Los descubrimientos que se ofrecen son de orden más privado, más particular. Uno puede descubrir la aldea malagueña de pescadores en una cala del sur de la isla. Pero uno no puede descubrir en este mágico resumen de la isla de Tenerife, uno no puede descubrir a nadie lo que importa en belleza la cúspide del Teide reflejada en un aljibe del valle de La Orotava, en tierras que fueron de Bencomo, mencey de Taoro. Para eso no sirven las palabras”.

Volveremos, pero ahora vayamos juntos a la isla aún intacta.

La isla de los lagartos dormidos

Estoy en El Hierro, la isla (aún) intacta, la isla de los lagartos dormidos, un animal echado, oscuro como los deseos del mar, una isla profunda y altiva, una isla chiquita que parece un puño inolvidable en el rostro de las brumas.

Puedes pensar lo que quieras de ella antes de llegar, pero nada más pisarla hasta el aire te parece una metáfora de la paciencia. Todo es posible dentro de la isla, pero todo se toma su tiempo. La vi desde el aire, rodeada de ese mar majestuoso un poco picado por el viento que surcaron los aventureros (como Cristóbal Colón) y los canarios que emigraron a América, y me pareció como el reducto en el que se había refugiado un puño, un puño deforme, pero un puño, el puño que se bate contra las brumas, las perfora, las convierte en lluvia finísima sobre Valverde, su capital.

Se cree que la tierra es la esencia de las islas: superficie de tierra rodeada de agua por todas partes. No. La esencia es el mar que rodea las islas, y este que rodea El Hierro ha hecho la isla, la ha convertido en este puño deforme y solitario cuya luz se extingue mientras sigue, misteriosa, la luz sonora del mar. Y este es un mar alto, invasivo, impenitente e impertinente. Siempre he tenido el mar en mi memoria como un elemento fundamental de la tierra de El Hierro, acaso porque llegué aquí por mar hace muchos años, cuando en la isla apenas había luz y había

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

que lavarse las manos por turnos en las pensiones: primero una mano, presionando el grifo con la otra, hasta que cambiabas de mano y podías lavarte la otra. Y esa vez que vine el barco altísimo hizo una maniobra difícilísima (la maniobra que siempre hacía) para ingresar en el Puerto de la Estaca, como si el mar no quisiera prestarle a la isla nuevos habitantes. Una maniobra que parecía hecha para durar toda la vida, el capitán ocupado en la proa con indicaciones que parecían las del primer navegante de la historia tratando de verificar el principio absoluto de la navegación por mar.

Escarpada y esencial, hecha de lava y de luz, la isla te recibía así, rechazándote, porque tiene vocación de isla despoblada o intacta. Y sin embargo, fue muy codiciada por los aventureros franceses y españoles, cayó en las manos (en el siglo xv) del francés Jean de Bethencourt, que tuvo un comportamiento abyecto con los pobladores que se le sometieron, y ahora vuelve a ser codiciada por los que buscan una isla aún intacta en el mundo.

La ha salvado la paciencia, la de sus habitantes, la de los que vinieron para disfrutar de su largo silencio. Antes de aterrizar en el aeropuerto chiquito por el que llegué en esta ocasión al Hierro me fijé en ese océano azul cobalto que la reduce o la engrandece; en otros lugares el mar es un tránsito, una especie de habitación sin puertas; aquí el mar es el viaje mismo, convierte a la isla, en todos sus extremos, en una especie de barquichuela que está a su merced; este día en que he llegado aquí, el 9 de agosto de 2009, el parte meteorológico no lo dice pero se advierte la benignidad que nos acoge si ves por la ventanilla lo que sucede: la mar está rizada, pero tan solo hay unas puntas de olas blancas y chiquitas que parecen pájaros que también van a El Hierro, embelleciendo una superficie a veces suave y a veces violenta. Desde el aire la isla se ve majestuosa, pero monótona; desde abajo, cuando vine por mar, esa misma superficie del mar era poderosa y autoritaria, como la mano grande de un monstruo marino al que la isla detenía con la imperiosidad de sus acantilados.

Entonces no pude apreciarlo, porque venía de haber padecido el miedo del mar, pero la negrura de estos acantilados, su color rojizo en las mañanas de sol, la contundente oscuridad del suelo, me remitieron en seguida a Lanzarote, incluso de noche. Lanzarote, la isla de César Manrique, el artista que la inventó para que fuera la misma siendo otra, es una planicie, El Hierro está construido hacia arriba, vive aspirando el aire de las nubes, que en Valverde se solidifica y se convierte a la vez en lluvia y humedad; pero el suelo es el mismo, y el sentimiento de que la isla acaba de pasar por un incendio salvaje pero silencioso que ha dejado atrás la huella de una lengua de lava se convierte en seguida en la luz que hay después de un cataclismo.

Sobrecoge El Hierro a poco que la toques; es el miedo anterior al miedo, como si aquí te esperara una emoción distinta a la emoción que hay en todas las islas; y en la emoción de ese misterio también se parece a Lanzarote. Como si detrás de este silencio poderoso, de su eco de silencios, hubiera un misterio aún mayor, un monstruo dormido que guarda en sus fauces el grito nada pacífico del tiempo, ese gran destructor. Aquí está dormido el monstruo del tiempo, pensé. Y si el tiempo tuviera fauces voraces, esas fauces están selladas en la isla de El Hierro, contando con paciencia los minutos de la vida.

Llegué por mar, y entré. Veinte años antes, en torno a 1950, Ignacio Aldecoa no pudo hacer lo mismo. En su libro cuenta cómo lo expulsó la isla en la misma bocana: “El Hierro, según opinión de muchos, es la Pluitina, donde no hay otra agua sino la que destila un árbol cuando está cubierto de niebla, y cúbrese cada día por las mañanas; extrañeza de natura admirable. El Hierro es oscuro, mesetero, agrio de lava. El Hierro fue rondado, pero no alcanzado. En El Hierro se dice, se cuenta, que queda la costumbre del zorrocloco [el macho se queda en cama mientras la hembra se prepara para el parto]. De El Hierro le contaron al godo cosas, no siempre buenas. Y frente a El Hierro aguantó mala mar y se regresó por su aguaje como balandra vieja, temiendo tanto a El Hierro como a la ola y al tiburón”.

No pudo entrar. La fascinante entrada de El Hierro nos acogió a nosotros la primera vez, y ahí abajo veo ahora la in-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

mensidad marina, sus olas despiadadas. Pero esta vez me salté esa aventura.

Esta vez llegué por aire, digo, y me fui a comer a El Tamaduste, donde el aire se reposa en la isla, y donde el agua también reposa un rato, en las piscinas que la naturaleza ha ido creando para que El Hierro parezca una isla paciente. Y paciencia es lo que vemos. El Tamaduste está abrigado de los mares tormentosos, lo que permite al pescador la paciencia de capturas suculentas que luego el hombre convierte en sopa de pescado. Con arroz, a ser posible. Pero hoy no hay sopa de pescado, ni arroz; antes de nosotros vinieron muchos, y el hombre que sirve las mesas va diciendo no ante las bocas hambrientas que han venido hasta aquí esperando esa sopa de pescado que se nombra cuando se nombra El Hierro. Con arroz, siempre. Habrá que esperar a La Restinga, donde el pescado es aún más abundante. Pero en este sitio, un bar que parece un callejón, me quiero detener para hablar de la paciencia con que te recibe la isla.

Porque en los lugares pequeños de los sitios pequeños es donde la leyenda sobre la lentitud canaria cobra cuerpo. En una época en la que se hace el elogio de la lentitud como tabla de salvación frente a la prisa contemporánea, un apresuramiento que desata enfermedades y otras histerias, la lentitud canaria debería ser un fármaco o un antídoto, o en todo caso un ejemplo. Y sin embargo los que dicen que la sufren la llaman aplatamiento, porque la palabra evoca el plátano, el fruto de cuyo cultivo y exportación hemos vivido los canarios durante siglos. Lo cierto es que si la lentitud existe y es un remedio, los canarios lo hemos tomado en dosis más que respetables. Pero la capital de la lentitud está en El Hierro. Hasta el aire es aquí perezoso, como el paisaje, detenido durante siglos por una orografía difícilísima que lo ha mantenido prácticamente intacto, hasta que el berbiquí insolente ha abierto túneles que ahora parecen milagrosos cortes hechos a la naturaleza para que ésta deje de impedir el paso inexorable de un progreso que cuarteo y rompe para que avancen otros impedimentos.

Ante uno de esos túneles, el que lleva al Parador de El Hierro, estuve siete minutos esperando a no morir: decía un letrero que avisaba sobre el tiempo que habría que esperar hasta que cruzaran el túnel en dirección contraria los automóviles que se suponía que debían venir del otro lado: “Espera. Vale más esperar unos minutos que perder la vida”. Esta afirmación tan tajante es quizá lo más expeditivo que uno puede escuchar (o leer) en la isla de la lentitud y la paciencia. Esperar para no perder la vida. El Hierro podría adoptar ese paradigma como símbolo de la actitud aparente de sus habitantes que es, por otra parte, la actitud de la isla.

La lentitud tiene su vocabulario. A los canarios lentos se les atribuye un carácter parecido al de los gallegos, y gallegos, en su versión portuguesa, estuvieron entre los primeros pobladores europeos de estas islas, y sobre todo de la isla de El Hierro. Nunca se sabe exactamente qué saben o qué no saben sus habitantes; suelen ocultarlo hasta saber qué sabes tú mismo. Y para ello hay frases que son memorables, como hitos del lenguaje canario. “Si le digo le engaño”. “No le digo ni que sí ni que no”. Elementos valiosos de la discreción, fórmula canaria para mantener silencio mientras se habla.

Pasó en el restaurante de El Tamaduste. Estábamos de pie, el hombre transitaba, sudoroso y en silencio, con sus viandas en la mano, garbanzas, chocos, calamares fritos, como si estuviera haciéndonos un tráiler gastronómico; un chico brincaba, jóvenes reían ante sus coca colas, y un hombre bebía de una enorme jarra de cerveza; nosotros mirábamos pero el hombre que servía el restaurante no nos miraba; entre las virtudes del insular paciente está no mirar para no ser visto, esa es una de las condiciones de la lentitud: que la prisa ajena no turbe tu paciencia. Hasta que le dijimos:

—¿Usted no nos ha visto?

Y el hombre me miró de arriba abajo:

—Algo me pareció notar.

Y allí estábamos, al final de una cumbre escarpada que cubre El Tamaduste de los ventarrones; el hombre nos había notado, pero estaba haciendo su tarea, el tiempo era su tiempo,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

el nuestro podía esperar. Le pedimos carne mechada y queso herreño, y por alguna razón que sólo está en el espíritu de la contradicción canaria (hacer algo que no se espera como si eso estuviera en la naturaleza de las cosas), el hombre trajo también un tarro con miel.

Como estas cosas suceden, es decir, como a veces te ponen en la mesa lo que es típico tan solo para que tú sepas que lo tienen, le pregunté al hombre si ese tarro contenía miel de El Hierro.

Me miró y me dijo algo sublime, que resume casi en una frase una manera de ser, y de estar.

—Me da a mí que no.

Canarias es un cruce de culturas, y aunque El Hierro es la isla más aislada, la más occidental o desgajada, la que ya parece la combinación más acabada de los finisterres que conducen a América, fue siempre el cruce mismo, un camino marítimo y un faro. No sólo está diciendo adiós al mundo (los romanos creían que este islote grande era el fin de la tierra, el fin del mundo conocido), sino que es el lugar en el que se fijó Colón (eso dicen, y lo dijo Colón) para saber qué rumbo debía tomar hacia lo desconocido. Acaso por eso la pretendieron los romanos, los franceses, los portugueses... Ese cruce ha hecho su carácter, como ha hecho buena parte del carácter de los canarios, y esa frase, “Me da a mí que no”, es una expresión de la manera de ser, y de estar: se está y no se está, es El Hierro, lo más parecido, entre las brumas, a lo que soñamos que quizá sea la misteriosa isla de San Borondón. Un día, en 1990, caminaba yo por un pueblo de Cuba, Las Villas, y pregunté por dónde debía seguir para llegar a una determinada dirección, y el hombre a quien había interpelado me dijo:

—Si le digo le engaño.

“Me da a mí que no” y “si le digo le engaño” son distintas maneras de decir lo mismo, es decir: “yo no me comprometo, aunque quizá sé la respuesta”... El cubano seguramente heredó la frase de los canarios que viajaron en el siglo XIX a buscar tesoros en Cuba, y este hombre de El Hierro que con tanta par-

simonia iba poniendo viandas sobre la mesa es de esa especie de canarios que practica el modo galaico-portugués de responder y prefiere el silencio al compromiso.

Él sabía que la miel no era de El Hierro, y era fácil apreciarlo: un letrero bastante visible decía, debajo del dibujo de una abeja, “Made in France”, pero yo le había preguntado al señor tan solo por hacerle hablar, y esta de hacer hablar es una tarea que a veces cuesta muchísimo en las islas. Las islas, y sobre todo estas islas que llamamos menores, han vivido siempre ensimismadas, como si aún temieran una invasión o una tormenta que las prive de esta tranquilidad casi edénica en la que muchas veces viven, mirando al horizonte o mirándose al ombligo.

Lo cierto es que el hombre no se soltó, pero fue trayendo, con una humildad que él convertía en silencio y en eficacia, el queso herreño, que es uno de los manjares más exquisitos de la isla; las ovejas flacas y soleadas que viven pugnando por ganarle a la tierra la poca hierba que el sol les deja, procuran una leche pura y un queso que, cuando está curado, se convierte en un manjar que es obligatorio beber con vino, a ser posible con un vino llamado Tanajara. Es de de los mejores entre todos los que se cosechan en Canarias y en España. Cuando acabé este reencontro con El Hierro me compré dos botellas de Tanajara (variedad Baboso) y un queso curado; el queso te lo dejan llevar en el avión, hay que facturar el vino. El resultado, una hermosa combinación, merece la pena porque devuelve al paladar el que ha de ser el sabor recóndito de esta tierra mesetera y agria de lava, como decía el gran Ignacio Aldecoa.

Así que allí el hombre de El Tamaduste nos puso también pan fresco, carne mechada (un guiso de carne que se mezcla con verduras, con unas excelentes papas fritas, y no siempre las papas fritas son como aquí, pueden ser desvaídas y pobres, descuidadas), y unas garbanzas que son un producto tradicional cuyo guiso debería figurar entre las maravillas que hacía mi madre cuando en casa no había otra cosa que garbanzas para comer. La garbanza ha sido y es un icono de la gastronomía canaria; quien la sabe condimentar bien (con carne, con pescado,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

con verduras, en cocido o puchero, o solas, con aceite y vinagre o con mojo, en ensalada, etcétera, incluso a la sartén) habrá conocido la gloria, y debo decir que el hombre de El Tamaduste, que las trajo con carne, consiguió una mezcla muy sabrosa que nos alivió por completo de la exagerada lentitud con la que demostró ser canario, de El Hierro y de El Tamaduste.

Una señora que me vio batallar con él, para que hablara, para que me diera de comer, para que reaccionara ante mis estímulos, me dijo al irse de la mesa de al lado:

—No estamos preparados para el turismo en El Tamaduste.

Pero comimos muy bien, le dije, y se lo dije también al hombre, cuando ya me iba hacia las sombras negras de las carreteras que van serpenteando como si quisieran ocultar el paisaje siguiente.

Atrás había quedado una de esas tabernas que combinan la lentitud con el sosiego; las dos cosas juntas definen los mediodías herreños, esta especie de siesta veraniega en la que viven las personas como si se hubieran parado los relojes.

Mientras se hacía la silenciosa ruta de El Hierro, en medio de desfiladeros, junto a los recodos de un mar bravo y negruzco, serpenteado de rocas contundentes, batidas por el mar, recordé algo que sentí en Lanzarote, cuya tierra reseca y negra tanto recuerda esquinas y paisajes de esta isla occidental. Sentí que aunque haya silencio sobre nosotros vuela una música, como si hubiera una leyenda musical trastornada, perdida en el éter, que cae sobre las islas y tiene su propia identidad, una especie de banda sonora de la isla.

Pensé que la música psicodélica de Pink Floyd era la que sonaba sobre Lanzarote. Estruendosa, abarcadora y feliz, una música de colores, como la prolongación de un sueño infinito. ¿Y la música que cubre El Hierro? El Hierro tiene mucho misterio; está hecha de misterio, como si guardara un sentimiento que jamás va a desvelar, el misterio de un secreto que guarda cada uno de sus habitantes; es una música de silencio, y qué música, qué bella, es la música que contiene el silencio en El Hierro. Una música que alcanza su apogeo en la carretera que

prosigue desde Sabinosa y el Pozo de la Salud hasta las arenas negras que parecen surcar el cielo en forma de carretera sinuosa y perdida hasta llegar, después de una serie de peligrosísimas curvas que parecen pesadillas, hasta un mirador, el mirador de Bascos, desde el que la isla se despide con una majestuosidad insólita. Ese mirador de Bascos es un descubrimiento; si la carretera es peligrosa porque, en efecto, se pierde como si estuviera ascendiendo a los cielos, y da la impresión de que no hay nada ni a un lado ni al otro, y que además la carretera se interrumpe abruptamente en el aire, el paisaje que depara el fin de ese viaje tan arriesgado es de una belleza increíble, e inolvidable.

Pero, mucho antes de ir al mirador de Bascos, yo iba pensando en la música de El Hierro cuando caminaba hacia el Puerto de la Estaca, recién abandonado El Tamaduste. Hay como un cosquilleo de salud cuando uno reencuentra viejos paisajes en los que vivió casi simultáneamente las sensaciones de miedo, pesadilla o regocijo, y eso sentí yo al abordar el Puerto de la Estaca, el viejo puerto por el que a finales de los años sesenta del siglo xx vine aquí por vez primera. Entonces El Hierro era una isla aún más artesanal, mucho más diminuta, por decirlo así, más virginal; y tocarla, atracar en ella, era una aventura mucho más vertiginosa que la que estoy viviendo ahora. En cierta manera, en aquel momento la música que me acompañaba era la entonces omnipresente música del adagio de Albinoni, y aquí, en el año 2009 del siglo xxi, estaba escuchando el silencio, tan solo, pues el silencio es la música que uno busca después de tantos ruidos con los que la vida nos ha ido zarandeando.

Entonces, hace cuarenta años, venían barcos grandes y viejos, renqueantes, desafiando un oleaje inclemente que subía la quilla hasta los niveles del vuelo; íbamos allí dentro temerosos de zozobrar y temerosos de no llegar, de tener que desandar el laborioso camino que teníamos hecho desde que salimos de la capital occidental de las islas, el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Diez años antes Aldecoa no había podido atracar; en ese primer viaje mío a El Hierro estuvimos también a punto de dar

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

la vuelta, de regresar a nuestro punto de partida. Los barcos eran viejos, y todo olía a salitre; la travesía duraba más de un día, había que hacer noche en el barco, llegabas dormido a la cubierta y encontrabas ante ti un enorme farallón de piedra rojiza que es la que también se ve ahora. Aunque hoy, en el siglo XXI, llegas a la isla en barcos mucho más ágiles y rápidos, y la maniobra de atraque, que antes obligaba a la marinería a cabriolas arriesgadas, se hace con cierta facilidad, a no ser que el oleaje, otra vez, haga volar los barcos ante el mismo farallón rojizo e inexpressivo que te mira como si estuvieras ante la mirada de la prehistoria. El Hierro se resiste, como el camarero, preserva su silencio como una piedra negra. Es solemne cuando te recibe, como si te interrogara. Es una isla-misterio, una isla-pregunta, la isla te recibe pero no se entrega en seguida, has de acariciarla como Tony Gallardo, el artista de Las Palmas, acariciaba las piedras, para hacerlas a su mano... Tony te mostraba las piedras como si hubieran nacido de su mano, feliz, una especie de niño grande salvando del océano lo más contundente que da el agua...

Pues ahí está el Puerto de la Estaca de mi juventud, mirándome ahora, cuando yo ya tengo sesenta años y regreso a un paisaje que entonces me atemorizó, me llenó de otra zozobra. Ahora me pregunto si regresar, volver por barco, reproducirá en mí el mismo miedo, ¿o el tiempo calma el miedo? Aquí estoy, ante el viejo puerto que ahora es un puerto como otro cualquiera, lleno de barcos de recreo, una embarcación de vela surca el mar a lo lejos, como una paloma; aquella soledad que vivimos hace cuarenta años ya es un asunto de la memoria, tan solo. Pasó el tiempo, El Hierro preserva su silencio, y la música es la del mar, que resuena como en estereofonía.

Hoy el puerto de El Hierro parece una fiesta en la que unos amigos estuvieran pendientes de que venga a tomar algo el Gran Gatsby: hay yates, barcos de recreo, algunas falúas de pescadores siguen aguardando bonanza, y los viejos barcos ya no existen, aquellas desvencijadas y herrumbrosas embarcaciones sólo están en la memoria de los que somos capaces de tener nostalgia, o melancolía, hasta de lo que nos dio miedo en la juventud mien-

tras viajábamos a una isla que parecía un secreto al final, o en medio de un mar bravo y sin impedimentos, un mar que recuerdo alto, alzado sobre un talud, mirando al infinito como si él también se quisiera marchar, el mar marchándose, el mar azul oscuro lamiendo las rocas negras, azabache, como las rocas negras de la playa de mi pueblo, el Puerto de la Cruz, en Tenerife.

Retraté esas piedras como si estuviera haciendo un retrato del tiempo de mi infancia, y pisé la arena negra, la escasa arena negra, cerca de La Estaca como si estuviera pisando el pasado, el de El Hierro y el mío propio, acaso el pasado por donde vinieron los primeros que creyeron que el mar era una casa en la que vivían las islas.

Era, cuando vine hace cuarenta años, una isla llena de fronteras; las han derribado, o han derribado muchas. Hay tres o cuatro túneles donde antes hubo montañas impenetrables, y uno de esos túneles, excavado en una roca cuyo hueco ahora parece un símbolo al final del cual se ve la luz que buscan las islas, es el que da paso al Parador de El Hierro, donde ahora me alojé. En aquella primera visita me quedé en la villa de Valverde, en una pensión que tenía un lavamanos en el pasillo; en medio de la bruma y el frío propio de Valverde, aquella pensión era como la herencia más civilizada de un mundo de pobreza que alguna vez diezmó la isla hasta extremos insólitos. La isla (de 268, 71 kilómetros cuadrados, la más chica de las Canarias, y la más joven desde el punto de vista geológico) era el último sitio del mundo conocido para los europeos, desde allí se iba al Nuevo Mundo, y desde allí se fueron miles de herreños a Cuba, a Argentina, a Venezuela...; entre el siglo XIX y mediados del siglo XX la isla se quedó en poco más de tres mil habitantes; quedaron los viejos y los niños; los adultos emigraron en busca de un sustento que en la isla fue cada vez más difícil. La supervivencia era un milagro y el viaje fue una obligación imperiosa si se quería seguir viviendo. El hambre hubiera sido de leyenda si no hubiera sido tan dolorosa.

La escasez era todavía, cuando llegué a la isla en 1969, la imagen de las huertas y de los pueblos. En una casa de Salmor,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

donde estuvieron los enormes lagartos que convirtieron la isla también en una curiosidad científica, vi una vez un letrado que ahora no he podido ver, tantos años después. El letrado decía: “Gracias, Venezuela”. Uno de aquellos emigrantes que se fueron a Venezuela tratando de encontrar una vida distinta a aquella vida miserable que se sufría en los hermosos y desamparados pueblos de las islas (en el mío también), Antonio, el único taxista que transita ahora por las noches, me contó algunas cosas de aquel tiempo. No había nada en la casa en 1956, y los padres le pidieron a la Guardia Civil que les firmara un documento para poder mandar a su hijo, aún menor, a Venezuela. El chico tenía dieciséis años, se metió en uno de los barcos que hacía la ruta Tenerife-Caracas, llegó a las doce del mediodía a la capital venezolana y dos horas más tarde estaba trabajando en un mercado, “contando naranjas, de cien en cien”.

De mi pueblo también se fueron, muchísimos. De hecho, en mi familia más directa tan solo mi padre no emigró, acaso porque era también el más aventurero, pero quería correr aquí, entre los suyos, las abundantes aventuras que soñó. Lo cierto es que entonces (en torno a 1956, cuando se produjo el mayor éxodo) yo era un muchacho que ya había aprendido a escribir y a leer, y a mí venían las mujeres de los emigrantes a escribir las cartas de amor (o de desengaño) a los que se habían ido, abandonándolas provisionalmente o abandonándolas para siempre, sin que ni ellas ni ellos supieran si era por un rato o eternamente ese abandono. Era como si nacieran de nuevo en el viaje, y era como si ellas murieran un poco a causa de ese viaje. Me contaban lo que querían decirles, y yo tomaba notas, como en aquella película brasileña, *Estación central de Brasil*, yo era el amanuense de las tragedias o de las esperanzas de esa cola de mujeres que iba desfilando ante la mesa chica en la que se acumulaban mis papeles y sus cuentos...

Eran historias conmovedoras, de soledad y de desamparo; a veces yo me sentía como el depositario de unas confesiones riquísimas que producían pudor o solidaridad, jamás indiferencia; se ponían junto a mi oído, y me iban hablando como si yo fuera para ellas un confesor y no un niño, un adolescente que se

sentía herido o extrañado ante la abundancia de sucesos que ocurrían junto a mi casa sin que yo percibiera ese rumor sordo de soledad y de tragedia, de miseria y de esperanza.

En efecto, como el personaje femenino de la película brasileña: sentado en mi pupitre, con un bolígrafo, ante un papel de cartas que deberían ir por vía aérea, en aquellos sobres respuntados de colores azul y rojo, en forma de flecha, recibía las más diversas confesiones. Todas las cartas de todas las esposas o madres o hermanas comenzaban de la misma manera, que ellas me iban dictando: “Querido hijo [o esposo, o hermano], me alegro de que al recibo de esta mi carta se encuentren bien de salud. Nosotros, bien, gracias a Dios”. Después de la introducción y de esa jaculatoria, de esa invocación a Dios, que habitaba en todas las cartas, las mujeres comenzaban a dictarme los dramas familiares, enfermedades, muertes y otras penurias; luego me pedían que les leyera las cartas que ellas habían dictado, desde la fecha a la firma, y ellas mismas las ponían dentro de los sobres aéreos, las cerraban con su saliva, y luego se las llevaban al correo como si estuvieran llevando un testamento o un abrazo. Mi madre también escribía cartas, con su letra alargada y voluntariosa, a sus parientes, a sus cuñadas, a sus cuñados...

Ella contaba sus propias miserias, y también sus esperanzas, pero no recurría a mí; ella tenía su propia caligrafía, y su propia gratitud. Era tan miserable aquel tiempo que yo recuerdo exactamente la tarde en que dejó de existir en casa la miseria en sentido estricto. Fue cuando un tío mío, que era conductor de camiones en una firma láctea de Maracaibo, Leche Carabobo, regresó por un tiempo, llevaba a las islas alguna de la plata (“la plata”: así llamaban al dinero aquellos canarios-venezolanos de ida y vuelta) que había ganado, y decidió comprarle a mi madre una cocina de gas.

Se acababa, por fin, la cocina de petróleo, que llenaba la casa de humo negro y de olores perjudiciales para todos, pero sobre todo para el hijo asmático que era yo; vinieron unos hombres, colocaron la cocina, y al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde, esa hora que parece de silencio aún ahora en mi casa, apareció mi tío; miró desde el patio, comprobó que, en efecto,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

allí estuviera la cocina blanca, y ya no dijo nada. Mi madre tampoco dijo nada, pero así se expresaba entonces la gratitud. Con silencio.

Pero esa es una historia personal. Estábamos en El Hierro, rastreando los símbolos que unen la isla con la historia imprescindible de la emigración canaria hacia América, que no es una historia de hadas o de películas, sino que es una historia de riesgo y de miseria. De El Hierro partió, en torno a 1970, un pequeño barco, el *Fausto*, que se perdió en su travesía; la leyenda, que a mí me tocó contar como un joven periodista de entonces, situaba ese barquito perdido en la bruma que siempre cubrió los dramas de las islas, entre lejanías que sólo residen en el misterio; unos decían que su destino era la isla de Gran Canaria, a un tiro de piedra, en el propio archipiélago, pero otros estimaban que los pocos herreños que ocupaban el barco desviaron su ruta (o se la desvió el viento) y siguieron rumbo a Venezuela; dicen que si tú lanzas una botella al mar en El Golfo, en El Hierro, la botella llega tarde o temprano al puerto de La Guaira, en Venezuela, que es donde llegó Antonio, el único taxista que ahora sale de noche en la isla. Pero los pasajeros y tripulantes del *Fausto* jamás llegaron, ni a Gran Canaria, ni a Venezuela; viven en el drama de las leyendas, así que sólo existen en la memoria cuando se los convoca, como ahora mismo, en este texto.

El *Fausto* es una metáfora de lo que sucedió tantas veces: acuciados por la urgencia de la miseria y del hambre, insulares de todas las islas emprendieron, en circunstancias igualmente miserables, el riesgo de un viaje que podía no tener fin.

Sin embargo, aquellos emigrantes cuyas mujeres venían a casa a que yo les escribiera las cartas sí llegaron; eran el sustento de las casas pobres o medianas; algunos volvían ricos, y hacían casas que se parecían a las que vieron en Caracas o en otros lugares de Venezuela (Maracaibo, Valencia, Puerto La Cruz...), y los que no volvían ricos procuraban no volver. Aquella emigración era una lotería, pero también era una ca-

rrera: quien no la terminaba podía ser considerado como un fracasado en la vida... A veces venía a casa un hombre que había hecho fortuna, y venía enseñándole la plata a mi padre, para que supiera lo que se conseguía aventurándose en Venezuela. Yo tenía nítida la imagen de aquel hombre cuando vino de madrugada a recoger en casa los papeles falsos de su partida, los que le permitieron abordar el barco, hacer el viaje, y ser recibido sin más problemas burocráticos en aquella Caracas acostumbrada a recibir canarios como si fueran parte de su gente. Esa afluencia fue un alivio para Canarias, y fue un refuerzo para una Venezuela afluyente y necesitada entonces de mano de obra en todos los sectores de la producción. Aquella primera cocina de gas que hubo en casa regalada a mi madre por un tío que conducía camiones en la Lechería Carabobo era más un milagro que un regalo; y, cuando llegaban giros de Caracas, el barrio lo sentía como cuando ahora toca la lotería en los barrios pobres.

El Hierro disfrutó enormemente de ese milagro, el milagro de Venezuela. Un hombre singular, el cronista José Padrón Machín, que escribía casi simultáneamente, pero con muchos seudónimos, en todos los medios de comunicación de Canarias y de España, y que me enseñó la isla por primera vez en 1969, la llamó la Séptima Isla, porque es la séptima si uno cuenta desde Fuerteventura, aunque es la primera si uno cuenta desde Occidente... Lo cierto es que El Hierro se quedó ya con ese nombre, La Séptima Isla, así se la llama en la prensa, así la llaman los propios herreños. Pero a Venezuela se la llama la Octava Isla. Caracas es una de las poblaciones más abundantes de Canarias, allí viven trescientos mil insulares (Las Palmas tiene 400.000 habitantes); han ido disminuyendo, porque la pobreza que entonces nos azotaba ha ido azotando, como en un ciclo infernal, a los venezolanos y a los canarios que se quedaron a vivir o que nacieron en Venezuela. Emigrados o nacidos, todos hemos formado parte de la misma comunidad; hablar ahora de Venezuela en Canarias es hablar de una prolongación de la patria, y al revés también ha ocurrido y ocurre... José

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Martí, el libertador cubano, se dirigía a los canarios como una población singular de Cuba; lo mismo hacía Bolívar en Venezuela; no eran propiamente españoles, eran canarios (“Españoles y canarios”, decía Bolívar en sus discursos), y ser canarios es aún en América Latina, pero sobre todo en Venezuela y en Cuba, una distinción que marca al que la tiene. “Isleños”, se nos dice, incluso en Cuba; e isleños somos; lo que nos distingue es ser de islas, y no conozco una metáfora más acabada de isla que ese enorme risco que se alza desde el Puerto de la Estaca y se llama El Hierro.

En todo caso, procedencias o naturalezas aparte, emigraciones afortunadas o fracasadas, en este relato que me lleva por las islas, y que a veces me lleva y otras me trae, a veces directamente o a veces confundiendo las direcciones, porque para mí las islas son memoria, y la memoria lo mezcla todo, yo estaba yendo hacia el Parador de El Hierro, venía de El Tamaduste, y estaba parado ante el semáforo lentísimo que convoca a la gente a tener paciencia hasta que la luz se ponga verde. No hay prisa para morir: parece ser la divisa de la isla. La paciencia te mantiene vivo, mira al mar, él jamás envejece: su paciencia es infinita. Pues infinito es el tiempo que pasas esperando que se ponga verde el semáforo de El Hierro. Es un rato que, si uno tiene paciencia y se pone a pensar en ello, sirve en primer lugar para admirar la capacidad que tiene el hombre para horadar la tierra hasta convertir la piedra tupida en un hueco a cuyo fin se ve la luz, destruyendo distancias que, de otro modo, en una isla así harían imposible un trayecto más fluido.

Este túnel que es espejo de la paciencia insular tiene 950 metros y el semáforo nos detiene unos siete minutos. La geografía que nos cerca es seca, de tabaibales amarillentos, en el marco de un paisaje pardo como el burro Platero del cuento del nobel andaluz Juan Ramón Jiménez. Ese paisaje, con burro incluido, se repite en muchas zonas de la isla, donde el verde frondoso, las palmeras enhiestas, los pinos infinitos, e incluso las sabinas, que son un punto y aparte en la vegetación de la isla, presentan este contrapunto pardusco en medio del que siempre hay flores, la

impaciente pasión del agua por convertir los sitios en un jardín chiquito; una isla de lava y de verde, un puño suave y arisco a la vez. El Hierro, un poema abrupto que de pronto se convierte en un sendero sinuoso en el que uno se perdería para siempre, convertido también en silencio.

Ahí, al final de este pasadizo que alivia a la isla de una de sus distancias más insalvables, la que lleva a la zona donde está el Parador, se ve la figura fantasmal del futuro, una luz que se va haciendo más grande, más nítida, hasta que te encuentras con los enormes farallones rojizos a los que sol va envolviendo en luces diferentes; uno se fija en el mar en las islas como aquello que cambia, la superficie que va dibujándose a sí misma y hallando entonaciones superlativas, como de bolero, pero lo que verdaderamente cambia es el paisaje... La isla está y de pronto no está, o es otra. El mito de San Borondón, la isla que sólo existe en sueños, nace acaso de ahí: de que las islas van cambiando a medida que pasan las horas, los celajes, y hay un instante en que parece que han desaparecido. Es una sugestión de la que nacen mitologías como esa de la isla que nadie ha visto pero existe...

Hablando de Fuerteventura, en el otro extremo, allí donde las islas son verdaderamente África, un profesor catalán que estudiaba el urbanismo barcelonés del siglo XIX mientras se comía un pescado fresco en un restaurante del profundo sur de la isla, me decía que lo que le resultaba fascinante de este otro lugar que conmovió a Miguel de Unamuno era que el paisaje era enteramente la tierra, y nada más. Todo lo demás lo añade el hombre, y a veces no añade nada.

Volveremos a hablar de Fuerteventura, y de esa sensación, pero lo cierto es que esto que decía el intelectual catalán es aplicable a todos los territorios, y singularmente a estos territorios canarios que aún no han sido tocados (demasiado) por el hombre. El Hierro es contundente: si el hombre desapareciera, la tierra seguiría teniendo su propia personalidad; hay islas para la soledad e islas puramente solitarias, que son la soledad misma; la tierra de El Hierro es la tierra de la soledad.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Este archipiélago tiene muchos lugares así: zonas de La Gomera, zonas de La Palma, partes muy solitarias de Fuerteventura, la isla de Lobos, casi todo Lanzarote... La tierra tiene en todos los sitios su aspecto peculiar, su hondura: en Gran Canaria la tierra lleva el amarillo de los dátiles; en Tenerife la tierra alterna la sequedad con el color de la pinocha y las rocas rojizas o verdes de Las Cañadas del Teide; La Palma es verde; La Gomera es una isla de agua por un lado y de austera sequedad por el otro; Lanzarote es negra, puramente negra; Fuerteventura es tierra y sombra, es tierra que busca la sombra.

Y El Hierro.

El Hierro es un paisaje en sí mismo, cualquier metro cuadrado de la isla ya es un paisaje que lo tiene todo: la sombra, la tierra, el descanso, el abismo, es una isla y sus propios fantasmas.

Una isla es un fantasma que ya la habitó. Tuve esa sensación en El Hierro, y la tuve tan fuerte que aún me queda como si fuera la luz que vi al final de ese túnel que me llevó al Parador. Luego, ya asentado en el lugar, miré por una ventana y vi el farallón rojo; entonces pensé que la piedra, insolente y solemne, me miraba, y yo me fui adaptando a su altura como si fuera un dedo acusador, o una sombra, cayendo sobre mí y sobre mis recuerdos de la isla, lanzándome a mirar de otro modo la isla a la que yo acababa de llegar, acaso por cuarta o por quinta vez. Es tan poderosa la memoria que deja en ti la isla que puedes recordar nítidamente las veces que has llegado, como si el recuerdo estuviera asociado a sus propios olores, a sus sabores, a la visión que deja la isla en la memoria de tus ojos.

La primera vez me ocurrió algo muy singular, después de llevarme la impresión del ataque en Puerto de la Estaca, por primera vez una roca marina atrapando mi mirada, esta vez al amanecer. El barco se desplazaba con las dificultades de los dinosaurios, o de los elefantes; ya en tierra fuimos a Valverde, que era ese espectáculo de bruma al final del cual había la luz de un bar, el Bar Los Reyes, que debe su nombre, como muchas cosas de El Hierro, a la Virgen de los Reyes, su sacrosanta

patrona, la virgen ante la que también lloran los ateos. En el Bar Los Reyes me fijé en un hombre que tomaba un vaso pequeño de coñac y fumaba lentamente un cigarrillo, mientras el dueño del bar limpiaba, con la paciencia herreña, el mostrador de zinc en el que se refrescaban los vasos pequeños de vino. Retuve la imagen del hombre, alto, enjuto, acaso demasiado cansado para ser tan temprano, y supe que era médico, lo dijeron. Algún tiempo después volví y en el bar ya había ese hueco, el médico no estaba, se había ido; le pregunté al periodista Padrón Machín, que se lo sabía todo. El hombre, aquel médico, había huido porque mató a un guardia civil, en una reyerta que tuvo el aire de una venganza del Oeste americano, que es una geografía y una actitud que en las islas, y sobre todo en las zonas sureñas de las islas, se repite bastante, como las rancheras o como ese eco difuso que parece nacer de los barrancos y se deposita en la mirada sin tiempo de los campesinos callados.

¿Qué había pasado con el médico? Padrón Machín, que era un cronista ciclópeo y omnímodo, que escribía hasta de los estados de ánimo de El Hierro, como si la isla tuviera alma, nunca lo contó por escrito, pero ese día me lo dijo, y mucho tiempo después me lo volvieron a contar, enfrente del Bar Los Reyes, precisamente; el bar ya estaba cerrado, o en proceso de venta, pero ahí seguía el misterio del asesinato, dándome vueltas como un mal recuerdo ajeno. El guardia civil, este policía del tricornio que atemorizaba o vigilaba, pero que en tiempos de la dictadura atemorizaba más que vigilaba, era un hombre prepotente que se burlaba de la ciudadanía, y se burlaba del médico, utilizando un lenguaje machista y sarcástico que terminó hartando al facultativo. Hasta que un día, en medio de las burlas, el médico decidió que ya había tenido bastante, y sacó una pistola que disparó contra el guardia; éste cayó muerto en el acto, en medio de los parroquianos que, aliviados, condujeron al médico a buen recaudo. El asesino se fue de la isla, auxiliado por la complicidad que entonces hicieron posible el odio mutuo y el desdén pueblerino.

¿Quién fue el asesino? El mutismo fue absoluto, y la justicia resultó tan lenta que la venganza quedó sin castigo. Cuando releí lo que Ignacio Aldecoa decía de El Hierro (“De El Hierro

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

le contaron al godo cosas, no siempre buenas”) recordé ese incidente, la violencia que encierra, y también la paciencia con la que el odio se fue amasando, hasta que al final, en el espacio tan pacífico de un bar herreño, se desata la ira que uno creería que sólo vive en los bares de las películas del Oeste americano. Pues no, ocurrió en El Hierro, en este mismo lugar en el que ahora, dos generaciones después, me lo cuenta un joven que ya recogió el suceso en forma de leyenda.

La anécdota tiene todos los símbolos de la época, remite a los excesos de autoridad que se produjeron entonces, al socaire de la dictadura, y también habla de lo que es capaz la solidaridad isleña cuando se comparte la rabia. A Padrón Machín, por cierto, lo ampararon sus paisanos después de la guerra civil; él había sido un funcionario judicial en tiempos de la República, y el franquismo triunfante le buscó por todas partes, pero, como ocurrió aquí y en otros puntos de España, los ciudadanos tuvieron el coraje suficiente para esconder a muchos de los fugitivos. De esas andanzas aprendió el cronista a esconderse, y en los años setenta, cuando le íbamos a buscar para que nos llevara por la isla, salía de los escondrijos más extraños, como si aún viviera clandestinamente; salía, concretamente, de debajo de la cama, o desde detrás de una mampara que había creado como escritorio secreto que le permitía escribir a máquina acostado.

Pero estábamos en el Parador y nos fuimos por las brumas de un asesinato, en lugar de contar esa impresión que tuve nada más abandonar las luces ocres del farallón para encontrarme con una hilera de árboles, allá al fondo del cielo, que contrasta con la vegetación envejecida y triste de esta zona de la isla, el sureste herreño, bañado por un mar insistente y ordenado que viene a acabar en la única playa de arena que pude ver en la isla. Las Playas se llama el sitio, y está bien llamado, pero podría haberse llamado en singular, es La Playa; una playa modesta, negra como el azabache, perdida delante de un mar que se despide, un mar fuerte pero quejumbroso en el que vi piedras como las que acompañaron mi infancia en la playa de Martiánez, en el Puerto de la Cruz.

Son piedras redondas, como montañas chiquitas, disímiles, su tacto siempre es áspero, pero de lejos parecen suaves como las

esculturas de Henry Moore que tanto recuerdo mientras viajo por estas costas desoladas o negras. Sentado ante ellas, ante esas piedras, estuve leyendo un viejo libro de un antiguo historiador herreño, Dacio Victoriano Darías y Padrón, apellidos (incluso el nombre, Victoriano) muy de las islas, y sobre todo de esta isla de El Hierro. Ahí refresqué algunas referencias que se cuentan tanto entre nosotros, los isleños, que ya parecen formar parte de la leyenda que nos cubre. Por ejemplo, recuerda Dacio en ese libro lo que Plinio el Viejo (23-79 d.C.) dijo tan temprano como en el siglo I sobre el origen del nombre de este archipiélago: la abundancia de perros que había en las islas las convirtió en Canarias: “Multitudine canum ingentis magnitudines”. Pero antes, en el mismo siglo, fue Estrabón (60 a.C. - 21 d.C.) y las llamó Afortunadas, “Fortunatae insulae”, acaso, dice el viejo Dacio, “por hallarse situadas en lugares próximos adonde la mitología y la leyenda poética colocaron los Campos Elíseos, aunque otros lo atribuyeron a lo suave y dulce de su clima”.

Los canarios nos hemos sentido felices a veces y desgraciados otras tantas ante lo que dijo Estrabón, cuya buena voluntad le inspiró lo que ahora tomamos como un piropo.

¿Afortunados? Durante siglos, han sido tiempos de infortunio que la belleza indudable de las islas no han conseguido calmar; es cierto que el carácter benigno del clima favoreció nuestro desarrollo y atrajo el turismo, que ha sido y es la fuente principal de riqueza de estos territorios fragmentados.

Pero ¿afortunados? Más bien, situados de manera favorable en el camino hacia América, cerca de África, pero lejos de los rigores de África, defendidos de guerras pero también objetivo estratégico de las potencias que combatieron, por ejemplo en la segunda guerra mundial, cuando los alemanes nazis quisieron convertir las islas (El Hierro y Fuerteventura, sobre todo) en zonas de vigilancia por si la guerra pasaba por aquí...

Afortunados porque el clima nos ampara, ¿pero verdaderamente afortunados? La posguerra española fue aquí de una extrema dureza, y no sólo por razones políticas, sino porque dejó en la memoria isleña la secuela del hambre, y acaso sumió el

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

carácter de los canarios, aún más, en una especie de melancolía amodorrada de la que nos cuesta salir.

Mi maestro Domingo Pérez Minik, a quien se debe una importante crónica del paso de André Breton y sus surrealistas por la isla de Tenerife, dejó escrito en su conferencia *La condición humana del insular* algunos rasgos de ese canario por el que ha pasado la historia a veces para que se sienta afortunado y a veces para que se sienta ensimismado en la perplejidad de la miseria.

Dice Pérez Minik, partiendo de lo que sintió el filósofo y poeta Miguel de Unamuno cuando vivió en el destierro de Fuerteventura: “Y cuando Miguel de Unamuno vive en Fuerteventura, con motivo de su deportación, las cosas que él pensó, los agobiados versos que escribió, las interpretaciones que del insular hizo, nada de esto tiene que ver con el hombre canario, realista sin transcendencia, siempre dotado de un humor circunstancial, receloso y agrídulce, sencillo marino sin ínfulas colonizadoras, que en su lucha por la vida no ha tenido otra misión que desposeerse de su aislamiento, desmitificar su mar y desprenderse de su intimidad. El hombre es ser y existencia, sin duda. Pero el canario para mantenerse en pie tiene que someter a uno y a otra a permanente conflicto”.

Su ser, el ser del canario, es a la vez melancolía y lucha, y su existencia proviene de la contienda que mantiene con el entorno, que es grato de percibir y de pasear, pero que es a la vez muy duro de dominar. Tierras escarpadas y solitarias, tierra dúctil pero también rebelde de la que los isleños han sacado cosechas pero también un enorme sufrimiento... Esa conferencia de Domingo Pérez Minik es muy importante, porque no siempre los canarios hemos reflexionado sobre el carácter de lo aislado de estas islas con esa lucidez no chovinista, con esa pasión por entender lo que de veras somos, sin atender a los piropos ajenos, hombres y mujeres sobre una tierra cuyo aislamiento no siempre ha convertido estos territorios en espejos del paraíso. Ni mucho menos. Pérez Minik era un republicano socialista, que fue encarcelado al principio de la guerra civil. Pronunció esta conferencia en su madurez, cuando Franco seguía mandando en España y no era tan común que, en aquella época en la que sólo se

hablaba de las islas para ponderar su belleza, alguien se ocupara de los isleños como gente no exactamente afortunada. “Conocemos”, decía Pérez Minik, “algunas propiedades anímicas contradictorias del insular, que afloran como un agua viva verdinegra, brillante y peligrosamente, y que le han dado la percepción íntima de su libertad: su manera de ser tolerante y arisco, cordial y receloso, concentrado y expansivo, narcisista y parroquial, siempre con su carga a cuesta de un humor agresivo que rezuma la mas entrañable melancolía, pero con todos esos ingredientes aún no sabemos sobre qué eje invisible de libertad gira”.

“Repetimos”, continuaba Pérez Minik, “que vivir en las Islas es una condenación y una felicidad, un purgatorio y un paraíso. Entre estos dos árboles bíblicos, el hombre canario se mueve con afán y angustia. (...) El aislamiento favorece el desarrollo, lo mismo en las especies animales o arbóreas, capirotes o codesos, que en el alma humana. Lo favorece en muchos aspectos, pero lo perjudica en otros. Del mundo de la biología al mundo de la historia humana va un largo trecho que no nos podemos saltar así como así. Una isla se debate siempre sobre el campo de dos fuerzas irreconciliables. [...] Es muy frecuente observar en todas las islas, del Japón a Creta y de las Canarias a las situadas en el mar de las Antillas, elementos comunes que les dan una caracterización muy sorprendente: la falta de espacio uniforme, la clausura que pone el mar a su recinto y el sentimiento de un tiempo detenido. Estos elementos posibilitan la creación de un lugar paradisiaco, pero, al mismo tiempo, ofrecen el mayor peligro para la realización de toda cultura superior, la que supone un orbe de incitaciones, de movimientos y de respuestas, en suma, de cambios fundamentales en el cuerpo y en el espíritu”.

Es así, puede ser la nuestra la tierra de las fortunas del paraíso, en la que el tiempo se detiene para disfrute de los hombres, para que los hombres disfruten de los supuestos dones que la naturaleza nos ha reservado. Puede ser. En el chovinismo insular, que ha tenido una larga historia y que aún pervive, es muy habitual observar que los insulares tendemos a considerar que nosotros somos los responsables, más que la naturaleza, de

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

los bienes de que ésta nos ha dotado; así, somos responsables de que exista el Teide, hemos fabricado con nuestras manos las dunas de Maspalomas, somos los que hacemos y deshacemos las olas del mar que con serenidad o fiereza bañan nuestras costas, de cuyo diseño también podemos sentirnos orgullosos responsables... Hemos vivido, y aún vivimos, por ese carácter ensimismado y vanidoso al que tendemos naturalmente los insulares, cierta tendencia adánica a creer que naturaleza y hombre van juntos, como si la naturaleza no fuera antes que el hombre y éste, por cierto, no fuera un ser que tiende a depredar la naturaleza que se le da gratis... Aunque es cierto que es la naturaleza la que les ha valido a las islas el apodo de Afortunadas...

Pero ¿afortunados los canarios? Al contrario, seres sometido a “un océano opresor”, pero también libre, como decía el maestro Pérez Minik. Lo decía con estas palabras: “Todos [los que viajaron a las islas y escribieron sobre ellas] olvidaron que estos canarios, que somos nosotros, ante los peligros de su paraíso terrenal y el drama de su purgatorio efectivo, concreto, terminante, han tenido que transformarlo todo, resolver las dificultades acuciantes, vivir en constante riesgo de modificación para seguir subsistiendo, si no queríamos convertirnos otra vez en los ancestrales guanches, neolíticos, pastores, arcádicos, separados radicalmente de la constante transmutación histórica”.

Ya no éramos guanches, no éramos ya los descendientes de tribus que vinieron del norte de África acuciados por los romanos crueles, desposeídos de identidad e incluso de lengua; éramos los descendientes de los conquistadores castellanos o de otros viajeros de distintas procedencias que convirtieron las islas en una amalgama de poblaciones que se fueron asentando hasta tener esa condición humana de la que hablaba Pérez Minik; ya éramos consecuencia de “la constante transmutación histórica”, y nos quedaba de afortunados la leyenda que arrojó a nuestra frente aquel Estrabón de los primeros siglos de la era cristiana.

Era una tierra afortunada, qué duda cabe; vivimos aún bajo ese clima, eso es también indudable, el clima es lo que nos ha hecho afortunados, verdaderamente, y el clima condiciona

el paisaje, es lo que nos hace, digámoslo ya, afortunados; nuestra fortuna está más allá de nuestros ojos, es el paisaje... Los parajes y los paseos transmiten el placer que debieron vivir aquí, en distintos sitios y en épocas distintas, Breton, Humboldt, Bertrand Russell, Agatha Christie, el padre de Oscar Wilde, Friedrich Dürrenmatt o Miguel de Unamuno, y ese placer es físico, lo puedes ver y dibujar desde lo alto de El Time, en La Palma, en el Garajonay de La Gomera, en las llanuras arenosas de Fuerteventura, lo puedes pisar en Las Cañadas del Teide, en las olas batientes de la Punta del Viento del Puerto de la Cruz, comiendo pescado en San Andrés, junto a la playa de Las Teresitas, en Santa Cruz de Tenerife, en la magnífica quietud de Bajamar, tras las montañas de Anaga, en Tenerife, en la playa de Las Canteras, en Las Palmas de Gran Canaria...

Mientras lo escribo, mientras recorro esa geografía del placer afortunado, ahora fuera de El Hierro, en una casa del norte de Tenerife, escuchando los ruidos de los pájaros y el ventear de las palmeras cercanas, bajo el sol del norte, que es aguado y lechoso, como las nubes que nos dominan y lo opacan, compruebo ese clima del que hablaron los antepasados; jamás pasa de los treinta grados, y si pasa ahí están los vientos que vienen del mar, los alisios, para convertir el ambiente en la verdadera primavera, la eterna primavera de la que ha hablado sin cesar la propaganda turística. Y de la que habla la realidad: a veces el turismo también evoca la realidad; es más, la puso de manifiesto. Los turistas, que hubo buenos y malos, ruidosos y maleducados y silenciosos paseantes de nuestros senderos, descubridores y depredadores, nos enseñaron a ver las islas, a descubrirles sus secretos...

Las islas apetecidas

Tan afortunadas, por decirlo así, que las apetecieron los europeos desde el siglo XIV, en medio de las brumas oscuras de la Edad Media; el genovés Lancerotto Mailosel llegó en 1312 a la isla que hoy lleva su nombre, Lanzarote; fue, entonces, el primer conquistador de las islas; pero éstas ya habían sido pobladas por africanos del norte que, según la leyenda, e incluso la iconografía, además de muchos testimonios, eran guapos y esbeltos, en algunos casos con ojos azules y pelo rubio. Poco a poco fueron exterminados, o vendidos como esclavos; la presente ilusión de descubrirlos en los rasgos de los actuales habitantes choca con la evidencia de que la mayor parte de los canarios que vivimos aquí al menos desde el siglo XIX provenimos en realidad, y básicamente, precisamente de aquellos que exterminaron a los que ahora llamamos los antepasados, en su gran mayoría guanches, aunque en cada una de las islas no hubo sólo guanches, o no hubo guanches en absoluto. Pero esta denominación, que es justa para los primeros habitantes de Tenerife, se ha extendido por pereza o por mayoría a los habitantes primitivos de cada una de las siete islas.

Lo cierto es que a Lanzarote llegó Lancerotto Mailosel, y se la quedó. En 1341 se data un documento de Bocaccio en el que se habla otra vez de Canarias, y es el segundo después de la referencia que hizo Plinio a los perros que habitaban estas islas

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

atlánticas. La noticia circuló: aquí había vida y belleza, y vinieron a buscarla los conquistadores de entonces, a veces piratas, muchas veces aventureros, algunas veces avanzados de sus imperios, como Horacio Nelson, el almirante inglés que quiso quedarse con Tenerife en el siglo XVIII y halló una población (al frente de la cual había un general, Gutiérrez, de Extremadura) que al mando de un exiguo arsenal no sólo redujo al almirante avasallador sino que le arrancó un brazo del disparo del cañón Tigre, que se venera ahora en Santa Cruz.

Ese episodio, el último de este género que sufrieron las islas Canarias, concluye con una escena que también se atesora en las islas como prenda del carácter canario: rendida la marina británica, los vencedores recibieron y curaron a Nelson, le ofrecieron de regalo un queso isleño, y él a cambio regaló a los que lo habían rechazado militarmente un barril de cerveza. Una de las calles más frondosas de Santa Cruz lleva el nombre del almirante, cuya derrota, de todos modos, es conmemorada cada año con gran calor patriótico, como se celebra en Madrid la revuelta popular del 2 de mayo de 1808 contra las huestes de Napoleón. ¿Qué hubiera sucedido si Napoleón se hace definitivamente con España? Pues lo mismo se dice en las islas: ¿y si se hubiera apoderado Nelson de la isla de Tenerife, y luego de las otras islas? Más aún, ¿y si los canarios hubieran detenido el avance de Franco, que salió de aquí, de la isla de Tenerife, para acometer la cruenta aventura de la guerra civil, o incivil, como decía el catedrático español Juan Marichal, que fue profesor en Harvard? ¿Qué hubiera sucedido? Historia virtual, sin duda, pero una historia que hubiera hecho muy distintas diferentes facetas capitales de nuestro pasado... Unas islas británicas: no ha sido un mal sueño.

Mucho antes que Nelson, por supuesto, vinieron a Lanzarote y a Fuerteventura (en 1402) los aventureros franceses Jean de Bethencourt y Gadifer de La Salle. Gadifer se acercó a El Hierro, y dio la voz: "Agria y de difícil acceso por la parte costera, pero frondosa y bella en el interior, con grandes bosques de pinos de perenne verdura y con mucha agua de lluvia". Bethencourt no se entretuvo en descripciones: tomó Fuerteventura

(e hizo de una bella colina su capital, que ya se llamó Betancuria, a la que ya hemos ido) e intentó lo propio con la isla de Canaria (Gran Canaria), redonda como un postre palmero; con mucho orgullo patrio, don Dacio recuerda que en Canaria Bethencourt “sufrió un completo fracaso, por cuyo motivo la denominó Grande”. Y grande es, y se llama Gran Canaria.

Así que ahí estábamos, leyendo a don Dacio en El Hierro y yendo atrás en el tiempo, hasta donde la leyenda sitúa la historia, o viceversa, y me cansé de la historia, y también de la leyenda, y me puse a caminar hacia los paisajes, que aquí, en El Hierro, son a veces una síntesis de otros paisajes que uno puede ver en las islas. Es verdad lo que dijo Gadifer de La Salle: agria y de difícil acceso, frondosa y bella. Así son las islas, excepto, sin duda, Fuerteventura, que es una costa abierta, una playa inmensa, de arena oscura o blanca, casi nunca negra, casi siempre rubia; pero las otras, incluidas La Gomera y La Palma, Tenerife y Gran Canaria, y Lanzarote, son islas llamadas a aislarse, a detener al invasor con el viento huracanado que se estrella contra sus farallones. Aquí estoy, por ejemplo, en la zona de El Golfo, que desemboca en Sabinosa, el paisaje parece suave, vas desplazándote por él como si fueras a llegar a una enorme playa negra, y sin embargo te espera el abismo, enormes abismos de piedra, roques negros abrazados por una tierra parda y negra, humilde y grande a la vez, arrogante, una tierra que parece hecha para vencerte por calor o por cansancio. Parece decirte: te cansarás de pisarme, pero te ganaré. En ese desierto negro tuve la sensación de que el paisaje tiene tacto, como de lava y de terciopelo al mismo tiempo, la lava parece inalterada, como recién arrojada por el volcán, rojiza aún, rabiosa, adueñándose de la orilla del mar en la playa chiquita que llaman de Arenas Blancas, aunque ya no hay arena ni es blanca, o no lo fue nunca. Es un nombre, Arenas Blancas, que alivia el camino. Los nombres: apasionantes topónimos que van marcando la ruta como si describieran el pasado. ¿Y por qué este lugar se llamó Antoncojo, y por qué este Tiscamanita? ¿Qué tuvo que haber aquí para que estos andurriales ahora tan edificadas llevaran una vez

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

el nombre de Gran Tarajal? ¿Y por qué esta montaña se llama Tindaya? Unamuno paseó por Fuerteventura tomando notas de los nombres; cuando tomas notas de los nombres de los sitios es como si te llevaras los sitios en la memoria...

Tomé ahí, en Arenas Blancas, unas fotografías fantasmales, que ya se han borrado, acaso porque el paisaje, como los personajes de Juan Rulfo o como algunas tribus, no quiere ser fotografiado, y borra sigilosamente la apariencia que hayan desprendido... En cualquier caso, lo que quería decir: hace años unos agricultores palmeros creyeron que aquí, en Arenas Blancas, podrían plantar plátanos, tomates, frutos; la extensión parecía adecuada, incluso podría ser sensata la idea de hacer un puerto, y edificaron y plantaron, tendieron el terreno como para recibir las cosechas. Pero no tuvieron en cuenta el viento ni el salitre ni el sol, y poco a poco este territorio que nació para ser desierto es lo que se ve hoy: una extensión devastada de tierra sobre la que hay dibujado el rostro del fracaso agrícola, y eso se ve ahora como un cuadro de Fontana, o de Pollock, líneas perfectas que expresan la metáfora de lo que no pudo ser, una especie de gran extensión que hubiera dibujado Malevich, blanco y más blanco, hacia el horizonte, hacia la raya perfecta que es el horizonte dibujado por el mar en esa lejanía magnífica de la que ahora sobresale una vela...

Alguna vez Padrón Machín, el cronista ciclópeo de esta isla, dijo que El Hierro sería la isla del futuro, como lo que dijo Stefan Zweig de Brasil: "La tierra del futuro, y siempre lo será". Quizá pensó Machín en este erial; pues ahí lo ves, un terreno que explica que la tierra (y los elementos) pueden más que el hombre; Arenas Blancas como alegoría de la persistencia de la naturaleza, por encima de la voluntad avariciosa del hombre, conservando con uñas y dientes la belleza que ahora contemplamos, antes de emprender viaje hacia el mirador de Bascos, aquel lugar que se resiste, como Arenas Blancas, a que el hombre domine su inmenso ventarrón.

Me recordó ese dibujo del fracaso del hombre enfrentado a la naturaleza las huellas que vi en algunas zonas de Inglaterra

donde hubo cementerios: ahora todo lo que crece en aquella superficie, aunque pasen las décadas y los siglos, conserva el dibujo insistente de la paz que hubo antes, ese silencio que la tierra respeta luego para siempre, como el dibujo de las arrugas de una frente o como las reliquias de una religión.

Es un paisaje sobrecogedor, no sólo por lo que te muestra sino por lo que te oculta. Nosotros queríamos subir hacia el mirador de Bascos y hacia el faro de Orchilla, donde la isla le dice adiós a lo conocido, al mundo tal como fue, y subíamos por ese territorio devastado por el fuego y por el tiempo, hasta que una curva que parecía llevarnos a la nada nos mostró a los dos lados sendos abismos, y como si nos detuviera un dios prudente y no diabólico regresamos al paisaje que estábamos abandonando como si ese territorio que nos había parecido inhóspito fuera capaz de acogernos mejor que aquellos abismos. El miedo no es una buena palabra para definir el estado de ánimo que te produce el abismo; quizá estupor viene mejor, o parálisis. Lo cierto es que era también miedo a la belleza; allá arriba, entre la nada, el viento y la negrura del paisaje, te sientes como una cometa blanca colgando de un hilo invisible, y nos volvimos. Había otro camino; nos lo dijo un hombre ante el Pozo de la Salud de Sabinosa, descubierto hace siglos porque el ganado que bebía del agua de este pozo era más saludable que el que no la bebía, y ya el agua fue para el hombre también un pozo de bienestar y de salud; ahora estaba cerrado, en reformas, pero el agua sigue, y nosotros seguimos, buscando paz para la zozobra que nos ha producido la interrumpida ascensión al abismo. Aviso, pues, a navegantes: en esta sinuosa excursión por El Hierro, cuando se sientan atraídos por ese abismo piensen que hay vuelta atrás, o abismo, y que el miedo no es ahí tan solo una palabra, sino una sensación física, una tremenda comprobación de que la naturaleza impone sus fronteras, y uno no es más valiente porque la desafíe hasta las últimas consecuencias...

Por allí hallamos una casa de piedra, protegida del mundo por palmeras canarias (*Phoenix Canariensis*) y por verodes (*Senecio Kleinia*), y todo tipo de flora o vegetación autóctona, y

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

por lagartijas, y por sabinas jóvenes que ya aprenden a adaptarse al viento para sobrevivir cientos de años produciendo madera y el olor succulento de la madera que sólo producen las sabinas... Es una madera resistente de la que se hacen los techos rústicos perennes, porque esta madera resiste al bicho que ataca otras maderas... La sabina, y luego iremos al Sabinal, allí donde la sabina es un espectáculo, es como una metáfora de la resistencia, una especie de símbolo de la isla, breve, frágil, tortuosa, pero enhiesta, una isla luchando para parecerse a su naturaleza. La sabina es así: el símbolo mayor de El Hierro; el lagarto de Salmor es ese inmenso saurio curioso que aparece furtivamente en los tejados o entre los riscos; es la suavidad de la tierra, la capacidad del hombre y de los lagartos para adaptarse al terreno; pero la sabina es la prolongación de la tierra, con su barroquismo, como un grito, un puño de madera contra el cielo, cimbreado por el viento, un viento de madera, por decirlo así. Se lo dije a Enrique, el amigo que me acogía en su casa de piedra, y él, filósofo, me dijo:

—La naturaleza manda, es la que marca la armonía.

Él se ha venido aquí, a cultivar este paisaje mirándolo, fundiéndose con la piedra, con la lava, e incluso con los lagartos; pinta. Con su compañera Marta ha construido, ambos con sus propias manos, un universo, en el que, en efecto, la naturaleza manda; nos sentamos a comer queso, y a mirar. Estábamos recuperándonos del abismo, sentados en la tierra; tenían vino blanco, muy seco; si nos quedáramos callados en este paraíso probablemente oiríamos la voz del silencio de los antepasados. Eso sentí allí, sentado con ellos ante el queso y el vino que me sirvieron.

Pero volvimos a caminar por esta isla joven que es, para mí, la figura de todas las islas, un descubrimiento, ojalá la descubran, pero que no la toquen, déjenla como está, que sea para siempre una isla-memoria de lo que es una isla... Me dijo Enrique que si en efecto las islas Canarias hubieran sido hechas a lo largo de un año, el primer día se hizo Fuerteventura, y El Hierro se habría hecho en abril, en medio de la más brumosa primavera; la colonización y el desarrollo turístico (que en algunos lugares ha sido

devastador) se hicieron en el último segundo del año, pero ha cundido muchísimo. Aún así, El Hierro ya cumplió cien millones de años, pero algunos de sus sitios, como Frontera, donde ahora estamos, tan solo tiene 50.000 años. Sobre esos 50.000 años de geología tomamos con nuestras propias manos un queso curado; el pan está caliente, el vino es árido, como recién cosechado, y el paisaje se parece al vino. Con esos sabores en la memoria seguimos camino por esta isla que es memoria de lo que es una isla.

No sé por qué antes de decir adiós Enrique nos habla de los volcanes: Canarias no es un vulcanismo de punto caliente, no hay erupciones pendientes, las que hubo son las que ya están en la historia, fueron un drama, pero prolongaron las islas: prolongaron esta isla, prolongaron La Palma, hicieron más grande Lanzarote... En Tenerife, el volcán de Chinyero devastó la hermosa villa de Garachico.

Pero había que ir al mirador de Bascos, no sólo era una ruta, era una obsesión. Uno no puede ir a El Hierro y detenerse antes de llegar a Bascos, y de ver las sabinas, ese bosque prehistórico que se guarda junto a la ermita de la Virgen de los Reyes. Uno no se puede ir sin ver ese lugar mágico, detenido, como si el viento fuera parte del milagro, como si ahí también diera la vuelta el aire, como en Timanfaya (Lanzarote), como en Maspalomas (Gran Canaria), como en toda la isla de Fuerteventura, como en la casa en la que vivió hasta su muerte, en Tías (Lanzarote), el escritor portugués José Saramago, que una vez me dijo:

—Me lo podrán quitar todo, pero jamás me quitarán este aire.

Para ir a ver las sabinas, ese espectáculo animado por la poderosa intuición de las brujas, nos dieron otra ruta, a través de los bosques, lejos de los abismos del mar, y por allí fuimos, rodeados de verde y de todos los colores que pueblan la carretera del Pinar. Recuerda el terreno festoneado de lluvia perenne que nos lleva al centro de La Gomera, aunque aquí hay menos agua, o no hay agua. Las parras y las higueras le dan al paisaje una paz que no hay en ese territorio de lava y negrura que por la mañana nos había impedido el paso, de puro miedo,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

en Frontera y en Sabinosa. Ahí arriba y en esa altura es como si estuvieras solo en la isla, rodeado de verdes y de brumas, cercado también por la pinocha suave y omnipresente, una especie de tierra volátil que cubre la tierra hosca y firme.

A esa superficie idílica se suman las vacas, que mantienen su mirada monótona sobre una hierba reseca y difícil al lado del bosque de las sabinas, uno de los paisajes más fascinantes de Canarias. Son árboles prehistóricos; estos que tengo delante, que parecen mujeres desventradas —abiertas en canal para mostrar una naturaleza barroca y reseca—, despeinadas, como cuadros vegetales que vivieran desde siempre representando una desesperación alocada, me han producido otra vez aquella impresión que ahora me ha hecho volver, y que me mantiene aquí, petrificado, como si jamás hubiera estado antes en otro sitio, como si en este paisaje descubriera juntos todos los paisajes de las islas. El azul del cielo, el mar sonando muy lejos, y estas plantas perplejas con sus melenas ralas al viento.

Cuando vi por vez primera este bosque la vida era aún un soplo juvenil, y ya entonces este sitio me pareció el espejo de la edad, un lugar en el que has de pararte para pensar que acaso el tiempo se hizo para que acabara habiendo espectáculos así, y que sólo la naturaleza es capaz de aguardar a que se produzcan estos milagros.

Fascinado por las sabinas, que se extienden como una sucesión de mujeres que escapan de un espectáculo que las estimula a huir, fui al mirador de Bascos, al que no me había asomado anteriormente; creía que era un mirador, tan solo, el lugar desde el que los turistas sacan fotos para llevarlas consigo e incorporarlas al álbum de los tópicos. Y cuando me asomé, acosado por un viento que venía de todas partes, como si fuera alentado por las propias sabinas, me di cuenta de que a lo que conducía aquel mirador era a mirar el pavor, el miedo cerval al abismo, desde allí se ve el abismo mismo; al fondo hay paisaje, tierra, sequedad, sol, y mar, todo el Atlántico yéndose con suavidad, pero con decisión, hacia otras costas, o hacia otras islas. Pero cuando estás allá arriba no hay porvenir ni

viaje ni nada, tan solo hay abismo, presente y miedo, la quietud del pavor.

La palabra es vértigo; si Hitchcock hubiera tenido la disponibilidad de este paisaje hubiera venido aquí a hacer que su obra maestra del suspense colgara del mirador de Bascos, donde uno siente la malsana ilusión de que existe otro mundo al que vas a caer sin remedio alguno.

De ese vértigo sólo te repones marchándote, y yo me fui al faro de Orchilla, una mole contundente cuya luz le dice un adiós total a todo esto. Aquí hay una raya (que fue el asunto de una película, de Andrés Koppel, un cineasta canario) que marcó durante siglos “el Meridiano Cero del mundo antiguo”; Greenwich le arrebató la distinción a El Hierro, pero aún está ahí la raya que lo marcó, al lado de un volcán perdido y de un océano que es una ingente despedida.

Volví por el mismo camino, sobrecogido por los descubrimientos que esta isla, que parece ignota, secreta, una lejanía, depara aún a los visitantes que una vez la vimos como si la hubiera fotografiado una memoria que ahora se ha reavivado con un entusiasmo que quisiera saber transmitir. Volví al noroeste, donde están las playas negras y donde están esas rocas marinas que se parecen a las rocas donde yo me bañé en mi infancia. Volví a través de ese túnel donde un semáforo (el único de la isla) te detiene y te avisa: “No cambie su destino por unos minutos de espera”.

No lo cambié, esperé. Luego fue cuando me encontré con el taxista Antonio, que me contó su viaje a Venezuela cuando tenía dieciséis años, en 1956. Unos años después su vida se hizo tan feliz allí, lejos de la pobreza que en aquellos años asolaba su tierra, que quiso simbolizar su alegría con un envío del que me habló con orgullo: él fue el primero que mandó semillas de piña, y ahora la piña es aquí uno de los frutos herreños. “Yo envié la semilla”.

Pasamos con él por el hotel más pequeño del mundo, tres habitaciones (está en el *Libro Guinness de los Records*); hay un sueco que viene cada año porque quiere ver cómo el agua del

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

mar llega a su balcón, desde el que se podría pescar con anzuelo; me habla de los bailarines que acompañan a la Virgen de los Reyes en su bajada a la capital desde su refugio junto a las sabinas. Los bailarines son como derviches turcos, entran en trance, besan la tierra... Un amigo, Rafael, me dice ante un plato de viejas y cabrillas (dos especies de pescado que distinguen a todas las islas) que la isla padeció pobreza, pero siempre tuvo de todo, hasta ahora que la gente tiene ante su casa, en la huerta, todo tipo de alimentos. Para subsistir tan solo precisan comprar, además, café y yogur, y otras delicadezas contemporáneas; pero todo lo demás, lo básico, aquello que ponía Juana en su comedor de Garajonay, lo que mi madre ponía en la mesa, todo eso lo tienen. Esa autosuficiencia, que él considera como un símbolo del esfuerzo, es la que le confiere a El Hierro, aún más, la sensación de isla.

Las sabinas constituyen la fascinación vegetal. El Lajial es la fascinación volcánica, la lava cumpliendo sus caprichos. Hay en las Cañadas del Teide formas así, caprichosas, aéreas, rotundas, espectaculares, pero en El Hierro parecen esculpidas para simbolizar; en ese reseco sur de la isla, que tiene dos oasis, el de Tacorón, una excelente cala de agua limpísima donde el sol parece una piedra roja, y el de La Restinga, el viejo puerto de pescadores. El Lajial es una extensión en la que el volcán diabólico hizo sus florituras de escultor. El tiempo es el gran escultor, decía Margueritte Yourcenar; aquí el escultor que es el tiempo ha dejado formas humanas, animales, flores de piedra, y en todas partes, en medio de alguna sombra que el sol inclemente permite prosperar, una planta, un verode, una pequeña flor amanece como si la vegetación pugnara por subsistir también en los espacios calcinados por aquella naturaleza sabia de la que me hablaba Enrique en Frontera.

Es como Pompeya, pero en piedra; de la impresión salvaje de este Lajial de espuma de lava me recupero en Tacorón, echado en sus rocas negras, mirando al fondo de sus aguas primitivas y aún cristalinas; y luego fui a La Restinga, a comer pescado fresco, que lo hay en abundancia; y de allí me fui a buscar el árbol Garoé, que ya no existe, aunque te avisan de su existencia en la

carretera, yendo al noroeste, en dirección al espectacular mirador de La Peña.

El árbol no está; pero en la cumbre de El Hierro hay un lugar (acondicionado para su visita con una instalación notable) con árboles que desprenden agua que se almacena en el fondo. Los herreños lo presentan como algo atractivo de excepcional valor.

No está el árbol, está en la leyenda, era un árbol religioso, supuraba agua, la gente lo adoraba, creía que el árbol lloraba por amantes despechados. En su camino encontré este mirador de La Peña, donde el artista César Manrique ha creado un espacio en el que poder comer mirando; de César hablaremos mucho luego, de su mano beneficosa sobre algunas de las islas, y sobre todo acerca del milagro en que convirtió Lanzarote. Aquí ha hecho un mirador sintético, que respeta, como era su costumbre, la naturaleza abrupta; decía Enrique que la naturaleza manda; le mandaba a Manrique, sin duda. Todo lo que hizo fue conducirla para que conviviera en su manera de verla como en un cuenco, como en un marco, como si le hubiera regalado su mano a la tierra.

Desde este mirador se ve hasta Sabinosa, y se percibe, como una sombra lejana, aquella carretera en la que descubrimos el miedo que da subir entre los abismos. Pero lo que se percibe sobre todo es la paz, que es un sentimiento insular que domina sobre todo en esta isla; la paz y el mar en su entusiasmo, inalterable, majestuoso, asomándose por todas partes, y en todas partes ocultándose un poco. Me dijeron que el cuervo, que es un animal de apariencia tan maligna, tan perversa, es el responsable de que se reproduzcan las sabinas, la belleza más aérea de esta tierra; una belleza tan perfecta viniendo de estómagos tan abyectos, esa apariencia de sublime vida vegetal procedente de la más ruinoso de las pertenencias, lo que el cuervo le debe a la vida como naturaleza muerta. Asco para producir paisaje...

Las sabinas hijas de los cuervos. El cuervo se come sus semillas, las regurgita, las trata con su estómago eficaz, duradero y violento, y las lanza a la temperatura en que germinan esas semillas. Pensaba en esto rodeado de aves en esta reserva de la

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

biosfera, sentado ante el mirador de la Peña, mirando al infinito, preguntándome cómo ha podido ser que durante tantos años no haya vuelto a la isla de El Hierro, y, ahora que he vuelto, cómo es posible que no me haya dicho nadie que vuelva a ver una de las naturalezas más libres y reconcentradas de las islas Canarias. La culpa es mía, tanto tiempo sin pisar la isla en la que habita la memoria metafórica de las islas...

Pues ahí he estado, y me llevo una experiencia inolvidable, como si la hubiera soñado. Me preguntaron qué era El Hierro para mí. Dije: "Una mano abierta". Eso es, llena de surcos, una mano joven en la que un cuervo deja una semilla de la que brota una sabina gritando y confundiendo su grito con el viento en el mirador de Bascos.

Vayan, pero no la toquen.

Ah, se me escapó entre las notas. Alguien me contó, una noche de cerveza y pescado en el bar de una asociación de vecinos, cerca del hotel más pequeño del mundo, que hay un lugar de El Hierro donde aún se conserva la cueva del ataúd; de ahí salía durante años y años el ataúd de los pobres: no tenían con qué pagar el ataúd, y cuando morían tenían sus familiares a la disposición ese ataúd colectivo, que fue un índice brutal de la categoría de la miseria.

Y aún olvidé, entre otras muchas, sin duda, la figura esbelta, insólita, de un caballo bellissimo, de color marrón, que paseaba su elegancia solitaria por un descampado, cerca del mirador de la Peña, y cerca también del árbol sagrado. El caballo seguía allí, enhiesto, mirando a un lado y al otro, con la curiosidad que tienen los caballos, e imaginé por un instante si no estaría allí desde siempre, vigilando sin armas la belleza de una isla que a mí me ha subyugado otra vez como si la isla fuera, también, un caballo solitario.

El hermoso desierto

Al llegar a Fuerteventura, como a todas las islas, uno debe asomarse a la ventanilla del avión, si no va en barco; pero en el caso de Fuerteventura con mayor motivo. Para comprobar si es cierto lo que decía Miguel de Unamuno, que, como hemos ya contado, vivió aquí desterrado en los años veinte del siglo xx: hay que asomarse con el alma limpia a este hermoso desierto. Unamuno dijo en un célebre soneto (de su serie *De Fuerteventura a París*) que esta isla es el esqueleto de una isla. Y así lo ves desde arriba; un esqueleto que se agranda y se empequeñece, como un lagarto de varias dimensiones que siguiera viviendo, vigilante, en cualquiera de sus tamaños; herido y todo, el lagarto sigue respirando en cualquiera de sus dimensiones.

Y así lo vi yo desde el aire; Fuerteventura es aire, como el aire de la tierra, es una isla en busca de su sombra, y es un esqueleto. Unamuno también la comparaba con el gofio, el alimento propio de los primitivos canarios, y de los que hemos seguido viendo en ese alimento el símbolo de nuestras comidas; dices pan y estás diciendo la base de lo que te alimenta, o dices papa, y dices lo que comemos los canarios o lo que comen los latinoamericanos, como la sustancia principal de sus platos. Y dices gofio y dices Canarias, o dices Fuerteventura. La Fuerteventura que miró Miguel de Unamuno.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

De modo que cuando leí que Unamuno identificaba isla y gofio sentí que ese era mi poeta, él sabía de dónde venía la infancia isleña, de qué modo pudimos subsistir cuando sólo había papas, pescado, gofio y queso, la alimentación básica de generaciones de isleños. Y Fuerteventura, que fue una isla extremadamente asolada por la pobreza, sintió más que ninguna, tanto como El Hierro al menos, o como el sur de Tenerife, esa solidaridad humilde que el gofio mantuvo con el estómago.

Pero habíamos llegado a Fuerteventura y unos versos de Unamuno me llevaron a la infancia de todos nosotros. Ahora ha pasado mucho tiempo, y la infancia no existe sino como el recuerdo de un recuerdo, o como el resplandor de un suceso, y Fuerteventura también es una isla distinta a aquella que acogió (que literalmente abrazó, pues impidió que su destierro fuera una cárcel) a Miguel de Unamuno. Entonces don Miguel, que fue rector en Salamanca cuando Franco inició la guerra civil, en 1936, pero que antes fue un profesor tronante, diputado republicano, y antes opuesto a la dictadura blanda del general Primo de Rivera, que fue quien le deportó, escandalizó a la sociedad conservadora de la capital de Fuerteventura, Puerto Cabras, ahora Puerto del Rosario. Él hizo aquí sus tertulias; en realidad, la suya era una tertulia peripatética; como tenía prohibido hablar con mucha gente, se iba parando por las calles, por los bares y por las ventanas o las puertas de las casas, e iba sumando voces a su coro poético, político y filosófico. Sus ideas partían de un catolicismo militante, pero también de una lucha por buscar la verdadera identidad de Dios, que fue su gran batalla, su gran agonía, una palabra que fue esencial en su filosofía en lo que tiene de evocación de lucha, que es lo que agonía significa en la lengua griega, que él dominaba.

Así que desde arriba, desde la ventanilla del avión, Fuerteventura se parece a una sucesión de largos lagartos pardos, una especie de isla fantasmal que se abre paso en medio de una perenne, o probable, tormenta de arena; y se parece, cómo no, a un esqueleto hecho de gofio.

Lo que no sorprende es la sensación de arena que produce la contemplación de Fuerteventura; Fuerteventura es arena, arena total, suculenta arena del desierto, festoneada con algunos árboles humildes que producen aún más la sensación de soledad; una fortaleza de arena manchando de arena el mar. En medio de la atmósfera hay arena, la arena cubre las carreteras, y antes las cubría aún más; en la zona de Corralejo, cerca de la capital, Puerto del Rosario, Puerto de Cabras en los tiempos de Unamuno, las dunas dominaban los caminos y las escasas carreteras; ahora las dunas están reducidas a su ámbito y ya no cubren las carreteras sino en zonas muy determinadas del trayecto.

Todo es del color de la arena. En algunos lugares, como en Corralejo, precisamente, la arena es más blanca; y en el sur-sur, en Cofete, la arena tiene el color del gofio de millo, o quizá de trigo: marrón claro, tirando a marrón oscuro. En Corralejo, donde estuve la primera vez que fui a Fuerteventura, hace cuarenta años, la arena es como un complemento del sol: sol claro, resplandeciente, aguas cristalinas, purísimas, y como resultado de esa brillante combinación una sensación muy física, muy placentera, de regocijo feliz, acaso como la que se siente en Famara, Lanzarote, la playa en la que se crió el artista César Manrique, y para mí es la mejor playa, la más misteriosa, de las islas Canarias. Pero ya iremos a ella.

Ahora estamos en Fuerteventura, y viajando al sur, aún no al sur-sur de Cofete. Estamos yendo a Costa Calma, que se llama así por razones obvias, y a un espacio concreto, donde yo quisiera que fuéramos juntos, es decir, mis lectores y yo. Yo vine porque me lo aconsejó el poeta Pedro Lezcano, hace años. Él venía todos los veranos; hasta que tuvo más de ochenta años hizo aquí pesca submarina, y submarinismo, y este es un lugar privilegiado para mirar el fondo del mar, y no sólo para mirar el mar. Lezcano se quedaba en un hotel, el Hotel Los Gorriónes, que en su tiempo era como un coche viejo, de sillones de cuero, mullidos; había un bar que era como los viejos bares canarios, con cierto aire anglosajón, como el bar del Hotel Mencey, en Santa Cruz de Tenerife, también de cuero y made-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

ra, una especie de palomar en el que los clientes parece que van a residir toda la vida con un whisky en la mano, como en las fiestas peligrosas del Gran Gatsby... A lo mejor ahora lo idealizo, pero en mi memoria ese bar del Hotel Los Gorriones es así, tal como lo recuerdo, y tal como me lo recordaba el poeta, un bar cómodo, oscurecido en los atardeceres para ver mejor la puesta de sol que teñía de melancolía la despedida del mar sobre la arena...

Es probable que ese recuerdo, quizá falso, se haya engrandecido por la evidencia actual, pues el bar ha desaparecido y en su lugar hay un chill-out que dudo que hubiera sido de utilidad o de placer para mi amigo el poeta Pedro Lezcano. Pero aquí estamos, y ya no estamos caminando por el hotel, sino por la playa. Fuerteventura es un lagarto desde el aire, pero en tierra es una playa, y es muchas playas, las hay de todas clases, grandes, largas, anchas, de arena más blanca, de arena más negra; esta en concreto, donde estamos, Playa Barca, llamada así por razones obvias, parece en efecto una playa: se estrecha por las puntas, se alarga en medio, y caminas por ella como si estuvieras danzando en medio de un desierto placentero. Como todas las playas de la isla, no hay un desperdicio, y esto es un símbolo: no es que el mar se lo haya llevado, es que nadie ha dejado allí un desperdicio. Será responsabilidad del Ayuntamiento de Pájara, que es donde estamos, por cierto el municipio más grande de España, pero es también la consecuencia de una tradición de Fuerteventura, que es una isla cuyas playas parecen siempre recién barridas. El viento contribuye, sin duda, a hacer ese milagro.

En todo caso, esta playa de la Barca es una extensión (seis kilómetros), una estética y un placer. Representa muy bien la metáfora de la playa, y la metáfora de Fuerteventura: tu mirada se pierde en la lejanía, porque la playa es la lejanía, tus huellas te van precediendo pero se van borrando de inmediato, porque el viento desplaza con destreza la arena fina, y los huecos se van llenando como si por la playa a lo largo de las horas nunca pasase nadie. Es una playa para bucear, para nadar, para mirar. Es una metáfora, en efecto, de la isla. Si ustedes van con fotografías de playas del Caribe y miran atentamente verán que se corres-

ponden con estas playas mayoreras. No es coincidencia, es copia: muchas playas del Caribe se anuncian (en España, al menos) con fotos de estas playas de Fuerteventura; la producción de esas fotografías es más barata que si el desplazamiento de los fotógrafos fuera al Caribe.

Pero no todo es playa en la isla, con ser muchísimo. Nada más salir de la playa de la Barca hacia el sur-sur, mi amigo Andrés Duncanson, periodista y pescador, me habló de una tradición que tiene que ver con el otro producto isleño, el ganado lanar, cabras, ovejas. Me señaló hacia las montañas pardas y secas, y me habló de las apañadas de cabras y ovejas que tienen lugar en estas zonas, hasta Cofete, cada año. Las cabras pastan libremente, y una vez al año se recogen, para convertirlas en carne. Son de sus dueños, todo el mundo sabe de quienes son esas cabras libres; pastan solas, a su aire, comen lo que encuentren, la naturaleza les sirve lo poco que queda, pero donde hay una sombra, detrás de una piedra minúscula, entre los riscos, hay un verde, y en el verde verás a las cabras. Hacen lo que quieren las cabras y las ovejas, pero llevan una marca en la oreja, y la marca delata la propiedad de la que dependen. Las apañadas sirven para controlarlas y para repartirlas; el beneficio de la venta de su carne será para los dueños de las marcas.

Estamos en el Parque Natural de Jandía, y por ahí pastan las cabras, pacíficamente; todas sus costumbres son familiares y pacíficas: los baifos, sus crías, sólo maman de sus madres, las siguen con la devoción de los necesitados; los dueños se fijan sobre todo en los machos castrados; me dice Andrés que su carne es la más sabrosa de todas, y ante todo es sabrosa la de los cuartos delanteros, sobre los que el animal hace menos fuerza. Son cosas del campo, de la tradición ganadera de Fuerteventura, que no ha sido eliminada, por lo que parece, por la invasión turística (sobre todo alemana) que ahora ha convertido este destino en uno de los más apetitosos del mundo que quiere playas, lugares donde nadar, tomar el sol o hacer windsurfing.

Antes en Fuerteventura había dos distracciones, me dice Andrés: mirar cómo desfilaban las cabras y mirar cómo caminaban las dunas... Las dunas, ahora más quietas, porque el trá-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

fico y las carreteras las han controlado, creaban antes su propio paisaje, y éste no era jamás igual; las dunas de Cofete, hacia donde vamos, eran universos con su propia dinámica, la dinámica poética y secreta de las dunas, lanzadas hacia las montañas suaves y sinuosas por el mismo viento que ha convertido estas costas del sur en el mejor lugar del mundo para practicar el windsurfing de competición.

Cabras, dunas, arena, playas, burros (que hay muchos, y muy tristes, como todos los burros, en Fuerteventura) y de pronto, cómo no, los anuncios de Mc Donald's y de la Coca Cola. El turismo es ahora otro asunto del paisaje. Pasamos por el saladar de Jandía, por el tabaibal de Jandía, vemos el faro de Jandía, como elementos del paisaje que siempre hubo aquí, pero hay un nuevo paisaje que se parece a todos los paisajes, el paisaje que deja el turismo, al menos hasta que pasamos Morro Jable, que es el núcleo más poblado de esta península de Jandía. Y después de Morro Jable una pista de tierra y de piedras, a la que de vez en cuando dan vida las cabras y los burros y las playas, te lleva a calas que tienen su propia historia. Esta, en concreto, la playa de la Señora, debe su nombre a una señora que fue amante del rey Alfonso XII; fue desterrada a Fuerteventura para que no perturbara la paz familiar del monarca, y aquí debía darse los baños. Tiene otra connotación la playa ahora, pues fue el primer lugar donde llegaron muertos emigrantes africanos que durante años han utilizado las pateras para desplazarse de la miseria de sus territorios de nacimiento a la esperanza de una vida que creían mejor en Canarias o en España.

Esa sombra de las pateras ha marcado durante decenios la vida de las costas canarias, hasta que una mayor vigilancia, o la constancia de que el mundo mejor era también una utopía que se cobraba vidas, convenció a los que estaban tentados a emigrar a no hacerlo de esta manera tan arriesgada, cruzando el océano desde las costas africanas.

Por estas playas, me dice el pescador Andrés, hay muy buena pesca; como si hiciera una síntesis, él pesca la vieja, el pescado roquero más sabroso y más suave de las islas, utilizando la punta del cuerno de una cabra, que es el que detecta la picada.

“Es un orgasmo para un buen pescador sentir cómo pica la vieja, cómo se tensa la caña; la sensación de que hay como un peso que te indica que algo se ha pescado te deja los pies temblando”. Maneras del placer. De su mochila, cuando nos sentamos a comer, junto al faro de Jandía, en una localidad minúscula que se llama El Puertito de la Cruz, Andrés saca unas cañas que ha preparado para acompañar las guitarras que suenan en el otro lado del bar; al cabo de un segundo ya hay aquí una parranda montada; atrás queda la zozobra en la que nos hemos metido: Andrés cree que la naturaleza se puede dominar, y nos ha metido en una cala preciosa a la que hay que descender desafiando la teoría (y la práctica) de la gravedad. Volamos por los aires, y dimos contra la arena excepcional, acogedora, de la playa secreta. El salto fue abrupto, peligrosísimo; por fortuna, abajo no había piedras sino esa arena milagrosa que está ahí desde la prehistoria de Fuerteventura. Salimos vivos, pero necesitábamos comer (y beber) para reponernos del susto.

Y ese sitio que nombro, el Puertito de la Cruz, una especie de poblado sin ley del viejo Oeste americano, en el que hay instalaciones de caravanas que parece que están ahí desde que los hippies decidieron vivir en comunidad, tiene comida para resucitar de los sustos. Es un caldo hecho con pescado, cebolla, azafrán; al lado, gofio amasado con sal y cebolla cruda. Una buena cerveza helada de las islas (yo les recomiendo una de la marca Dorada, es mi cerveza) anima a olvidar lo que ha pasado en la playa secreta, anima también a participar en la parranda que suena en la barra del bar, y anima a vivir, imaginando el agua límpida, cristalina, la metáfora del agua del mar que hubo después del vuelo arriesgado que nos arrojó sobre esa arena acogedora y ahora inolvidable. Y mientras comemos el pescado suave, las mujeres de la barra cantan; siento en la atmósfera que estoy en un lugar desde el que el mundo se despide entre arenas y aguas cristalinas, como si después de este no hubiera otros puertos, ni mayor salud, ni alegría más gratuita y, por tanto, más hermosa.

Lo que pasa es que en estas islas cada vez que tocas el cielo tocas la tierra. Y piensas en las metáforas, pero te las comes: porque este caldo de pescado, hecho con cherne, un pescado

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

muy salado, que puede ser muy seco, pero que aquí es suave como el caldo, que se come con escaldón (gofio amasado con agua y caldo, que se come con cebolla cruda), se convierte también en una metáfora que tiene que ver con la paciencia de comer, con la barroca manera de abordar los alimentos que tenemos los canarios.

Mi madre lo mezclaba todo, ponía sobre la mesa todos los alimentos, y consideraba que se podían comer al unísono lo sólido y lo licuado, lo dulce y lo salado, y en realidad inventó la fusión gastronómica. Eso lo hizo ella y lo han hecho millones de canarios a lo largo de la historia, sin duda muchas veces obligados por la necesidad, cuando en la casa sólo había pescado salado, gofio amasado y un hueso (de pescado, de carne) para hacer un caldo. De esa necesidad nació el arte de una cocina humilde que le ha dado a la historia culinaria estas satisfacciones. Aquí estoy, sentado ante este caldero enorme, de zinc caliente; dentro está la fusión: el pescado, las papas, la batata, otras verduras.

Me dice Andrés, que me ve revolver, que no es tan sencillo: no lo metes ahí y luego sale el caldo de pescado, no es tan simple. Has de tener cuidado con el tiempo; el tiempo es la paciencia, y la cocina es paciencia, por eso, acaso, han tardado en traernos la comida tanto tiempo, nos han puesto a prueba la paciencia. Viene uno de ciudades donde hay ruidos y semáforos y se encuentra con calles de tierra que duran tardes enteras mientras desarrollas el sentido de la vista ante playas inmensas y seguras, donde no hay ni mosquitos ni otra vida que la que da la alegría de mirar.

Y esa lentitud que es como una canción de cuna es la que se traslada al guiso, que vino cuando lo aconseja el tiempo, y cuando, por decirlo así, se acaba la paciencia, tan solo porque ya no es necesaria. Andrés dice, incluso, que lo han traído un poco antes, el pescado no está como debiera estar. Pero uno no lo sabe, y come con la delectación del que se lo merece. Afuera, sobre la tierra, juegan los niños, entre las caravanas llenas de polvo; hay decenas, quietas, sucias; hay ante nosotros un almacén de mil cachivaches que yo retrato como si estuviera viendo un decorado de aquella película, *Easy rider*. Tan lejos de todo, el Puertito

de la Cruz. Y ahí enfrente, mirando al océano especialmente azul, el faro, un faro más, Canarias limita al mundo con sus faros.

Las mujeres siguen cantando; en este momento cantan una versión de Maná de la canción *Probablemente*, que viene de México, y que a mí me llena de nostalgia, y de una incierta felicidad, mientras me como un caldo de pescado como el que cocinaba mi madre. “En el lugar de siempre, en la misma ciudad y con la misma gente”. Cantan, las mujeres cantan. Andrés les lleva una caña que él ha preparado, como lutier que es, para acompañarlas, y mientras suena la melodía melancólica yo siento en el fondo ese sonido humilde de la caña contra la caña, animando la juerga como si esta fuera a durar toda la tarde y toda la vida, como el pescado, como las papas guisadas, como la verdura que ensalza el caldo, como la cerveza Dorada que acaba de caer como un lujo de frío en el gaznate.

A otras cosas también se las llama felicidad, pero este regocijo chiquito es la felicidad a esta hora en este lugar, y con esta gente. Nos ponen también mojo verde y mojo picón; los mojos están en la teoría humilde (o grandiosa) de la gastronomía; son su lujo y su necesidad, no hay sabor que no remita al mojo en Canarias, mojo con todo, mojo con el gofio, mojo con las papas, mojo con la carne, mojo con el pescado.

La rica salsa canaria se llama mojo picón, cantaba en los años ochenta del siglo xx el artista Caco Senante, de quien es también una especie de eslogan sarcástico sobre el canario que deja su tierra y se va a vivir a Madrid: “Qué haces tú aquí, una gaviota en Madrid”...; pues aquí estamos, en el Puertito de la Cruz, este poblado del Oeste americano en el que conviven los restos de lo que fue el mundo hippy con la nostalgia de las rancheras que suenan en la barra del bar como si estuviéramos en un fotograma perdido de las películas *Bagdad* o *París, Texas*.

Como si fuera un condimento, los mojos, que disimulan cualquier otro sabor. El profesor catalán que estudia el urbanismo de Barcelona tan lejos de allí moja su pan en mojo, nosotros echamos mojo sobre el gofio amasado con el que acompañamos nuestro caldo, a nuestro alrededor los alemanes o los

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

españoles piden, mojan y prueban por primera vez esta salsa que parece una seña de identidad.

Mojos, mojos, Canarias son su mojos. El mojo verde es más suave, se hace con cilantro, acaso con perejil; el mojo picón, que es rojo, pica, es como la pimienta, sirve para hacer más fuerte aún el sabor que estás degustando; si te pasas con este mojo pierdes cualquier sabor, el mojo picón puede con todo; el verde es más sencillo, un mojo dócil que realza los sabores sin desperdiciarlos. Durante mucho tiempo tomé de ambos, pero ahora prefiero tomar las papas con aceite y vinagre, que es también, para mí, el mejor aliño de las ensaladas. Por cierto, no nos pusieron ensalada en el Puertito de la Cruz, y ya me hice al sabor de las que se hacen en Canarias: con millo, palmitos, aguacate, cebolla guayonge (de color azul, sabrosísima; se cultiva en el barranco de su nombre, Guayonge, en Tacoronte, Tenerife)... Pero aquí no había; había tan solo cebolla, y no era azul, que es la que utilizamos como si fuera una cuchara para comer el gofio. Las ensaladas son un rito que proviene directamente de la huerta; quien quiera sentir que Canarias está en la mesa, aparte de los mojos y de los potajes, debe pedir ensaladas, y debe exigir que la cebolla esté entre sus componentes. Y si es azul, esa extraña cebolla azul que se cultiva en los barrancos, muchísimo mejor.

Cuando acabamos de comer las mujeres cantaban *El rey*, la canción del mexicano José Alfredo Jiménez. “Pero sigo siendo el rey”. En este ámbito esa música te transporta a cualquier sitio, y estamos simultáneamente en Canarias, en México, en el Oeste americano, en el paraíso donde el viento mueve la arena para ponerla en su sitio. El profesor catalán, experto en el urbanismo barcelonés del siglo XIX, comía un pescado grande, rojo y frito, y miraba unos apuntes. Lo abordé. Se llama Francesc, y está en la isla “desconectando y estudiando”.

¿Se pueden hacer las dos cosas a la vez, desconectar y estudiar? “Se pueden hacer”, me dijo.

Me gusta hablar con los extranjeros en las islas, ellos ven cosas que nosotros no vemos; siempre he estado observando y abordando a los extranjeros en las islas; uno de mis primeros

trabajos fue cuidando a los niños de unos extranjeros, y de niño perseguía a los extranjeros para pedirles pennies y para hablar con ellos; las primeras palabras que vi escritas fueron palabras suecas (“Trulsa ös mormor”), y luego vi escritas, en unas tiendas de ultramarinos que venían de Inglaterra, la expresión publicitaria “It’s danish it’s good”, y de una lata de Nescafé apunté esta leyenda: “Mantenha a lata bem fechada”. Canarias ha sido, y es, un tráfico inmenso y permanente de extranjeros que nos han ido modelando el lenguaje, juntando nuestras fronteras difusas con las fronteras del mundo. Imposible vivir encerrados en las islas: las islas son una ventana que se abren desde que eres un niño.

Así que abordé a Francesc como si este profesor catalán fuera un extranjero y le pregunté si se podían combinar la desconexión y el estudio. Y mirando hacia el fondo de su plato, hecho ya de mojo, pan y restos del pescado, aquella vieja que diseccionó como si la estudiara, me confió un descubrimiento que yo le copio: “Me gusta que aquí lo verde no sea lo que define al paisaje, sino lo tectónico”.

Que lo verde no sea lo que define al paisaje sino lo tectónico. Lo decía en Fuerteventura, claro, donde lo verde es artificial o lejano, situado más allá del alcance del mar y de las arenas; en el Puertito de la Cruz y en todos los kilómetros que lo circundan ves cabras escuálidas, en ningún sitio ves una hierba, si acaso hierbas ocultas en el interior mismo de las piedras a las que los animales acuden como sedientos en un oasis.

Lo verde no está, está lo tectónico. Lo dijo como apoyando la mano en la tierra. Es cierto. En primer lugar, el verde es escaso; hay en la carretera unos árboles chiquitos, agarrados como lapas a la arena, que yo me he detenido a fotografiar, agachándome hasta quedar con la barbilla a ras de tierra; pero ese verde no da sombra; Andrés me ha señalado una planta minúscula que se esconde, agazapada, detrás de una piedra asimismo pequeña. Pero no hay verde; a lo lejos, a veces, vislumbra en este profundo sur extensiones breves de palmeras o setos que despiertan la sensación de un oasis, pero Jandía no se hizo para el verde, de modo que lo que dice Francesc es lo que se palpa, lo tectónico está hasta en el aire en Fuerteventura, hasta el aire es de arena,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

parece que está a punto de ser sólido. Vivimos en medio de una tormenta de arena que a veces se desata, pero que se mantiene en el aire como una amenaza en el aire.

Pero quien no ha ido a Cofete y no ha cruzado la curva del mirador, una construcción rústica, desarbolada por la ventolera, no ha contemplado la verdadera dimensión de soledad que convierte esta isla, como decía Miguel de Unamuno, en el esqueleto de una isla. Estamos en el macizo de Jandía, hemos dejado atrás la casa que un ingeniero alemán, el doctor Winter, dicen que usó en la segunda guerra mundial para proveer de combustible a los submarinos alemanes que transitaban por aquí, hemos cruzado por ese misterio que ya es una de las leyendas de la isla, nos hemos maravillado ante el caldo de pescado, hemos estado a punto de perecer volando sobre la arena de una playa secreta, pero nadie está preparado para esta impresión que se percibe nada más cruzar esa curva en Cofete, en medio de un viento que no tiene fin: y lo que ves es una extensión virgen de catorce kilómetros de playa ante un macizo que parece más bien la mano abierta de Dios, lanzando su sombra sobre la tierra, ayudado por unas nubes grisáceas que hacen aún más fantasmagórico y alucinante el paisaje que estamos pisando.

Al fondo de esa grisura tersa de la tierra, playas enormes y solitarias, y un cementerio espectral, como el recuerdo de un cementerio misterioso cuyos muertos estuvieran purgando eternamente el pecado de haber sido enterrados donde no hay nada, ni Dios.

Cofete dejó de ser un municipio en 1960, y el último enterramiento que está a la vista en su cementerio es de 1953. Extraña ver ahí, en medio de estas playas suculentas que apelan a la felicidad de bañarse o de perderse, la presencia de un cementerio verdaderamente marino, o costero; es una construcción que ya forma parte de la arena, lo que le da un aire especialmente simbólico, como si alguna vez la arena en efecto lo fuera a enterrar del todo, y ya lo está enterrando del todo,

ante la indiferencia del aire, que es aquí, otra vez, como el tiempo y por tanto como la paciencia: una brisa constante que parece ser, como las almas perdidas aquí, parte de la eternidad.

El tiempo es propio del cementerio, y el aire es la tierra que lo oculta marcando el tiempo. Aquí sentí otra vez la sensación de estar dentro de una película, escuchando quizá, de nuevo, la música de *Paris, Texas*. Vi palmeras desoladas, a veces agrupadas, en todo caso secas; en la isla he visto espacios volcánicos combinados con extensiones de palmeras verdes, lo que en días de sol limpio crea la sensación de que estamos entre el desierto y el paraíso. Y si esto es el paraíso, entonces el paraíso es un lugar solitario.

Luego volvimos por donde habíamos andado; en Tefía vimos el monumento a Miguel de Unamuno. Enhiesto, solitario, el viejo filósofo que se enfrentó a Franco, a Millán Astray y al grito fascista “¡Viva la muerte!”, en los primeros días de la guerra civil española, resiste allí como una palmera. Se ha convertido Unamuno en una especie de patrón laico de Fuerteventura; sus versos se recitan como si los hubiera escrito un natural de la isla, un majorero, y nos comemos allí los percebes que él contribuyó a redescubrir como si fueran un alimento creado por el filósofo-poeta para hacer más feliz la vida en la costa, al menos en la costa de Gran Tarajal, que fue donde los comí aquí por vez primera, hace casi medio siglo.

El otro símbolo de la isla es puramente isleño, es una montaña, la montaña de Tindaya. Fui a verla otra vez; hace años acudí a verla para contar qué era, para un reportaje de prensa; ahora vengo como si estuviera cumpliendo una peregrinación religiosa, para observar qué se escucha, si se escucha algo a sus pies.

Tindaya es una reliquia perfecta, una construcción que la naturaleza convirtió en una especie de caricia del suelo, ondulada, una ola de tierra sobre el erial. Los primitivos pobladores la convirtieron en un objeto de adoración, y aunque los hombres luego utilizaron su piedra (la traquita, muy valiosa) para arañarla, los del lugar sólo se dieron perfecta cuenta del valor que tenía cuando un artista, Eduardo Chillida, vasco como Miguel

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

de Unamuno, quiso convertirla en un templo de la luz, en el hogar del sol.

Es curioso, pienso ahora: tres vascos tan ligados a la mitología de las islas: Chillida, el escultor; Unamuno, el filósofo; Aldecoa, el escritor. Uno de San Sebastián, otro de Bilbao, el último de Vitoria. Las islas son un imán, pero el imán funciona cuando hay calidad poética para percibirlo.

En fin.

Por una coincidencia que ya he mencionado en otro lugar, tuve que ver con ese sueño del escultor vasco.

Chillida, que murió en el año 2000, después de una depresión y un alzheimer, declaró en torno a 1990 que tuvo un sueño del que habló en la prensa. En el sueño hallaba una montaña que podía horadar, para hacer de ella un receptor de luz, de la luz solar, de la luz de la luna, de la luz; en su sueño, la montaña se convertía en una especie de templo en cuyo interior se percibiría la luz de esos dos momentos estelares del cielo, cuando hay luna, cuando está la claridad solar en lo alto. Un arquitecto de Gran Canaria, José Miguel Fernández-Aceytuno, y su socia, la escritora Yovanka Vaccari, supieron que yo veía a Chillida con cierta frecuencia, por razones profesionales, y me encargaron que le llevara una idea que ellos consideraban que complementaba perfectamente aquel sueño: la montaña de Tindaya. Ellos habían dibujado sobre un papel el sueño y su consecuencia en la cima de la montaña, y me lo dieron envuelto en un rollo gigante. Habían hecho ese dibujo siguiendo un encargo del Gobierno de Canarias, que quería llevar adelante un plan especial de protección de la mítica montaña. “Cultura y arte para impedir la minería”, me dijo Yovanka. El sueño quedaba en manos de Chillida, que quería horadar una montaña.

Chillida era un escultor y un poeta. Había sido portero de fútbol, y eso, decía, le dio una dimensión exacta de los espacios: el balón cabe en la mano, y el espacio que abarcan los dedos abiertos es el espacio perfecto. Él lo decía caminando por el hermoso paseo de La Concha, debajo de su estudio, en San Sebastián, rodeado de niños que jugaban, acaso como él cuan-

do tuvo esa edad, saltando en medio de los adultos que ocupaban aquel pacífico paseo. Algunos de los mejores dibujos de Chillida son dibujos de las manos, manos abiertas, puños, manos cerradas, manos expectantes, manos que piden, manos que dan, manos que se retraen, manos que vuelan, manos vacías.

Chillida era un hombre soñador e ingenuo, y muy fuerte, hasta que le venció el alzheimer. Pero entonces estaba en plena forma, y recibió la incitación de Tindaya con una gran excitación. Sí, esa montaña de Fuerteventura, que era al tiempo una mano cerrada y un mito, una especie de recreación del mito opaco de la caverna, era el lugar preciso, allí debía horadar para construir su templo laico de la luz.

A partir de ahí se ocultó la tarea del mensajero: le dejé los planos de la montaña de Tindaya a Eduardo Chillida y me fui, había acabado mi misión. Luego vinieron los técnicos; él se hizo acompañar de un ingeniero, al que Chillida llamaba “ingeniero de las sombras”, José Antonio Fernández Ordóñez, que fabricó la teoría en virtud de la cual la montaña podía horadarse sin perder su configuración, de modo que era factible cumplir el sueño de Chillida sin romper la montaña.

Los ecologistas no pensaron lo mismo y, poco a poco, entre esa oposición y la torpe gestión que la política hizo de la idea de Chillida, el proyecto se fue diluyendo, entre acusaciones de carácter ecológico y evidencias de trapicheo administrativo en torno a la traquita, la valiosa piedra que conserva en su interior la espléndida montaña de Tindaya. Chillida estaba obsesionado con la luz; no era extraño que hallara en una montaña como esta, de una isla en la que la luminosidad es el valor máximo, el símbolo de su mayor aspiración como artista: apresar la luz.

Cuando le llevé al escultor el proyecto de Aceytuno y Vaccari era en torno a 1995; esos días escuché hablar a Chillida con Fernández Ordóñez, el ingeniero, sobre esa obsesión, la obsesión de la luz. El ingeniero le recordó al escultor la levedad que éste siempre le concedió a lo poderoso; el poeta español Jorge Guillén, cuya poesía tanto tiene que ver con el concepto de espacio y de luz de Chillida, decía que lo leve es lo que pesa. Y por esa vía ambos, el escultor y el ingeniero, se pusieron a hablar del

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

hormigón como si fuera el material de un sueño. Y Chillida juntaba las manos como si desmigajara el hormigón, o como si convirtiera su sustancia en un acordeón con el que acompañaba el silencio potente de sus manos...

Del mismo modo puso las manos cuando supo que existía Tindaya y que se la ofrecían para cumplir su sueño. En esa sesión con el ingeniero dijo: "Sin luz no veríamos nada. Estoy trabajando en la montaña de Tindaya para estar más cerca de la luz". La luz es lo que es, decía Chillida: "Está en todas partes, en el alabastro, en el mármol. Está en el papel". Estaba en la montaña. La fue a ver. Regresó fascinado de la isla y su montaña. Trabajó obsesivamente en ese proyecto, era el proyecto del final de su vida, para él vivía en ese instante... Pero Chillida murió algunos años después; cuando se desbarató su proyecto empezó a sentir una enorme melancolía, como si le hubieran cegado la luz y le hubieran matado un sueño. Él quería que Tindaya entrara en la mitología del futuro respetando la mitología del pasado, sin dañar el legado, y preservándola para siempre de la especulación sobre la piedra, para crear un espacio interior "en una montaña para todos los hombres de todas las razas y colores, una gran escultura para la tolerancia".

Ahora Tindaya está ahí, la veo esta tarde en medio de una nube gris; es parda, como el pelo de los burros, está mordida en su base, cerca de ella se anuncian campeonatos de petanca y conciertos de rock, hay una casa vieja y muda, una construcción de cantera y adobe frente a la montaña sagrada que Chillida quiso hacer la casa de la luz, y yo lo miro todo tratando de recordar la mirada del escultor cuando recibió el extraño encargo de completar un sueño.

Seguí andando, rodeado de montañas desnudas, de terrazas cultivadas, de palmeras solitarias que viven dando sombra al tiempo, y sentí que Fuerteventura es una cadencia musical, arquitectónica, hay en la isla una armonía rara. Chillida dijo aquella vez que le escuché hablar con Fernández Ordóñez acerca del aire y de la luz: "Al entrar en la catedral de Sofía, en

Bulgaria, me dije: Estoy entrando en los pulmones de Juan Sebastián Bach”. Pues en la isla de Fuerteventura entras, desde el aire, o desde el mar, y parece que estás entrando en una partitura que acaso deberían haber ejecutado Albinoni o Vivaldi, con toda la fuerza vital de ambas melancolías, o incluso Vangelis, o Theodorakis, aquí hay la evidencia de que todas las artes y todas las músicas pueden coexistir. Y al final siempre sientes los acordes de *París, Texas*, la melancolía del desierto siguiendo la ruta de una isla que parece haberse sumergido en arena.

Pero sigues caminando entre estas montañas y en algún momento, inevitablemente, verás también la señal de Mc Donald's.

Hay zonas en que el encuentro con esas señales perversas del futuro (la comida basura, el tráfico basura, el turismo basura) es imposible; aconsejo esa ruta. Si vas de Morro Jable, donde los Mc tienen su sitio, a Puerto del Rosario, o a Corralejo, o a Pájara, toma la carretera que dice “A La Pared” porque te lleva a un pueblo que se llama La Pared. Lanzarote se distingue por haber blanqueado sus pueblos, por iniciativa del inigualable César Manrique; muchos pueblos mayoreros han seguido la lección, y en esta zona es donde se ve una porción de ellos, entre ellos precisamente La Pared. Pero lo importante aquí es fijarse en esa sinfonía perfecta de montañas sucesivas, pardas o rojizas, siempre suaves, configurando a veces rincones humanos, especialmente femeninos; para mirarlás hay que juntar los dos sentidos, el de la vista y el del tacto, y la combinación da de sí el lujo placentero de mirar Fuerteventura.

Fuerteventura no es una isla plana, aunque hay en ella mucha planicie, y en sus montañas el hombre sólo puede soñar, hay una quietud que acompaña y asusta, y que te lleva a Betancuría, que es como Tindaya pero con su propia historia civil.

Antes de llegar a Betancuría me asomo a un mirador espectacular que te deja extender la vista hacia una soledad sin frontera, total, generosa o despiadada, según esté tu ánimo. En concreto, los palmerales que se ven desde aquí me recuerdan

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

las palmeras de Valle Gran Rey, en La Gomera, lo cual me lleva a una cierta melancolía, porque los paisajes con palmeras tienen ese aire de objeto inalcanzable y cansino que te llevan en seguida a otros recuerdos de otros tiempos.

Aquí hay cardos, tomates, higos de pico; una cruz hecha con cardos recuerda el espíritu de alguien que murió en un accidente de carretera... Es muy habitual en estas islas, sobre todo en las zonas rurales, que las familias dibujen esas cruces mortuorias con los materiales más diversos, y eso le da a las cunetas una atmósfera fantasmal de recuerdo y de tristeza. Ya las islas son por sí mismas muy melancólicas; esa sucesión de cruces las convierten, además, en una geografía física en la que la tristeza de la muerte parece una sombra persistente, forzosamente inolvidable.

El paisaje es así, entre desértico y sutil, hasta que llegas a Vega de Río Palmas, donde la vegetación se aposenta como si esperara una visita.

Y ahí está Betancuria, historia, aire y montañas, y el sonido de la esquila de una cabra como la que una vez escuché en un paisaje igual de La Gomera.

Betancuria fue centro administrativo y religioso de Fuerteventura hasta el siglo XVII. Pero ahora es sólo la sombra de aquel esplendor. Su población no llega al medio millar y depende casi exclusivamente del turismo que llega en busca del souvenir del pasado de la isla. Es el único lugar turístico de Canarias, sin embargo, que se ha salvado del cemento que ha sepultado el horizonte del mar en muchas extensiones de la costa, prácticamente en todas las islas.

Betancuria es la majestad del silencio. Este silencio está aquí desde hace siglos, y cae sobre Betancuria aún con la fuerza moral del misterio. Pero hoy lo que nos recibe es una bandada de cuervos que aguardan insaciables la muerte accidental de los baifos, las crías de las cabras, que pastan aquí con la pasión juguetona que distingue a estos animales del sol. Un hombre nos dijo de Betancuria: "Es como un pueblo que estuviera debajo del mar. Pero sin ahogarse". Y el mismo hombre me dijo sobre cómo se siente aquí el paso del tiempo: "Estamos como si se

hubiera parado el tiempo y nosotros nos aferráramos a los punteros”. Betancuria, un reloj parado.

Está en el centro mismo de la isla, colgada allá arriba, mirando; fue su capital religiosa, administrativa. En el siglo xv cayó en manos del colonizador francés Jean de Bethencourt, y de ahí su nombre; dominaciones sucesivas no consiguieron borrar aquella primera impronta, de la que queda el esqueleto de un convento.

Pero ahora Betancuria ya es sólo la sombra de aquel esplendor, del que conserva ésa y otras reliquias eclesiásticas, y el silencio que seguramente no la va a abandonar nunca. Su población, como decimos, no llega al medio millar, y en las calles secas y silenciosas se nota la ausencia excepto cuando los turistas que acuden a Fuerteventura las llenan en busca del souvenir del pasado más remoto de la isla. Y no hay tanto souvenir que llevarse.

Desde arriba, este valle encerrado se adivina como la posición estratégica que halló el aventurero Bethencourt para defender su pieza, y en el llano uno camina como si estuviera pisando sobre la historia. Se nos oye pisar sobre los empedrados, y uno siente, cuando pregunta, que el carácter íntimo, casi agreste, salvajemente tímido a veces, de los canarios convierte esas preguntas como en un examen de la intimidad, una cuchilla que entra en su silencio. Es mejor no preguntar, pasar sin preguntar, no rasgar el silencio con nuestra impertinencia, pasar sin ser visto.

A los canarios no les gusta que les pregunten; el canario es íntimo, quiere serlo, su timidez es la defensa de un aislamiento, se siente mejor así, en su rincón, mirando al suelo, conversando con un espejo interior que no abandona; es como esos personajes mexicanos de Juan Rulfo, y es como Juan Rulfo, silencioso, escondido debajo de la sombra de su sombrero. Eso lo noté sobre todo en Betancuria.

Pérez Minik dice, en aquel texto sobre la condición humana, algo muy sabio sobre nuestra disposición a hablar con extranjeros (o con extraños) y también a mostrar un silencio pertinaz que es hijo de nuestro rechazo a regalar la intimidad. Dice, estableciendo una especie de historia de la construcción (difícil) de nuestro carácter: “Las condiciones del contorno geográfico

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

de nuestras Islas hizo posible el estancamiento, la quietud y ese Jardín de las Hespérides de nuestros idílicos guanches. De no haber llegado los españoles, aquel estado de cosas se hubiera prolongado indefinida y plácidamente”. No pudo ser (por fortuna, añadido ahora), por lo que “Para salvar estos enormes peligros para su salud física y anímica, al insular no le cabe otro remedio sino exilarse por su propia voluntad y regresar luego con el tesoro de las grandes correrías por el ancho mundo, o manteniéndose en su paraíso, excitar al extranjero a venir a su encuentro, cuanto más extranjero mejor, bien para convivir amigablemente, bien para sostener un debate fecundo de recelos y sugerencias”.

Pérez Minik era un cosmopolita, y era heredero de una tradición cosmopolita; su alimento espiritual, en unas islas aisladas en la posguerra, seguían siendo las emisoras extranjeras (de París, de Londres), los periódicos foráneos (*Le Monde*, principalmente), y sus paseos cotidianos, hasta su vejez, le llevaban hasta el muelle de Santa Cruz de Tenerife, cuyos barcos grandes y pequeños se sabía de memoria. De esa actitud nace su creencia de que el canario, en general, está pendiente de la entrada y salida de viajeros, y de ahí viene esta certeza, esta afirmación cosmopolita, que, por otra parte, convive con el espíritu de los canarios, sobre todo los de las islas grandes, los de las dos grandes capitales, Santa Cruz y Las Palmas de Gran Canaria.

Pero ya las islas están quietas, no son apetecidas, dice Pérez Minik, por los extranjeros, los descendientes de aquellos que las quisieron piratear ya vienen como turistas. “Hemos de afirmar”, confiesa Pérez Minik, y no puedo decir que lo hiciera sin nostalgia, “que en estos días ya es difícil la llegada de otros pueblos aventureros a las Islas en plan de conquista, dadas las circunstancias económicas vigentes, y no nos queda otro destino sino esperar la llegada del extranjero”.

Este extranjero que esperamos “viene a representar en nuestro tiempo, para el hijo de este archipiélago aquí encallado definitivamente, el papel de los chinos en la civilización posterior del Japón, el de los sajones en el desarrollo de la Gran Bretaña y el de los españoles en la conversión de estas tierras”...

Betancuria representa la lejanía, ese territorio al que se accede para ir de paso; atrás queda su situación como lugar ansiado por la codicia de los conquistadores. Los extranjeros van y vienen, pero no se quedan allí; hay un bullicio provisional, como el que se siente en Taganana, en Tenerife, y luego el aire es, de nuevo, el silencio...

La villa de Betancuria, donde ahora paramos a comer queso y a beber un refresco, vive pendiente de la visita de los turistas; esa es ahora, con la ganadería, con la agricultura que queda, la esperanza de su sustento. De que los turistas vengan o no a recorrer sus calles, a ver sus monumentos, a tratar de rebuscar entre estas piedras rastros de lo que ellos mismos desconocen, depende la subsistencia de Betancuria. Pero si los turistas no vienen no pasa absolutamente nada: en la dignidad del insular no persiste la costumbre de pedir. Con el queso, con el gofio, con las papas que tan bien se dan a estas alturas hay para ir tirando, como me dicen los viejos que se aprovechan del sol en la casa a la que llega el correo, unas cuantas cartas que reparten por la villa...

Una chica, Vanesa, me dijo que un día Betancuria será una villa fantasma. "Porque no habrá ni viejos". Lo había escuchado antes. Lo escuché nada más llegar, en efecto, cuando entré en Betancuria por donde graznaban los pájaros. Lo dijo un joven que hace de socorrista en Pájara, José Hernández, el hijo del juez de paz: "Y si me caso, ¿qué haré? No sé, pero desde luego será difícil vivir en Betancuria".

Será difícil, pero ahora es un placer. Las casas son viejas como el mundo, y algún día se caerán, no quedará rastro de Betancuria. Me lo dice un joven estudiante, señalando una casa en concreto: "Ahora no es nada, pero pronto será también una ruina". Hay como un aire de derrota en medio de una música que las palmeras convierten en la saludable monotonía de un pueblo que duerme al arrullo de ese sonido.

En lo más alto de Betancuria, donde los cuervos, está llegando a mirar sus animales el juez de paz, José. Él dice riendo que "los animales son mejores que las personas", a unos los quie-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

re y a las otras las juzga. Tiene quinientas cabras, con sus baifos y con sus burros tristes, grises y melancólicos, también está con él un camello que se contonea nervioso o coqueto; estamos en medio de una bruma que separa Betancuria del mundo. Al otro lado de donde nosotros estamos mirando su museo animal, José nos enseña la claridad del aire, “no hay ni una bruma”, y bajo esa claridad es aún más inquietante la presencia de los cuervos.

En la granja del juez huele a queso; entramos y el sonido de nuestros pasos en la gravilla parece por un momento el único ruido que se ha escuchado durante siglos en Betancuria. Los burros nos miran con sus ojos inexpresivos pero misteriosos, y acariciamos la cabeza de un baifito como si estuviéramos saludando la ganadería tradicional canaria.

El camello —el misterioso animal que un día fue el medio de transporte en Fuerteventura— mantiene ese contoneo que no sé si es de incomodidad o de coquetería, lo cierto es que los camellos no miran con la nobleza de los burros, o de los caballos, y me voy de su lado como si en su mirada turbia hubiera una amenaza que concreta aún más en sus dientes largos, amarillos, una especie de cremallera cruel de la boca. José me enseña un artilugio con el que se ordeñan automáticamente las cabras, mientras escuchan música; se relajan, y dan mejor leche, y más abundante. La música amansa las cabras, también.

Ocurre en Betancuria una sensación que se produce en la mayor parte de los pueblos canarios que están en lo alto, lindando con las nubes o con el silencio: en ellos parece que se paró el tiempo; lo he sentido en Arona, Tenerife; lo he sentido en Teguiise, Lanzarote; lo he sentido en Arucas, Gran Canaria; lo he sentido en Valverde, El Hierro; se aprecia sobre todo en Chipude o en Agulo, en La Gomera, y se vive aquí, en Betancuria, como si aún convivieran el tiempo del conquistador francés con los tiempos del dictador Franco. Un joven estudiante de Historia me dijo que aquí ese aire se concentra en el pasado, parece que siguen mandando los caciques o los secuaces del dictador, y probablemente es una ilusión (o desilusión) óptica, pero lo cierto es que a veces en Betancuria tienes la impresión de que el

tiempo se paró y caminas hacia atrás, al encuentro de un universo que ya no existe en otros sitios, o en la realidad. Pero a él, al historiador, que es de aquí, le encanta volver, “este es mi sitio, mi vida, un paraíso”.

José Luis me lleva por los monumentos que quedan, reliquia de esa historia que parece seguir viviendo. Unos en ruinas, otros cerrados y desvalijados... Pero se conserva —me lo cuenta doña Milagros, que siempre vivió aquí— ¡el rabo del diablo! Ella dice que, según la leyenda, la ermita de San Diego se construyó con piedras que portaba el diablo, como una penitencia, y cuando acabó la tarea, allí quedaron la sogas con la que lo amarraron y también el rabo del mismo demonio.

Hay en Betancuria la sensación de que el tiempo, en efecto, se quedó quieto. Ahí está, echada sobre el canapé blanco de la entrada de su casa, una de las muletas de Vicentito, a quienes todos se refieren como la mirada veterana de la villa. Tiene más de ochenta años, es simpático y dicharachero; un sobrino suyo, Paco, nos dice que hacen falta muchos blocs como el que llevamos para que quepa todo lo que el viejo nos va a decir. Ahora Vicentito está haciendo su gira habitual por los pueblos de la zona, con el cartero, que se llama Bernardo; cuando regresan de la ronda se ponen a desayunar como camaradas que comparten confianza y comida. El encuentro tiene el aire que Gabriel García Márquez encontró en los pueblos de Colombia, y sobre todo en la reacción que ante la correspondencia sentía aquel general a quien no le escribía absolutamente nadie. “¿Y qué comeremos mañana?” “Mañana comeremos mierda”. El cartero nos dice que cada día reparte unas 190 cartas, propaganda, bancos... Sólo cinco o seis familias se siguen carteando, sobre todo con Cuba, con Venezuela... El mundo se mueve, pero es como si lo hiciera hacia atrás en Betancuria.

Don Vicente, al que resulta raro llamarle, como hace todo el mundo, Vicentito, dice riendo que es el jefe del pueblo. Él ha visto siempre así Betancuria, y supone que así la verá siempre. Aquí hay un aire de resignación y de pasado, como si cruziera el tiempo si lo adelantas o lo fuerzas. Con el cartero, Vicentito

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

comenta que uno de los signos de que el pueblo no cambia es que aún no tiene que cerrar la puerta de la casa con llave. Eso pasa en algunos pueblos, pero ya no pasa en todas partes, y a falta de otros orgullos, ese también es un orgullo de los habitantes de Betancuria. “Un día sólo habrá aquí viejos”, dice Vicentito, “¿y para qué robar a los viejos? ¡Las personas mayores ya no hacemos ni bulla”, dice, riendo. Se fueron los jóvenes, y él también se marchó, a la guerra, con los nacionales de Franco; ahí está, en una fotografía: están con él la alcaldesa de entonces, que era su mujer, con el Caudillo Franco. Él fue albañil, aquí hizo algunas casas, pero la mejor obra del pueblo, dice, es la propia Betancuria. “La gente cree ahora que Betancuria siempre existió; es vieja, la más vieja villa de Fuerteventura, pero yo me acuerdo de cuando no había ni luz eléctrica”.

Sobre los empedrados de Betancuria pasa Marta, colombiana; cada día, para llegar al restaurante en el que trabaja, camina frente a la imponente iglesia, la catedral que preside la villa con una majestad en la que se concentran siglos de silencio. A ella Betancuria le recuerda los pueblos colombianos de Tolima: la tranquilidad, las casitas chiquititas...

Aquí están como si hubieran llegado a otro mundo. “Como si se parara el tiempo”, dice José Luis, “y nosotros estuviéramos aferrados a las agujas del reloj... Algo te atrapa, quieres volver... Aquí todo funciona diferente: el tiempo, las relaciones, la vida. Eso es lo que tengo que explicarle a mi hermano cuando venga. Él viene de Nueva York, del mundo de las nuevas tecnologías, y a lo mejor ya no se acuerda de cómo es esto. Es como si fuéramos un pueblo del fondo del mar, pero sin ahogarnos. Es lo contrario del Tibet, que está allá arriba, es imposible que baje... Y nosotros estamos abajo, ¿cómo subir?”.

Un paraíso quieto.

La maldita curva

César visionario

Unamuno decía, recuerda José Luis, que Betancuria era como una tumba enjalbegada... En el silencio que la preside está ese sonido misterioso de los lugares quietos. Los que la consideran un paraíso echarían de menos que hubiera un sonido que también la colgara del mundo. Algunos creen que esa mano hubiera sido la de César Manrique, el artista que salvó Lanzarote.

Pero a César Manrique, un mito contemporáneo, se lo arrebató el tiempo, en septiembre de 1992, cuando un automóvil segó su vida mientras él cruzaba una curva conduciendo su propio coche, junto al espacio en el que congregó su invención y su arte, en Tahiche, Lanzarote.

Y ahí dejamos Betancuria, sola, en la majestad del silencio. Una villa que es en sí misma una isla colgada del techo del mundo, en un tiempo desafiante y ahora mansa como los burros, como las palmeras y como las cabras.

Dejamos Betancuria y pensamos en César, un hombre espectacular, un artista que modeló una isla hasta hacerla no sólo una isla sino un semejante. Él era una isla.

Déjenme que lo presente.

Era un visionario. Imagínenle al amanecer: ya estaba a punto de cumplir los setenta años, en 1988, y vivía en una tierra que

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

él parecía haber inventado. A esa hora indecisa en la que el fresco de la noche no ha dado paso aún al aire cálido del salitre y de la lava de Lanzarote, este hombre de boca fruncida y ojos grandes, activísimo animal de la isla, ya estaba haciendo flexiones sobre las piedras frías de su casa. Ésta, en la que ahora está, es la casa de Haría, en el norte nublado de la isla; se ha ido allí, después de rebuscar por toda la isla, porque en esta otra casa se dan la melancolía y la soledad de la que ya no se disfruta en Tahiche, donde hizo, entre volcanes, su primera casa legendaria, que está en todos los catálogos de las casas exuberantes o raras. Tahiche era un poblado, y ahora lo sigue siendo; él descubrió las bocas de un volcán quemado, y pensó que ese era su territorio, un sitio inventado para él. Bajo la tierra, en el calor sofocado de un subsuelo que fue fuego. Ahí hizo su casa, fue el regocijo de generaciones de artistas a los que él invitó a venir, como si allí abajo hubiera encerrado el sueño de una isla. Un día, cuando ya estaba a punto de cumplir los setenta años, abandonó esa vivienda luminosa pero enterrada, y se fue a vivir a una casa grande, mucho más oscura, pero allí buscaba César el sosiego de sus últimos años; ese retiro me recordó los retiros que buscó Picasso en su vejez. Había algo en ese viaje hacia el norte, hacia Haría, como de despedida de César. Pero no cerró Tahiche, qué va, ese lugar volcánico era la raíz de su vida.

Y ahí, en Tahiche, está su fundación; digamos que él no ha muerto, sigamos su itinerario de ese tiempo; y digamos que ahí está su fundación, en efecto, y que a ella acude cada día, tempranísimo, como si con él saliera el sol.

Es muy temprano, entonces, cuando César despierta y recorre la isla, como si él también estuviera despertándola. Él quiere establecer a esa hora en que la luz es aún incierta una relación de gratitud con la tierra y con el día; es su manera de rezar: levantarse temprano. Y su relación con la vida es de gratitud. En la casa todo queda en orden, y él sale de ella como si hubiera cumplido con el sueño el pacto que ha establecido: dormir para vivir. Él estaría siempre despierto, el ojo enorme fijo en la vida también cuando llega la noche y él se dispone a colgarse

del sueño como los pájaros se cuelgan de los hilos de la luz. Por jugar, abre la tapa del piano y fabrica unos cuantos arpeggios; por jugar, porque el piano no está ahí para él, algún amigo ha venido, o vendrá, que necesitará el piano para expresarse o para ensayar o para animar las tardes lentas de la isla en Haría; pero a él le gusta poner las manos sobre el piano, hacer música, tararear para que Corcho, su perro, un labrador precioso, crea que conversa con fantasmas.

Así que César deja la cama, los aposentos amplísimos de la casa, saluda alborozado la presencia de Corcho, su perro amabilísimo y educado, que le ve desde lejos con esa indiferencia grandiosa que tienen los perros melancólicos, y Corcho se levanta pesadamente para ir al encuentro de su amo caminando sobre la grava que separa la casa de la caseta. César lo besa y ríe, éste es mi perro, mi Corcho, y Corcho le agradece ese abrazo con el que César celebra también la vida que le rodea; el perro le lame las pantorrillas, lo cerca, le devuelve las caricias; en medio de este silencio reciente de la madrugada, el hombre y el perro parece que ensayan pasos de baile, alegres pero aún perezosos... César es un tipo feliz y hace gimnasia.

En la cocina luminosa de la casa ha encontrado higos de pico, leche y agua fresca; los higos los ha pelado él la noche anterior; siempre están ahí, son como el saludo que él mismo se prepara, un desayuno con la vida; él es vitalidad y ligereza, está disponible para la alegría del día, y come y bebe como si fuera la primera vez que come y bebe en toda su vida, pues todos los días comienza la vida, dice él, y además hay que celebrar que todo se esté estrenando siempre. Y él lo estrena, después vuelve al piano, si yo supiera tocar, dice, y retoca la posición del libro que está leyendo, como si las cosas tuvieran vida y fueran a echarle de menos durante las horas que ahora se van a iniciar fuera de la casa, cuando esté en Tahiche, esa casa que parece una raíz. Yo me encontré allí ese libro, unos poemas, después de su muerte; estaban abiertos por una página precisa, lo agarré y lo volví a dejar allí, como si César fuera a volver a acariciar las teclas quietas de aquel piano.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Pero, en fin, volvamos al día en que el artista se está preparando para vivir la ilusión de ese día preciso de septiembre, un día, como dijo su tocayo peruano César Vallejo, del cual tengo ya el recuerdo... Ahí fuera tiene el coche, mira hacia las espectaculares laderas de Haría y escucha los cantos de los gallos, pero sobre todo aprecia, desde esta hondonada en la que está su casa, la brisa insistente que le desordena los escasos cabellos que rodean su cabeza reluciente, una noble esfera que él se acaricia como si también quisiera acariciar en su cálida y oronda totalidad la propia presencia personal, el latido incombustible de su vida, el lugar de su pensamiento y de su sueño, la violenta conjunción de armonía y revolución que anima su soledad y sus noches, su jolgorio y su melancolía. Lleva un corazón en todas partes, y en este caso se siente el corazón en la cabeza.

Cuando arranca el automóvil y escucha bajo las pisadas del coche poderoso con el que camina, un Jaguar, con él va a cruzar la isla, como todos los días—, siente que le viene muy rápida a la memoria la imagen de la Exposición Universal de Sevilla, donde se abre ahora, estamos en 1992, una exposición suya, pero para qué tanto viaje, imagino que dice, le viene por vez primera la melancolía que dejan el viaje o el esfuerzo, para qué viajar tanto, para qué hacer tanto, por qué no quedarse aquí, en este rincón de silencio y de quietud, por qué no ser Corcho un rato o siempre, el perro le mira. Haría se ha hecho para esto, para que el guerrero de la isla repose, es como Picasso buscando refugio a su melancolía en Vauvenargues.

Por su imagen pasan otros compromisos, y una imagen insiste, la de esa casa de Tahiche en la que comenzó a aquietar la volatilidad de su genio, donde se hizo de veras un artista. Tahiche: miles de metros bajo la lava, una higuera central, colores rojos, negros, una piscina en la lava, una claraboya para hacer aún más natural la luz que ilumina los aposentos, su cuarto inmenso pero oscurecido, sábanas negras, el placer de tocar la vida, él necesitaba del amor su oscuridad, cierta dosis de melancolía, cuerpos paseando desnudos por las salas blancas, higos en la cocina, un rumor de música que viene de los cuartos oscu-

ros. Pero hay que seguir, y hay que recorrer la distancia que hay desde Haría a Tahiche, rebuscar entre los papeles viejos memorias que le den sentido a lo que está proyectando...

No puede ser que él se vaya y esta isla se quede sin su voz para alertar contra los que quieren destruir la obra que pacientemente fue haciendo para convertirla en una maravilla roja, negra y blanca, la isla de Lanzarote; él tiene que quedarse, es un testigo, sus palabras son latigazos que alertan sobre lo que puede pasarle a este paisaje si se deja solo, si no se le defiende. Él es como el escudo de la isla. Él la ha inventado, por así decirlo, él ha inventado Lanzarote, porque qué era antes este trozo de tierra que ahora es el ojo derecho en el que confluyen especuladores de todo el mundo, los que especulan con esta belleza rigurosa, clara, extraordinaria, en la que el aire da vueltas acaso extasiado ante su propia perfección eterna. Él mira al cielo, por Haría siempre hace fresco, y ahora mismo hay nubes, las nubes del otoño, ya ha amanecido...

Cada vez que le asalta esta memoria de la miseria anterior de la isla, miserable en un tiempo como fueron miserables y humildes todas las islas, César se ve sentado con Pepín Ramírez, que entonces, en los años sesenta del siglo xx, era presidente del Cabildo de Lanzarote, al borde de una cueva que no era nada, un hueco en la tierra, un hueco más en la tierra volcánica de Lanzarote, un pasadizo hecho por el fuego. César era un joven artista abstracto que acababa de regresar de la aventura de Nueva York y también de una tragedia personal, acababa de fallecer su mujer. Pepín y César eran amigos y uno escuchaba las fantasías del otro, pues al fin y al cabo el último volvía de un largo viaje y algo tendría que contar.

César tenía ese día una de sus jornadas más exaltadas, para él este mundo estaba lleno de maravillas, y Lanzarote era una de ellas. ¿Esta pobre isla? Esta pobre isla es una de las maravillas del mundo, le dijo César. Ahora que arranca su automóvil pesadísimo que él hará pasar por el Jardín de Cactus, una especie de símbolo viviente de la sequedad de la isla, César recuerda aquel momento fundacional de lo que podría llamarse la Lanzarote de César.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Él no era un arquitecto, ni siquiera era un paisajista; simplemente, era un artista, un vitalista que tuvo en Nueva York la visión que a veces domina los sueños de los emigrantes: regresar a su tierra para hacer de ella una obra de arte, para convertirla en la mejor tierra del mundo. Y eso fue lo que le dijo César a Pepín:

—Pepín, no vamos a ser miserables toda la vida.

—....

—Aquí empezaremos a hacer de Lanzarote la isla más bella del mundo. ¿Me vas a ayudar?

Pepín haría lo que dijera César, y lo que le dijo César fue una fantasía sobre el Lanzarote que ahora ve César desde este coche que le lleva lenta, pesadamente, en el que él va con cierta alegría interior, como si volara a través de una obra que no cabe en un cuadro ni en una escultura, ni siquiera en la memoria de un hombre: la isla de Lanzarote. La montaña es luminosa, siempre es así Lanzarote, como una sombra que le hubiera nacido a la tierra para asomarse al sol o al infinito, aunque sobre las sombras de las palmeras de Haría se complican las viejas nubes de la noche con la presencia voluntariosa de los rescoldos iluminados del salitre. El artista que hizo la isla se va fijando en todos los esfuerzos que los campesinos hicieron para ayudarle a crear la armonía genial que es ahora esta isla que, entonces, cuando Pepín y él acordaron refundarla, era simplemente un erial que convocaba la palabra miseria como si fuera el guante pobre que en ese momento la enfundara.

Primero fue aquella cueva, los Jameos del Agua, y después fue la Cueva de los Verdes, una especie de espectacular prospección natural de la lava en la tierra, y después fue el paseo misterioso, sobrecogedor, de Timanfaya, el parque ennegrecido y rojizo provocado por las erupciones que trazaron en el centro de la isla un paisaje nuevo, un porvenir que parecía de pobreza y ahora es una belleza casi musical, aérea. A la memoria del artista que recorre los orígenes transformados de su isla regresan otros hechos que hicieron de Lanzarote su orgullo y su mejor memoria, y en este instante en que sus ojos algo cansados se

fijan en el mar naciente de la isla, su propio recuerdo se va al Mirador del Río, enfrentado a la isla de La Graciosa, donde imaginó la lucha por la vida el escritor vasco Ignacio Aldecoa, el novelista que reinventó esta isla solitaria, una especie de puñado de arena en la que César también vio una reproducción exacta de las islas perfectas, y en el Mirador del Río César se vuelve a explicar las razones por las que fue cubriendo la isla de atractivos nuevos: necesitamos que venga gente, porque las islas no tienen la aspiración de ser tierras vírgenes, pero no queremos una superpoblación, esta es una isla muy delicada, no se puede llenar de automóviles, de gente y de hamburgueserías, hay que crear la necesidad de venir y de pasear.

Pero ya, cuando él pasea, y es 1992, la isla se desborda, de automóviles, de gente, de humo, de carreteras. A él eso le produce un sentimiento concreto de rabia y de hastío; está decidido a combatirlo, y para eso ha creado ahora la Fundación César Manrique, adonde se dirige, como todos los días, y hoy es viernes, por qué no se quedaría en Haría, pintando en esa casa hecha para los últimos años. Pero nunca pudo quedarse quieto, desde niño, cuando sus padres lo llevaban a la inmensa, estimulante, playa de Famara, frente a La Graciosa, bajo el Mirador del Río. Ese era su mar, esas eran sus rocas, una playa llena de viento y de sal, ahí, en el restaurante que ahora mira hacia el barco hundido hace tantos años que ya parece una escultura hecha por el tiempo y la herrumbre..., en esta playa inmensa corría César “como una cabra loca”, él era Lanzarote, pero sobre todo era Lanzarote esa playa joven en la que él había corrido de niño.

Y esta es la Fundación César Manrique, en Tahiche, esta es su casa de día, por decirlo así, aquí nació la luz que César quiso darse a sí mismo, como un Chillida antes que Chillida inventara la montaña de luz, César hizo de la lava, del interior de la lava, la luz de Lanzarote. Es el resultado de su búsqueda, su orgullo, su antigua casa, la casa de un loco que hubiera tenido una iluminación de colores, es el resumen de su obra de amor y de amistad; Lanzarote es su espacio, la casa fue su refugio, ahora se refugia en Haría, con Corcho y el piano, y las higueras. Aquí, en Tahiche, están sus cuadros, sus proyectos, que ha crea-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

do en casi todas las islas, las colecciones que ha hecho con obras ajenas y que constituyen ahora una extraordinaria colección de arte abstracto realizado en su tiempo de mayor euforia, los años sesenta y setenta del siglo xx.

Ahí está, y ahí llega él, para inspeccionar todo lo que hay, va a un lado y al otro de la vieja casa que ya no es su casa sino su recuerdo, vuelve a recorrer sus laberintos, se fija en el poema que le dedicó su amigo el poeta Rafael Alberti, y se sienta a la sombra de la higuera que fue el símbolo de esta casa y también de Lanzarote. Sobre su cabeza insiste el sonido antiguo de la lava, y en esta soledad del mundo, tan lejos del ruido que parecería identificarse con la vida de un hombre tan activo, sobrevuela el alma de sus mejores recuerdos y también de su principal melancolía: melancolía de que la vida no sea eterna, para vivirla siempre, para regalarla siempre. Esa mañana diseña nuevos lugares —en el Puerto de la Cruz, Tenerife, en El Hierro, en La Gomera; en el Puerto ha intentado con éxito fabricar una nueva costa, como si fuera capaz de desafiar al mar, que allí bate como la mano de Dios—, recibe encargos para transformar en más bellos rincones que requieren de su mano, como le requirió Lanzarote. Pero ya es tarde, esta mañana del 25 de septiembre de 1992 ya dio todo lo que debía dar, y es la hora de regresar a la casa, al piano y al lomo dócil y extrañado de Corcho. Antes de irse le dice al hijo de Pepe Juan, su ahijado, el nieto de Pepín:

—Esta tarde te traeré el dibujo de un camello.

Ahí está César, el hombre vital, lleno de entusiasmo, que entra de nuevo en su coche, donde la soledad y la música son el aire de la tierra, aprieta el botón de arranque, acelera hacia la zona de nadie donde concluyen las carreteras que él se conoce como si las hubiera soñado en una pesadilla, pero no ve, ya no ve tan bien como siempre, sus ojos cansados no advierten que el mundo se le viene encima y el final también, y cuando ya él es una naturaleza pero vencida, para siempre vencida, sobre la isla cae un manto de estupefacción y de tristeza, ha muerto César, el accidente fue terrible, nadie lo creyó, ahí, al lado de la fundación, donde él siempre aconsejó prudencia, otro automóvil acabó con su vida, él no se dio cuenta, la vista, ya su vista no era lo

que fue... Murió ese día, 25 de septiembre de 1992, del cual tengo ya el recuerdo...

En Lanzarote César, el visionario, lo fue todo. Ahora que estaba en Fuerteventura una veloz memoria de salitre y de tierra lo trajo a mi memoria aquel día, 25 de septiembre de 1992, como si fuera hoy mismo. En Lanzarote fue todo. César fue todo, como un faro de las islas.

Lanzarote es la metáfora de una isla varada, surcada por una atmósfera limpiísima, contemplada por un cielo quieto que parece de plomo azul. Tiene en su seno una combinación perfecta de todos los elementos naturales, que a veces coexisten en un solo espacio, como ocurre con el agua que surca la lava en los Jameos o como pasa en el poderío telúrico, armónico y sorprendente, de la Montaña del Fuego, o Timanfaya. Recuerdo un día, allí, con Günter Grass, el nobel alemán: ante aquellas rocas de arena, el escritor (y pintor) pidió que pararan el autobús, bajó, sacó sus lápices y empezó a pintar el resultado plástico de la lava como quien hace una crónica dibujada de la fundación del mundo. Por aquí caminaba, como volando, su colega José Saramago, y aquí dibuja el aire el silbido ancestral de pájaros misteriosos; el aire es como el lugar más transparente de la tierra, y aquí está en su plenitud. Este es el aire que Saramago creía que no le quitarían ni en la muerte. Y ese es el aire que hay en Femés, un pueblo en la montaña, donde el escritor canario Rafael Arozarena halló materiales para la inspiración telúrica de la que resultó su novela poética *Mararía*, que nace de un sueño, acaso como la voluntad de supervivencia de Lanzarote. Por aquí vino Carlos Fuentes a comprobar lo que Breton dijo de Tenerife: Lanzarote también es una isla surrealista. Y cuando publicó en español *El amante del volcán* la norteamericana Susan Sontag vino a que Saramago le enseñara el misterioso sonido de fuego del volcán de Timanfaya.

Lanzarote es la huella de un volcán. Desde 1730 a 1736 sufrió la erupción más larga de su historia; las lavas sepultaron varias aldeas asentadas en lo que actualmente constituye el Par-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

que Nacional de Timanfaya. Se abrieron entonces 35 cráteres, cuya lluvia de fuego y lava sepultó un tercio de la superficie de la isla, que era justamente el más fértil. En uno de esos jameos que soportaron el peso de la lava construyó un día su casa César Manrique. Y aquí, en medio de este erial que dejó la lava, he visto a Susan Sontag fascinada porque el fuego de la tierra le permitía freír un huevo al simple calor de las brasas de zahorra; un enorme sifón de agua hirviendo la asustó luego, vivía la autora de *El amante del volcán* el espectáculo que ahora ofrece al turista aquel pasado de fuego devastador que contribuyó a construir la isla de nuevo. Aldecoa lo dejó escrito: “Tao, dragón, Timanfaya, montaña de fuego. Tinecheyde, montaña del infierno. La tremenda mitología de los volcanes se derrama en los toponímicos de la isla. Por la virulenta orografía corre a veces el temblor del despertar, el repeluzno mañanero del día uno, los antecedentes del desperezo de la tierra. Se abren profundas grietas, nace el fuego. Basta escarbar cosa de un pie para que la tierra esté que arde. Hierven los pocillos de agua, que Satanás, el encargado de comprobaciones para indoctos y gentes que necesitan pruebas, atiende con malicia y mimo”. Es una presencia majestuosa la de los volcanes encendiendo la tierra pacífica mientras una música, quizá la de Doors, da vueltas en la cabeza contemporánea. La cabeza de Aldecoa recibía, en cambio, este mensaje: “La montaña de fuego está batida por los vientos. Ni los vientos ni los años han logrado enfriar la montaña. Cuando llueva, la montaña quedará velada por el vapor”. Temperamento, dice Aldecoa. Temperamento de la montaña, temperamento de Timanfaya, temperamento de Lanzarote.

Lanzarote es una isla que camina sola: parece que se burla del tiempo. Tierra conquistada, tiene en Teguiise un monumento de aire colonial castellano al borde mismo del continente africano. Las Salinas del Janubio es un espacio fantasmagórico, como los restos del mar en la tierra, un espectáculo surrealista que fascinó a uno de los grandes escritores del siglo xx insular, Agustín Espinosa, el autor de *Lancelot*. Y, en la mitología paisajística de Lanzarote, La Geria, una extensa comarca totalmente cubierta de ceniza volcánica, plantada principalmente de vi-

ñedos y, en menor medida, de higueras y otros árboles frutales. Como lugar de cultivo, La Geria es un caso insólito. Y como espacio, como lugar o como monumento, es algo muy especial. Fue un obispo el que lo provocó: tras la famosa erupción de Timanfaya, que sepultó en gran parte la tierra cultivable de Lanzarote, ordenó que se hicieran agujeros en la roca para encontrar el suelo perdido y volver a cultivarlo. En ese proceso, los agricultores descubrieron que la ceniza volcánica retenía el rocío de la noche, lo que propició una modalidad de cultivo original de la isla: el enarenado, que consiste en transportar el picón (el rofe lo llaman en Lanzarote; en Tenerife lo llamamos la zahorra) hasta las zonas no afectadas por la erupción, para cubrir con el mismo la tierra antes de proceder a plantar. Las formaciones semicirculares de piedra, que protegen las viñas e higueras de los vientos, contribuyen a dar una gran belleza plástica a este paraje. Aquí se produce el malvasía que probó el almirante Nelson tras ser derrotado en Tenerife y que degustó Falstaff en la obra de Shakespeare: la conexión cosmopolita de una isla extraordinaria.

Y yo estaba yéndome de Betancuria, hacia Corralejo, a iluminarme con la luz cegadora de las playas que hay ante Lobos, la isla más sola, y Lanzarote. Desde aquí se ven las dos islas, sucesivamente, una es un lagarto, parece una Fuerteventura más chica, y la otra se alza luego, negra y majestuosa, como un volcán dormido. Yo estoy en la playa; aquí es donde las dunas se han hecho urbanas, pero aún tienen su propia luz. Cuando asciendes por ellas y ves el mar cerca es como si hubieras hecho un trayecto hacia una belleza pura, la pura belleza de las metáforas de Fuerteventura.

Anoté al irme, de nuevo en el avión, hacia Tenerife. Fuerteventura es la imagen de la inmensidad, del cielo, de la tierra, del mar. Del aire.

Y esa sensación la percibes en todas partes, especialmente desde el mirador de Cofete, donde da la vuelta el aire.

Fuerteventura. Volvamos un momento. Hay sensaciones en el aire que no me quiero perder. Un desierto como del fin del

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

mundo, la sensación de que uno vive dentro de una novela de Unamuno o de Cormack McCarthy... El dedo índice del archipiélago; apunta hacia África y se aleja de Gran Canaria para acercarse al mismo tiempo a Lanzarote y al viento. Azotada por el aire que parece de arena, violento a veces, como un remolino incesante, es una isla limpia, como si una mano la estuviera despojando por la noche para hacerla aún más desértica, más inhabitada. Surcada en su interior por la historia, vive su silencio en Betancuria, y su verdor bien preservado en La Oliva. El profesor Brian Morris, de la Universidad de California, que estudia el surrealismo isleño, me contó que, al llegar a Betancuria, sintió que él era el único habitante de la isla en ese momento, su voz era el único eco allá arriba. En La Oliva sintió, como sentí yo, que ya llegaba al oasis, pero el desierto era el destino. En la costa, desde Gran Tarajal a Jandía, las playas son la quintaesencia permanente de esta isla que se despide y regresa, y nunca es igual porque el viento la va moviendo.

Tan plana como Lanzarote, sus montañas onduladas parecen, en efecto, cuerpos esculpidos por Henry Moore. Aunque su agricultura ha sido esquivada, azotada por el viento de arena, los isleños han agudizado su imaginación para alimentarse con los productos del ganado, principalmente: la carne, el queso; o del mar, la pesca. El queso majorero (como el queso palmero, como el queso herreño, como el queso de Flor de Guía de Gran Canaria...); uno no puede abandonar las islas sin un trozo de queso y sin un vaso de vino.

Aquí, ya digo, vivió su destierro Miguel de Unamuno, de aquí partió a París, de la sequedad extrema de la isla a la humedad de la Enciclopedia, a París desde Puerto Cabras, como se llamó Puerto del Rosario hasta 1957. Territorio de contrastes, Fuerteventura tiene en Puerto del Rosario su mirada al mundo, su orografía azotada, humedecida por un mar vibrante, juvenil, casi insolente. La isla entera es ese dedo índice que mira al viento.

Una isla bajo las nubes

Ahora, cuando voy a escribir de Tenerife, donde nací, me viene a la memoria como imagen inédita, insistente, maravillosa, una que jamás he fotografiado, y que nunca había visto antes. Fue una tarde noche de agosto de 2009, regresando a la isla desde Madrid, por el aeropuerto del norte, en Los Rodeos. No se veía la isla, sino las nubes; eran rojas, quietas, inconmensurables, infinitas, misteriosas; yo las veía desde la cabina del avión acaso por primera vez en mi vida, o al menos por primera vez queriéndolas ver. Como muchísima gente, también tengo miedo a volar, y siempre había evitado volar en el lado la ventanilla. Da la impresión, en ese lado del avión, que el abismo te hace más temerario, y me acostumbé al asiento central o al asiento del otro lado; pero ese día estaba bastante solo en mi zona del avión y me arriesgué a mirar hacia el vacío, y me encontré con Tenerife... ahogada, sumergida, una isla bajo las nubes.

Fue una visión fascinante.

Era el atardecer del verano, en torno a las nueve de la noche, veintiún minutos antes de que el aparato aterrizara en medio de una zona especialmente nublada, acaso la más nublada, de la isla, en los alrededores de La Laguna, la primera ciudad universitaria, el lugar en el que estudié, junto al Monte de las Mercedes, cerca del monte de La Esperanza, en las faldas del Teide, el monte más alto de la geografía que incluye las islas de España,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

sin duda el más alto de las islas Canarias, y sin duda su símbolo geológico más claro, enhiesto, y en todo caso sobresaliente del archipiélago. Un guardián de las islas, un volcán dormido al que se asciende como en un rito, para confirmar que es fuerte, poderoso y alto, lleno de vetas y de colores, azotado por un aire caliente o gélido que no logra dominarlo.

Pero nada de eso se veía. Se veía, tan solo, la nube roja, el mar de nubes que, por otra parte, en ese momento nublabo por completo esa zona concreta de la isla. Poco a poco, como si se abriera paso con autoridad, el Teide emergió de ese paisaje blanco y rojo, monótono pero fascinante, y ya sólo se vio de la isla ese pico negro y rojo, una especie de puñetazo en el cielo, como dijo de él André Breton, el escritor surrealista, cuando estuvo aquí, a verlo, en 1935.

Fue, lo confieso, un momento extraordinario, un redescubrimiento. Yo estaba solo en el avión, leía cualquier cosa, un periódico, tenía a mano libros, acaso poemas, y en todo caso iba pertrechado de mi propia memoria, recordaba, como ocurre cuando uno aterriza, otros paisajes de la isla, lo que te vas a encontrar, una buena cena, la risa de los amigos, las evocaciones familiares en el lugar donde naciste, pero para mí era completamente inédito ese modo de ingresar en la isla. Conspiraba todo para hacerlo excepcional, y en primer lugar el clima: había hecho mucho calor esos días, la isla estaba incandescente, acaso porque el mundo (o al menos Madrid, de donde procedía) estaba incandescente también, estábamos en el medio justo del verano; pero en ese punto concreto de Tenerife estaban posadas las nubes, y el sol, que ya había calentado lo suyo durante el día, parecía que había ido dejando una estela de fuego de la que eran testimonio las nubes, que por otra parte refrescaban el espacio por el que se iba a introducir el avión como un obús.

Fueron algunos minutos de contemplación extasiada, y de evocación de ese y de otros paisajes: luego he pensado si alguna vez podré ver la isla desde esa misma perspectiva, con esas nubes rojas cubriéndolas; harán falta muchas coincidencias, entre otras que yo vuelva de un viaje a esa hora y que use otra vez la venta-

nilla, que el clima sea el que me acompañó, y que mis ojos sean capaces de captar con sus matices el notable espectáculo que acabo de tratar de reconstruir.

Eso no pasará jamás de nuevo, porque no hay un paisaje igual a otro, y porque la isla (ni esta ni ninguna) es jamás igual a sí misma, como el hombre, que es una isla en sí mismo, jamás es igual al hombre que fue un instante antes; la duna es siempre otra duna, constantemente, el mar siempre cambia, cada segundo, los montes tienen ahora este y luego el otro color, y es evidente que la gente cambia también de un momento a otro, yo ahora mismo ya no soy el hombre que vio las nubes rojas sobre mi isla.

Ese gozo del cambio es una de las expresiones más notables de la naturaleza del paisaje; el verde no es el paisaje, como decía Francesc, el urbanista catalán que comía caldo en el Puertito de la Cruz; el paisaje es lo tectónico. Eso creía César y eso creía Unamuno, y estoy por decir que Aldecoa creía lo mismo. El paisaje es las nubes, lo que cambia, lo imperceptible que cambia, no es el verde. Escribo ahora en El médano, al sur de Tenerife, sopla el viento, alrededor hay may arena, esa coincidencia espectacular de elementos tan inasibles constituye el paisaje.

El paisaje no es el verde.

En fin. Por eso me entretuve tanto en mirar desde arriba, como si me fuera a quedar colgado allí para siempre, comprobando cómo es la isla mientras no está. Lewis Carroll tiene una frase magnífica: “Me gustaría saber de qué color es la luz de una vela cuando está apagada”. Ese día a mí, y a los demás que estuvieran viendo la isla desde sus propias ventanillas, me fue dado comprobar esa imagen con Tenerife como protagonista: cómo es la isla cuando no está, o cuando está sepultada por la magnificencia extraña de las nubes.

¿Es la isla, son las nubes? La tierra es muchas veces las nubes, una nebulosa que se oculta al fondo de un misterio así de algodonoso; uno cuenta lo que recuerda de ellas, y acaso lo cuenta desde una perspectiva que incluye las nubes; yo me siento, hablando de esta y de las otras islas, como si me hallara entre brumas, describiendo una realidad que es a veces tangible, pero

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

que muchas veces también es sobre todo una realidad sentimental, en la que uno jamás ha dejado de vivir, aunque se haya ido mil veces y haya vuelto otras mil veces, aunque una sola vez haya aterrizado en medio de ese paisaje de ensueño que sólo lo puede recordar la memoria fugaz, la que no retrata sino que recuerda. Decía Samuel Beckett, hablando de Irlanda, su país, desde el extranjero: “Creí haberme ido de la isla; pobre de mí; la isla jamás se abandona, siempre viaja contigo”.

Así que entre las nubes acaso lo que descubrí, lo que fue más tangible entre lo que descubrí, es la isla que va conmigo, como la isla que iba a todas partes con el reconcentrado escritor de *Esperando a Godot*.

Es curioso que Samuel Beckett haya acudido a esta cita con la memoria de la isla; hace muchos años, en una de mis incursiones anuales por el Teide, echado en la cama de su hermoso, quieto, venturoso Parador Nacional, leía yo un libro del escéptico, rabioso, escritor irlandés, y ahí me encontré con esa frase, que cualquier isleño, y yo por supuesto, se puede aplicar hablando de su propia relación con la tierra aislada en la que nació. Entonces me incorporé en la cama y me dispuse a mirar por la ventana, como si la lectura de Beckett hubiera actuado como un resorte que me animara a comprobar físicamente mi relación con la tierra, es decir, con la isla física, no sólo con esa isla mental que tenemos los isleños ya incrustada para siempre en la mente y en el alma. Me asomé a la ventana y miré las rocas, los restos de lava, el Teide turgente, juvenil pero ya tan antiguo, majestuoso, mirando arrogante desde su pico cuarteado por las viejas erupciones que tuvieron origen en su cráter ahora mudo.

Miré hacia las formaciones cavernosas, hacia las construcciones geológicas que los turistas han fotografiado un millón de veces (y con razón), y acerqué mi imaginación y mis ojos al Llano de Ucanca, donde se alternan todos los matices de todos los colores, donde Raquel Welch rodó la película *Hace un millón de años* y donde los ufólogos y otros ilusionistas de la naturaleza aseguran que aterrizan ovnis o extraterrestres, o en todo caso

espíritus que se acercan a la tierra precisamente por las Cañadas del Teide. Miré como si tocara, y como si tocara una esencia, la esencia de una isla.

La verdad es que allá arriba, a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, el silencio apabulla; como apabullan las estrellas por la noche, y como apabulla el sol caliente que en los días de verano se posa sobre la cabeza como un manto de calor lávico. Albert Camus habla del silencio excepcional de la playa en la que transcurre *El extranjero*. Allá arriba, donde yo acababa de leer aquella frase de Beckett, la isla era un silencio excepcional, como la tierra, un silencio reflexionando, la tierra quieta y tus pisadas rompiendo la armonía extraordinaria que nos acoge; ahí te abandonas, crees que el mundo ha hecho un alto en el camino y te ha dejado a expensas de lo que quiera hacer de ti el paisaje. Notas ahí cuál es la excepcionalidad poética del Teide: hay millones de montañas en el mundo, y seguramente las habrá más hermosas; incluso las habrá mejor conservadas, porque a esta montaña le incrustaron en los años sesenta del pasado siglo una herida que jamás le cicatrizó: un teleférico que lleva a la gente hasta la base del cráter... Ahí está el teleférico, como una pequeña vergüenza a la que el Teide se ha acostumbrado; subí una vez en él. Es cierto que la velocidad disminuye al Teide, le quita solemnidad, lo pone al nivel mezquino de los hombres que declaran, al subir y al bajar, que no es para tanto, que lo sube cualquiera... No lo sube cualquiera, lo sube quien lo sube caminando, esa es la tradición y eso es lo que impone de veras este paisaje increíble, dominarlo a pie, como antiguamente...

Las habrá más hermosas y mejor conservadas, pero esta es nuestra montaña. Mi madre jamás fue al Teide. Ella lo miraba desde el valle de La Orotava, el lugar ante cuya belleza la leyenda, recordemos, dice que el naturalista Alexander von Humboldt cayó rendido, pero lo contemplaba como los primeros pobladores, como una montaña mítica que emitía señales secretas a los habitantes; para ella la nieve (que lo ampara algunos meses de invierno) significaba amor y cristiandad, pero su sola presencia

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

significa protección y respeto. Para los primeros pobladores significaba también refugio, y miedo; a las erupciones, al fuego, pero el fuego era también su atractivo; era como la madre tierra, y ahora es como la madre montaña. Yo no sé si es cierto que Humboldt se rindió ante el valle, y que lloró, incluso, ante la belleza entonces virginal de ese paraje; sé (porque lo escribí; lo otro no lo escribí) que el Teide le causó una enorme impresión, de hecho había bajado aquí del barco que le llevaba a América para evaluar las calidades y las cualidades de ese volcán. Pero en todo caso, se haya inclinado o no Humboldt ante esta majestuosidad, el Teide marca la autoridad de la isla, es su símbolo máximo, su luz y su sombra, así que no es raro que en aquella visión fantasmal que tuve de la isla regresando por avión haya sido precisamente esa textura generosa pero abrupta la primera visión, la más concreta, que tuve de Tenerife. Y no es raro tampoco que haya sido en el Teide donde leí esa definición beckettiana sobre la isla como compañera perenne de los viajes, desde siempre y hasta que la muerte nos impida ver más el paisaje interior del que vienen nuestra mente y nuestra alma, y hasta nuestro cuerpo.

De modo que ya estamos en tierra, aunque desde el aire hayamos puesto pie en el Teide. Nací en el norte, en el Puerto de la Cruz, la ciudad que encantó al padre de Oscar Wilde, a Agatha Christie y a Bertrand Rusell, a Winston Churchill y a André Breton, entre muchos otros, pero vivo ahora casi siempre en el sur, que hasta los años setenta del último siglo era como un desierto habitado, un lugar segregado de la otra parte de la isla por abruptas colinas, comunicado por carreteras sinuosas que ayudaban a mantener el misterio pero que acrecentaban la distancia. Una autopista —la Autopista del Sur, como el título del célebre cuento de Julio Cortázar— rompió ese maleficio, por llamarlo de esta manera, y juntó el norte umbroso con el sur seco, por la ruta que va desde Santa Cruz, la capital, a Guía de Isora, en el más profundo sur; las playas del sur —singularmente, las de El Médano, en Granadilla de Abona, y las de las Américas, en los municipios de Arona y de Adeje—

habían atraído a los veraneantes locales durante decenios; la autopista y el desarrollo hotelero subsiguiente descubrieron para los extranjeros que hacen turismo esas playas del sur, y de pronto, en poco más de treinta años, la primacía del norte se rompió y empezó el sur a consolidarse como el lugar más potente, económicamente, de la isla. Si uno se pusiera en lo alto, en lo alto del Teide, por ejemplo, y fuera capaz de mirar la isla entera, el norte y el sur, y fuera capaz también de trazar una raya que los dividiera, tendría un ejemplo perfecto de lo que divide al norte del sur aquí y en el mundo en general; el norte es frondoso, en él crecen plantas (flores, plataneras, sobre todo, tomates, frutales...); el sur era un erial que, sin embargo, daba frutos difíciles, palmeras, tomates, un secarral que parecía también el refugio del sol y de la arena...

Tenerife es un espacio cortado en dos, y lo fue aún más hace años, antes de la autopista que la divide y la une. En un lado, verde; en el otro lado, seca. Ya he dicho lo que pensaba del paisaje aquel urbanista que comía caldo; y creo que pienso lo mismo: el sur es paisaje y el norte es paisaje, en uno está sólo lo tectónico, y lo tectónico está en el norte cubierto de un verde exuberante... El norte verde, el sur seco. La tradición marcaba que la cosa siguiera siendo así por los siglos de los siglos; en un lado, rica, y en el otro lado una isla empobrecida por la sequía pertinaz, casi una maldición bíblica sobre el sur de la isla.

Ahora que se rompió esa maldición, si la podemos llamar así, se acabó esa competencia desigual entre el desierto y los árboles. El sur sigue siendo el sur, con todas sus características de matorrales azotados por el sol y por el viento, como en El Médano, donde escribo, y el norte sigue siendo el vergel que fue cuando Humboldt expresó su éxtasis ante las bellezas botánicas del valle, que fue el núcleo de su experiencia insular. Pero el sur se ha tomado su revancha, y aquello que parecía perdido, un secarral ante el océano, es ahora también terreno cultivado, sobre todo por el turismo; siempre hubo plataneras, y otros cultivos, que se sembraban desafiando el clima y sus consecuencias, pero la verdadera riqueza del sur ha venido, precisamente, de su paisaje árido aunque plácido y soleado; el turismo de sol ha hecho

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

de esta zona del mundo un refugio de mar y de silencio; el norte fue, sigue siendo, un paisaje que el Teide embellece desde arriba, y que los verdes que van hacia el mar llenan de una concreta dulzura, la dulzura que vio Humboldt, pero ya no es el único destino de los viajeros, que han encontrado en la abrupta dentellada del desierto un atractivo especial, al que yo mismo sucumbí también, cuando descubrí El Médano, hace cerca de cuarenta años, cuando era un chiquillo y vine con mis padres a este barrio de pescadores que luego ha sido símbolo de lo que el sur le da a los visitantes: playa, arena, y casi ninguna otra cosa que aire, un viento seco que por la noche se convierte en la violenta caricia del frío.

Pero empezamos por el norte, es de rigor, de ahí vengo, esa es para mí, acaso, la isla, o la parte de la isla, de la que nos hablaba Samuel Beckett, el lugar que jamás te abandona. Del alma de ese sitio quiero hablar, antes de recorrer, como pueda, la memoria de esta isla que vi desde arriba como un mar de nubes rojas.

El norte, ese lugar que durante siglos fue la referencia de los viajeros, es verde, silencioso, marítimo, exuberante; ha vivido plácidamente confinado debajo de un mar de nubes que ha filtrado el sol atlántico hasta cegarte con la calidad de su luz. Por el sitio por donde vi la isla por primera vez, en mi infancia, era una sinfonía desigual de plataneras y de casas baratas, alrededor de un barranco donde los niños y los adolescentes íbamos a buscar chatarra. Los adultos, hombres y mujeres, se levantaban de madrugada para regar sus huertas, de plataneras o de tomates, y muchos hacían jornadas continuas para empaquetar esos frutos en enormes almacenes adonde llegaba esa mercancía en bruto, sin limpiar; allí, en los almacenes, se preparaba. Ese trabajo era el prelude de la única fuente de ingresos que hubo en las islas, que estaban divididas entre la miseria de muchos y la riqueza de unos pocos, los ricos o los caciques, los nobles o los nuevos ricos. El turismo vino a acabar en gran parte con la miseria; ya los ricos no eran sólo los propietarios

de las tierras, sino sobre todo los propietarios de los solares de la costa, primero en el norte y después en el sur.

Mi familia habitaba en el corazón de lo que veía Humboldt; entonces, desde allá arriba, desde lo que luego fue el mirador de Humboldt, bajo los montes de La Orotava, todo lo que se veía era verde, el verde de las plataneras, y algunos caminos; a finales de los años cuarenta, cuando nací, el paisaje se seguía pareciendo a aquel arriscado y exótico vergel que contempló el estudioso alemán. Pero empezaron a venir los extranjeros. A principios del siglo xx tenían en el norte un hotel al que ir, el Hotel Taoro, del Puerto de la Cruz, instalado en medio del parque de su nombre, el Parque del Taoro, donde empezaban a haber también casonas que reflejaban la fortaleza económica de sus propietarios, dueños de tierras y de plantaciones. Por aquí entró el turismo en Tenerife, y en cierto modo puede decirse también que esta fue la puerta de entrada del turismo en este archipiélago atlántico.

Aún hoy el Parque de Taoro mantiene su decoro señorial de entonces. La existencia en su seno de una iglesia anglicana, que estuvo ahí también en tiempos de mayor integrista católico en España, los tiempos de la dictadura franquista, da una idea de cómo influyó el turismo en el desarrollo y cómo arraigó en las costumbres isleñas. Ese aire de convivencia que manifiesta esa metáfora se complementa con el aire señorial de las construcciones, que tuvieron en La Orotava y en algunas calles del Puerto de la Cruz, y en otros lugares, como Tacoronte, Garachico o Icod de los Vinos, los signos de un apogeo que tuvo que ver primero que nada con el éxito del comercio agrícola.

De todos los edificios y de todos los lugares, el que siempre me pareció como el sitio de la paz perfecta fue el Parque de Taoro. Ahí hay aún hoy un hotel, el Hotel Tiguaiga, que conserva la distinción de los viejos establecimientos hoteleros, de Canarias y del mundo, donde a los clientes anuales se les recibe como si fueran parte de la historia del establecimiento. El Tiguaiga fue fundado por una familia alemana, la familia Talg; ahora acaba de cumplir cincuenta años. Cuando comencé a escribir este libro estaba en la terraza de ese hotel, mirando hacia la invariable belleza del Teide. Imagino que desde hace cincuenta

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

años miles y miles de viajeros habrán sentido la misma excitación, bajo el sol o bajo las nubes, bajo las estrellas o bajo la luna, que yo sentí esa mañana, contemplando cómo mi tierra ejerce una fascinación igual aunque los hombres se hayan empeñado en poner cemento donde Humboldt vio verde.

Pero no es sólo ese el norte de mi infancia. Era el norte de los lagartos, de las terrazas sin cultivar, de las montañas desventradas para sacar de ella la zahorra o la arena de las construcciones, era el norte de los árboles y de los nidos de los pájaros, de las cabras y de las vacas, del silencio que acompañaba los paseos hasta la escuela perdida entre plataneras.

Era el norte del gofio y del queso, del pescado salado; era el norte del mar batiendo incesante contra las rocas, en la playa de Martiánez, una de las playas más bellas y abruptas de las islas, donde la velocidad del mar y el grosor de la arena convertían el baño en una lucha contra la violencia de las olas, contra la rapidez de sus flujos y reflujos; bañarse era ser bañado por una mano poderosa; en el sur, la mano del viento, en el norte, la mano del mar.

Ahora que he vuelto a vivir allí, sobre los riscos de una playa que se le parece, la playa de El Socorro, en Los Realejos, he escuchado el sonido de ese mar, insistente y poderoso; durante años, para que la gente se sintiera más segura, colocaban una soga de la que podían agarrarse los bañistas, y esa zona de la playa de Martiánez se llamó Charco de la Soga. Las exigencias de seguridad, y probablemente el deseo de rentabilizar esa costa abrupta y bellísima, escarpada y difícil, cubierta por cuevas que evocan las cuevas de los antiguos guanches, llevaron a las autoridades a pedirle al admirado César Manrique que diseñara un plan para hacer el entorno menos arriesgado, y Manrique fabricó una nueva costa. Mucho de lo que hizo Manrique fue bueno, y su entusiasmo por contribuir a que las islas fueran más felices y más prósperas, tiene todo el aliento de sus admiradores, entre los que estoy, pero no somos pocos los que hubiéramos preferido que el litoral del Puerto de la Cruz hubiera sido siempre como aquel conjunto de archipiélagos en miniatura, aquellas

rocas negras y salvajes, contra las que batía el mar que ahora escucho, libre, bajo los cimientos de mi casa, junto a La Romántica, cerca de La Rambla de Castro, uno de los entornos más bellos del norte turístico, al que he vuelto como si quisiera recuperar antiguos aromas de lo que ya es casi tan solo melancolía del paisaje en cuyo seno me hice.

Y los he recuperado, he recuperado esos aromas. He estado en la plaza del Charco, en el Puerto de la Cruz. En torno a la ñamera histórica, verde como lo más verde que uno pueda imaginarse, están aún el bar Dinámico, los columpios que son herencia de los que colocó allí en los años cincuenta un catalán excéntrico llamado don Tomás, siguen paseando turistas y locales como en los viejos tiempos, disfrutando de un clima que le hizo ganarse a este lugar el tópico de que aquí jamás se acaba la primavera. Y estuve en el chorro del agua donde las viejas vendedoras de pescado lavaban las caballas que yo compraba de madrugada para llevárselas a mi madre. Y enfrente de ese chorro de agua, en medio del pequeño muelle de pescadores, he vuelto a ver el caserón espléndido de los Yeoward, británicos que se establecieron aquí para estar en los dos lados del negocio de la exportación de plátanos. Ahora en esa casa de Yeoward se exhibe permanentemente la colección de arte surrealista y abstracto que recopiló un crítico de arte de origen sueco, Eduardo Westerdahl, que fue quien trajo de París a André Breton en 1935, para celebrar aquí la primera exposición internacional de los surrealistas; aquí fue donde Breton dijo que esta era una isla surrealista. Lo diría luego de México, de otros lugares: el descubrimiento de que su elogio era un cliché convirtió a Breton, para mí, en un charlatán de los paisajes. Pero sí, es una isla surrealista, cómo no lo va a ser, este peñasco para cuya descripción, decía Aldecoa, el silencio sirve más que las palabras.

Así que he regresado a la atmósfera en la que viví, y he seguido camino hacia Martiánez, otra vez, a través de estas calles que una vez fueron el lugar de Bertrand Russell o de Agatha Christie. Y en ese paseo he olido el mar como no se huele en otro sitio, en la Punta del Viento, un espacio donde da

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

la vuelta el aire y que ya apareció en estas páginas con su olor poderosísimo de sal y de algas. Ahí, en la Punta del Viento, más allá del Penitente, me detenía hace muchos años a oler el salitre y las algas, y ahora he vuelto a sentir ese aliento como si eso me rejuveneciera al menos cincuenta años. Debajo, golpeando contra las rocas grandes y pequeñas, están los charcos de San Telmo, cerca de las viejas piscinas naturales que Manrique integró en su proyecto de remodelación del litoral. Arriba, mirando todo este espectáculo que ahora ha de reconstruir la memoria, sigue invariable la vieja ermita de San Telmo, que forma parte de lo que queda de esos recuerdos que ahora me acompañan mientras camino por lo que fue la vida aquí.

He preguntado a dónde debo ir para comer pescado, desde el Puerto de la Cruz. Y todos me indican que si quiero que este sea fresco, recién pescado, como aquel que lavábamos en el chorro del muelle, que me acerque a un lugar que está a unos veinte kilómetros, en El Guincho, yendo a Garachico, de hecho es un barrio de Garachico. Es una casa vieja que tiene muchos recovecos, como las casas viejas del norte; guardan el pescado y lo exhiben en cubetas de zinc, sin sal, natural, como lo sacan de la mar. Mientras iba por la carretera vi desde lo alto casonas viejas, que han sido rescatadas como viviendas actuales, entre plataneras que resisten como fuente de ingresos, compitiendo sin duda con la fuente principal, que es ahora el turismo. He llegado a través de túneles que se han abierto para acercar más los pueblos, y durante el trayecto he visto junto a esas plataneras relucientes terrazas que ya la gente no cultiva, reseca, llenas de matojos amarillos que seguramente están indicando el fin de una era, o el fin de una ilusión, o el fin, simplemente.

De nuevo aquí, en El Guincho, asisto a la lenta preparación de la comida; parece como si ya los isleños hubieran decidido hacer honor al tópico, y vuelven a deleitarme con el ejercicio impávido de su paciencia, como ocurrió en El Tamaduste, junto al mar de El Hierro; preparan viejas, o abadejos, sargos; les ponen pimienta verde, guisan papas; para animar la larga espe-

ra traen queso con gofio, que fue una combinación que nació en otro tiempo de la necesidad, es decir, en las casas sólo había gofio y queso; pero de la necesidad siempre nació lo más sabroso. Así que la espera se entretiene con ese manjar, pero también traen un pulpo que aún sabe a mar, como si se hubiera cocido, y seguramente fue así, con el agua del mar.

Todo sabe al tiempo a mar y a campo, como si aquí se juntaran los dos sabores, y este norte recio y resignado abrazara los dos términos de la vida en la isla: la tierra que se resguarda y el mar que la acaricia. Hay silencio alrededor, como si los comensales siguieran un rito religioso, y el pescado estuviera bendecido precisamente por ese silencio que ahora cae como una mano sobre los que estamos en la sala, tomando un vino recio que a mí me sabe al vino que tomé por primera vez seguramente en un sitio donde el pescado también se exhibía metido en cubetas de zinc.

La gente come cabizbaja; hay en la sala, cubierta de fotos viejas de la isla, donde destacan cabras relucientes y viejas con las cabezas tocadas con sombreros negros, un ambiente de celebración y de luto al mismo tiempo, que es un ambiente que recuerdo muy bien de las celebraciones de mi infancia, donde daba siempre la sensación de que lamentábamos celebrando. No sé si me he encerrado en este sitio con el viejo espíritu canario, o si es el vino el que me ha llevado a esa situación, pero aquí estoy, en medio de la historia que entre nosotros se hizo, sobre todo, de vida cotidiana.

Desde aquí voy a una ciudad que quiero mucho, Icod de los Vinos, que durante muchos años fue la puerta involuntaria del sur, o en todo caso el lugar al que había que llegar obligatoriamente para seguir camino hacia esta zona bastante inexplorada y aún salvaje de la isla. Las otras alternativas eran la cumbre, por el monte de la Esperanza, en La Laguna, o por Las Cañadas desde la villa de La Orotava, o los caminos que van al sur desde Candelaria y Güímar, que eran, hasta que se construyó la autopista del sur, en 1972, carreteras sinuosas y abruptas que te iban llevando despacio por cada uno de los

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

pueblos y villorrios del itinerario, lejos del mar, en medio de los montes cada vez más reseco de este sur al que ahora nos vamos acercando por el lado inverso, por el profundo norte, Icod de los Vinos, ya lindando con Garachico.

A Icod lo distingue el Drago, al que siempre hemos llamado milenario. A Humboldt le extrañaba aquí la presencia de este árbol, que se da muy bien en toda esta zona de la isla, desde el valle de La Orotava precisamente hasta aquí, hasta Icod. Y por el Drago han venido muchos viajeros y ahora vienen muchos turistas. Lo llamamos milenario, y durante algún tiempo no sólo fue milenario, sino que fue muy milenario. Lo cierto es que ahora incluso los que incitan a que el turismo venga a verlo lo presentan como milenario con reservas: puede tener mil años, puede tenerlos, pero es dudoso que tenga más; en todo caso, los especialistas han concluido que incluso puede que tenga menos. Ya lo insinúa Pérez Minik que podía ser así, que no fuera tan milenario, pero cuando lo escribió Pérez Minik, a mediados de los años sesenta del siglo xx, era muy complicado decir en las islas lo que no estuviera canónicamente aceptado por la atmósfera de chovinismo que nos dominaba.

Milenario o no, el Drago es una maravilla de la naturaleza, y además a los árboles tú no les preguntas la edad. En torno al Drago, en todo caso, hay dos plazas prácticamente juntas, o paralelas, que acrecientan el sosiego del lugar y nos preparan para la emoción bastante abrupta que nos depara la visión de ese viejo, o en todo caso antiquísimo, vestigio de los árboles. Lo había visto muchas veces; antes estaba a la vista de la carretera; podías parar un instante y tocarlo, si eras suficientemente audaz te podías llevar a casa, incluso, una lasca de su excitante madera retorcida. Pero se fue deteriorando hasta niveles insoportables para su salud vegetal, y los científicos consideraron que tenían que aplicarle una cirugía radical; en primer lugar, lo aislaron del tráfico y controlaron el acceso a su tronco; y en segundo término le insuflaron cemento. De modo que ahora este árbol que, como el Teide, ha sido un símbolo de la isla, y que ha inspirado a los surrealistas como Óscar Domínguez, y que levantó el ánimo creativo de André Breton cuando vino a la isla, o del poeta

español Rafael Alberti, que le dedicó un poema, se presenta como un anciano cuya salud está siendo sostenida por la buena voluntad de sus sirvientes.

Pero es un espectáculo, un verdadero espectáculo. Si yo no lo hubiera visto nunca, o si no lo hubiera visto en aquellas circunstancias, abierto al público, vecino de la carretera, majestuoso pero expuesto como cualquier árbol, ahora no lo habría reconocido. El Drago fue un símbolo de salud, una especie de puñetazo de la tierra, una afirmación tectónica de lo vegetal, una fronda caprichosa de la naturaleza, puesto allí por la voluntad de algún dios de la antigüedad que quiso situar una metáfora, un punto de referencia, una planta mitológica, en este sitio concreto de la isla, como para afirmar una leyenda. Así lo vieron los poetas, y así era fácil verlo porque su naturaleza se confundía no sólo con la propia naturaleza circundante sino con las amenazas del progreso. Creyeron que era indestructible, pero se estaba destruyendo.

Así que lo aislaron. Lo metieron, como decía mi madre, en una redoma, en una especie de campana de cristal; lo rodearon de piedra, y le incrustaron cemento en su alma, de modo que ahora lo ves ahí como si estuviera en una cripta, en una especie de círculo exigente; ya no lo puedes tocar; está enfermo pero es hermoso, eso lo ves, no es necesario tocarlo para ver que sus diferentes enfermedades no le han restado prestancia. Estuve fotografiando de lejos su vientre, que es el vientre de un coloso, a pesar de sus debilidades; en cualquier caso, es un coloso. Por un lado está más saludable, y es acaso donde menos te impresionas. De lejos, el torso parece joven. Es verde, conserva desde la antigüedad ese color que en la naturaleza identifica a los árboles con la salud. Anoté que por ahí parece una mujer joven, amparada por una palmera que le lleva muchos palmos y que crece a su lado como un escudero, o como su improbable sombra, “una sombra rara”, escribí en mi cuaderno.

Para amparar el Drago han situado en sus alrededores un parque en el que se conservan algunas de las especies vegetales propias de la isla y de las islas, así que anduve entre el pasado y el presente de nuestros árboles como si este paseo me tratara de

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

aliviar la violencia (íntima) de la bellísima contemplación del gran árbol sangriento de las Canarias. Me extrañó ver, mezclado en este conjunto, un mariposario, pues no recuerdo yo que en esa zona de la isla y en torno al Drago hubiera nunca una floración de mariposas como las que, por ejemplo, habitan los *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Pero ahí están las mariposas, acaso buscando una combinación que siga gustando a los surrealistas que hicieron del Drago (y de su sangre) un símbolo que alimentó sus metáforas.

Me fui de allí sobrecogido por la contemplación de aquel árbol enfermo pero aún poderoso, estuve caminando entre las dos plazas de Icod, me entretuve mirando viejos balcones, casonas que alguna vez fueron expresión del estilo neoclásico que llegó a la isla por esta villa (ahí está la Casa de Lorenzo Cáceres, general de Ingenieros que a principios del siglo XIX introdujo ese estilo), y, sobre todo, un árbol que a mí me pareció insólito: una palmera que parece un candelabro judío, con sus siete brazos esqueléticos pero potentes, mostrando la exuberancia y la rareza que en otras zonas de la isla hicieron exclamar su emoción al naturalista más famoso entre los visitantes de Tenerife, el tan sabio Alexander von Humboldt.

Icod es un lugar donde la oscuridad de la tierra llega hasta el mar, a su playa de San Marcos, cuya arena es como la de todas las playas de este litoral: Bollullos, Martiánez, El Socorro, La Fajana, San Marcos... Arena negra, olas gigantes, mar bravísima, olor suculento a algas, soledad del mar marcando con su sonido las noches solitarias del norte.

Por esa vía seguí a Garachico. Me anotaron tantos lugares que debía ver allí que opté por mirar, tan solo, el mar. Podía haber anotado, también, las ermitas, las casas extraordinarias, las huertas de platanera que evocan una riqueza que ahora es leyenda, los conventos, las calles que conservan (como en La Orotava, el Puerto de la Cruz e Icod) los viejos adoquines; pero quise ver el mar, que fue por donde vino aquí, hasta que el violentísimo volcán de Garachico, a principios del siglo XVIII, cercenó el porvenir de la que había sido la villa más próspera de la

isla. Así que allí me dispuse a mirar el océano, como un viejo amigo que vocifera. Hay un pescante viejo, oxidado, que ahora más bien parece una escultura; está junto a un empaquetado de plátanos y de otros frutos. Garachico está festoneado en sus estribaciones de huertas ubérrimas, las plantaciones de plátanos siguen siendo, obviamente, el signo exterior de la riqueza, así que ahí, en ese pescante, encuentro un síntoma de lo que fue este puerto ahora sometido a las violencias del mar. Lo están construyendo en otra zona de la villa, pero aquí estuvo, hasta que la erupción del volcán lo inutilizó.

Aldecoa, en su *Cuaderno de godo*, explica su impresión, de la que quedó atrapado cuando visitó el entonces deprimido poblado del norte: “Garachico, a la orilla del mar, fue sepultado por las lavas de una erupción. Un roque se alza en su bahía, una giba que tiene plantas extrañas, lagartos de dos colas y pájaros negros llamados guinchos. El mar es mar profundo, y a veces los tiburones ascienden hasta el paisaje atormentado. La vertiente de Garachico es el envés de la de La Orotava. El verde es aquí ceniza y piedra negra de corazón de volcán. Una osamenta sin cubrir por carne de tierra, una petrificación de tormenta bajo un cielo profundamente azul”.

El poeta se llevó esas sensaciones, pero creo que se inventó los tiburones; nunca supe que hubiera habido tiburones en Garachico, sino, en efecto, esos pájaros negros, ese roque alado alzándose al cielo efectivamente azul de esta villa azotada en el pasado por la lava del volcán...

Cuando llegas a Garachico sabes que estás llegando a un sitio especial, por el olor del mar, por ese roque (el Roque de Garachico) que parece un puño seco surgido del mar; antes habrás visto las plataneras omnipresentes; a los que sabemos que, como lo fueron la cochinilla y la caña de azúcar, ahora el cultivo y la exportación del plátano no forman parte de lo que ha de ser el porvenir de la economía canaria, esa permanencia de las plataneras parece devolvernos una memoria del paisaje, al menos del paisaje de nuestra infancia, cuando el monocultivo del plátano era prácticamente la única forma de sustento de

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

las familias canarias, de los ricos que empleaban a los pobres y de los pobres que eran empleados por los ricos.

Así que la contemplación de ese paisaje, que aquí sigue intacto desde hace más de un siglo, representa lo que es la isla, y no sé por cuánto tiempo más. En este paisaje antiguo sigue sorprendiendo al visitante, pero ya sorprende también al paisano que regresa, cuando el verde de las plataneras se junta y casi se toca con el agua del mar. Y en este paisaje sigue oliendo el mar con la intensidad propia de los mares del norte, batientes, llenos de algas.

Han construido piscinas naturales (en toda esta costa norte, desde Punta del Hidalgo y Bajamar, en La Laguna, hasta Garachico, Los Silos y Buenavista, adonde iremos luego), pero el mar sigue superando las barreras artificiales, y se sigue colando con su olor y sus olas, con su violencia irreprimible, hasta las avenidas y hasta las plazas.

Y llegaba hasta aquí, donde estoy ahora, en la Puerta de Tierra. Este era el lugar por el que entraban y salían las mercancías de Garachico; este era el fielato, donde se depositaban los papeles de un intercambio que también era un intercambio cosmopolita, que venía de Europa, de América, de África. Este puerto fue en los siglos xvi y xvii reflejo del esplendor marítimo de la rada, el puerto principal de Tenerife. Iban y venían productos agrícolas, vino, azúcar, cueros curtidos, brea, tejidos, venían telas inglesas, telas francesas, se recibía arte flamenco... El geógrafo italiano Torriani lo dibujó en el siglo xvi como un elemento singular del comercio en Canarias, como el eje de la existencia de la isla. Hasta que aquí llegó la erupción de 1706 y se produjo lo que aquí se llama “la catástrofe”. La leyenda dice que la riqueza era tanta que las calles eran de mármol; ahora son de adoquines, en gran parte, adoquines relucientes que le dan a la villa de Garachico el aire medieval que tienen algunos pueblos castellanos, pero no son de mármol, no lo fueron. En la Puerta de Tierra —que conserva un busto del poeta Rafael Alberti, que también estuvo aquí después de su éxtasis vegetal ante el Drago—, situada en la plaza de la Pila, o la plaza de Abajo, se puede sentir aún el símbolo de aquel esplendor. Pero es en el convento de

los franciscanos donde esa devastación se concreta en fechas y consecuencias.

Dice Humboldt, en el relato de su estancia en Tenerife, que “es algo entristecedor (...) el ver un cráter colocado en el centro de un país fértil y bien cultivado”. Y continúa el naturalista alemán, poseído entonces por el pesimismo: “La historia del Globo nos enseña que los volcanes destruyen lo que han creado en un largo trecho de siglos. Islas que la acción del fuego submarino ha puesto de manifiesto sobre las ondas, poco a poco se engalanan con un rico y risueño verdor; pero a menudo estas tierras nuevas son destrozadas por la acción de las mismas fuerzas que han soliviantado el fondo del océano. Tal vez ciertos islotes que hoy no presentan más que montones de escorias y de cenizas volcánicas, antaño fueron tan fértiles como los collados de Tacoronte y El Sauzal [en Tenerife]”. Y concluye un exaltado (y temeroso) Humboldt: “¡Dichosos países aquellos en donde el hombre no tiene por qué desconfiar del suelo que habita!”

Aquí, en Garachico, gravita aún el resplandor de aquella erupción del volcán, que llegó al corazón del porvenir de este lugar. Aquí, en este convento, uno de los cuatro o cinco monumentos que la villa cuida como parte de su culto al pasado y al silencio, se puede ver la biografía volcánica de Tenerife. Ahí están los mapas, como los palimpsestos del miedo: Chinyero, que fue la última erupción, en 1909; Garachico, de 1706; Boca Cangrejo, de 1492, el año del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, y Fasnía, que comenzó un año antes que la que cayó sobre Garachico. Este comenzó el 5 de mayo de 1706 y duró hasta el 13 de mayo, en una primera fase; y luego recuperó su fuerza, y siguió marcando su territorio hasta el 13 de junio.

La erupción de Garachico destrozó el puerto, pero no causó víctimas. Sorprendió a la población, pero ésta pudo refugiarse. Y Garachico ya no pudo ser el mismo; fue dominada la villa “por siete brazos de fuego que rellenaron la parte más profunda y resguardada del puerto”. Viera y Clavijo, el historiador que nació en Los Realejos y contribuyó a traer aquí el espíritu enciclopedista francés, escribió: “Un brazo rompió el puerto, retirando

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

el mar y dejando sólo un caletón incómodo aún para los barcos pequeños. (...) Desaparecieron las viñas, las aguas, los pájaros, el puerto, el comercio y el vecindario”.

Una devastación. No llegó a tanto, ni mucho menos, el fuego más reciente de los volcanes San Juan y Teneguía, que asolaron La Palma en 1949 y 1971 respectivamente. De las imágenes del Teneguía yo fui testigo, como periodista; era una enorme boca de fuego, negro y rojo, que exhalaba terribles explosiones a las que la gente asistía como quien asiste al espectáculo del fin del mundo. Pero la gente no parecía asustada. En la exposición que vi en Garachico se recoge un reportaje que hizo entonces una compañera de la televisión, Cristina García Ramos. Le pregunta a unos parroquianos que miran en la lejanía los efectos del fuego, y escuchan las terribles explosiones, y uno de los interrogados dice: “No, miedo no sentí, es una cosa bonita”. Miedo no sentí: es una cosa bonita. Cuando pasa la tragedia es un paisaje; lo tectónico, lo que sepulta el verde, lo que se dispone a ser, otra vez, suelo, lugar del verde, pero sitio sin nada, escorial. No, miedo no sentí, es una cosa bonita. Lenguaje canario en su pura estirpe.

Debieron haber leído esto que encuentro en uno de los paneles que recuerdan esas erupciones: “Las islas Canarias han ido emergiendo a partir de diferentes volcanes submarinos en los últimos veinte millones de años. En la actualidad todavía están formándose edificios volcánicos bajo el agua, que emergerán en un futuro no muy lejano. La historia de las Canarias es la historia de una convivencia entre el hombre y los volcanes, una convivencia a menudo difícil, pero más beneficiosa que perjudicial para los habitantes de las islas”.

Ahora que miro esas imágenes, y aquellos paisajes devastados o agrandados por el fuego de los volcanes, me fijo en la figura de un hombre que mira vomitar lava del Teneguía; tiene poco pelo, y todo él blanco; se llama Telesforo Bravo, es uno de los grandes geólogos españoles del siglo xx; estudió el Teide, la vulcanología insular, hizo excursiones por el mundo, se atrevió con islas salvajes, buscó agua en Persia, y ahí, en esa imagen, mira

como quien abraza una ocurrencia de la tierra de la que tanto sabe. Ahora que he leído a Humboldt otra vez, me lo imagino dialogando con el naturalista alemán sobre los miedos de este (“¡Dichosos países aquellos en donde el hombre no tiene por qué desconfiar del suelo que habita!”). Seguramente él habría tranquilizado al alemán, o al menos ahí le ves, mientras se quema el suelo de La Palma y él aspira su pipa, y sonrío, con la parsimonia de un sabio. La naturaleza está haciendo su trabajo y, aunque devaste, sabe muy bien lo que hace.

Me voy de allí, camino por lo que es ahora Garachico; estuve ante un convento donde aún hay monjas de clausura, y debe haber muy pocas; es una manzana entera de pared blanca, grandes ventanales fuera del alcance de la vista de los viandantes. Un amigo me ha enviado un mensaje para que no me pierda nada: “Puedes callejear por el centro del pueblo. Y ver, de interés patrimonial, el convento de San Francisco, el de Santo Domingo, el de las franciscanas monjas de clausura, la iglesia de Santa Ana, la Casa de los Condes de La Gomera, el Hotel Quinta Roja, la Puerta de Tierra en la plaza de Abajo, el Camino Real entre las cruces...” Y me enumeró otros lugares igual de importantes para entender la paciencia con la que Garachico ha guardado el pasado. Pero yo me detuve sobre todo ante este monumento del silencio, e imaginé a las monjas zurciendo y cosiendo, guardando el silencio propio como una ofrenda y un sacrificio, y me fui a escuchar el mar, que me alivió de ese poderoso silencio de Garachico.

Sobre mí, el clima de la isla en el norte, la calima, el cielo opaco; me tomé un café en uno de los hoteles que me recomendaba mi amigo, y ahí cualquier sonido, el de las cucharillas también, parecía una intromisión o una alerta. Ahí, bajo la nube blanca e insistente, reflexioné sobre este clima que te lleva a la introspección y a la melancolía, como si la ausencia de sol también fuera una puerta abierta a la ensoñación y al delirio, a la falta de actividad física y a la necesidad de la actividad mental, el sueño, la pesadilla o la poesía. Y anoté: “Un clima que propicia la introspección o el delirio; la nube echada sobre la isla con

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

una insistencia que opaca incluso la raya del horizonte y confiere sobre todo al paisaje marino esa somnolencia a veces violenta que hay en muchos cuadros de William H. Turner cuando el pintor era más viejo”.

El clima es un regreso, a la infancia, en todo caso a los orígenes, y aquí, en medio de esta calima cuya quietud rompen el olor del mar y su sonido estrellándose contra el Roque y contra la costa salada de Garachico, me lleva a aquellos años en que empecé a descubrir la isla, a vivirla. Por asociación de ideas, volvió a mi memoria una escena que ocurre en *El extranjero*, de Albert Camus, cuando Mersault mata, y él atribuye su aturdimiento a esa eficaz y poderosa manta de niebla calurosa, al bochorno que ha caído sobre su frente y sobre su alma. Y mata, no tiene otro remedio que matar, dispara varias veces, se escucha aún en mis oídos adolescentes la expresión con la que Camus refleja la impresión que adquiere el propio asesino al ultimar su horrible tarea: “Comprendí entonces que había roto la armonía del día, el silencio excepcional de una playa en la que fui feliz”. Aquí no asisto a ningún asesinato, ni ha pasado nada que perturbe la armonía del día, pero siento sobre mi cabeza un bochorno similar, es el clima que me está haciendo regresar a la infancia, a la adolescencia, a aquella lectura y a aquel clima.

Fui a comer pescado (y comí carne) en un restaurante, Casa Gaspar, ante el pescante herrumbroso; como me había ocurrido en El Tamaduste, El Hierro, ante unas garbanzas, y en El Guincho, Tenerife, ante un abadejo, el hombre que debía traerme la comida se tomó dos horas como plazo adecuado para cumplir el encargo gastronómico. Nuestro amigo Humboldt se quejaba en su libro sobre su viaje tinerfeño de la tardanza con la que cumplían sus trabajos los isleños que le acompañaron al Teide: “Nuestros guías canarios eran de una cachaza desesperante; habían querido persuadirnos la víspera a no ir más allá de la estación de las Rocas; se sentaban a descansar de diez en diez minutos; arrojaban a hurtadillas las muestras de obsidiana y piedra pómez que con cuidado habíamos recogido, y descubrimos que ninguno de ellos había ido a la cima del volcán todavía”.

Por supuesto, lo que ocurre en los restaurantes isleños no es tan grave como lo que le sucedió a Humboldt, pero sí desespera. Pensé, quizá erróneamente, si lo que me pareció propio de El Tamaduste o de la calima moral de El Hierro no será parte de la idiosincrasia de estas islas, porque no es una actitud, es algo más, como si formara parte del clima: la sensación de soledad, de cierto abatimiento, el temor a que un paso excesivamente rápido nos halle ante el abismo.

En fin.

Antes de irme de Garachico entré en una iglesia; solitaria, había en ella cuatro personas, que rezaban moviendo los labios; la atmósfera era la de un recogimiento total, como el que se advierte en los templos de algunos pueblos del sur de Italia; entraba una luz cenicienta por las puertas abiertas, y las velas encendidas le daban al templo un aspecto fantasmal, de reunión secreta o de espera. Lo cierto es que cuando me fui de Garachico, pensando en la infancia, tuve la tentación de hacer una excursión rara, una excursión en busca de mi padre, algo que sería lógico en un psicodrama pero no en un ejercicio que tiene por objeto descubrir (o redescubrir) los paisajes que forman parte de la vida. Pero es que mi padre era un constructor de paisajes. Fue camionero, aventurero, trabajó de albañil y, en el último episodio de su vida, construyó caminos y carreteras, y en función de ello también destruyó caminos, carreteras y casas. En una ocasión, y eso fue sin quererlo, un camión suyo derruyó una casa vieja, y aprovecharon luego para seguir por allí una carretera en la que siempre vislumbro el vacío que él creó. Fue en el camino del Puerto de la Cruz a La Orotava, por Las Arenas, el lugar que ahora cruzo cada vez que vuelvo a mi casa natal, bajo la montaña horadada sobre la que construyeron, con tesón suicida, un hotel innecesario.

Pero en esta ocasión quise ir a La Guancha, cerca de Garachico, en una de cuyas carreteras él dejó una vez una piedra enorme que nadie pudo quitar. Él insistía en que era un meteorito, una piedra que acompañó algún fenómeno extraordinario del que nadie tuvo noticia, y él quería que se supiera. Cuando ya

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

consiguió el propósito de que alguien, un periodista, mi amigo Salvador García Llanos, lo retratara junto al fenómeno, mi padre respiró tranquilo, había conseguido que se supiera qué había descubierto desmontando un terreno. Murió algún tiempo después, y siempre pensé que, tal como era, un hombre insistente, de convicciones irreductibles, no se hubiera muerto jamás si no le hubiera hecho el periodista ese retrato y si no hubiera publicado en la prensa su descubrimiento.

Por eso, por ese recuerdo que él incrustó en el paisaje de la isla, estuve toda una tarde buscando la piedra, cuya ubicación se me había diluido en la memoria. Luego de muchas pesquisas, la hallé. Allí estaba; era, me dijo un muchacho del lugar, “una bomba volcánica”. Cuando trazaron la carretera, me decía el chico, “hallaron esa forma perfecta, redonda, poderosísima”, y trataron de reducirla a pedazos. La piedra rompió dos martillos hidráulicos, y se resistió también a ser transportada en una grúa. Así que el hombre que dirigía aquel desmonte, me dijo el joven, “se empeñó en dejarla ahí, como para hacer una plaza”.

El chico ignoraba quién había sido aquel hombre. Hablaba en medio de una finca que él había heredado, entre gallinas que no paraban de cacarear y de poner huevos, en una granja en la que seguramente mi padre también hubiera sido feliz, y yo me sentí como el heredero sentimental de una piedra que ahora está rodeada de palmeras, como el túmulo que recuerda a un hombre singular que creía siempre tocar el cielo cuando tocaba la tierra y que era feliz tan solo viendo la tierra, como si la tierra le hablara, y como si le hablaran las piedras.

El chico me dijo que cuando descubrieron la piedra los automovilistas creían de noche observar cristales de mica en su superficie; “los tuvo, ya no los tiene”. Los tuvo: imagino que mi padre los convenció a todos de que en efecto la piedra reflejaba lo que él veía en ella, el testamento sólido de unos extraterrestres. El chico que me habló de ello se llama Gustavo y tiene 23 años; cuando me fui le dije que aquel hombre que descubrió la piedra era mi padre. Y me fui, como si yo también fuera ahora parte del paisaje.

Por este paisaje que estoy siguiendo se viene al sur, que es donde ahora escribo, ante las playas de El Médano, donde vivo desde hace cerca de veinte años, empujado por el deseo de la salud, la arena, el viento y la alegría. Para llegar aquí desde el Norte he pasado por la misma parada de guaguas (o autobuses) que utilizaba cuando mi padre me llevaba a las fincas que él construía en lugares abruptos de este sur profundo al que llegaré dentro de un rato, desde Buenavista.

En esos autobuses polvorientos viajaban conmigo mujeres de luto, obreros, campesinos y muchas gallinas; no sé por qué en mi recuerdo hay en estos viajes tantas gallinas, pero es cierto que entonces las gallinas ponedoras eran un seguro económico en las casas. Los huevos que daban servían para venderlos, y sacar algún dinero, y servían también, cómo no, para comer; mi madre cuidaba gallinas, y vacas, y cerdos, pero en las guaguas sólo viajaban gallinas.

Ahora, sin embargo, en este viaje del siglo XXI (aquellos viajes del siglo XX se hacían en la isla con medios del siglo XIX) voy en un automóvil mucho más moderno que aquel renqueante en el que me traía mi padre de las fincas en las que él trabajaba. Mi padre me llevaba a Tijoco, por Guía de Isora; allí construía, con una cuadrilla de albañiles, fincas para los terratenientes agrícolas; por encima de su cobertizo, en el que dormía, como los otros trabajadores, pasaban los lagartos, yo los vi, y al fondo de aquellas llanuras secas como los paisajes de Juan Rulfo se escuchaba de vez en cuando un corrido mexicano, que entonces era la música que se escuchaba en los campos, esa combinación de violencia y melancolía que habitaba el sonido de esos poblachos. Muchos años después, Jesús Polanco, el presidente de El País, un hombre noble que se enamoró de las islas, y sobre todo de esa perspectiva que se veía desde el sur de Tenerife hacia la isla de La Gomera, me llevó a las huertas donde levantaría un hotel, el hotel Abama; enfrente estaban las fincas que construyó mi padre. Es difícil decir qué cuenta la memoria cuando se producen estas coincidencias en el palmo de terreno de una isla y en la inmensidad grande o chiquita de una vida...

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Y en este automóvil moderno paso ahora, otra vez, tantos años después, junto a un lugar que a mí me trae muchas evocaciones, la Tierra del Trigo, en los altos de Buenavista. Un lugar sensual y silencioso en el que estuve hace décadas; me recuerdo allí, solitario, al atardecer de un día cualquiera, gritando una palabra en medio de aquellas brumas, y recuerdo cómo el eco la devolvía. No recuerdo la palabra, pero muy bien pudo haber sido la palabra silencio.

Ahora que paso por la Tierra del Trigo me doy cuenta de que su capacidad de evocación tiene que ver, acaso, con el descubrimiento que hice entonces del eco de la soledad en el campo. Desde aquí abajo ahora veo las montañas y contemplo cómo descienden las plataneras hasta el mar, desde aquí hasta la Punta de Teno, una de las carreteras más espectaculares de la isla. En un momento del viaje por esa carretera me he detenido ante una protuberancia geológica que se parece al ahora desaparecido Dedo de Dios, llamado así porque en efecto parecía un dedo de piedra; fue abatido por un temporal en la isla de Gran Canaria. Aquí, junto a la Punta de Teno, hay un Dedo de Dios que no tiene nombre alguno y que se alza, solitario, como un faro o como un mojón, frente al mar limpio que bate abajo con una violencia extraordinaria.

Aquí se parte la isla en dos. Acaba el norte puro y nos adentramos, en medio de una ventisca que acrecienta aquí la sensación de soledad, en el noroeste, o en el suroeste. Este es el Macizo de Teno, ante el que cualquier viajero ha de sentir un respeto que debe guardar luego en la memoria. Hemos pasado por un lugar suculento para comer, El Palmar, donde asan los mejores pollos de la isla, y conviene que el viajero se detenga, si luego quiere surcar estos caminos que llaman carreteras (lo son, porque están pavimentadas, pero producen el sudor de los caminos de piedra que llevan a los abismos) con cierta alegría en el estómago.

Ahí nunca había estado, o no lo recordaba. Desde una cierta altura, una vez recuperado del susto y del viento junto al Dedo de Dios tinerfeño, esas rocas imponentes parecen cortadas adrede por la mano del hombre; producen sensación de vacío y

de peligro, al mismo tiempo, o producen ambas sensaciones simplemente porque el día está claro y parece que cualquier objeto que vislumbres desde aquí arriba, una casa, una cabra, un árbol, son miniaturas de un mundo diabólico o bienaventurado.

Es el final del norte, el comienzo del sur; quien haya ido a La Gomera y conozca las profundidades de sus barrancos hallará aquí una sinfonía aún más majestuosa, y querrá escuchar una música suave para que el espíritu se vaya acostumbrando a esas quebradas, a esos recovecos en los que habita un viento que parece volar contigo entre tanto peñasco.

Ahí vas solo; a veces vienen algunos automóviles en dirección contraria, y entonces has de hacerte a un lado, como en las aceras estrechas, pero tienes la recompensa de ir cruzando por una isla secreta en la que da la sensación, en algún momento, de que estás solo, tan solo eres tú quien cruza por ella, estás colgado allá arriba, y colgado no sólo de una piedra, sino de una emoción o de un misterio. ¿Llegarás? Qué importa. Y además, ¿a dónde? Tampoco importa. De pronto, Tenerife es como la esencia de una isla, un acontecimiento geológico que el hombre ha trabajado para que la tierra no esté sola. Una isla es una superficie de roca, es roca pura; los hombres la vienen a violentar, su destino es la soledad, caminemos por ella en silencio, como quien le reza.

Uf, qué caminos.

Y llegamos arriba, más abajo se ve Masca. Por estos senderos vine hace dos o tres años, a través de una pista forestal que nos permitió huir del fuego. Se habían quemado estos bosques de Buenavista que van a Masca; vi, abajo, en este caserío, a hombres llorando porque se les había quemado todo, la casa, las pertenencias, los asientos de madera, la ropa; no tenían nada, y lloraban. Al irme del sitio vi aún incendiándose un trozo de madera, un árbol minúsculo quizá, y sentí como que ese trozo de fuego representaba el fuego mismo, su testimonio. Ahora he vuelto y me he fijado en que están terminando de reconstruir la casa. Y los montes quemados están recuperando sus pinos,

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

aunque en las partes arrasadas por el fuego sigue habiendo las calvas negras que dejan atrás los incendios. En este territorio que me lleva a Masca encuentro también ciertas similitudes con los abismos de La Gomera, y en concreto con los paisajes que se dejan ver, majestuosos y aéreos, bajando desde Playa de Santiago a Valle Gran Rey: enormes palmeras resisten el calor y el temporal de viento, y están ahí, indicando senderos frondosos ante los que el viajero se inclina como si contemplara un oasis después de tanta curva.

Pero luego hay que subir; al contrario que las montañas de Fuerteventura, que son de una sensualidad extraordinaria, causada por las infinitas curvas sedosas que las van modelando, estas montañas son escarpadas, son como estiletos o cuchillos, y mientras subes notas que se están tomando su venganza. Sin respiración llegas arriba, y ahí tienes tu recompensa antes de volver a bajar. A los dos lados ves los universos contrapuestos, el norte y el sur, la izquierda y la derecha en el cosmos, por decirlo así: el norte es lo abrupto, lo intrincado, y el sur es lo diáfano, lo plano. Está abajo lo diáfano, es Santiago del Teide, el pueblo del que depende la enorme construcción geológica del acantilado de Los Gigantes, que de nuevo remite a los edificios naturales del mar en La Gomera y en algunas zonas de Anaga, en Tenerife.

Este camino me lleva a Guía de Isora; ahí veo los pueblos polvorientos por los que me llevaba mi padre a las fincas. Un día, hace más de cuarenta años, me dejó dentro de su cobertizo, mientras él arreglaba los salarios semanales de los peones, y mientras yo dormitaba y escuchaba a lo lejos canciones mexicanas, me fijé en un punto móvil del techo del modestísimo barracón.

Era un perenquén, un lagarto enorme y ventrudo que parecía indicarme la esencia del sur, el grado de soledad que genera el calor. Estaba en el sur, el lagarto era su símbolo; siguió su camino, y yo salí atemorizado del cobertizo, buscando la protección de mi padre contra las alimañas.

Ahora no veré lagartos, seguramente, pero están, son el testimonio del sol, y un sol justiciero cae sobre mí mientras ando entre el mar y las plataneras, desde el acantilado de los Gigantes hasta Adeje, que es una villa suave, algo así como la capital del

sur, allá arriba, dominando extensiones de tierra que en mi infancia eran tan solo tierra y que ahora son urbanizaciones que dan al mar, hasta la playa de las Américas, el mayor emporio turístico de la isla, uno de los más grandes de España, donde el clima atrajo hace años a la primera colonia de extranjeros, los suecos.

Eran suecos impedidos o doloridos, a los que sus médicos aconsejaron un clima seco como este; y aquí los suecos construyeron una clínica que fue también una residencia de recuperación, Vintersol, el sol del invierno. Cuando yo era un chiquillo y venía los veranos veía a esos suecos, tratando de recuperarse de dolencias terribles; vivíamos entre Arona y Adeje, en Los Cristianos, al principio de esta playa de las Américas, en un pueblo que parecía un portal mariner. En aquel entonces, mediados de los años sesenta del siglo xx, no había neveras en las casas, y había que traer el hielo a hombros, para conservar los alimentos, y las calles eran de tierra o de arena, y durante las noches no había luz en las casas ni en las calles, por lo cual los niños y los adultos entretenían el tiempo libre mirando tan solo al cielo, a la luna y a las estrellas, cuyos ciclos todos nos sabíamos de memoria.

Ahora todo ha cambiado demasiado. De hecho, ahora sigue habiendo plataneras polvorientas en el sur de Tenerife, y sigue habiendo playas como las que hubo, pero esta zona de la isla, que alguna vez fue el espejo de un desierto de arenas, es la más cosmopolita, la más habitada; en concreto, el pueblo en cuyo extremo marítimo habito, San Isidro, ha sido uno de los lugares de mayor nivel de transacción económica de España, donde hay más notarías; cerca está el aeropuerto del sur, construido aquí para dar salida a la pujanza económica y turística de Tenerife, y para compensar la antigua primacía del aeropuerto de Los Rodeos, que durante décadas insufló vida al norte.

El sur tiene ahora su revancha.

Yo habito en El Médano, adonde me trajo en los años ochenta del siglo xx el doctor José Toledo, que nació aquí, estudió en Estados Unidos y en Inglaterra, fue uno de los grandes cirujanos de Europa, y murió cuando creía que ya iba a disfrutar durante muchos este paisaje que tanto amó desde niño. Él se ponía de pie ante la Montaña Roja como si la adorara, y esa

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

visión le bastaba para considerar que vivía una vida feliz. Era un poeta, pero no necesitaba escribir: era poeta mirando, y este paisaje llenaba su corazón de poesía.

Déjenme que diga algunas cosas de este pueblo, antes de regresar al norte, esta vez desde el sur.

Acaso simboliza el sur en estado puro, aquella lejanía que marca una diferencia con el norte, lo verde y lo tectónico, esto es lo puramente tectónico, quien toca esta tierra toca la soledad reseca. Aún en los años cincuenta, sesenta y setenta del último siglo, las casas eran escasas, de poca altura; tenían un patio interior al que confluían las habitaciones, de modo que éstas se preservaban del viento que, con las dunas que formaban en torno a las formaciones del monte bajo, constituían la metáfora morfológica del pueblo.

La gran playa, que ahora recibe el nombre de playa Leocadio Machado, era el atractivo principal para aquellos veraneantes insulares que eligieron El Médano para descansar o para desaparecer.

Todavía en aquellas décadas, cuando ya el turismo se empezaba a desarrollar industrialmente en Canarias, la gente se desplazaba hasta aquí como si se fuera al extranjero. Las cosas han cambiado desde que se construyó la autopista del sur, en primer lugar, y desde que empezó a funcionar el aeropuerto del sur. Ahora aquel pueblo de pescadores y de veraneantes locales es una abigarrada formación que combina el turismo de aluvión con el turismo insular o peninsular, y con los extranjeros. Los extranjeros le han dado siempre a este lugar un aire cosmopolita sorprendente; se han quedado a vivir muchos italianos, hay chinos y suramericanos, y todos han terminado teniendo negocios que han hecho del antiguo barrio arenoso y semidesierto una localidad típica del aluvión poblacional que han sufrido las costas del sur, aquí y en la mayor parte de las islas Canarias.

Ese es, digamos, el historial de El Médano, cuya visita recomiendo vivamente porque representa la combinación de mar, montaña y viento que siempre lo caracterizó. Ya no se puede hallar aquí lo que fue El Médano, y refugiarse en la nostalgia de aquel pueblecito que está tan solo en la memoria de los más

viejos es inútil. Hay otros lugares, como el Porís de Abona, a unos kilómetros de El Médano —donde decidió tener una casa el arquitecto suizo Jacques Herzog, iniciando así una corriente de interés por este paisaje—, que mantienen la misma calidad de los reclamos, pero playas como las que conserva este lugar en el que vivo tienen poca competencia en la isla. El viento, además, y el mar bravío, que rompe con decisión y suavidad sobre arenas rubias u oscuras, lo han convertido en un centro internacional de windsurfistas, que dominan casi por completo el litoral con su apasionada lucha por vencer la ventolera o beneficiarse de ella.

A veces me quedo ante la ventana mirando las evoluciones de esas tablas, y contemplando también el vuelo sinuoso de las cometas, y alimento la impresión de que estoy en una costa distinta a esta en la que habito; es distinta, sobre todo, a aquella en la que vivieron mis antepasados, que miraban el mar en estas circunstancias (bravío, blanquecino de puro violento, roto, violentamente acariciado por el viento) como la expresión de una superficie intratable para los pescadores. Era un mar encerrado: ahí estaba el mar, y aquí estaba la tierra. Ahora los windsurfistas desafían esa frontera y buscan las olas como si éstas fueran un guante.

La gran metáfora de El Médano, su emblema, es la Montaña Roja, 171 metros de altura, piedra rojiza, una especie de guardián del mar. Por un lado da a los riscos violentos del final de la playa, y por el otro lado, como un animal mal encarado, se somete a la costa aparentemente más pacífica de una playa sorprendente y solitaria, la playa de La Tejita, de mar alto y traicionero, de corrientes pacíficas pero al fin implacables; una playa para expertos en playas, una de esas playas que uno ha de tratar con la delicadeza con la que se tratan los hermosísimos cocodrilos, lentos y sinuosos, pero igualmente implacables.

Montaña Roja está rodeada del monte bajo, oscuro, verdoso, casi oculto por las tormentas de arena, de su oasis; su altura y su textura remiten a otras montañas sagradas, como aquella que quiso horadar el escultor Eduardo Chillida. Se la puede uno imaginar en los tiempos en que El Médano era un espacio casi diáfano, sin edificios altos y casi sin casas, enviando desde

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

su altura el mensaje intenso de soledad que aún hoy impone. Me gusta mirarla; y me gusta pensar que cuando la miro estoy usando los ojos del alma de gente como el doctor Toledo, de muchos de los que admiraron su serena prestancia atormentada por millones de años de tormenta de sol, viento y frío, guardando la costa como un perro enorme y mágico.

Ese es mi sitio, con ese lugar convivo, aquí estoy escribiendo hoy, escuchando en la ventana los estampidos insolentes del viento que anima en este momento la atmósfera de El Médano, junto a la playa del Cabezo; un windsurferista se amarra al pie la tabla con la que pretende llegar a Montaña Pelada, otra playa nudista que está en el extremo opuesto de La Tejita. Ahí estuve muchas veces, es más resguardada; La Tejita está abierta al océano, Pelada tiene una roca que la resguarda. Son dos vectores del pueblo; en medio hay una población que tiene una energía especial, una parte mínima de la cual llevo años tomando prestada.

Vine por primera vez cuando era un adolescente; el calor excesivo me produjo una lipotimia de la que me salvaron el agua fría y una tapa de ensaladilla; más adelante, en torno a 1970, vine con un grupo de amigos, a curarme un mal de amores y a emborracharme en la playa desierta, donde amanecí, en medio de la arena salvaje, al amanecer ventoso, ante un horizonte limpiísimo, el mismo que se contempla hoy, aunque desde una costa muchísimo más poblada que aquel desierto que entonces era este lugar casi inexistente en los mapas. Y, hace veinte años, gracias a una carta de la baraja que encontré en el desmonte de una obra, y de cuyo poder para la suerte me fie, compré esta casa donde he escrito gran parte de mis libros y una gran parte de este que escribo sobre la memoria sentimental que tengo de mi tierra, Canarias.

El Médano, a diferencia de aquel poblacho de pescadores que vivían en las calles de tierra con las puertas abiertas, en cuyas casas entraba la arena como un visitante más, es ahora un lugar multinacional en el que, gracias a los windsurferistas que vienen de todo el mundo, pero sobre todo de la Europa fría, se

respira de manera estable un aire (o, aún mejor, un viento) plenamente cosmopolita.

Ahora El Médano, que forma parte del municipio de Granadilla de Abona, paso obligado desde el sur para llegar al Teide por Vilaflor, es ahora también vecino al aeropuerto del sur, que, con la autopista, le garantizó a esta parte de la isla un boom turístico que ha afectado, sin duda, a la fisonomía del lugar y también a la psicología de sus habitantes, entre los que ya casi no hay pescadores.

La primera visita a La Laguna

Un homenaje

Con el Puerto de la Cruz, adonde ya hemos ido, este es mi sitio, La Laguna; se lo digo al pintor Pedro González mientras tomamos vino en la calle de La Carrera, junto al convento de las Clarisas; aquí funciona el aire que alimenta mi espíritu, en este lugar donde ahora reempiendo mi excursión insular está la orografía de la que ya saben mis pies; sé que es un desierto, o casi, donde ni hay palmeras ni plantas, casi, pero el aire, que es su habitante principal, ulula como si quisiera borrar el mundo entero, e incluso la memoria, y se adentra en un mar purísimo que parece estar siempre en perfecto estado de tormenta, rugiendo como un mar adolescente, rizado como si acabara de venir de una ventisca terrible, como aquella que atemorizó incluso al bandido (Edward G. Robinson, inolvidable) de *Cayo Largo*.

Es mi sitio, como lo es La Laguna. Déjenme que le haga un homenaje personal, la reiteración de una visita que le debo siempre, un viaje que aconsejo como se aconsejaría beber de la mejor agua de la mejor fuente de la mejor casa del mejor recuerdo.

La Laguna es el lugar en cuya universidad estudié, fue la única universidad de Canarias durante mucho tiempo, y ahora comparte ese honor académico con Las Palmas. Mientras fue

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

la única universidad canaria, fue el lugar común en el que confluían estudiantes de todas las islas, lo que le daba a la Ciudad de los Adelantados (se llama así porque en ella los conquistadores castellanos cifraron la instalación de su poder) un cierto aire cosmopolita, sin duda insular, el aire que los estudiantes le confieren a los sitios. Al venir de todas partes, además, le dieron a la ciudad un componente bohemio bastante singular, del que hoy me temo que carece, pues ya los alumnos viven más en sus casas que en las pensiones o en los colegios mayores que excitaban durante mucho tiempo una picaresca legendaria.

La Laguna. Ahora la tengo delante. La toco, toco la ciudad; es un recuerdo táctil, la añoro; pero ahora la toco; es una ciudad que está ahí para tocarse, no es sólo una ciudad, es una música, un paseo interior; no ha dejado nunca de tener sonido; el sonido del agua de la lluvia, el sonido de los pasos sobre los empedrados, el sonido de la noche, nítido, el sonido del viento en una esquina, el sonido del invierno, el seco sonido del verano.

Un día en La Laguna, por ejemplo, muy temprano, cuando era un estudiante y venía aquí al amanecer. Aun el aire es la soledad, está solo el aire de la Laguna, el aire frío, abierto, como si fuera el recuerdo de un niño, y toco el aire, va contra mi cara, camino por la Avenida de la Trinidad, atrás he dejado la estatua del Padre Anchieta, el evangelizador de Brasil salió de aquí, de este territorio de agua y de aire. Por aquí voy al cementerio, la mañana me lleva al cementerio viejo, y en él un ciprés asciende sin pudor y llama al sol para que le dé sombra a los muertos. Se prolonga esa sombra azul y yo me cobijo en ella; esa sombra parece en algún momento otro monumento a la ciudad que les diera sombra a los antepasados.

Entras por ahí, por Anchieta, y mientras abres la ciudad parece que llegas a una vida nueva; La Laguna es eso, el sitio donde vas a aprender, eres un adolescente y estás entrando en la cuna de Canarias, no eres todavía consciente de eso, no sabes que estás pisando los bordes e incluso el filamento principal de la historia, pero en este momento, cuando llegas, estás entrando en el pasado porque entras a la vez en el porvenir. En pasados siglos por aquí entró la literatura, el debate, la Enciclopedia,

discutieron los conquistadores españoles, pero también los historiadores (como Viera y Clavijo) y los poetas (como el poeta Viana).

Cuando entro en la ciudad no hay nadie, es madrugada, pero pasa un ciclista que lleva una fiamblera en el sillín trasero, y me hace adiós con la cabeza. Todo es nuevo en la ciudad y yo soy un chiquillo que viene a buscar en el aire lo que la vida le había prometido: la aventura de ver. La toco. Toco La Laguna. Me ha traído, en auto-stop, un médico alemán que también viaja temprano, y nos hemos entendido gracias a mi diccionario de griego. Estoy entrando en el Instituto, a hacer preuniversitario, y esa es mi primera lección, mi bautismo en La Laguna.

Toco La Laguna, pero ahora estoy en el cementerio, como si una mano me llevara a honrar el pasado. Y luego vuelvo a la Avenida de la Trinidad, otros chicos madrugadores ríen cruzando la calzada al mismo tiempo que la cruzan las cabras. Los adoquines están aún húmedos de la lluvia o del sereno; los chicos llevan carteras de cartón, libros recién estrenados. Casi todo lo que estoy viendo se quedará siempre en mi retina. Tengo las manos heladas dentro de mi pantalón de dril, es otoño y el sol ya no calienta nada; unos hombres vociferan saliendo de los bares donde han tomado caña, licores para combatir la helada o para terminar una noche de farra. En La Laguna hay la costumbre de beber, y jamás se cierra la costumbre de las barras.

La ciudad se abre luego a su historia urbana, y aquí estoy, he entrado por Consistorio hasta la plaza de Los Adelantados, ante mí hay uno de los monumentos de clausura que cubren de misterio esta zona de La Laguna, las monjas enclaustradas haciendo dulces, zurciendo calcetines, rezando; las cabras me han seguido hasta aquí, y por ahí van, suben la calle de La Carrera, de la que he escuchado hablar en las coplas (“Una noche lagunera/ llena de lluvia y de frío/ la calle de La Carrera/ no era calle que era un río...”); la calle acaba en una extraordinaria intersección arquitectónica, la iglesia de la Concepción, que el pintor Pedro González convirtió en algunos de sus cuadros en el referente cosmopolita y telúrico de la ciudad, rodeada de automóviles modernos e incrustada en las faldas poderosas del

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Teide... En ese camino que ha dejado atrás la Catedral, mucho más convencional que esta iglesia espartana, casi civil, La Carrera más que una calle ya es un pasillo que conduce a la otra salida de La Laguna.

Ante la Catedral está el Ateneo, que incluso en tiempos de la dictadura franquista fue lugar de encuentros republicanos o civiles de antifranquistas ilustrados, de jueguistas célebres, de músicos legendarios... Aquí se inauguró la larga historia de Los Sabandeños, el grupo musical más importante de la historia de Canarias, renovadores del folklóre insular, creadores de una manera de cantar coplas ancestrales o modernas que han tenido y tienen a la tierra, a la tierra que se toca, o al vino, como protagonistas. Y por esa vereda por la que voy llego al Instituto de Canarias, ahí voy a estudiar, este es el objetivo de este primer día en La Laguna, inauguro una vida, esta es mi ciudad, aquí me voy a hacer, hoy es de día, pero esta va a ser la inauguración, también, de mis noches. Escucho la fuente y percibo el sonido del viento moviendo los árboles, e imagino a Miguel de Unamuno o a Benito Pérez Galdós, el filósofo, el novelista, que estuvieron por aquí, deambulando por esas terrazas interiores, ya están ahí dentro los chicos que iban estrenando sus libros y se cruzaron con las cabras por la Avenida de la Trinidad. Y los veo correr por esos pasillos, como si hubieran vivido allí, también, el año pasado; pero yo acabo de llegar, no conozco a ninguno, aunque la ciudad ya es mía, me siento en ella como si allí hubiera nacido, incluso me fue familiar la luz del cementerio, la ciudad ya es mía, tengo, toco su memoria.

Después voy al Camino Largo, el trazo de tierra, el musgo en las paredes, el Camino de las Peras, el Pozo Cabildo, las fuentes, los empedrados. Estoy pisando el pasado. Muchos años después toqué los mismos muros, hice los mismos paseos; ya mi pelo es blanco, tengo cerca de cincuenta años más, La Laguna también los ha cumplido. Pero da la sensación de que llego y la toco otra vez y tiene el mismo tacto de aquella primera mañana.

Un alto en el camino

Hagamos un alto en el camino, volquemos algunas palabras, detengámonos un poco en lo que sería común en este territorio al que estamos convocando al visitante que no lo conoce, e incitando a que vuelva a quien ya estuvo. Y pongamos sobre la mesa algunos nombres.

Telde, El Tamaduste, Tazacorte, Tiscamanita, Tuineje, Tías, Betancuria, Tacoronte, Tejina, Adeje, Tejeda, Yaiza, Haría, Tahiche, Chipude, Alajeró, Vegueta, Arucas, Arure, Aridane, Taburiente, El Médano, Arona.

Lo primero son los nombres.

Miguel de Unamuno se fijó en ellos y compuso con su sonido un poema lleno de lo que él consideraba la esencia de Canarias: la capacidad poética de su propia nomenclatura. Tierra de ensayos de continente, archipiélago repleto de leyendas, Canarias es ante todo la consecuencia de una armonía; se ve en Vegueta (Gran Canaria), en La Laguna (Tenerife), se ve en los barrancos de La Gomera, es lo que se ve en el desierto de Fuerteventura, en el cielo de La Palma, en Timanfaya, los volcanes de Lanzarote... Y esa belleza armónica está también en los nombres.

Siete islas y siete islotes, las Canarias tienen en común, además del alma y la geografía, el hecho de ser un archipiélago compacto, valga la paradoja, una sucesión de islas o islotes que se complementan, por la tierra misma, por los volcanes, por el pro-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

pio folklore, que va saltando, con variantes sutiles o contundentes, por la gastronomía... De resto, las siete están bien armadas como islas. Se necesitan, pero pueden vivir solas. Se buscan, porque hay una hermandad interior que se origina en el fondo del mar y también en la historia, pero también tienen la tentación (la han tenido históricamente) de subsistir sin mirarse. Eso ya no es posible: no las une sino el aire (y los aviones) o el mar (y los barcos), pero están condenadas a estar juntas. Son una unidad. Unidas por el mismo mar, como dice uno de sus himnos.

Se comparan, claro, como se comparan todos los territorios que están cerca o son opuestos, isleños o no; y ahí, en esas comparaciones, están los orígenes de sus desacuerdos, pero cualquiera de ellas podría proponerse como ejemplo insular, una isla en sí misma, en cualquier exposición de islas perfectas que se haga en el mundo. Es mentira que cuando se ve una se ven todas: para conocer Canarias hay que ir a cada una de sus islas, y acaso también habría que contemplar en su historia mitológica el reflejo invertido de la Atlántida y los espejos vaporosos de la isla de San Borondón, ese espacio inexistente (¿o no?) que ha servido siempre para que el archipiélago tenga la ilusión de poseer un limbo.

Unamuno decía de los canarios lo mismo que de sus paisanos, los bilbaínos: hablan de su tierra como si la hubieran inventado o como si la hubieran hecho con sus propias manos. No pudieron tender las playas de Fuerteventura, ni modelar las dunas de Maspalomas, en Gran Canaria, ni horadar la Caldera de Taburiente, en La Palma, ni hacer las puestas de sol de Fuen-caliente, en la misma isla, ni, por supuesto, calentar la lava del Teide. Pero sí hicieron los nombres. En su mayoría, estos nombres cuya suavidad poética entusiasmó tanto a Unamuno como a José Saramago, que hizo de su casa en Tías el centro de su reflexión poética sobre el mundo, vienen del pasado guanche, y otros nacieron para señalar aspectos de la lucha desigual de los aborígenes frente a los españoles. La Matanza de Acentejo y La Victoria de Acentejo, en Tenerife, evocan el episodio de la Conquista, un episodio central en la vida del archipiélago. Esa Conquista fue lenta y laboriosa. Los aborígenes fueron brutalmente diezmados, o fueron dispersados hacia otras regiones o

países, o bien se mezclaron las razas para dar de sí lo que son los canarios de hoy. En Tlatelolco, México, se dice que la Conquista que allí se produjo dio de sí el México de hoy, no hubo, dicen en esa placa que conmemora el hecho en la famosa plaza de las Tres Culturas mexicana, “ni vencedores ni vencidos”. Como cantan Los Sabandeños, recogiendo un poema de Ramón Gil Roldán en *La Cantata del Mencey Loco*, aquella raza aborigen “acabó en la historia para vivir en la leyenda”.

En esa leyenda hay mucha historia, y muchos acentos superpuestos; el canario (el español de los canarios) procede, sin duda, del español de ida y vuelta. Como explica Álex Grijelmo en su libro *El genio del idioma*, ese es el español que se quedó en las islas en torno a los siglos XVIII y XIX y se contaminó, o se enriqueció, más bien, con el que volvió de América.

Con variantes, ese es el sonido del canario, el hablante del español atlántico, y ese sonido es uno de los elementos comunes de su presencia, de su actitud y de su espíritu. Lo que además junta a los canarios en las propias islas es cierto espíritu melancólico que está representado en su poesía, en su manera de ser y en su manera de cantar. Entre otros cantos, el que representa esa manera de ser interior, ensimismada, del canario, es la folía. Según algunos, es una melodía que procede de Portugal y que venía acompañada por un baile muy agitado con el que se combatían los efectos venenosos de la tarántula; según otros, es un ritmo que pasó por la Andalucía del siglo XVI y de allí saltó a las islas. En todo caso, es evidente que los canarios la naturalizaron hasta hacerla una manifestación radicalmente propia de su manera de ser y de estar en el mundo. Es un canto triste y pausado (nada que ver con la tarántula, por cierto) que refleja la despedida melancólica, la lejanía, el desamparo, pero que a la vez (aseguran las coplas) resulta alegre pero “muy tristes” de cantar: “Folías sí,/ quieres tú,/ quieres tú que cante yo,/ las folías de mi tierra/ son alegres y muy tristes de cantar”, dicen Los Sabandeños, en esta versión de mi amigo Elfidio Alonso, que tuvo el mérito singular de inventarlos y de mantenerlos al servicio del folklore insular y también de la necesaria hermandad con el lenguaje poético y musical de América.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Esa intensa paradoja del espíritu insular, en el que la tristeza y la alegría se mezclan en una combinación que lleva a cierta dejadez dulce, es, quizá, el hilo conductor del ser canario. Una especie de saudade portuguesa que los insulares llamamos magua —que es, en nuestro lenguaje, pena o desconsuelo— y que ha recorrido durante siglos la espina dorsal de una manera de ser que distingue al común de los canarios. Tan común como el gofio, por cierto.

La isla en el cielo

Esta es La Palma, una isla en el cielo. Los astrofísicos de todo el mundo la descubrieron como se descubre un tesoro: desde aquí se ve mejor que en ningún otro lugar del mundo lo que el cielo ofrece de misterioso, como si la isla tuviera un observatorio natural para adivinar el futuro según el ADN del cielo.

En el Roque de los Muchachos están esos observatorios que ahora son el emblema de una isla que hasta hace unos años miraba más a la tierra, a la Caldera de Taburiente, su símbolo, que al aire. Es una isla triangular, bellísima, nacida para ser verde y bella, un contraste entre la lava que la ha prolongado y los árboles que la han convertido en la más frondosa de las Canarias.

La Isla Verde. La Isla Bonita. Así la llaman los que vienen, y así la llaman los palmeros. Tienen por la isla, unos y otros, una devoción contagiosa, de modo que cuando uno llega a la isla la isla ya tiene sus adjetivos.

Verde y bonita. Aquí se hace una excepción a lo que decía el urbanista catalán que comía viejas en el Puertito de la Cruz: aquí lo verde es lo tectónico al mismo tiempo; todo es verde, pero todo es roca; la isla es verde, y hasta la Caldera es verde, intensamente verde, como son verdes las extensiones que las sucesivas erupciones regalaron a la isla.

Cuando vino, Aldecoa escribió, hace más de cincuenta años: “La isla tiene forma de corazón. La isla tiene también corazón;

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

corazón de fuego, corazón volcánico. Bajo La Palma yace el crisol, y San Miguel, vencedor de la gente del fuego, guarda La Palma de su corazón en llamas”.

Isla de leyendas y de lejanías: sus carreteras son sinuosas, las curvas convierten un viaje cercano en un largo viaje, y esa estructura del terreno le ha dado a la isla una paciencia enorme. Símbolo cortado a pico, sendero intrincadísimo en el que los valles son la sorpresa final de un viaje tortuoso a través de curvas y huertas imposibles; el isleño es paciente, pero es que el terreno le ha llevado a ser infinitamente paciente. La Palma no es una excepción: esa hermosura que su terreno regala ha de ser caminada o cultivada con laboriosidad muy paciente, porque abundan los barrancos, las cuestas; La Caldera, que se baja con tanta facilidad, es luego un trecho escarpado que ha de subirse casi como los antiguos cruzaban los barrancos de lado a lado: con cañas fuertes o con bastones.

La isla verde pero también la isla donde mejor se huele el océano. Es la isla de la Caldera de Taburiente pero también la isla del valle de Aridane, lo abrupto y lo misterioso, la isla cerca del cielo pero también la isla tendida frente al mar. Está tan cerca del cielo La Palma que daría la impresión de que bastaría un puñetazo para colgarla del aire; pero el mar está tan cerca y es tan poderoso que se diría que la isla está navegando, mirando al cielo, sometida al mar.

En la isla hay una importante colección de arte flamenco, impulsada por los primeros emigrantes que vinieron de Flandes a construir aquí ingenios azucareros, en los siglos XVI y XVII. Trajeron consigo esculturas, pinturas y tablas representativas del arte flamenco, del último gótico y del Renacimiento, procedentes todas de los talleres de Bruselas, Amberes, Brujas y Gante. Esa influencia convirtió a La Palma en una de las islas con más ambición cultural y con mayor patrimonio artístico de Canarias.

El primer viaje que hice a La Palma, en 1968, fue para ver (y entrevistar) a un anciano fabricante de puros, don Pedro Capote. La Palma disponía entonces de una importante industria tabaquera. La seda era otro de sus orgullos industriales. Ambas ramas se han ido quebrando, y ahora La Palma ya sólo tiene

reliquias de aquel esplendor que hace cincuenta años la hacían semejante, en su industria tabaquera, a la isla de Cuba, a alguna de cuyas regiones se parece tanto.

Esta vez he ido a La Palma en busca de sus sonidos, de sus sabores y de sus senderos. El viaje se preparó una noche en que descubrí a un hombre, Mauro Fernández, que nos recibió en una casa de leyenda, en el centro de la isla; la mesa estaba llena de los productos de la tierra, que habían dispuesto allí su mujer, Malula, y algunas personas que se habían concentrado para celebrar no sé qué fiestas de mayo, pues en las islas es fiesta casi todos los días del año, pero sobre todo en el mes de mayo.

Mauro tardó en llegar; cuando ya estuvo con nosotros contó que había estado caminando durante cinco horas, con sus botas altas, con su sombrero, con su morral, por algunos senderos que aún no conocía, y conocía casi todos los senderos en la isla.

Así que ahí pensé que él sería un buen compañero para este viaje, y se lo propuse meses después, cuando ya había estado en donde todo el mundo ha estado, en el Roque de los Muchachos, en los distintos observatorios que han puesto La Palma en la vanguardia del mundo de la investigación del cielo. Mauro es un hombre de tierra, de la tierra venía esa noche, y cuando me recibió en el aeropuerto de La Palma, algún tiempo después, me llevó de nuevo a la tierra.

La entrada en La Palma tiene algo de metafórica, si vienes por el aire, porque ya el aeropuerto te introduce en una especie de antología de la isla: invernaderos, palmeras, el mar. Esa es la primera visión, que ya te impregna de La Palma; delante tienes el mar alto, nítido, sus barcos de pasajeros que van y vienen de las islas. A Malula y a Mauro les encanta enseñar la isla, nos lo dicen cuando pasamos por Garafía; hay un viejo con su sombrero (su “cacharro”, así lo llaman) y con su purito, se lo fuma con tanta fruición que se diría que va a desaparecer con él cuando se apague el tabaco. Mauro está ahora jubilado, pero trabajó en la Unelco, la empresa eléctrica de Canarias, lo cual le permitió conocer muchos senderos de esta isla de luz que, casualmente, fue una adelantada también en la implantación de la luz eléctrica en las islas Canarias, pues ya en 1893 había aquí esa ener-

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

gía, la primera isla de Canarias en disponer de ese servicio. Después de Barcelona y Madrid, Santa Cruz de La Palma fue la tercera ciudad española en recibir luz eléctrica. Y La Palma fue también un centro cultural abierto a la influencia de la Enciclopedia, y además fue la sede del primer periódico fundado en las islas, el *Diario de Avisos*, que aún se edita.

Santa Cruz de La Palma es, en sí misma, un magnífico conjunto artístico, histórico. Es una ciudad tranquila, sorprendente en su belleza y en su limpieza, como si la ciudad quisiera transparentar su alma o su historia en el espectáculo tranquilo, antiguo, de sus calles estrechas y adoquinadas; una ciudad que es como el reflejo del pasado que vive en ella.

Nació para la cristiandad que exportaron aquí los Reyes Católicos bajo el realengo de Alonso Fernández de Lugo, en 1492, cuando cayó también en sus manos la isla de Tenerife. Fernández de Lugo llegó a la isla por el puerto de Tzacorte; pactos y luchas precedieron a la conquista, y en 1493 terminó la resistencia de la isla a caer en manos católicas. Fue entonces cuando se fundó Santa Cruz de La Palma, que fue siempre, y sigue siendo, una avanzada en el cosmopolitismo en las islas.

La ciudad de Santa Cruz de La Palma está orientada al este, como era habitual entonces entre las ciudades que daban la cara al mar, y poco a poco fue construida linealmente, siguiendo los modelos de los portugueses, que tienen que ver muchísimo con el desarrollo urbano y humano de este territorio. En la Avenida Marítima, acaso la más expuesta al océano de cuantas hay en las islas, se conservan algunas casas que recuerdan la abundante presencia de portugueses en la isla. Casas antiguas coloreadas de manera muy llamativa, con balcones que sólo existen aquí, cubiertos de celosías que las protegen de los embates del mar cuando éste es demasiado bravo... Durante mucho tiempo esas celosías protegían, además, los retretes, que se limpiaban gracias precisamente a esos embates marinos. Ahora mismo los amigos que me acompañan en el viaje insular me han señalado esas celosías como un espectáculo en sí mismo, como un remanente simbólico de lo que el hombre hace para adelantarse a los inventos.

El patrimonio arquitectónico de la ciudad es excepcional, de los más importantes de Canarias. En mis notas está que ese patrimonio fue muchas veces amenazado, y que se salvó del temblor de tierra que hubo el 3 de mayo de 1632; se salvó también de los esporádicos incendios, especialmente del que hubo en 1770. También se ha salvado de la especulación del terreno, y ese es otro milagro de la naturaleza, en cierto sentido...

La historia de Santa Cruz de La Palma puede dividirse en dos etapas. La primera etapa comenzaría en el momento de la conquista católica, hasta 1553, cuando la invadieron los piratas de François Le Clerc, llamado Pata de Palo. Luego la isla creció hacia el sur, se hizo tránsito obligado hacia las Indias que había descubierto Colón, y aquí estuvo el primer juzgado de Indias, clave para controlar y regular el tráfico que tenía su reposo en este puerto antes tan ajetreado.

Los cultivos de la caña de azúcar, sobre todo en los ingenios de Argual, Tazacorte y Los Sauces, atrajeron el comercio con los Países Bajos, y aceleraron el cosmopolitismo que distingue a La Palma, y sobre todo a su capital, en la historia. De aquí partían los vinos de malvasía a los que hace tanta referencia Shakespeare en sus obras, y que tanta aceptación tuvieron en los países del norte de Europa. El tráfico fue también cultural; estos contactos dieron de sí algunos asentamientos de personalidades muy cultas de Amberes y de otras capitales de los Países Bajos.

Los navíos que transportaban el azúcar y el vino volvían de Flandes con ornamentos para el culto, tapices, armas, campanas, lienzos, tablas y retablos y esculturas que ahora constituyen tesoros diseminados en la capital y en la isla. En el siglo XVIII este puerto que ahora duerme al sol de su historia fue el tercero en importancia en el imperio español, junto con los de Amberes y Sevilla. Y ello hizo que fuera la isla apetecida por todo tipo de piratas.

Pero el siglo XIX vino a reivindicar a la isla, y a la capital ante todo, como una de las ciudades más avanzadas de la España culta. Se asentaron las ambiciones de la modernidad y el liberalismo; aquí se fundó la primera imprenta que hubo en las islas, en 1863 se editó el primer periódico, y vino la luz eléctrica...

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Alguno de sus jóvenes fue entonces a estudiar a París. De París fue de donde vino la noticia de que existía la luz eléctrica. Uno de esos estudiantes que fue a Francia atraído por la cultura universal que se predicaba entonces regresó de su viaje contando que, en la capital francesa, si dabas un pellizco en la pared, se iluminaba una estancia... Esa noticia fue el origen de que La Palma se adelantara a las otras islas en obtener electricidad, y Santa Cruz de la Palma fue el 31 de enero de 1893 la primera capital isleña en estrenar alumbrado público.

Poco antes, en 1881, se fundó la sociedad La Cosmológica, con la intención de ser la sede de la discusión científica y cultural de la isla, y fue el germen de una gran biblioteca. Sería el estallido tranquilo de una apuesta que dio de sí una isla reverente con la cultura y con la ciencia, que ha dado de sí grandes personajes, poetas, hombres de teatro, músicos, e incluso artistas del calzado, como el contemporáneo, y muy famoso en todo el mundo, Manolo Blahnick. Pero son la calle Real, sus espectáculos tradicionales de enanos que se burlan de Napoleón, su enorme patrimonio artístico, la tradicional Bajada de la Virgen... algunos de los elementos que hacen que esta isla sea mucho más que un paisaje y que una historia. La llaman la Isla Bonita, pero sería legítimo llamarla la Isla Misterio, y para desvelarlo es mejor venir a verla. Y verla, por ejemplo, con Malula y con Mario, mis amigos.

Mauro y Malula van contando La Palma mientras pasamos por pueblos que conservan el diseño y la paz que tuvieron ya cuando aquí hubo por primera vez luz eléctrica: Los Sauces, El Paso, Breña Alta, Garafía, lugares todos relacionados con la agricultura y el tabaco... Mauro y Malula, y el jeep que nos lleva, se conocen estas cuestas escarpadas, estas curvas que descubren, en cada recodo, una nueva huerta de plátanos. Arriba, a 2.426 metros, nos señalan el Roque de los Muchachos, con sus instalaciones espectaculares en los que distintos gobiernos europeos han instalado sus observatorios. "Este es el mejor cielo del mundo", dicen, pero las autoridades mundiales que controlan el cielo han elegido a Chile para instalar allí el que ha de

ser el mayor telescopio del mundo, y eso en la isla se ha entendido como el resultado de una dejadez política o como una ofensa que viven con la legendaria paciencia insular.

Pero estamos a ras de tierra; aquí preocupan los bichos o las plantas que dañan la uva (rabo de gato se llama una planta invasora que afecta a las viñas), cuentan, señalando las viñas que festonean el camino como jardines colgantes. Presidiendo el paisaje, casas de estilo portugués (tres puertas, tres ventanas), que explican aún hoy la influencia portuguesa en esta y en otras islas occidentales de Canarias. Los primeros libros que llegaron a La Palma venían de Portugal, fue en el siglo xvi y estaban escritos en portugués antiguo. Fue un portugués de ese tiempo, Gaspar Frutuoso, el que dio con la isla. La recorrió paso a paso, comió de los tunos que se cultivaban en Puntagorda; se hizo acompañar de un hombre que, al llegar a Garafía, le dijo: “De Garafía a Barlovento no le acompaño porque no conozco los caminos”. Y ese trecho que don Gaspar Frutuoso hubiera hecho ahora en diez minutos lo cumplió en un día.

Mauro señala con entusiasmo los barrancos y los riachuelos, los barrancos y los bosques; aquí estamos pasando por el Cubo de la Galga, que es un hermoso bosque del Barranco de la Galga. Es una isla tan agrícola que se diría que está toda plantada. Toda: no hay un rincón de La Palma que no tenga la sombra de un árbol, de un arbusto. El problema es que el cincuenta por ciento de esa isla plantada está ahora abandonado. En los años cincuenta del siglo xx se cultivaba tabaco en todas partes, esta isla era como Cuba, una enorme factoría de tabaco, pero vino el moho azul, una plaga, y el tabaco se fue agostando; ahora sólo se cultiva tabaco por Las Breñas.

Otra vez que estuve en La Palma, en torno a 1974, me llevaron a San Andrés y Sauces, que son dos mundos en uno; recordaba de esa estancia esta enorme pendiente empedrada, junto a una plaza doble, en torno a una iglesia vieja pero aún conservada. Ahí estuve hace poco otra vez, escuchando canciones suramericanas, entonando desgarradas rancheras de Chavela Vargas, y comiendo ropa vieja. Mauro y Malula nos han

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

traído al mismo sitio; nos ponen gofio, nos ponen vino y queso; estamos en La Palma, afuera celebran bodas o bautizos, es septiembre, pero podría ser cualquier día de fiesta del año; habría el mismo jolgorio, se escucharían las mismas canciones, estaríamos disfrutando de un clima parecido. La isla está azul, no extraña que este sea un cielo tan codiciado.

Este lugar tiene algo de pueblo italiano del siglo xv, como toda la isla, por cierto; la misma capacidad para entender que el progreso se hace leyendo, la misma sensación de que la isla es una propiedad pública que ha dejarse en herencia a los que vienen. Este amor bastante chovinista que exhiben los palmeros les ha servido para mostrar hoy una isla que se enorgullece de sus logros (aquí se hicieron los primeros astilleros, se establecieron los primeros periódicos...) y que también se enorgullece de tener uno de los paisajes mejor conservados de todas las islas, incluidos los grandes islotes. Aquí la construcción se ha medido con tino; La Palma, como La Gomera, como El Hierro, pueden fotografiarse hoy y su imagen sería parecida a la que hace sesenta años vieron aquí los contemporáneos del viaje de Ignacio Aldecoa.

Comemos, en efecto, queso, gofio, viejas, gallo... Mauro se acuerda de algunos versos, los recita: "En el Cubo de La Galga/ bajo un almendro en flor/ le dio mi madre a mi padre/ el primer beso de amor...". Nos ponen escaldón, como en el Puertito de la Cruz. A este gofio escaldado le ponen la cebolla que yo quiero, la cebolla guayonge, esta cebolla azul que parece, a la vez, una cebolla y un color que nace de la tierra. Hacemos recuento: en esta isla hay que ir a La Caldera y hay que ir a los volcanes, nos dicen. Ahora estamos en el centro. La ruta de los volcanes nos llevaría a la punta de la isla, a Fuencaliente. Ellos no lo saben, pero en ese momento que pronuncian el nombre de Fuencaliente yo estoy viendo, en mi memoria, un atardecer espectacular, como aquel atardecer que vi desde la ventanilla del avión al llegar a Tenerife. Ellos están contando que fue por allí, gracias a los volcanes, por donde creció la isla en los últimos dos millones de años; en ese periodo de tiempo vinieron

a poblar la isla los benahoaritas (que así se llamaban los primeros pobladores) “y luego vinimos nosotros”, dice Mauro, con ironía palmera. La Caldera llegó a tener 3.400 metros de altura, mayor que el Teide, “pero hace dos millones de años se desmoronó y cayó hacia lo que es hoy el valle de Aridane”.

Mauro guarda algunas sorpresas, para mostrarle al viajero lugares donde sólo pisan él y cuatro palmeros, o cuarenta. El sitio al que nos trae se llama Río Muerto; es una cala abrupta, casi secreta, que está en las costas de Mazo, bajo la Colada del Volcán Martín, que derramó su lava en 1660; aquí hay casas viejas, colmenas, hornos, es evidente el paso del hombre sobre esta tierra, pero es obvio también que el hombre viene poco a este lugar en el que el volcán hizo su abrigo, que ahora nos cubre a nosotros mismos... Por estos andurriales andan Mauro y sus amigos senderistas, desde La Breña a La Cumbre, cinco horas, cinco hombres, por debajo de la laurisilva, cruzando por rutas que están sembradas de ciruelas y por huertas que alimentan casas que llevan aquí cuatro siglos... La Iglesia de San Andrés, que me señalan, está aquí desde 1515.

Los lugares por los que vamos son sobrios, en efecto son como paisajes italianos del siglo xv, como si aquí se hubiera detenido la mano de la historia que hace los paisajes; los colores son sobrios, como antiguos; anoté: “a veces hay golpes secos de amarillos mexicanos”.

Estamos en el espinazo de la isla, vamos a San Andrés y a Las Breñas, “esta es una lengua feraz de tierra bañada por un mar limpio”, dicen mis notas... Pasamos por el Hoyo de Mazo, una bodeguita, unas viñas, el Molino de Mazo, “que es como un suspiro de molino”. Al fondo se ve La Gomera, nosotros estamos parados junto a una palmera solitaria y a unas higueras, en un camino de tierra, por Manchas Blancas. Por aquí se ve el cráter de un volcán, el volcán Martín, junto a la costa que llaman de Tígalate Hondo. Las cabras están sueltas, como los cochinos negros. “Por aquí llevo caminando desde hace cuarenta años”, dice Mauro. Estamos ahora abajo, en el Río Muerto, hay lajas como almohadones, piedras marinas que deben tener millones de años. Por aquí se derramó el Martín en 1646, y la isla creció

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

gracias a una extensión inmensa de lava que ahora coexiste aquí en este río tan bien bautizado como Río Muerto.

Le digo a Mauro:

—Es imposible conocer del todo esta isla.

—Nunca la conocerás del todo. Porque además en invierno es distinta que en verano, y así sucesivamente.

Las islas son así, jamás iguales, jamás las mismas islas; su horizonte, como dice el pintor Pedro González, las marca, pero el horizonte nunca es igual, es un punto de apoyo que gira. Aquí, en Río Muerto, percibo el sonido prehistórico que guardan los sitios solitarios. Escucho el mar remansado, como si fuera un océano a la espera, muerto, o simulando que está muerto. Al fondo se ve la punta de la isla, el faro de Fuencaliente. Fue allí donde vi aquella puesta de sol que ya es la puesta de sol más hermosa que vi en las islas, junto a aquella que contemplé desde el avión llegando a Tenerife.

Hacia Fuencaliente Mauro nos enseña El Pino del Alivio, donde en los años veinte del siglo xx los animales (mulos, burros, yeguas) que arrastraban carruajes abrevaban o descansaban. Una década más tarde, informa Mauro con su voz más sombría, enterraban aquí también a los asesinados de la guerra civil española.

A Mauro le gusta contar la leyenda (que se basa en la realidad) de la Fuentesanta, una fuente sepultada por dos volcanes y que es objeto de búsqueda afanosa (porque sus aguas medicinales son muy codiciadas) desde el siglo xviii. Esas búsquedas han sido coronadas por el fracaso, hasta 2005, cuando la fuente reapareció. La historia de esta búsqueda es en sí misma una novela sobre la voluntad isleña de enterrar los pasados fracasos; cuando recorrimos la isla la habían reencontrado, como si hubieran hallado el Santo Grial. “Son las aguas mejores de Europa”.

Hemos ido al valle de Aridane, hemos estado bajo la sombra de los laureles de Indias, hemos atendido a un detalle de la riqueza de la comarca (hay diecisiete sucursales de bancos para dos mil habitantes), hemos comprobado la riqueza del arte flamenco que florece en iglesias y museos, hemos visto las fábricas de vidrio soplado, y hemos ido a El Time.

El Time es una maravilla, un valle paradisiaco al que le sobran los plásticos con los que los agricultores aceleran el proceso de madurado de los plátanos. Antes de subir para ver desde arriba este monumento natural afeado por el plástico hemos estado en la ermita del barranco de las Angustias. Madera de tea, plataneras, barranco. Dentro de la ermita un hombre extremadamente triste, llora y se santigua. El Time está a 594 metros sobre el nivel del mar; antes había estanques, por eso este se llamaba el valle de los Espejos. Ahora no hay estanques, sino esa insistencia del plástico. Mauro dice: “El plátano es el paisaje”. Pues la avidez agrícola ha manchado el paisaje... Mientras contemplo este lugar tan hermoso no puedo quitar de mi memoria la imagen de aquel hombre que llora ante la imagen de las Angustias.

Una isla que mira al cielo, pero sobre todo una isla agrícola. Antes de llevarnos a La Caldera, que es como la tierra prometida en La Palma, Mauro y Malula nos llevan por la ruta de los higos, la ruta de los nísperos, la ruta de las ciruelas... Por alguno de esos senderos se escucha el canto de un gallo, vemos dragos en gran cantidad, las casas se asoman a los desfiladeros como si estuvieran haciendo peligrosos equilibrios... En algún momento hago el cálculo de lo que habrá caminado Mauro por estos senderos, y el cálculo, que hago a mano, me da 11.558 kilómetros en cincuenta años. Él se ríe. “Probablemente”, dice.

Hemos pasado por Santo Domingo, donde al lado de una ermita del siglo XVI nos dan de comer cerdo en manteles de cuadros azules, rojos y blancos; de nuevo parece que estamos en una vieja tratoria italiana en la que sirvieran los antiguos platos canarios, simples y bien condimentados, sabrosos y sencillos. Luego pasamos por el barranco de Franceses, el barranco de Gallegos y el barranco de los Hombres... Le pregunto a Mauro:

—Y de todos los sitios por los que has caminado, ¿cuál sería tu sitio, el lugar en el que te quedarías a vivir?

Y él responde, sin dudar un instante:

—La Caldera. En La Caldera siempre hay lugares por los que no has ido jamás. Cuanto más camino más me queda por caminar en La Caldera.

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

Aquí estamos; nos ha llevado muy de mañana a La Caldera. Hay atletas, que se preparan aquí para grandes competiciones. La Caldera es esta concavidad prehistórica llena de árboles majestuosos, una cavidad asimismo majestuosa que te hace sentir como un mísero arbusto en medio de las sombras verdes de este vergel. Es cierto: a cada minuto que pasa, La Caldera de Taburiente es un espacio nuevo, un sitio que debes volver a descubrir. Oyes el silencio. Mauro tiene razón: un viaje como el que hemos hecho a lo largo de toda la isla, surcando los senderos que son como la palma de su mano, es tan solo una preparación para bajar a La Caldera. Ha querido que cruce, como él, por pasadizos en los que cabe el pie de un hombre, y no me he atrevido. No estoy preparado para ser como Mauro, pero admiro sus pies ligeros, setenta años, o más, y camina como si acabara de venir al mundo. Aquí dentro se respira un aire especial; el silencio es también un alimento del aire.

Luego Mauro nos llevará a Santa Cruz de La Palma, nos ha paseado por la calle Real, que es como la mano del siglo XVIII mostrando al siglo XXI las reliquias que hubo entonces. En un sitio se para y me muestra una inscripción: "Aquí nació la primera escuela seglar de instrucción pública de la isla. 1794-1994. Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma". En 1774, me dice Mauro, aquí se instaló también el primer ayuntamiento democrático de España. Caminamos, como cuando caminamos por La Caldera, por el descubrimiento de una isla que junta a la naturaleza con el progreso cultural, científico, un sitio privilegiado que ahora mira a la tierra y al suelo con la gallardía de haber sido la pionera en muchas cosas. En su quietud parece que estuvo siempre así, a la espera, pero siempre fue un tiempo por delante, como Mauro en los senderos.

Luego nos fuimos a comer unos calamares fritos frente al mar, con Pilar Rey y Antonio Abdo, poetas, y Mauro y Malula. Hablamos de la Revolución Francesa, que aquí llegó por el mar; de la relación de la isla con las logias masónicas cubanas; de la abundancia de procedencias (irlandeses, andaluces, extremeños, gallegos, portugueses) que poblaron las islas; de las tradiciones

de los Enanos, una burla de Napoleón que se escenifica cada cinco años, cuando baja a la ciudad la Virgen de las Nieves; de la creación de La Cosmológica (en 1885), una de las entidades que relaciona a La Palma con la cultura mundial; de los astilleros; del esplendor del siglo XIX...

Pero, sobre todo, hablamos del paisaje. La Palma es paisaje; aquí es como si el paisaje te ordenara la vida; riscos, pinos, valles verdes, la maravilla arquitectónica de La Caldera, que parece el molde de el Teide... Desde aquí, desde este silencio, el cielo parece un techo. Escuchas los graznidos de la graja. En medio de la luz que dejan los pinos ves la roca, el verde, el risco liso, los innumerables senderos; desde la loma ves un arco, un anfiteatro fantástico al que da de lleno la luz del sol...

Mauro me señala un monolito de piedra. Se dice, cuenta, que si se cae el monolito se derrumba la isla.

Le creo, porque en La Palma todo es verdad.

Y la verdad viene del cielo, como la isla.

La playa en la ciudad

Gran Canaria. Como un puño semicerrado, tiene su respiración en Tejeda, su bebida en Agaete, en Arucas, en Teror y en Firgas, y se baña en Las Canteras, en la playa del Inglés y en Maspalomas. Las Canteras es una playa gloriosa, una banda perfecta de arena rubia que forma un semicírculo ante la propia ciudad de Las Palmas. Dice su poeta, Manuel Padorno, que vivió aquí, en esa esquina del mar, en una casa blanca de puertas azules, justo encima de las rocas, al lado de la arena que bañaba sus pies cada mañana: “Playa adelante, el gran abismo abierto./ Respiro sol. Comienzo a diluirme,/ a disolverme, lento, a cada paso./ En un torno sin fin, que me voltea,/ que me va desgranando, que me avento/ en todas direcciones, dando vueltas”.

Una playa sin fin, una aventura. Si me dieran a escoger un paisaje, o siete paisajes, este sería uno de ellos, ante este paisaje viviría siempre, mirando. La playa de Las Canteras. Atrás está la ciudad, el Puerto de La Luz, con su bullicio, sus noches locas y estrafalarias, su carnaval perpetuo, pero aquí está la playa, que es el horizonte de Las Palmas, por donde respira esta ciudad que tiene en la arena sus pulmones.

Está entre los paisajes más hermosos de las islas, el más abierto, el símbolo exacto de la vocación de las islas, en busca de un horizonte eterno; la playa de Las Canteras es como un embarcadero de la mirada insular, hacia delante el mar abierto,

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

y hacia atrás la ciudad que se fue haciendo para contemplar el mar y para vivir de él... Aquí podríamos estar de la mañana a la noche y nunca serían iguales ni el horizonte ni la arena ni el cielo ni el mar que bate con una violencia que calma la barra de piedra que el hombre ha construido para que se conserve aquí la eficaz, insondable armonía de una playa verdaderamente feliz.

Vuelve a hablar Manuel Padorno, que habitó con pasión sus noches de alcohol y juego y poesía junto a este mar de plata al atardecer: "Sin piedad esparciéndome, dejado/ a lo largo de todas Las Canteras". La playa como un tótem, como un emblema, como un sueño habitable.

Las Palmas, la capital de la isla, es una combinación de aventura, historia y silencio; Vegueta es su historia castellana, y de ahí acaso obtiene su historial de silencio; se conserva el barrio como si una mano milagrosa hubiera detenido a los especuladores del pasado y del presente su ansia depredadora. Ahí, en Vegueta, y en los barrios de La Isleta, que es el otro lado de Las Palmas, la noche es interminable, como si en la isla hubiera una energía que jamás cesa y que yo pienso que viene del paisaje contagioso, siempre vivo, de la playa de Las Canteras.

La isla es el silencio en Ariñez, sobre San Mateo y Santa Brígida; es el rumor agrícola del Sur; es Maspalomas, la playa aún salvaje, en la que las dunas ejercen su antigua misión de convertir la naturaleza en un cuadro siempre igual pero siempre diferente. El vértice de la isla está en el Roque Nublo, en el municipio de Tejeda. Ese monolito de piedra es el símbolo geológico y sentimental de Gran Canaria. Está arropado por otros roques, el del Fraile y el de Bentayga; el primero recuerda la figura de un fraile sentado, y de ahí su nombre, y el segundo fue un lugar sagrado para los aborígenes que dejaron ahí restos arqueológicos, que alcanzan su carácter de historia asimilada por los hombres de ahora en la legendaria Cueva Pintada de Gáldar, como si ahí se hubiera establecido la comunicación entre el pasado misterioso y el presente que desentraña su misterio. En la Cruz de Tejeda el viajero conoce un reposo: el Parador de

Tejeda, cuyos alrededores fueron llamados por Miguel de Unamuno tempestad petrificada.

Aquí me siento a mirar, y mirar el paisaje produce nostalgia o melancolía. Estoy ante los riscales de Tejeda, hago memoria.

Mi primer recuerdo de Gran Canaria es de mi adolescencia, y el lugar quedó en mi memoria como una isla de aire. Fue porque vine en barco, de noche, disfruté del viento de cubierta durante todo el viaje que me trajo desde Tenerife, y cuando llegué, en la madrugada húmeda del Puerto de la Luz, que entonces era también un lugar abigarrado lleno de tipos peligrosos y de marineros en tránsito, me depositaron en un pueblo que desde entonces asocié al aire. Era Tafira; ahora he vuelto a pasar por ahí.

Hay muchos lugares en Canarias donde el aire parece la esencia, el material de que están hechos; el aire, la brisa, el viento, las distintas gradaciones del aire; ni la tierra, ni los riscos, ni siquiera el mar que, asociado con el viento, alimenta mi memoria de las islas porque llevo habitando en el viento desde hace veinte años, en El Médano. Pero en Tafira, en el camino de Las Palmas a Santa Brígida y San Mateo, es donde por primera vez percibí ese carácter metafórico que tiene el aire, como si fuera una bocanada fresca y seca que sirve para dormir, para respirar, que sirve también para amar y por tanto para quedarse. Ese es un aire que, en las tranquilas noches, o en las madrugadas melancólicas, transmite la sensación de eternidad que tienen los momentos felices en tierras así.

Entonces me fui de Tafira, volví a Tenerife; luego he regresado muchas veces a Gran Canaria, y siempre ha habido como una mano de la memoria que me ha hecho regresar a aquel lugar benéfico que me ayudó a amar más el aire y a conocer, por primera vez, lo más esencial de la isla, el aire del norte, el aire que te lleva a las cumbres, desde San Mateo a Tejeda. Tejeda es acaso el pueblo más hermoso de esta isla de pueblos.

Para ir a Tafira pasé en esta ocasión por Bandama, cerca de la capital, este lugar en el que ahora escribo; y ahí estoy, ante su hermosísima playa de Las Canteras, una playa urbana que sigue

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

siendo la que inspiró a poetas y a otros artistas, cuando aún era una playa rodeada de casuchas o casonas; ahora Las Canteras, que está allá abajo, dulcificado el rumor de sus olas por una barra natural de piedras, está rodeada de grandes edificios, todos ellos mucho más altos que los que merece su apariencia. Pero eso ya no tiene vuelta de hoja. Cuando dices que estás en Las Canteras, en la playa, te suelen decir que, probablemente, estás en un lugar deshecho, estéticamente derrumbado por la hiperconstrucción que ha destrozado la costa española, y por supuesto la costa de las islas. Aquí me he acostumbrado a mirar el mar, la arena del mar, esta playa de más de tres kilómetros cuya arena está humedecida por las olas pero también por este clima hipotenso que condicionan las neblinas que la gente llama “panza de burro”.

La panza de burro es, también, y aunque no lo parezca, una bendición; aquí abajo, debajo de estas nubes que desde Tejada parecen un manto gris, el clima es benigno, está dulcificado por las nubes, es una caricia de aire calmado, a veces bochornoso, pero siempre mucho más habitable que las altas temperaturas que pueden padecerse en Maspalomas, donde (casi) nunca se humedece el sol. Aquí el sol está humedecido, y nosotros, los que paseamos por esta playa rodeada de edificios por todas partes menos por la arena, disfrutamos del clima como si hasta aquí llegara el aire de Tafira.

Las Canteras es una playa espectacular; me contaron que un psiquiatra de la isla, Rafael O'Shanahan, obligaba a sus pacientes locos a que vinieran a calmar aquí su desarreglo nervioso; y les recetaba tres horas diarias sentados ante el mar, o tres horas diarias andando sobre la arena rubia, húmeda y esponjosa. Otros han hecho lo mismo, y no estaban locos. Eran poetas, eso sí, como Manuel Padorno, que nació en Tenerife, vivió en Barcelona y en Madrid, y regresó aquí a principios de los años ochenta del siglo xx para recuperar la visión de la playa en la que había sido feliz en la juventud y en la infancia, y en la que volvió a ser feliz ya de hombre maduro, curtido en la lejanía de Madrid. Sobre esta playa, sobre su arena, sus rocas y su mar, Padorno escribió los versos más hermosos que recibió el Atlántico desde

la época de Tomás Morales, el gran cantor de este océano que en Gran Canaria se hace majestuoso, como un abrazo de sal y de agua que no se despega nunca de la isla y que uno puede ver desde todas partes, porque la isla es redonda como una roca.

En realidad, la isla es una roca, una inmensa roca que tiene en Las Canteras y en las playas del sur, desde San Agustín a Maspalomas, el mar que la baña, el mar pacífico que a veces es el Atlántico. El escultor Martín Chirino, —que ahora tiene ochenta y cinco años, pero que se hizo aquí, en esta playa de Las Canteras, en la calle Portugal, muy cerca de donde está la última casa del poeta Padorno— dibujó una roca hecha de espirales (su metáfora de las islas se hace en espirales) y le puso como título *Mi patria es una roca*, evocando unos versos del poeta Nicolás Estébanez, tinerfeño del siglo XIX que batalló en la guerra de la independencia de Cuba. La metáfora, esa roca, no es un accidente lírico, ni una transposición inmediata de la definición que buscaba don Nicolás; es, simplemente, una descripción. Si uno se pone en lo alto de Tejeda, rodeado de esos dos símbolos de Gran Canaria que son el Roque Nublo y el Roque Bentayga, aquel rodeado de otros riscos de suculenta orografía y de sobresaliente poder telúrico, entiende perfectamente la fascinación que le produce a Chirino la palabra roca aplicada a la realidad de su (nuestra) patria. Como si la isla fuera, en el sueño pero también en la realidad dibujada, una sucesión de círculos concéntricos, un espectáculo al que le viene perfectamente ese símbolo que le dibujó Chirino. Una roca.

Gran Canaria es una roca, no cabe duda. El compositor Néstor Álamo, que hizo algunas de las mejores canciones del folklore insular del siglo XX, y que han sido en su gran parte interpretadas por un grupo folklórico de destacada trayectoria, Los Sabandeños, dedicó a ese Roque Nublo que preside la simbología isleña una canción que lo asienta donde está, para siempre. Roque Nublo, Roque Nublo, lírica piedra lunar. Es una piedra, una roca puesta en equilibrio sobre el aire de estas montañas dibujadas como picos perfectos que van trazando una serie de montículos de los que sobresalen, aquí y allí, agujas que

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

parecen la prolongación de ese pico enhiesto, de esa roca que guarda un equilibrio milagroso.

Cuando estuvimos allí por última vez, llovía sobre Tejeda y sobre el Roque Nublo, y no es tan frecuente ver ese espectáculo de la niebla deshaciéndose en ese paisaje. Es el pueblo de la isla, me dijo mi amigo Ángel Marrero, que vive aquí siempre, porque aquí duerme mejor que en ningún otro sitio del mundo, en el que llueve menos. Llueve más en Maspalomas, que es el paisaje donde se concentran el sol y la arena, y llueve mucho más en Las Palmas, la capital, que en Tejeda; cuando la isla está en sombra, cosa que sobre Las Canteras pasa tantas veces, Tejeda está reluciente y soleada, dice Ángel. Debe ser verdad. Pero lo cierto es que allá arriba llovía, y hacía viento, y en algún momento, mirando hacia el extraordinario paisaje que convoca el Roque Nublo, hacia esos riscales a los que cantó Néstor Álamo, sentí la impresión tremenda de que esa roca, ese riscal majestuoso, se iba a caer con todo su peso por este cono volcánico igualmente hondo e igualmente majestuoso desde el que mirábamos esta naturaleza humedecida.

Allá arriba sentí esa sensación, y estuve mirando a través de los ventanales de Fina, una joven historiadora que ha acondicionado una casa vieja del siglo XIX para convertirla en La Casa de la Tea, donde recibe extranjeros (de Holanda, de Inglaterra, de Alemania; ella prefiere a los holandeses, los alemanes se quejan mucho; los ingleses, dice, son mucho más discretos) que hoy tratan en vano de cubrir sus rostros pálidos del sol que prometen, a veces en falso, los folletos turísticos. Pero son intelectuales, o lo parecen, y de pronto se resguardan del relente y del chubasco y se ponen a leer libros muy voluminosos. Estuve mirando los ventanales de Fina, digo, para comprobar si el Roque Nublo de la realidad y de las canciones, de la ensoñación insular y de la realidad de las piedras, ese mastodonte tan aéreo, caía sobre nosotros, en el cono volcánico. Como cayó, en medio de una tormenta, ese accidente natural que había en Agaete, el Dedo de Dios, llamado así porque en efecto parecía un dedo enorme advirtiendo a los hombres de las maldades de la tierra. La tormenta acabó con el Dedo de Dios, y ahora lo que hay en

la prolongación de aquella roca milagrosa a la que partió un rayo probablemente divino es nada, aire, el aire puro de la isla.

Del aire estaba hablando, de mi memoria del aire como señal más destacada de la metáfora de roca que es la isla de Gran Canaria. Ahora he querido recuperar el aire; he dejado atrás la capital, cuyos símbolos mejores son esta playa fantástica, acogedora y fascinante, el lugar de descanso del mar, de los poetas y de los hombres, y el barrio de Vegueta, donde se fundó la ciudad antes de que se fundaran otras ciudades parecidas del Nuevo Mundo colombino. Yo viviría en Vegueta, pero en la calle, bajo sus farolas viejas, paseando desde el Museo de Colón (pues la historia dice que por aquí vino Colón) al Museo de Arte Moderno llamado CAAM, entrando en tabernas silenciosas, visitando el mercado ruidoso al que fui algunas mañanas a llevar la leche desde Aríñez, un pueblo vecino de San Mateo, en medio de los cañaverales, las plataneras, los eucaliptos, los pinos, las casas viejas y el olor del aire de las madrugadas... Por esas carreteras que antes eran de tierra pueden verse los paisajes ajardinados más exuberantes de la isla, como si fueran defensas de antiguas fincas secretas, resguardos bellísimos por los que uno pasea como si estuviera siempre en un jardín. Ese jardín es el que preserva el aire de Tafira, que es el aire que he venido a buscar, y he encontrado otra vez en Gran Canaria.

Pero aún no he vuelto a Tafira, he dado muchas vueltas, la verdad; en realidad ahora Tafira se convierte en una palabra que define a la isla entera, Gran Canaria es una roca que se llama Tafira o Tejeda, del aire que yo recuerdo están hechos estos lugares. Y de ese aire está hecho Bandama. Bandama es una maravilla de la naturaleza, me habían dicho; a veces, cuando te dicen eso, tú esperas luego el tobogán de una decepción, y con ese espíritu desconfiado subí a Bandama, camino de Tafira, este destino que buscaba en Gran Canaria para recuperar el tiempo perdido, como si el aire (en mi caso) fuese mi magdalena de Proust.

Llegué a Bandama. Esta roca, Gran Canaria, tiene en cierta manera el aspecto orográfico de La Gomera, o de La Palma.

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Las distancias son cortas, las curvas son incesantes; en La Gomera y en La Palma han hecho muchísimos túneles, pero Gran Canaria no es pródiga en ellos; y por eso para ir a Bandama, y para seguir luego a Tejeda, pasando por todos esos pueblos de cumbre, has de seguir los dedos sinuosos de la isla, de modo que cuando llegas a Ayacata (el pueblo donde tiene su casa malva el compositor Juan Hidalgo, uno de los artistas que se hizo en Las Canteras) ya vas mareado, primero por la belleza desnuda de estos parajes y en segundo lugar porque la cabeza misma te da vueltas. En Bandama, sin embargo, reside un equilibrio que en algún momento también produce vértigo. Ese cráter volcánico es como el resultado de una bomba que ha abierto un agujero de doscientos metros al fondo del cual vislumbra una casa donde algún atrevido ha decidido hacer sus habitaciones, alejado del mundo, disfrutando el paraíso encerrado que es una caldera, en este caso una caldera extrañamente desnuda, sin árboles, sin otra protección que el aire.

Desde Bandama seguí camino, rodeado del aire de Tafira, hasta llegar a Tafira; por allí fui a veces, años después de que tuviera aquella experiencia adolescente con el aire del lugar, a ver al poeta Pedro Lezcano, que aspiró este aire y lo puso en sus versos. Por este camino recuperé sus ojos cansados, e incluso alguna lágrima, porque en medio de esas visitas había muerto una hija suya y lo contaba con el dolor que no calma ningún paisaje ni aire alguno: “Tenía que haberme ido yo antes”. A veces uno va buscando paisajes, o aire, y se encuentra recuerdos; de pronto, al llegar a Tafira ese recuerdo me descompuso el alma, ver a aquel hombre llorando, entre los ramales que cruzaban el patio de su casa, ante unos desconocidos que habíamos ido a escucharle, Pedro Lezcano llorando... Las islas no son sólo el paseo entre una emoción y otra en medio de paisajes secos, húmedos o sonrosados, son la experiencia que uno ha tenido ante la mirada de los hombres.

Así que, en cierto modo, por aquellos parajes seguí camino con don Pedro, aunque él ya hiciera en seguida el camino de sombras que hizo su hija. En Tejeda, que fue mi destino desandando esta roca de Chirino, me encontré con Ángel, que me

llevó a su finca desde la casa reconstruida de Fina. Allí recuperé el aliento para los paisajes, porque él me contó esta historia sencilla: la finca que tiene se llama Mister John. Debe su nombre a un viejo ganadero que, cuando tenía dieciséis años, decidió dejar Gran Canaria para vivir en Estados Unidos; a los cincuenta y dos años Mister John volvió multimillonario y compró una finca en estos riscos; la gente estimó, quizá con razón, que estaba loco. Pero él arrojó su locura presunta con una decisión infranqueable, e hizo de este lugar el milagro de un emporio agrícola y ganadero. Murió a los noventa y cuatro años, rico, habiendo enriquecido, además, este rincón de Tejeda.

Los avatares del destino han hecho que Ángel sea ahora el propietario de esta finca de Mister John. Me enseñó los cuartos que el viejo granjero había hecho para recibir gente: antes de que a la isla llegaran los armarios empotrados, el viejo granjero los importó aquí, e importó neveras, y un modo especial de tratar a los empleados. Fue un revolucionario en Tejeda; escuchando la historia, viendo la carne troceada de las vacas que ilustran con su cansancio melancólico el paisaje de las rocas, entré de nuevo en el mundo, y respiré el aire de la roca, en medio de estos riscales fabulosos que Néstor cantó a veces con la voz de Alfredo Kraus. Riscales los de Tejeda.

Volvamos a la playa, dejemos el risco, regresemos al mar en medio de la bruma. El poeta Manuel Padorno hizo de Las Canteras la isla entera. "Aquí quise encontrarme; donde estoy;/ lugar sin formas ni figura alguna,/ ni aspectos, modos: nada semejante./ Hasta me hace dudar vivir aquí". En esa felicidad dubitativa vivió Padorno junto al mar hasta que en mayo de 2002 se acabó su corazón cansado. Fue un cantor de la isla, como Tomás Morales, como muchos otros. Y fue nuestro contemporáneo. Muchas veces mi recuerdo de Las Palmas de Gran Canaria, la capital, está marcado por su memoria. Pues él representaba los días serenos y las noches locas que vivíamos a partir de la medianoche en lugares que ahora ya no existen: Utopía, Gas, bares que fueron la prolongación de aquellos bares que conocí en los alrededores de Ripoche y del parque de Santa Catalina

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

en las primeras ocasiones que visité Las Palmas de Gran Canaria y la isla parecía el lugar donde se concentraban todas las luces de la noche, también las luces prohibidas de las noches.

Entonces me llevé de la ciudad la impresión de ser una ciudad sin fin, abierta a todas horas, disponibles sus garitos, sus discotecas y sus cabarets para la juerga continua. Una ciudad marina que tenía su barrio antiguo, Vegueta, para descansar de tanto jolgorio. Y como la conocí así, de ese modo vive en mis propios sueños mitológicos acerca de los lugares canarios a los que he vuelto en este viaje.

Esta vez, por cierto, al llegar fui de inmediato al Puerto de La Luz, al atardecer; me llevaron junto a los barcos rusos que están ahí desde que Rusia dejó de ser comunista; sus tripulantes no volvieron a su país, los barcos no fueron reclamados por sus consignatarios; una amiga, la cineasta Carlota Nelson, los descubrió e hizo sobre ellos un documental que alterna el patetismo de las pesadillas con la lucidez de los que no quieren retornar a lo que no se sabe si es suyo. Y ahí están esos tripulantes viviendo sus vidas de clochards dentro de barcos que son tierra de nadie y que se derruyen sin remedio dentro de la vajija enorme del Puerto de La Luz. Carlota contó lo que vio cuando se encontró con estos hombres en sus barcos enloquecidos: “Todo se mueve. Los crujidos constantes parecen ladridos que avisan del peligro. A los pocos minutos, las manos se agarrotan por el esfuerzo de aferrarse a cables oxidados. El visitante debe relajarse. Siete metros más abajo le espera un baño de brea, gasóleo y agua marina si no lo consigue. Un salto más y consigue aterrizar en la última cubierta. Ha llegado al *Géminis*. Está en otro mundo, remoto pero increíblemente próximo. El día se presenta tozudamente nublado”. La historia parece irreal, dice Carlota, “pero, aunque escondida, ha formado parte del paisaje habitual del Puerto de La Luz”. Ese es el paisaje contemporáneo, la concentración de las emociones de un siglo que desembocó en imágenes así, gente a la deriva después de haber vivido dentro del imperio comunista, tan misterioso y autoritario como transparente y desorganizado.

El muelle que vi ahora me pareció también un símbolo de este lugar tan cosmopolita y tan abierto a historias singulares, el Puerto de la Luz. Estuve en esos barcos, vi sus detritus salvajes, escudriñé las miradas de sus pacíficos habitantes, como si fueran los moradores de una ciudad insólita; al fin y al cabo, habitantes despreciados por el innoble siglo XXI, que ha dejado sin casa, como mendigos, a los que no se han sabido adaptar al viento que vino con el siglo actual. ¿Qué mejor lugar que el Puerto de La Luz para servir de símbolo a la diáspora, y no sólo soviética, que se produjo cuando acabó del todo la revolución rusa?

Por aquí entró también Ignacio Aldecoa. Eran otros tiempos; ahora el Puerto es una abigarrada composición futurista, en la que también cabe el grito del pasado, esos “ladridos que avisan del peligro”. El navegante vasco, Aldecoa, vio otra cosa: “El Puerto de la Luz es como un regazo, ha dicho Usebio. Entran los grandes barcos y se alimentan del oleoducto. Barcos de todos los continentes. Petroleros y cargos y trasatlánticos de pasaje. Un barco está pintado de un delicado color violeta hasta la línea de flotación; del violeta que usan algunas señoras mayores en las decimonónicas cintas de cuello. Un petrolero gris azulado se despide con un largo sirenazo. En el Puerto de la Luz los colores de los barcos tienen una fuerza y un temblor especiales. Las grandes letras naranjas de un barco holandés alegran el ojo del que las mira. Un cargo inglés muestra bajo la línea de flotación cuatro pies de pintura verde esmeralda. Pero el traje común de la mayoría es negro hasta la línea de flotación, rojo desde la línea hasta la quilla. Los barcos siempre visten de sport”.

Así lo vio Aldecoa, como un cuadro, pero la realidad se fue superponiendo y hoy este puerto abigarrado y enorme, lleno de coreanos, senegaleses, rusos, japoneses y canarios es otra cosa; se parece más, en uno de sus extremos, a lo que cuenta Carlota Nelson que a lo que vio, en aquellos años en que los muelles eran para pasear, el novelista vasco que buscó en Canarias anotaciones como las que yo ahora ando buscando.

Esta vez, como casi siempre, me quedo cerca de allí, de ese paisaje tan entrañado en la isla, el paisaje del Puerto. Me

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

alojo en un hotel del que se divisa toda la playa de Las Canteras, desde la casa en la que vivió el tenor Suso Mariátegui, al lado del restaurante de pescado donde tomábamos viejas y bebíamos vino blanco de Lanzarote, hasta la casa del poeta Padorno, cerca del Auditorio que tiene el nombre del tenor Alfredo Kraus, el mejor intérprete de aquellos riscales de Tejeda, la sustancia de la canción *Roque Nublo* de Néstor Álamo.

Por la mañana viene a recogerme mi amigo Diego Talavera, periodista. Él quiere hacerme ver un barrio que ya para siempre recomiendo; está en su pueblo, Telde, y relaciona este lugar con la historia tan diversa de estas islas que son ahora como estatuas en el Océano y sin embargo han vivido penetradas por tantas influencias y por tantas emigraciones.

Él me lleva a San Juan y San Francisco de Telde. Me dice que Telde es el primero de los municipios del Sur, y forma parte de ese cuarteto de grandes ciudades isleñas, con La Laguna, Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife. Con esas cosas en las islas hay que tener mucho cuidado, pues desde antiguo las islas de mayor población, Tenerife y Gran Canaria, discuten por sus primacías, así que es mejor usar el orden alfabético cuando se establecen estas prelación. Digamos que Telde es la tercera ciudad..., incluso por orden alfabético, siendo las primeras Las Palmas y Santa Cruz, asimismo por ese orden alfabético.

La cristianización de Telde, me dice Diego, comenzó un siglo antes de la Conquista. Fue en sus costas donde desembarcó un grupo de frailes mallorquines con la finalidad de crear un Obispado en las islas de la Fortuna, por lo que se trata de la primera ciudad y de la primera sede episcopal de Canarias. Después de la conquista de Gran Canaria, Juan Rejón envió una tropa para levantar un fortín militar en Telde, una de cuyas torres sirvió de campanario para la basílica de San Juan Bautista, que se construyó a finales del siglo xv. Es el origen del actual templo, donde figura el Cristo de Telde, realizado por los indios tarascos de Michoacán (México) con pasta de mazorca de mijo, que lo hace muy ligero a pesar de sus dimensiones: siete kilos de peso y un metro ochenta de altura. La figura se encuentra en Telde

desde antes de 1550. El pueblo cree que el color de la imagen varía, y así es; pero no hay milagro, es porque el material con el que está hecha presenta variaciones.

Junto al barrio de San Juan Diego me enseñó el barrio de San Francisco, al que se accede siguiendo el trayecto de un rudimentario acueducto. El barrio está lleno de pequeñas casas terreras, pintadas con cal blanca, como las casas de Lanzarote; las callejuelas están empedradas; aquí sólo se oyen las pisadas; el barrio está en silencio, como una iglesia o como la eternidad. Las calles están cerradas al tráfico. El barrio nació porque los frailes mallorquines descubrieron aquí una fuente y crearon un convento, que se llamó Santa María de la Cabeza. De esa etapa queda hoy la iglesia de San Francisco. En el convento se impartieron clases de filosofía y de lógica, y además hubo en él un taller de restauración de libros sagrados. Fue, pues, el primer lugar de Canarias donde se impartieron enseñanzas superiores.

En 1836, cuando se produjo en España la llamada Desamortización de Mendizábal, en virtud de la cual la Iglesia perdió muchos de sus privilegios terrenos, los frailes franciscanos fueron expulsados, aunque la zona se mantiene casi como éstos la dejaron. El nombre que todavía se conserva es también recuerdo de su estancia.

Antes de salir de este recinto que parece una pequeña lección de historia de las influencias de las que se hicieron las islas, Diego señala a lo lejos, a los barrios teldenses de Cendro, Tara y Caserones. Él dice que en la Canarias prehispánica vivieron aquí cerca de diez mil personas.

Y desde allí nos fuimos a Bandama. Es bueno empezar la excursión isleña por esta zona de aires limpios y de historias cosmopolitas, camino del centro de la isla, hacia Tejeda, el reino de las brumas, y por un paraje llamado Las Brumas pasamos, lo tengo anotado. A finales del siglo XIX los ingleses que se aficionaron a la isla tendieron aquí el primer club de golf que hubo en España; en aquel tiempo en que comenzaba un incipiente comercio con África, entonces tan lejana, los grancanarios se hicieron tan anglófilos que tomaban el té a las cinco de la tarde, como los súbditos de Su Majestad británica. Como en mi pue-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

blo, el Puerto de la Cruz, en Tenerife, aquí los ingleses tienen su iglesia anglicana, y aquí sigue estando, como una reliquia de aquella Gran Canaria anglófila, este elegantísimo club de golf que nosotros miramos desde el Pico de Bandama, a 569 metros sobre el nivel del mar, junto a la Caldera de Bandama, un diámetro de mil metros y doscientos metros de profundidad. Desde aquí vemos más: a través de un paisaje en el que se combinan huertas, honduras y llanuras, vemos la Isleta, el Puerto de La Luz, y vemos, cómo no, esa inclemente panza de burro que al tiempo que aturde con su mano de bruma dulcifica el clima, lo hace vivible. Estamos dándole vuelta a Bandama, y con nosotros dan vueltas, tomando fotos, rusos muchos más domesticados que aquellos marineros a los que Carlota retrató en sus abigarrados refugios flotantes.

Hemos pasado por Jinámar, donde en la guerra civil española fueron arrojados desafectos al régimen político que venía con Franco; por estos paisajes vi una obra de la arquitectura regionalista de Miguel Martín Fernández de la Torre, una casa vieja y abandonada que sigue teniendo su estilo y su firma, y algunos chalets ingleses llenan el paisaje del candor que tuvieron estas tierras antes de que empezara (aquí y en todas partes) la hiperconstrucción que ahora amenaza con llenarlo todo de cemento.

La carretera que seguimos combina los paisajes de palmeras con los terrenos sembrados de higos de pico; a veces hay eucaliptos, por la Vega de San Mateo, y a veces hay curvas, nada más, que rodean un campo cuyo olor variado llega hasta nosotros. En la cumbre, donde estamos ahora, los árboles reciben el impacto musical del viento; y arriba está, enhiesto, mostrando la rotundidad de su belleza, el objeto de este viaje, el hermoso Roque Nublo, junto al roque que llaman El Fraile; ya no está el Dedo de Dios, aquel accidente singular que se evaporó en medio de una tormenta. Son figuras de piedra marrón, altivas y concluyentes, que constituyen el símbolo mayor del paisaje montañoso de Gran Canaria, siempre el mismo y siempre cambiante, amparado por sus brumas lechosas o claras; una sinfonía de montañas que cercan un poblado, Ayacata, donde compone su

música de vanguardia el artista Juan Hidalgo, en su casa de color violeta. Cuando pasamos, la casa está tapada con una inmensa lona negra; es señal de que no está, ni hay rastro del color insólito de su casa llena de recovecos. Me dicen: “No es violeta, es lila. El color de la casa es lila”. Debe ser. La memoria siempre devuelve otros colores.

Allá abajo está Artenara, esta fortaleza de piedra que apasionó a Unamuno, después del roque de Bentayga; estamos, como decía el filósofo vasco que descubrió Fuerteventura para sus placeres y para sus poemas, ante una tempestad petrificada; aquí no es extraño recordar por qué los antiguos adoraban la piedra. La piedra en Gran Canaria es solemne, definitiva; no hay en ella sensación de gravedad, está ahí puesto, no hay ligereza alguna, es contundente su peso sobre la tierra. Como la isla, quizá: Gran Canaria pesa, está en el centro mismo del mar, le puede al mar. Decía Julio Verne, que situó aquí uno de sus libros, que “La Gran Canaria es el resumen de las otras islas. Si bien no posee una cima tan prodigiosa como Tenerife, ocupa a este respecto un buen lugar y el primero bajo todos los demás. Ella es la que posee las costas más inaccesibles, los valles más abrigados, los barrancos más profundos y, en general, las más curiosas particularidades naturales”.

Resumen de las islas, quizá, pero sin duda Tejeda la representa, es su capital de piedra, el lugar en el que descansa esta isla febril y fabril, tan ocupada siempre en rebuscar en sus propias piedras. Tejeda está allá al frente, debajo del Roque Nublo. Fina, la mujer que regenta esta fonda del siglo XIX adonde nos llevan Ángel y Diego, dice que allí acaba de pasar Oliver Stone, que fue a descansar ante ese macizo del Nublo. Fina dice que estamos en un sitio privilegiado, “pues nadie ha querido comprar este paisaje”, de modo que se ha mantenido siempre así, “desde que esta isla tiene historia”. Respiras aquí y te sientes el dueño del aire, me dice; así que me aconseja que vuelva, “pues es bueno para los asmáticos como tú, para los que sufren del pulmón. Y es bueno para todo el mundo, qué carajo”, dice Fina.

Llueve, le digo lo evidente. “Y menos mal que llueve, si no cómo iba a haber tan buenas papas como las que se cosechan en

VIAJE A LAS ISLAS CANARIAS

Tejeda”. Ángel nos llevó luego a ver las papas que cosecha, en medio de la granja que fue de Míster John; nos enseñó los animales de su ganadería, nos mostró los quesos, y nos hizo acariciar las papas. Él organiza aquí, cada año, el Día Mundial de la Papa. Como llueve, parece que Tejeda es tierra de agua; pero es de sol y de papas, bajo la sombra del Nublo. Ángel dice: “Cuanto más años pasan más se te pegan estos riscos”.

Lo dice ya delante de dos platos que nos ofrecen en el restaurante al que nos lleva, una fonda humilde en la que todo el mundo lo conoce. En la mesa, ropa vieja (lo que quedó del cocido, con garbanzos), tiras de solomillo. El vino se llama Peña Rajada. Como llueve, la comida parece la de un refugio, si hiciera sol la comida sería una interrupción del día. Las comidas en medio de la humedad tienen cierto aire de agasajo, de regocijo, de encuentro de amigos a los que el paisaje junta en una ceremonia que la lluvia hace algo más solemne.

A la vuelta regreso a Las Canteras, a través de los cañaverales y las buganvillas; al contrario que en Tejeda, aquí hay sol, se ha ido la panza de burro. Y el sol es un espectáculo cuando comienza la tierra en esta playa fabulosa. “En una parte exacta de la playa/ el sol es especial: lo saben pocos./ Es un tramo preciso. Tenlo en cuenta”, dice el poeta Padorno. “Búscalo con ahínco. El cuerpo dora/ con lucimiento y calidad muy alta; tu piel resultará la más sedosa,/ de una coloración tornasolada,/ dando capacidades seductoras/ a las partes del cuerpo más azules”. “Es el espacio que te encantaría”, termina el poeta su poema “En la parte secreta de la playa”. Allá voy. A ese paisaje que él mimó de día para soñarlo por las noches.

Por la mañana era lechoso, en este atardecer ese paisaje que el poeta dibujó estaba sobresaltado. Un hombre había muerto ahogado; rodeaban el lugar del accidente con una soga de colores, y alrededor pululaban guardias, enfermeros y curiosos. La curiosidad que despierta la muerte. A la mañana siguiente, cuando he despertado ante este mismo trozo de paisaje, ya no hay soga ni curiosos, no hay nada; la muerte en el mar deja un rumor sordo, un olvido; ahora el mar es blanco y majestuoso, su sonido

es el único recuerdo que lo hace igual a sí mismo; la arena es aún más marrón a causa de la humedad que la revolvió de noche. La pereza del domingo resalta la soledad de la playa que en este instante, por un segundo, ha sido para mí el recuerdo de la sor-da tormenta de aquella muerte.

En este momento, cuando el día se levanta, las gaviotas gritan como locas, son como aquellos “crujidos constantes” que parecen “ladridos que avisan del peligro” en los barcos rusos que visitó Carlota Nelson... Por delante de ese paisaje atraviesan barcos grandes, barcos humildes, barcos de recreo; Las Palmas es una ciudad del mar, el mar la define y la abraza, vive mirando al mar. Esta mañana nos han llevado de nuevo a Telde, pero esta vez vamos en busca de un bocadillo que se anticipa apetitoso, de pata de cerdo, en un lugar que llaman Jasmina, pero Jasmina ha cerrado hoy; su leyenda queda inédita para nosotros; aquí comen, dicen, desde el camionero al presidente del Gobierno. No la probamos, pero como íbamos con Elsa Guerra y Joaquín Casariego, arquitectos, fuimos a otro centro de la energía, en Vecindario, donde sopla el mayor viento de la isla, o al menos donde mejor lo aprovechan; aquí se mezclan con la ciudad las instalaciones de energía eólica. Vamos hacia Agüimes, pasamos por el pueblo de Los Corchillos (palmeras, casas blancas), y vemos arriba, majestuosa, presidiendo la isla como otro tótem, la fortaleza de Ansite, de donde se tiraban los primitivos pobladores antes de ser apresados por los conquistadores.

En Agüimes hay fiestas, y la gente está en la calle. Tienen engalanadas sus casas del siglo xvii y en los bares sirven buen vino de la tierra, con queso muy curado y muy seco. Es seco, duro y picante, y ayer este queso ganó uno de los premios regionales. De los balcones cuelgan arpilleras, cebollas, ajos, piñas... Es la manera que la tierra tiene de hacerse presente en las ocasiones en que los pueblos, estos pueblos ensimismados de Canarias, quieren mostrar su belleza, certificar que viven de la tierra. Les pregunto a los parroquianos qué es lo mejor de Agüimes, y me responden como los campesinos canarios o cubanos responden a las preguntas largas: “Un poquito de todo”. Tienen aceite, aunque “aceitunas hay un año sí y un año no”. Un viejo llega, como

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

en el Oeste; no dice nada, pero el camarero le prepara un ron. Él lo bebe en silencio; toca el vaso vacío con la mano y le cae otro pizco de ron, sin hablar, sin decir ni esta boca es mía. Me fijé más en las casas: tienen lagartos dibujados, como adornos, es un fetiche. Y la gente entra en misa, es domingo, la villa está en fiestas. Están, me dicen los arquitectos, en un templo del siglo XVIII, la iglesia de San Sebastián, neoclasicismo canario; hay una plaza de grandes árboles, como la de San Sebastián de La Gomera, y en dirección inversa a la que vamos viene una vaca blanca, enorme, pesa mil kilos, me dice quien la conduce.

Hemos pasado por Arinaga y vamos al profundo sur de Gran Canaria; esto es San Bartolomé de Tirajana, que llega hasta Arguineguín. El paisaje es pardo y seco. Lo han dulcificado los turistas, que desde los años sesenta del siglo XX encuentran aquí solaz y sol y apartamentos. La construcción comenzó en San Agustín, y aquí estamos, tomando café en un lugar que llaman Bahía Feliz; huele a las urbanizaciones de cualquier parte; las playas son felices, como la bahía; el camino sigue como si estuviéramos en una urbanización interminable, hasta que de una curva surge Maspalomas. Maspalomas es una extensión de arena que sobrecoge aún, a pesar de las construcciones hoteleras, a pesar de las carreteras o autopistas. En los años sesenta aquí no había nada, era un mar de dunas interminables, desde San Agustín hasta el faro de Maspalomas. Pues ahora el cemento se ha comido su parte importante del paisaje, pero este paisaje se me antoja invencible, el paisaje de Maspalomas. Convive, claro, con la maldición de los centros comerciales, con los establecimientos que arrastra el turismo por donde quiera que va, pero el terreno es sabio, y la playa ha sabido guardar su sitio, que es abierto y secreto a la vez, una duna interminable que era el objeto de este viaje. Elsa y Joaquín me enseñan el edificio que fue origen del desarrollo turístico de Maspalomas, descubierta como paisaje imprescindible para el desarrollo del sur en 1959, cuando se puso en marcha el Concurso Internacional Maspalomas Costa Canaria. Lo ganaron unos arquitectos franceses; el primer edificio que se construyó se llama La Rotonda, está al borde del mar; el segundo edificio se llamó Oasis, es un hotel y los cons-

truyeron los arquitectos españoles Vázquez y Molezún. Ahora el Oasis sigue haciendo honor a su nombre; ahí está, noble, y más noble aún si se mira el entorno, disfrutando de su palmeral y de sus jardines, decorado, además, con un mural firmado por Manolo Millares, el pintor que nació en Las Palmas y que fue, en la segunda mitad del siglo xx, un emblema del arte español de vanguardia.

Le pregunto a Elsa, ante Maspalomas, qué es lo mejor del paisaje que vemos en Gran Canaria, de la montaña hasta el mar. “El mar”, me dice, “el mar en Gran Canaria es sobresaliente. En Tenerife lo sobresaliente es Anaga, Almáciga, Antequera, ese gran macizo. Pero aquí lo sobresaliente es el mar”.

Ante Maspalomas me rindo.

Ante este mar luminoso, a la caída de la tarde, en Gran Canaria, la isla de Agaete y Arucas, la de las sombras ariscas o sobresalientes de la historia, ante la sonoridad misteriosa del Roque Nublo, me rindo, este es mi paisaje, el mar, ese territorio inasible y siempre diferente que junta y disgrega las islas. Ante Maspalomas, ante el mar de Lanzarote, ante el macizo de Anaga, bajo los órganos de La Gomera, en Famara, entrando en el puerto de La Estaca, en El Hierro, ante el mar de Gran Tarajal, en el Puerto de la Cruz, ante esos mares me rindo; he venido a buscar el centro de la tierra, a recuperar los olores, los sabores, los paisajes de la infancia, de la juventud, los lugares en los que soñé o viví, y me encuentro ante el mar, y sé, como cualquier isleño, que este es el paisaje que los resume todos.

Ignacio Aldecoa tiene también las palabras para terminar el viaje: “Una isla es acaso un paréntesis en la monotonía del mar, como un lago es un paréntesis en la monotonía de la tierra”.

La soledad de una isla, el poderío del mar tratando de batirla, el aire, el viento, la tierra ubérrima o estéril, los hombres y las mujeres humildes u orgullosos. Un viaje sentimental rodeado de mar, de sol, de lluvia, de hojas que el verano devuelve mustias a una tierra ocre y adormecida. Las islas Canarias. Una historia fragmentada en el Atlántico, viendo crecer las palomas que van y vienen por sus orillas mancilladas o pu-

VIAJE A LAS **ISLAS CANARIAS**

ras, hasta la altura del Teide y más abajo, en la orilla donde los niños aprenden a decir mar o playa o madre.

Al final del viaje siento como si hubiera descendido de un barco, al amanecer de cualquier isla.

Una isla es un paréntesis. Pero también es una roca a la que yo me agarro como un niño.

Cuando empecé este libro recordé una frase que el escritor catalán Josep Pla escribió al principio de su hermoso libro sobre Cadaqués, su tierra tan querida. Decía el viejo maestro que sin duda habría otro libro más hermoso, “más eminente”, que él estaba a punto de comenzar, pero que ese era su libro. Eso quise hacer con este viaje complejo alrededor y al fondo de mi propia tierra. Cuando lo estaba acabando me tropecé con los versos de un poema del escritor y editor alemán Michael Krüger, amigo, por cierto, de Peter Mayer, el editor que me encargó este libro sobre las islas Canarias. Decían los versos, que ahora he puesto en el frontispicio de este volumen: “A veces me escribe la infancia una tarjeta postal: ¿Te acuerdas?” Pues de eso, de las postales que me mandan la infancia y la vida, he tratado que sea este viaje sentimental que aquí concluye.

El Médano, Tenerife, 11 de noviembre de 2011

